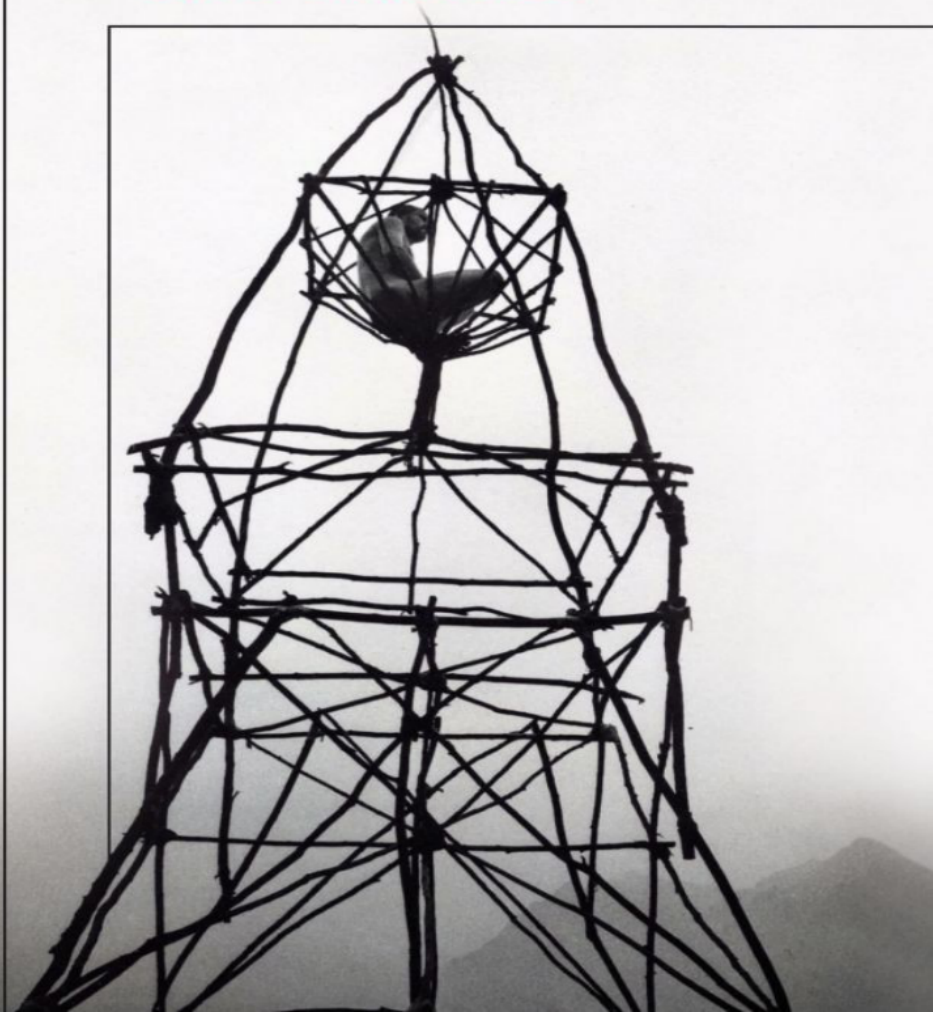
ALFAGUARA

Sudd

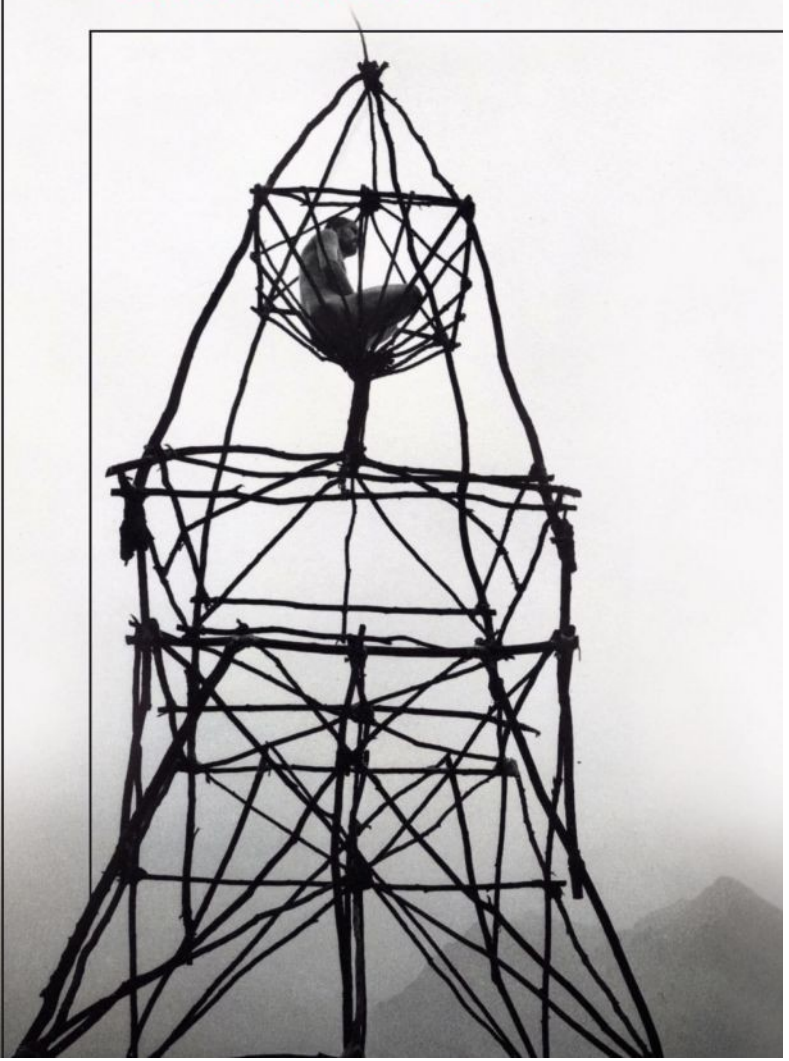
Gabi Martínez



ALFAGUARA

Sudd

Gabi Martínez



ALFAGUARA

Sudd

Gabi Martínez

www.megustaleerebooks.com

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Citas
El peligro
En el pantano
El agua y el viento
La trampa
El imperio
¿De qué sirven las bengalas?
Compañía en el laberinto
Notas
Sobre el autor
Créditos

Para mi hijo Gael, que ya dice vent *y* llum. *Viento y luz.*

... allí, en la tierra de la animalidad, donde un hombre no era más que una primera concepción de un animal capaz de servirse de instrumentos.

NORMAN MAILER
Rey del ring

No hay ni un solo plan en mi mente, ni una ambición, ni una necesidad.

T. E. LAWRENCE

El peligro

Al menos hay un lugar donde el bosque forma parte del agua. Y se mueve. Y se cierra a tus espaldas.

—Nunca nada es tan peligroso como te cuentan.

Ésas fueron las primeras palabras que escuchaba aquella tarde, sin saber muy bien quién las decía, de dónde venían. Me acababa de despertar después de una larga cabezada y, al salir a cubierta, la potente luz africana me deslumbró. Avancé trastabillando hasta la borda, sumido en un sinuoso movimiento de colores que oscilaban del morado al añil; de repente, el amarillo; un fucsia; o el violeta. Y la intersección derivaba en una neblina apastelada que, debido a su calidez, parecía atenuar el desconcierto. Pero el aire, ¿a qué olía? ¿Dónde estaban los aromas dulces de la jungla que nos habían acompañado a lo largo de tantos cientos de kilómetros? Algo había cambiado en el tiempo que dura un sueño. Aunque, ¿cuánto había dormido?

Me arqueé sobre la borda, aún cegado. Escuchaba el monótono oleaje levantado por la proa del vapor, el arrullo cotidiano de los últimos siete días. Intenté abrir los ojos pero la intensidad del sol y sus reflejos era aún excesiva, de modo que seguí sin descifrar el exterior, a merced de las cálidas brumas, entre los chillidos intermitentes de las bestias apostadas en la orilla, los graznidos de las garzas o las águilas.

Navegábamos hacia ciudades de las que en el norte casi nada se sabía, surcando las tórridas regiones meridionales al final de la temporada de lluvias. Por eso, el cauce se había ensanchado magníficamente. Desde el día que zarpamos, por las riberas, o en las fértiles islas intermedias, habíamos visto pastar enormes rebaños de cabras de orejas colgantes. Al paso de *La Nave,* los segadores embutidos en blancas chilabas se detenían a observar el barco. Recortados contra el verde, a veces saludaban empuñando una hoz o un azadón. También vimos a jinetes mutilados que cabalgaban con su única pierna sobre burros sin ensillar.

El plátano, el tomate y la lechuga habían crecido como se esperaba de ellos, a la antigua manera del continente, veloz y majestuosa. Rutilaban las cosechas de guayaba, de limón, de naranjas, y, como había comentado Karnezis, el cocinero griego que regentaba una casa de comidas al otro lado del pantano, los mangos ya estaban listos para ser exportados a Arabia.

Durante las lluvias, las aguas habían inundado los campos inmediatos al río reduciendo algunos islotes a montículos anecdóticos que sólo ahora, con el regreso del Gran Sol, recuperarían el volumen que justificaba su nombre. De todos modos, conforme *La Nave* descendía hacia los territorios ecuatoriales, las huertas se habían ido esfumando. En su lugar se extendían arcillosas riberas, paisajes graníticos, formaciones cada vez más pétreas que anunciaban la

incomparable desolación inminente.

—Incomparable, sí —subrayaba en cuanto podía el capitán Hisham, que fue marino durante décadas y en la etapa final de su carrera se encargaba de misiones esporádicas que le habían obligado varias veces a surcar las aguas del Sudd—. Incomparable.

Lo decía con los labios estirados en una mueca que mezclaba veteranía y preocupación, como si sugiriera que el atávico abandono de las dunas de arena o del propio océano que a lo largo de tantos años él mismo había surcado pudiera ser, al menos, igualado.

Era estimulante.

Era lo que yo buscaba.

Un aislamiento especial, que me alejara por fin de todo, sin ser la muerte.

Y seguimos remontando el río.

Hacía días que las aguas gastaban una espesura blancuzca. El fondo turbio impedía determinar las sincronías subacuáticas de los miles de peces que, como los pájaros, nos escoltaban. Pero pese a la corriente viscosa y a los eriales que flanqueaban a *La Nave* y a la cada vez más patente ausencia de camellos, indicadores de que el mundo conocido del norte se desvanecía, hasta la cuarta jornada no comprendí que nos adentrábamos en un paisaje definitivamente distinto. Fue al divisar la última estación militar. Hasta entonces habíamos superado varias, de hecho nos detuvimos en dos, enclavadas a las puertas de sendas aldeas donde nos agasajaron con bailes y comidas opíparas en fiestas que alcanzaron la madrugada. En la segunda estación, durante la cena vi entre sombras cómo un oficial estampaba la culata de su rifle en la mandíbula de un soldado, que se desplomó inconsciente. Dos militares lo apartaron de las fogatas. La multitud estaba concentrada en entregarnos cartas —algunas escritas hacía años— y regalos que deseaban hiciéramos llegar a personas que habitaban en el extremo opuesto del Sudd.

En una de las ceremonias, el anciano jefe se dirigió a Norton y le ofreció reverencialmente un tambor expresando su admiración por lo que había conseguido su Compañía y, en especial, por lo que íbamos a hacer: atravesar el pantano que en los últimos lustros había representado una barrera insalvable entre el norte y el sur. Norton cabeceó diplomático, y a la luz de las lámparas de queroseno pudimos observar la mancha de sangre que se le escurría nariz abajo. Frotó el dorso de la mano contra el labio mascullando improperios. Le tendí el pañuelo que suelo llevar y casi siempre empleo para casos similares, porque entre los extranjeros las hemorragias nasales son frecuentes, la amalgama de viento, calor y polvo propicia tapones que terminan reventando algunas venas pequeñas.

—¿Cuándo dejarán de joder? —dijo entonces Camille. Lo soltó en

francés con un tono pizpireto, como si dijera «menuda noche preciosa» o «por qué no bailamos un rato», de modo que ninguno de los presentes, excepto Gerrard y yo, entendió lo que decía. Supongo que por eso me encontré con su mirada. Mientras Norton se secaba la sangre refunfuñando molesto por dar muestras de debilidad, agradecí al anciano el presente. «En nombre de todos, muchas gracias, señor.»

Esto ocurrió en la segunda estación militar, sí, y, aunque en adelante no nos detendríamos en ninguna otra, aún superamos tres estaciones más, si bien fue en la última, río arriba, cuando asumí el significado real de aquella garita construida con maderos apuntalados por clavos de cabeza gruesa. *Una estación militar*. Eso fue lo que pensé. El cobertizo emergía llamativamente artificial en un margen del río sin relieves: era la única figura que se elevaba más de medio metro del suelo en muchos kilómetros a la redonda. La contemplación del refugio austero en mitad de tamaña soledad me proyectó por primera vez al significado esencial de la maldita choza. Una iluminación debe ser así. Algo similar al escalofrío.

Había rebasado nueve, quizá diez techados como aquél, pero fue ante la imagen despojada de cualquier otro elemento alrededor cuando entendí, ¡entendí!, de qué se trataba. *Una estación militar*. Y tuve la certidumbre inexorable de acercarme a la verdad última del país donde había pasado cinco años de mi vida, de asomarme por primera vez en serio a esa realidad que me habían venido contando y había más o menos intuido a través de los seres incompletos que se arrastraban por las calles de la Capital difundiendo historias macabras de viva voz o con su sola presencia. Supe que había empezado a acceder al significado real de aquella verdad que Occidente solía observar desde lejos pero sobre la que opinaba con determinación, yo mismo lo hice, porque de hecho me sobraban ideas al respecto: la guerra.

Nos dirigíamos hacia la guerra, o hacia lo que quedaba de ella, porque ése era el motivo de nuestro viaje. Casi dos meses atrás se había pactado la paz nacional y, contra lo acostumbrado, el alto el fuego se respetaba. Por supuesto que llegaban noticias de escaramuzas de grupos rebeldes o no avisados de la nueva situación, pero después de más de veinte años de sometimiento a una guerra que ya era la más larga del mundo, con más de dos millones de cadáveres y cuatro de desplazados, las matanzas puntuales tenían relativa importancia, sobre todo si, oficialmente, las posiciones de los contrincantes se mantenían firmes otorgando a la tregua visos de perdurar.

La Compañía petrolífera de Norton fue crucial en las negociaciones y, de manera independiente, decidió financiar la expedición que debía simbolizar el fin del horror. El Gobierno nacional, comandado por el dictador de turno, prefería esperar un poco más pero los ejecutivos

estadounidenses estaban impacientes por difundir lo que ya consideraban un pacto cerrado, querían presentarse como adalides de la paz más allá de las declaraciones habituales. «Necesitamos un hecho significativo», insistían en decir, así que Norton sobornó al ministro Osman y, gracias a una rápida campaña publicitaria, reunió a ciento diez representantes de la mayoría de tribus y facciones implicadas en la contienda.

—Gente simbólica —había dicho Norton—. Necesitamos gente simbólica.

En menos de un mes, la Compañía había encuestado a centenares de aspirantes. Los elegidos debieron resumir su biografía de modo que cupiera en una ficha a la que se adhería el retrato en primer plano tomado por Gerrard Bosman, el fotógrafo que llevaba más de seis años a caballo entre África y Canadá.

Así fue como la Compañía juntó a hombres de modales exquisitos educados en Inglaterra con guerreros feroces amamantados en los páramos de los que se contaba que en las campañas del desierto habían devorado a rivales e incluso a sus propios compañeros. Juntó a lavanderas con ingenieros en telecomunicaciones, una disciplina por entonces muy en boga en el país. Juntó a individuos semidesnudos con peinados rocambolescos y a ancianos de perfumadas barbas venerables. Por algún motivo, todos anhelaban llegar al otro lado y estaban de acuerdo en llevarse bien, o sea que ni siquiera hubo que pagarles. Así fue como la Compañía consiguió a los pasajeros de *La Nave,* la mayoría de los cuales jamás había realizado aquel trayecto.

Una vez perdimos de vista la última estación militar, advertido de que no volveríamos a encontrar más hasta cruzar el pantano, deambulé por el barco para reconocer a los que habían sido y sobre todo iban a ser mis compañeros de travesía.

La Nave se dividía en dos pisos. El inferior concentraba a la mayor parte del pasaje, repartido por los asientos como podía, apilando las maletas a sus pies, empleando bolsas y cartones como cojines o almohadas. La parcela de cada cual comprendía el espacio que ocupaban sus pertenencias.

Un reservista sin brazos pasaba el día jugando a las cartas en compañía de quien se prestara a sostenérselas. Y, como los demás, soportaba impávido la murga perpetua del lector de suras coránicas. Una mujer con un niño en cada brazo iba sentada al final del pasillo de popa entre dos bolsas que despedían un penetrante olor especiado y puntuaban la atmósfera agria resultante de aquella concentración humana combinada con las emanaciones ferruginosas del ferry y con las del agua caliente, y en ocasiones pútrida, del río.

La brisa tibia producto de la velocidad diseminaba los efluvios haciendo flotar sargas y *galabiyas,* los tules, la seda y el algodón, el

algodón que crecía profusamente en los campos, el algodón que saturaba de blanco inmaculado las entrañas de *La Nave,* confiriéndole un aire tan delicioso como fantasma. Las telas se hinchaban y encogían cubriendo las esbeltas figuras de aquellas razas entre negras y árabes. Que vestían de blanco. Como si no hubiera otro color. Camuflándose en un paisaje donde las aves y los perros, la arena y el agua, simulaban compartir una pureza ancestral e impoluta, tan blanca, ignorando la sangre que lo empapaba todo.

El salón inferior de *La Nave* conectaba con un gran vestíbulo intermedio. Ahí estaban las escaleras que conducían al Nivel Superior, la compuerta para desembarcar y el pasillo que derivaba en la cafetería, situada a proa y donde los grupos se arracimaban en torno a tableros de omueso, backgammon o jugaban a las cartas o simplemente charlaban.

En un rincón, varias mujeres con niños bebían té envueltas en túnicas rojas, verdes, en superposiciones de violetas y amarillos que aportaban al recinto algo semejante al calor.

Al final de la cafetería, las dos puertas que normalmente permanecían abiertas desembocaban en la proa. Junto al umbral de una de ellas, de cara al río, acostumbraba a encontrarse Wad, un negro de altura prodigiosa y extremidades bien torneadas que siempre mascaba esnaf y se relacionaba de manera básica y escueta debido, según algunos, a los años que pasó reclutado como niño de la guerra.

—Le atrofiaron demasiadas neuronas. Después de tanto tiempo pensando en violar y matar, cuando uno se enfrenta a la vida simple no debe saber qué decir —había ironizado Norton en una de las numerosas conversaciones en las que se habló de Wad. Según otros, entre ellos el ministro Osman, el formidable negro era un zorro que se comportaba gélidamente para no dar pistas de sus próximas acciones.

—Es un guerrero —Osman decía «guerrero» achispándose al tiempo que se estampaba un manotazo en el abdomen rememorando su temporada en el ejército, cuando le hirieron—, y a los guerreros les sobran muchas palabras. Él entiende. ¿Comprenden? Entiende.

Corrían varias leyendas sobre el negro, casi todas abominables. Una mujer de las tierras nororientales aseguró que Wad había violado a varias de sus amigas en razias de una destrucción sin cuento. El reservista sin manos dijo que Wad, con otros de sus compañeros, había abierto el vientre de una embarazada para comerse el feto. El reservista era un imbécil tergiversador con inusitada facilidad para buscar problemas, varios pasajeros renegaban de él, pero cuando explicó aquel capítulo atroz todo el mundo le creyó.

Wad mascaba esnaf, miraba al agua, escupía por la borda. Así desgranaba las jornadas. En algún momento, caminaba hasta el espacio intermedio de *La Nave,* subía las escaleras que conducían al

nivel superior, nuestra área de camarotes vip, y entraba en la dependencia que al parecer compartía con una mujer a la que yo creía no haber visto. Su ficha biográfica era de las más escuetas y la describía como una *enferma frágil, sin apenas fuerzas para abandonar la habitación*. Entre los diplomáticos y los oficiales de alto rango corría el rumor de que padecía una enfermedad contagiosa, si bien eso no constaba en el informe. Sea como fuera, la mujer había decidido viajar, y se le había permitido.

Como yo trabajaba para Norton, no sólo había intervenido en entrevistas a numerosos candidatos a formar parte del pasaje sino que tenía acceso a las biografías de casi todos los viajeros y la de Wad era, sin duda, la más espectacular, aparte de la más divulgada y decorada con decenas de historias difíciles de verificar.

Después de tantos días de navegación, era habitual que unos cuchichearan sobre otros atribuyéndose facultades y miserias. Mentiras, recuerdos, falsificaciones, circulaban por *La Nave,* unas nutrían a otras convirtiéndose en depurados engendros que me dejaban indiferente. Sin embargo, tras superar la última estación militar, noté cómo las vidas de los otros iban cobrando un volumen inaudito en la cotidianeidad del barco. Todos sabíamos episodios de la mayoría, verdaderos o falsos, y los chismes con más predicamento apuntaban, más que a individuos, a colectivos.

El top del candelero era para los chinos, ocho hombres con una dieta específica a base de arroz pactada de antemano con Karnezis, y divididos en dos grupos. Los cuatro chinos que viajaban en el Nivel Inferior eran subalternos de los cuatro instalados arriba. Los de arriba, con los que yo básicamente me relacionaba, pasaban el día en torno a un radiocassette escuchando la música de una emisora local o cintas con melodías orientales. Cinco chinos (dos de arriba y tres de abajo) practicaban taichi por las mañanas en cubierta y todos tendían a relacionarse poco con el resto del pasaje. Jugaban sin descanso al mah-jong, a las damas, a las cartas, mientras escuchaban música.

Los chinos de arriba eran los señores Zhang Xiaobo y Gao Jin, rondaban ambos los cincuenta años de edad; el traductor Han Tsu, un auténtico pipiolo; y Chang, el joven empresario que, pese a sus obvias intenciones de desmarcarse del espíritu de piña, como sólo hablaba mandarín y el dialecto de su natal Xiamen, se había frustrado varias veces al intentar emprender una charla con extraños y cada vez se atrevía menos a abordarlos.

De cualquier forma, los rumores sobre los chinos eran más divertidos que malévolos, excepto cuando aludían a su codicia y se les acusaba de chantajistas y viciosos. También destacaban los jugadores reunidos en torno al reservista sin brazos, de quienes nadie se fiaba aunque todos atendían a los bulos que allí se fraguaban. Entre los que

sujetaban las cartas del reservista había un antiguo cartero de Dongola, la ciudad del palmeral junto al río. Se comadreaba que el ex cartero de Dongola solía acostarse furtivamente con una mujer tan obesa que no se le veía el cuello. Así se formulaba el chisme. Con esas palabras. El ex cartero de Dongola. Y la gorda sin cuello. Eran gente sin nombre, incluso allí adentro.

Los dos grupos «oficiales» los integraban los soldados responsables de nuestra seguridad, que vestían de camuflaje, y los miembros de la tripulación.

Los vahos de decenas de cuerpos recalentaban las estancias, si bien se había evitado el hacinamiento habitual en los viajes de *La Nave* porque los organizadores habían velado por lograr una cierta comodidad para aquel trayecto extraordinario. Entre la multitud podían distinguirse pequeños corredores más o menos despejados, aunque por supuesto que el olor a especias y sudor y pies estaba condensado y al Nivel Inferior le faltaba luz. Era África. El corazón del continente. Allí, hablar del siglo XXI no significaba gran cosa. Todavía lo importante no era conseguir más luz ni ambientador sino que las tribus que durante años habían mantenido las peores hostilidades guardaran distancias prudentes mientras divulgaban historias de sus vecinos que sonaban a auténticas. Cuesta desconfiar del relato de una atrocidad.

En el Nivel Inferior, a simple vista se distinguía al grupo de negros rapados. Al de los de pelo apelmazado con peinados estrambóticos. A otro grupo que jamás se quitaba los turbantes blanquísimos, remate distinguido de sus perfiles aguileños y las teces tan morenas. Y, por fin, a las madres con niños pequeños y bebés, entre ellas varias prostitutas etíopes y eritreas, que habían tomado un área lateral de babor donde charlaban durante el día antes de repartirse por sus cantones a la hora del reposo. Creo que escogieron el lugar porque el permanente ronroneo de motores mitigaba el estrépito de los niños. Ellas fabricaron el cotilleo de que mi carácter taciturno se debía a un melodrama doméstico: mi familia me había repudiado por ser homosexual.

Tantas murmuraciones quizá se debieran a la monotonía del viaje, a la pesadez del clima, que reducía a un estado inerme y somnoliento e incitaba a la observación de los demás, y al trato con ellos. A no ser que escogieras atrincherarte en tu porción de barco a escudriñar en silencio a los chavales que limpiaban con bayetas la cubierta o a estudiar cómo trabajaba Gerrard, que aparecía en cualquier lugar con su cámara para retratar a quien quisiera.

Hicimos buenas migas. Me gusta la fotografía. De hecho, yo disparé la foto que se incluyó en su propia ficha biográfica. Era un pelirrojo pecoso y flacucho que hacía pensar en Irlanda y en Madagascar, con

sus ojos saltones de lémur. La perilla perenne, entre el mosquetero y el chivo, le ungía de una elegancia grave. Gerrard era un hombre serio.

En la foto viste uno de esos chalecos repletos de bolsillos tan comunes en sus colegas de profesión. Se le ve un pelín encorvado, padecía una lesión de espalda por el peso de las cámaras. Lo que no se ve es el anillo de plata al que daba lustre con el paño de limpiar objetivos cuando le conocí. Un anillo importante para entender mejor su «gravedad».

Cuando nos conocimos en la Capital, Gerrard habló mucho de su infancia. Los dos sabíamos inglés y francés, otra coincidencia entre dos extranjeros que por entonces se buscaban la vida por su cuenta, sin representar a empresas. Compartimos largas esperas en esa ciudad que enseña nuevas formas de paciencia, intercambiando recuerdos. Por eso sé que fue en la niñez cuando conoció a su esposa Jane, la modelo de sus primeras fotos.

La ficha biográfica de Gerrard Bosman no dice que a los catorce años él y Jane se dieron su primer beso. Ni que a los diecisiete hicieron por primera vez el amor. A los veinte se casaron. A los veintiuno tuvieron su primera hija. A los veinticuatro nació Bernard. Tampoco dice que, como por entonces Gerrard ya trabajaba para agencias y periódicos internacionales moviéndose por todo el mundo, Jane empezó a sentirse sola.

A partir de 1988 trabajó como localizador, señala la ficha de Gerrard, que cambió de profesión intentando reanimar su matrimonio. La vida sedentaria no le convenció. *En 1994 volvió al periodismo. Empezó cubriendo informaciones locales aunque no tardó en volar de nuevo al extranjero*.

Jane siguió sin aclimatarse a las largas temporadas sin él.

—Pero estaba claro que no se iba a separar. Ni lo hará. Sigue loca por mí.

No dice la ficha, ni lo dijo nunca Gerrard, que a lo que de veras aspiraba era al amor de su mujer, y de algún modo, pese a las apariencias, se esforzaba por no perderlo. Dividido entre dos nostalgias poderosamente incompatibles, el descontento y la tensión se reflejaron en fotos poseedoras de un hálito aún más conmovedor. Presentó nuevos trabajos sobre guerras, refugiados, viudas, y fue aclamado por la élite fotográfica tras su exposición *Personas sin importancia*. En las entrevistas a los medios repitió una convicción arraigada en su época de localizador: «La mayoría de lugares tocados por la fama reciben ya tantas visitas y los corrompe tanto el ruido, todo tipo de ruido, que su magia, hoy, se limita a los ecos de sus nombres. Yo busco lo escondido».

Cuando Gerrard recibió la oferta de formar parte del pasaje de *La Nave,* le pareció una guinda idónea para rubricar seis años siguiendo

el conflicto del país, del que era especialista. Conocía a prácticamente todos los empresarios y políticos que iban a viajar con él.

—Pero el tío más increíble de todo este tinglado es el capitán Hisham. He conocido a mucha gente. Nadie como Hisham.

Desde hace cuatro años mantiene una fuerte relación de amistad con el capitán Hisham Kamel.

La carrera de Gerrard y sus reportajes sobre las hostilidades convencieron a la asamblea de pacificadores para encargarle las imágenes que debían testimoniar la nueva coyuntura nacional. Para empezar, le solicitaron fotos de todos los pasajeros y tripulantes de *La Nave,* que serían incluidas en un libro conmemorativo del histórico acontecimiento.

Una vez concluida la selección del pasaje, durante nueve días, Gerrard procedió a retratar uno por uno, excepto a la señora Rasha, esposa del ministro Osman, a todos los que embarcaríamos. Un policía militar y yo le acompañamos durante aquellas jornadas con el cometido de corroborar detalles biográficos o añadir datos ausentes en las fichas policiales. *La Nave* debía ser un barco seguro pese a las radicales diferencias de los que íbamos a viajar.

A los individuos denominados «ambiguos» se les sometió a severos interrogatorios en dependencias «adecuadas» y algunos, pocos, fueron descartados. De vez en cuando, Gerrard también tomaba anotaciones de los declarantes aunque sus apuntes se remitían más al carácter de las personas o a historias que algunos de ellos le habían querido contar de manera extraoficial. Tenía ese don. La gente le contaba historias.

Además de encargarse de los retratos para las fichas, Gerrard iba a documentar nuestro viaje hacia el sur. Una vez desembarcáramos en la Ciudad, tenía pensado culminar el estudio de lo que él denominaba «aquel raro microcosmos».

—En la Ciudad —decía— será cuestión de cazar las miradas de una esperanza que al fin se consuma.

La Ciudad.

Después de tantos días navegando nuestro destino había perdido su nombre y por algún motivo todo el mundo aludía a él, simplemente, como la Ciudad. «En la Ciudad me esperan dos sobrinos que aún no conozco, el mayor ya tiene diez años.» «Dicen que el petróleo ha cambiado mucho la Ciudad.» «Cuando lleguemos a la Ciudad...»

Mientras doblado sobre la borda del segundo nivel escuchaba a ciegas el oleaje intentando despegar los párpados para saber quién había dicho aquella frase —«Nunca nada es tan peligroso como te cuentan»—, también me pregunté por el significado de la palabra peligro y pensé en algunos desconocidos, simples presencias en el barco. Pensé en el negro albino de pestañas larguísimas tocado con un

targush que a veces encontraba en cubierta. Pensé en el viejo árabe que después de cenar se remangaba la *galabiya* y retaba a cualquiera a hacer pulsos.

Cuando abrí los ojos, una costa sin vida visible se amostazaba al principio de lo que sería un lento crepúsculo. Colinas distantes combinaban pardos y sienas con el azul lánguido del horizonte, emborronado por los vapores de la calima vespertina. El rumor de voces prosiguió a pocos metros, procedía del puente de mando. Una leve variación del viento, dado que *La Nave* maniobraba para doblar una revuelta preludiada por un peñón gigantesco, me impidió distinguir de qué se hablaba. Sí que vi a Norton, con medio cuerpo fuera de la cabina, y al capitán Hisham gobernando el timón junto a Leila, su única hija, de trece años, a la que, a falta de un heredero varón, estaba enseñando a navegar pese a las irritadas críticas de otros capitanes.

Veía a los tres de espaldas y la voz que llegaba más potente era la de Norton, supuse que fue él quien había soltado el «nada es tan peligroso». Cuando el barco dobló la revuelta, una jauría de perros apareció ladrando al galope por las lindes de un palmeral repentino. Norton los enfocó con los prismáticos. Los perros nos persiguieron un tramo.

—Vaya, por fin te has levantado. Qué forma de dormir —exclamó Norton al bajar los prismáticos. El capitán Hisham y Leila se giraron al otro lado del cristal. Enseguida, Leila volvió a la videoconsola. Hisham, a mirar al río—. Osman dice que roncas. Te ha oído desde el pasillo.

El inglés siempre encontraba algún motivo para reprocharme los ratos de siesta, cuando ése había sido un punto que habíamos aclarado antes de zarpar. Le costaba asimilar el descanso. Era uno de esos tipos pegados a dos teléfonos, incluso cuando se van a una ciénaga. Necesitaba acción y también al pantano trajo su cocaína. De todas formas, nos entendíamos bien.

—Menudo lirón estás hecho.

Solía aludir a animales en sus comparaciones. Camille decía que necesitaba lavar su conciencia putrefacta y por eso había memorizado el diccionario zoológico. Le obsesionaba un pájaro llamado picozapato.

—Es dificilísimo verlo, incluso en sus hábitats naturales —decía Norton. A saber cuántas veces había invocado ya al bicho. Picozapato por aquí, picozapato por allá—. Como veas un picozapato y no me avises...

Yo había visto fotos del pájaro. También lo llamaban cigüeña cabeza ballena, el nombre lo dice todo, y aseguraban que era muy tímido, lo que equivalía a decir que era un ave fantasma. Además, los

furtivos estaban aniquilando a la población y los agricultores les quemaban nidos y huevos en sus periódicos incendios para regenerar el campo, de modo que muy pocas personas habían visto a un picozapato en libertad.

Pero la razón por la que Norton iba a todas partes con prismáticos y rastreaba asiduamente el cielo era su hijo David. El crío sí que era un fan de las bestias.

La ficha de Leonard Norton dice que *nació en Londres en 1967, hijo de una abogada y un directivo de la industria pesada británica*. *Viajó a menudo durante la infancia y la adolescencia acompañando a sus padres, en ocasiones obligados por el trabajo y en general por placer*.

—Pero nunca fuimos a África, a mi padre no le gustaba. Sin embargo, África me visitó a mí —explicaría Norton, refiriéndose a la amante etíope de su padre.

—¡Una negra! —gritó su madre al enterarse—. ¡Hipócrita de mierda!

Durante la crisis, Leonard Norton hijo intuyó que algo estaba a punto de quebrarse y sería para siempre. Sus padres continuaron conviviendo pero el chaval sintió que algo fallaba. Las cada vez más duraderas ausencias de su padre le trastornaban, temía el abandono, y fue tragado por una angustiosa inseguridad que le hizo reformular su relación con el miedo.

—Los peligros de verdad están dentro de los hombres, ésos son los que hacen daño.

El pantano, el sol, el exterior, no eran, según él, nada más que un decorado. Por eso, cuando seis años y tres meses después de casarse él mismo se divorció de Hillary, esto también lo recoge la ficha.

—Fue devastador.

Alejarse de su hijo David le dañó de una forma imprevista. Convencido de que al niño le asaltaría un vacío similar al experimentado por él, se autoimpuso un deber:

—Que mi hijo supiera que yo estaba ahí. En todo momento.

Con David mantenía trato semanal y sólo cuando se internaba en territorios incomunicados podía pasar hasta dos semanas sin dar señales de vida. Pero eso era raro.

A David le fascinaba el mundo natural, sobre todo los animales pintorescos. Cuando supo que su padre viajaría al Sudd, averiguó las especies más exóticas de la zona y encontró al picozapato. Las cuatro veces que habían hablado tras zarpar de la Capital, David le insistió en que hiciera fotos al pájaro. Le habló de su carácter, de sus hábitos. Es un ave que frecuenta los pantanos de papiros y los espacios muy abiertos. Le gusta el lodo, las ciénagas, los marjales.

—Que sí, chaval. Claro que voy a fotografiarte uno. Pero necesito un beso de suerte para que aparezca el bicho de una vez. Venga,

quiero oír ese beso.

La última conversación se había dado tres días antes. Norton habló desde nuestro camarote, tumbado en la cama, mirando a las musarañas mientras con la mano libre toqueteaba el polícromo cordel trenzado por su hijo que usaba de pulsera y amuleto. Cuando colgó, me pidió que sonsacara a Camille más información sobre el picozapato.

—Quiero reconocerlo a una milla de distancia.

Camille. En el Nivel Inferior de *La Nave* retumbó la rugosa voz de la bióloga:

—Ahora que tienen lo que querían, ¿cuándo dejarán de joder?

Me asomé con Norton por la borda. La vieja francesa fumaba un cigarro sonriendo y espirando el humo hacia las alturas donde, como preveía, aparecimos.

Camille enseñó a Norton los dientes amarillos no muy maltrechos. Luego, sus ojos apuntaron a un nuevo objetivo. Norton siguió un instante fascinado los movimientos de la prótesis que sustituía el antebrazo y la mano derecha de Camille: un tentáculo culminado en tres barras metálicas conectadas por sensores a terminaciones nerviosas cerebrales que le permitían ejecutar acciones al filo de lo natural. El artefacto despegó el cigarro de los labios de Camille mientras sus ojos apuntaban con tal fuerza a un lado de la cubierta superior que Norton, al observar que no era él su centro de atención, no pudo dejar de seguir la trayectoria visual de la bióloga hasta encontrarse con quien se suponía debía darle una respuesta: yo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Norton.

Cuando aterricé en el país, mi intención era poner tierra de por medio y olvidar. Había padecido un desengaño, supongo que uno de tantos, dolorosísimo como miles e igual de irrazonable. Las mismas lágrimas, ansiedad, incomprensión y, sobre todo, impotencia, a la que me oponía con denuedo para intentar que el desastre no afectara decisivamente a mi futuro. Se trataba de una confianza pulverizada y de percibir esta vez de forma incontestable que ni siquiera yo me libraría de los pesares que tan a menudo nos auguran los más viejos. Se trataba, en fin, de una clásica huida hacia el sur.

—Digo que si van a seguir puteando, esos cabrones —insistió Camille con su tonadilla pizpireta.

—¿Qué está diciendo? ¿Eh? ¿Qué dice la gabacha? —preguntó Norton.

—Que cuánto tiempo calculas que necesitará la Compañía para asentarse en el país —respondí.

Camille rió tan a gusto que oprimió en exceso la prótesis y cortó su cigarro en dos.

—*Merde!*

Jugaba conmigo. *«Tout le monde joue dans le bateau.»* Le gustaba ver cómo maquillaba sus insultos esforzándome por mantener aquel frágil equilibrio.

Soy traductor. De varios idiomas. Y me encontraba en *La Nave* por no haber sabido interpretar mi realidad. De hecho, así seguía después de cinco años, durmiendo mucho más de lo normal, sin tener una verdadera conciencia del paisaje que surcaba, tan sólo desplazándome hacia el sur, perdiendo de vista lo que nada me importaba, que era el mundo, en general. Después de cinco años, no había extraído conclusiones lo bastante convincentes como para regresar a mi país. Bien al contrario, yo mismo me había ido enredando en un nudo con todavía demasiados cabos sueltos que se agitaban como un reptil policéfalo enloquecido y por eso aún más peligroso.

Hoy puedo decir que a lo largo de aquellos años viví dopado, en un trance perenne con visos de interminable, sin deseos de, cómo decirlo, actuar. El ritmo lento de la vida local y el calor eran excusas idóneas para prolongar la inmovilidad, refugiado en aquella metrópoli demonizada por un Occidente en cuyo imaginario se representaba a los indígenas como bestias sanguinarias movidas por la codicia, y la verdad es que algo de eso había. Como lo hay en cualquier lugar.

Gracias a Wahid, un amigo casual que había hecho años antes en España, conseguí aquel empleo. Wahid era el hermano de mi profesor de árabe en la Escuela Oficial, llevaba cuatro años estudiándolo, los idiomas me apasionan, en total puedo hablar ocho, y pronto simpatizamos. Desde el principio, vi en Wahid al típico emigrante que se forja un pasado glamouroso donde enterrar sus miserias. Esta gente se me da bien, sé escuchar ilusiones, simulo creerlo todo, y al fin y al cabo las charlas me servían para practicar árabe y sentirme cosmopolita.

Un día me pidió que intercediera por su padre arreglándole unos papeles para operarse de cataratas en mi ciudad. La cosa funcionó. Años después, cuando mi vida entró en barrena y no adiviné ningún modo de recuperar lo destrozado y llegaron las pesadillas y me obsesioné con el sur, el sur, el sur, el sur, probé a que Wahid me devolviera el favor. Y lo hizo. Confirmando su dudosa leyenda, consiguió emplearme como intérprete en el Palacio Presidencial.

Durante los primeros tres años estuve al servicio de muchos sin trabajar demasiado. Intervine en entrevistas decisivas para el curso de la guerra, en cumbres afrontadas con enorme tensión que sin embargo casi nunca me estresaron, formaban parte de las preocupaciones de aquella gente que yo sentía muy lejana, como me sentía de todo. Así, no sólo arrinconé las pesadillas sino que progresivamente fui dejando de soñar.

No hay recuerdos del tiempo que pasé dormido.

Quizá fue esa irregular tranquilidad la que incitó al vicepresidente a convertirme en su traductor privado, y también él me animó a aprender chino. Varias empresas chinas y coreanas habían levantado hoteles en algunas ciudades principales del país, y mantenían negocios de cada vez mayor volumen con el Gobierno. Por ejemplo, además de una pequeña flota pesquera, los orientales habían costeado la apresurada restauración de *La Nave*. De hecho, tres de los chinos de arriba eran empresarios que pretendían firmar contratos millonarios en algunas provincias del sur.

De los chinos, al margen de a su traductor Han Tsu, conocía al señor Gao, con quien cerré varios tratos por fax y teléfono en mi época de funcionario. Y fue en una negociación que enfrentó a los chinos con la Compañía estadounidense cuando, al terminar, Norton me lo sugirió:

—¿Nunca te has planteado cambiar de bando?

Norton sabía de lo que hablaba: era un británico a sueldo de los yanquis. Días después, el propio Norton me ofreció una suma extraordinaria por dos años trabajando para él.

Acepté.

De manera que ahí estaba, en la borda, mirando abajo y dando explicaciones al inglés.

—Dudo que la señorita Camille haya dicho eso —replicó Norton acoplándose de nuevo los prismáticos, que enfocó a la ribera—. La diplomacia no es su virtud.

—Dile al cabrón de tu jefe que tiene toda la razón, que su traductor le engaña —dijo Camille mientras se sacudía de la blusa la ceniza del cigarro tronchado. La bióloga volvió a expresarse en su idioma, aunque hablaba un buen inglés.

La ficha de Camille dice que nació en París en 1940. *Tercera de cuatro hermanos. Se interesó pronto por la biología, disciplina en la que destacó como investigadora universitaria. Ha viajado a rincones como la selva amazónica, el desierto de Kalahari, el delta del Yangtsé o las islas de Polinesia, recabando datos sobre especies animales semidesconocidas y logrando un gran éxito al hallar una familia de reptiles nueva y un yacimiento de mamíferos sobre el que hasta entonces tan sólo se especulaba.*

A los cincuenta y tres años, mientras excavaba en el Cáucaso, unas rocas cedieron aplastándole el antebrazo derecho. Hubo que amputarlo.

Al sacudir la ceniza, Camille se rasgó la blusa con una barra de la prótesis. Tenía el pelo largo hasta casi el omóplato pero tan descolorido que en lugar de esbeltez le confería aspecto de mendiga. Los bolsones de las ojeras subrayaban dos cuencas mínimas dignas de desconfianza. Caminaba muy erguida, reflejo de una comezón perenne. El sol de muchos veranos y latitudes le había quemado la piel centuplicando las arrugas y cuarteando toda la superficie visible,

que se desprendía flácidamente morena. Quizá fuera todo esto lo que le insuflaba el carisma, apoyado en ese rostro intimidante que encandilaba a Gerrard —«maravilloso»— y hacía pensar en marineros, pastores y trotamundos.

Alguien llamó a Camille desde el Nivel Inferior. La bióloga desapareció tapando la raja de la blusa con la mano.

—Tienes buenas intenciones —me dijo Norton mientras seguía barriendo la costa con los prismáticos—. No digo que me parezca mal lo que haces cuando alguien se pone agresivo. Pero te pago para que seas exacto.

Campeaba una íntegra sensación de tarde. El disco solar casi podía mirarse de frente en un cielo que cambiaba su monótona palidez en favor de los naranjas, morados, los bergamotas. No se distinguían sombras sobre la vastísima llanura despoblada.

Pasé junto a Norton y entré en el puente. Hisham estaba sentado ante el timón, con las piernas cruzadas, sobre un butacón elevado como el trono de un reyezuelo. Mantenía un cigarro sin lumbre colgado en los labios y alternaba las miradas al río con los vistazos al panel de mandos, donde había varios interruptores iluminados en rojo. Uno parpadeaba.

—Dale —ordenó Hisham.

En alguna cavidad recóndita de *La Nave* se produjo un estentóreo cataclismo. El barco vibró un instante. La orilla comenzó a discurrir más deprisa a nuestro lado.

—El señor Norton quiere llegar cuanto antes —dijo Hisham. El cigarro le basculaba en la boca al hablar. De un cajón semiabierto en la bitácora sobresalía la punta de un mapa que desplegué.

Además de las fronteras de algunos países limítrofes, el mapa comprendía la totalidad de nuestro viaje. Una mancha amarilla copaba la mayor parte del papel, sólo alterada por el ligero amarronamiento de las montañas orientales, que ya habíamos superado, y por la sinuosa trayectoria del río que, de pronto, estallaba. Ésa es la palabra más exacta para resumir la impresión.

Estallar.

El efecto sobre el papel recordaba a la metralla, el cauce disgregándose en miles de puntitos azules que se desparramaban por los dominios amarillos, sin contornos.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Hisham ni siquiera miró al mapa.

—Falta un día y medio para llegar al Sidd.

El Sidd.

Así lo llaman los indígenas.

En nuestra lengua significa barrera.

El capitán no mencionó el área que en ese instante navegábamos.

Porque su cabeza ya estaba en el Sidd. El lugar de referencia. La medida de todas las cosas.

—No se preocupe —dijo la niña, quizá confundiendo el aturdimiento que yo arrastraba tras la siesta y la pregunta «¿Dónde estamos?» con algún tipo de temor—. Tenemos los mejores guías.

Leila estiró un dedo hacia el sistema de localización por satélite y el software de navegación GPS cuyas reverberaciones metálicas, junto a las de la sonda, contrastaban con el puente de madera. Después, la niña cogió la videoconsola y comenzó a pilotar una nave espacial. El centinela de estribor se asomó por la puerta, echó un vistazo a la partida por encima de los hombros de Leila y desapareció rumbo a popa.

—¿Ve lo que le decía, capitán? —Norton hablaba desde la puerta del puente—. Los chavales cuentan con otra tecnología, disponen de más información, van a crecer con menos miedos. Lo malo es que la mayoría de los adultos aún tienen demasiadas bobadas en la cabeza. Si algo he aprendido a lo largo de tantos años por el mundo es que casi nunca nada es tan peligroso como te cuentan.

En el pantano

Una ventisca inesperada atrajo nubarrones que encapotaron el cielo refrescando la atmósfera. Eso, y el olor de los guisos que ultimaban su cocción calculada para la hora de la cena, pareció animar al pasaje. El barco se llenó de conversaciones produciendo un rumor de casino. Debía ser extravagante aquella animación para las bestias de los páramos.

Las comidas se servían simultáneamente en la cafetería del primer nivel y en el pequeño restaurante del piso superior, donde las mesas disponían de mantelería de hilo. Ahí comíamos los diplomáticos y algunos pasajeros acreditados, además de grupos de empresarios como el de los chinos, todos fieles a las mesas de costumbre.

Aquella velada, los chinos se desmadejaban en sus butacones con la radio en el centro de la mesa de patas de elefante cuando la señal se entrecortó un par de veces. El señor Gao, un hombre enteco de media altura al que se le marcaban sobremanera los huesos de las clavículas, meneó la radio como si fuera una maraca y la señal volvió. El señor Gao se remangó la camisa por encima del ombligo, reposó ambas manos en la tripa, cerró los ojos. Su barriga irrumpía en mitad del individuo con una artificialidad alienígena si bien hallaba cierta correspondencia en la cara, redonda y sin duda antiguamente rellena. Ahora la carne flácida de los carrillos le colgaba junto a las comisuras, como a un sabueso.

—La música trae la brisa del verano —dijo.

Cuando concluyó el tema en antena, la radio y los altavoces de *La Nave* emitieron un alarido sincronizado. Muecines a miles de kilómetros coincidían en el segundo exacto de llamar a la oración. Salí del restaurante y bajé media escalera para contemplar el espectáculo de la multitud que se había postrado en idéntica dirección repitiendo los mismos gestos al ritmo de la voz.

La brisa era tibia. El barco surcaba una suerte de depresión de modo que la tierra se tendía al nivel de la mirada. Con la perspectiva de las hormigas y los animales rastreros, columbré siluetas ocasionales que aún se distinguían en el llano —creí ver un árbol, dos hipopótamos en la orilla, una manada de algo que podían ser gacelas, me pregunté cómo sobrevivirían allí—, figurines que se recortaban contra el horizonte lúgubre.

Los fieles se irguieron al unísono creando un efecto de pana acariciada a contrapelo. Se volvieron a inclinar. El viento batía más violento que de costumbre. Las túnicas serpenteaban, tan blancas aún, resistiendo la embestida de la oscuridad.

—Va a llover —dijo Camille unos escalones por encima de mí.

—Eso parece.

—No debería llover.

—¿Por qué?

Camille cabeceaba adelante y atrás, adelante y atrás. Tenía uno de sus habituales ataques de filosofía barata. Volví a subir las escaleras. Un camarero manipulaba la radio de los chinos vigilado por éstos. Las emisoras zumbaban cortadas por interferencias, saltando de un frufrú ininteligible a un gañido persistente que solapaba la oración, ecos siderales que hacían pensar en galaxias y en ballenas.

—Nos estamos saliendo de onda —dijo el camarero elevando un poco el volumen para imponerse a la plegaria—. Probablemente ya no captemos nada más hasta dentro de unos días. De cualquier modo, tengo algunas cassettes...

—Es usted muy amable —respondió Han Tsu, traduciendo de inmediato la oferta a sus colegas. Los tres asintieron cabeceando reverenciales.

Al final de la oración, los pasajeros se instalaron como cada tarde para aguardar la cena. Nuestra mesa era redonda y, además de Norton, sentado a mi derecha, la frecuentaban Osman, su esposa Rasha, Camille, Leila y el jefe de máquinas de *La Nave,* Khalid, un hombre en los sesenta con el rostro apergaminado al estilo de la bióloga pero menos agresivo.

—¿Tu padre nunca hace excepciones? —dijo Camille dirigiéndose a Leila en inglés—. Algún día podría animarse a cenar con nosotros.

—Al capitán no le gusta romper las reglas —respondió la niña. Luego apretó sus gruesos labios manteniéndose recta en la silla. En el puente del barco se sentaba más desgarbada.

El jefe de máquinas frunció el ceño. No hablaba lenguas extranjeras. No sé muy bien por qué el capitán le obligaba a sentarse con nosotros. Era el único de la tripulación que comía en el restaurante, mientras sus doce compañeros lo hacían divididos en dos turnos y en la cocina. Varios comensales habíamos sopesado la posibilidad de que fuera un enviado del capitán con el propósito de que la chica se supiera vigilada pero libre para hablar a su aire y decir cosas «modernas», ese tipo de comentarios que, de entenderlos, podrían haber molestado a Khalid, un marinero esquemáticamente musulmán que obligaba a sus dos hijas a usar velo.

Según nuestra especulación, el capitán quería introducir a Leila en algunos hábitos extranjeros procurando que no dejara de sentir el peso de sus raíces, una maniobra que le convertía en un sofisticado educador, a nuestros ojos. Por eso, cuando Khalid escuchaba a Leila y pedía que yo le fuera traduciendo sus palabras en voz baja, otras personas del grupo me habían animado más de una vez a modificar alguna idea o incluso frases enteras con tal de no comprometer a la niña ya que, durante los primeros días, Khalid la había regañado en un par de ocasiones. Cuando Leila detectó mi complicidad, llegó a dedicarme alguna de sus inusuales sonrisas. De todos modos, aquella

frase no hizo falta tergiversarla.

—*Any, any exception* —aseveró Khalid estirando la barbilla, orgulloso de haber cazado esas palabras inglesas. Luego, en árabe, añadió—: El capitán vendrá como siempre a la hora del té. Mantener el orden es fundamental.

Traduje textualmente mientras él movía la cabeza afirmativo.

—A ver qué trola nos cuelas ahora, amigo —dijo Camille en francés —. Cualquiera se fía de ti.

Las pullas de Camille habían empezado divirtiéndome pero su reiteración comenzaba a minar mis resistencias, y si antes contestaba con un chiste o una mueca, ya había optado por ignorarla.

—Wad fue un gran ejemplo de disciplina —dijo Osman en inglés señalando discretamente al negro, que cenaba solo en una mesa a cinco o seis metros amorrado a su escudilla.

—¿No es un poco incongruente mezclar esas bandejas cochambrosas con manteles así? —murmuró Norton frotando las blondas con la yema de los dedos.

—Pues dicen que Wad era un carnicero —dijo Camille observando cómo el negro engullía puré de patata a cucharadas. La conversación progresaba en inglés, de modo que traduje al árabe para Rasha y Khalid. Si alguno de ellos intervenía, mi traducción cambiaría al inglés —. Un asesino purasangre —continuó la francesa—. ¿A quién se le ocurrió meterlo en el barco? No es que garantice un viaje precisamente tranquilo.

—Señorita Camille —dijo Osman—, se trata de un líder, de un hombre que ha representado mucho para los suyos, y con razón. De acuerdo que ha cometido algunas barbaridades, pero es que ese hombre es un soldado... y combatía... en la guerra. Quizás usted no tiene todavía muy claro qué significa la palabra guerra. Yo he estado en la guerra, señorita.

Osman repetía «señorita» sabiendo que ofendía a Camille. El ministro se incorporó remangándose la *galabiya* y mostró un flanco del espinazo repleto de algo similar a dentelladas. Al margen de las cicatrices, le sobraban varios kilos de carne.

—Qué ombligo más feo tiene, Osman —dijo Camille tapándose histriónicamente la cara con la prótesis.

Varios estuvimos a punto de reír. Sólo yo había entendido sus palabras pero el gesto había sido muy gráfico. El político se bajó la túnica, volvió a sentarse. Su mujer fue a cogerle la mano y él la retiró aprisa.

—Usted desprecia demasiado fácilmente a los soldados —dijo Osman—, no quiere darse cuenta de lo necesarios que son. ¿Hasta qué punto le resulta estúpido conservar algo necesario?

—Desde luego que tiene el día brillante. Se nota que es un

superdotado. Ya lo creo que sí —dijo Camille, recordando que dos noches atrás en aquella misma mesa Rasha había proclamado que el coeficiente intelectual de su marido era de 174. «Muy superior a la media. En su clase era el más listo.» Lo dijo de esa manera imprecisa como a veces se dicen las cosas, entre el rubor y el deseo de divulgarlo pese a comprender la impertinencia.

El ministro chasqueó la lengua y forzó la boca en una torsión difícil de desentrañar.

La mesa estaba pegada al pasillo de babor, y al otro lado de la ventana deambulaba un centinela de guardia. En total, seis vigilantes se repartían *La Nave*. Efectuaban sus rondas por parejas en tres turnos. La guerra había terminado, sí, pero eran lógicas unas mínimas precauciones, aún más teniendo en cuenta la mezcla de capitostes tribales y ex guerrilleros que una vez fueron adversarios.

Rasha no comprendía la charla de su marido pero era obvia su excitación. Sin levantar la vista de los guisantes, le susurró que no se enfadara.

—Dicen que es posible que ese hombre —Camille ladeó la cabeza hacia Wad, que se limpiaba la boca con el dorso de la mano— haya matado a más de trescientas personas. Él solito. ¿Considera necesario a un hombre así?

Osman ensartó un trozo de salchicha. Lo masticó.

—Señorita Camille —había recobrado el sosiego—, cómo es posible que a estas alturas mantengamos una discusión como ésta. Creo que a lo largo de la Historia ha quedado claro lo inevitable de la guerra. Es una especie de estado natural del hombre. Por lo tanto, no se trata de pasarse el tiempo lloriqueando por utopías, por el mundo que debería ser, sino de enfrentarse a lo que el mundo es, señorita. Y para eso hay que buscar a los hombres que resuelvan lo mejor posible.

Osman cortó otro trozo de salchicha y se lo zampó de un bocado. El jefe de máquinas daba ruidosos sorbos a su sopa alternando miradas de la cuchara al ministro. Los demás comíamos en silencio.

—Lo que no deja de entusiasmarme —dijo Camille— es que ese animal era hasta hace unos meses su peor enemigo. Su enemigo, Osman. Quizás haya descuartizado a personas que usted mismo conocía. De haber topado entonces con usted nadie duda de que al menos lo habría troceado y se lo habría comido con salsa. Pero ahora aquí lo tenemos, nada menos que halagándolo. ¡Si se le cae la baba! Quizá debería atenderle un médico. Lo suyo no es normal —Camille me buscó con la mirada—. Díselo a ella —me dijo tocando a Rasha con la prótesis metálica. La mujer apartó el brazo por reflejo—. Dile que lleve a su marido al loquero, le vendrá bien.

Traduje.

—¿Qué es un loquero? —preguntó Leila.

—La señorita Camille sabe bastante de eso —respondió Osman—. Pregúntale a ella —Camille apresó unos guisantes con los dedos metálicos y los dejó caer en la sopa translúcida.

La ficha de Camille Bonnemaison observa que *en 1968 fue internada tres meses en un psiquiátrico a causa de una depresión aguda. No dejaba de llorar*. Lo que no registra el informe pero más tarde divulgarían sus biógrafos es que por entonces Camille vivía sola en un apartamento de París. Llevaba casi una década inmersa en un debate interno iniciado durante su tercer año de universidad, cuando después de varios experimentos valiosos y tres novios se descubrió saliendo del laboratorio universitario con su amiga Amande y las bragas húmedas.

Para desviar la confusión y el creciente deseo que sentía por su amiga, Camille se volcó —aún más— en el estudio, que sólo interrumpía para masturbarse unos minutos. Llegó su tempranísimo encumbramiento como bióloga prodigio, las conferencias, los homenajes, hasta que a punto de cumplir veintiocho años «me planté en un congreso en Estocolmo —estas declaraciones las realizaría a sus biógrafos años después de viajar al Sudd—, conocí a una azafata despampanante y terminé en la cama por primera vez con una mujer. Oh, ya lo creo que me gustó. El congreso duró tres días y dormimos juntas cada noche. Lo que pasa es que en el avión de regreso voy, miro a mi compañero de al lado y me parece que está buenísimo: me mojé entera. Y entonces pensé, ¿qué coño te está pasando, Camille? ¿Qué te pasa en la cabeza?».

Lo que tampoco dicen ni la ficha ni Camille es que en 1967 aquella hija de padres fervientemente católicos todavía no empleaba ni de lejos expresiones como «está buenísimo» o «¿qué coño te está pasando?».

—Era una chica remilgada y estudiosa que se vio desbordada al descubrir su elasticidad sexual —declaró el psicólogo que la trató en el manicomio—. Recuerdo que todo el tiempo sollozaba repitiendo «Dios mío, oh, Dios, perdón. Oh, Dios. Perdón, perdón, perdón». Sólo eso. Y lloraba.

Al regresar de Estocolmo, impresionada por su bisexualidad, Camille determinó que tenía un problema.

—Quizá fuera mi ambición, ese quererlo todo. Debía reconducirme.

Hasta entonces, para resolver los contratiempos había acudido a la infalible disciplina, así que sopesó sus prioridades y decidió descartar lo que consideró al fin y al cabo aledaño, y ahí arrinconó al sexo.

—Creí que lo primero y único debía ser la biología.

Se autoinfligió una suerte de celibato en aquel período hormonalmente explosivo y como la situación se le antojaba entre sórdida y vergonzosa, prefirió no comentar nada con nadie, encerrarse en su dinámica, creando una burbuja tan antinatural y solitaria y

hermética que la bióloga se enajenó.

—Durante unos meses, estuve como una cabra.

Después de varias llamadas telefónicas inquietantes, su hermana gemela Marie abandonó la concentración de su equipo de baloncesto en Villeurbanne y se plantó en el apartamento de Camille. Cuatro días después, la investigadora ingresaba en el manicomio.

En el techo de *La Nave* sonó un repiqueteo. Afuera, el soldado de guardia miró al cielo y subió la capucha de su gabardina. Wad se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Ese hombre es un tanque —dijo Khalid, que ya había terminado la cena y, por nuestras actitudes, debió deducir que continuábamos hablando de Wad—. Se cuentan muchas cosas de él. Un día dijo que abandonaba la guerra y se puso a cazar perros salvajes. Le pagaban por matarlos. Los perros salvajes atacan a los rebaños. No son buenos. Wad los controlaba.

—Bola de sebo —masculló Camille en francés, aludiendo a Osman sin mirarle, mientras yo iba traduciendo el discurso de Khalid—. Maldita bola de sebo.

La lluvia ametrallaba el techo. Seguimos perfilando a Wad con historias más o menos estrambóticas, elevando la voz como los chinos habían elevado el volumen de su radio.

Después de la cena pedimos tés y cafés, el mío sin azúcar, perfumado con pimienta negra. Osman esnifó un par de raciones de rapé y los fumadores encendimos cigarros. Camille lió un pitillo empleando sólo la mano buena y luego tendió sutilmente el paquete de picadura hacia Leila, que miró a Khalid. El jefe de máquinas estiró los labios y la niña rechazó el tabaco.

Aún no habían servido las infusiones cuando aparecieron Hisham y Gerrard. El capitán situó una silla entre su hija y Khalid, desenfundó un paquete de tabaco y pidió té al camarero. Khalid cedió su asiento al periodista y se marchó. Gerrard también fumaba. Se formó una espesa humareda.

—Pero ¿usted no era ecologista, Camille? —dijo Norton.

—Te he dicho mil veces que es picadura —traduje conforme la francesa murmuraba—. Pi-ca-du-ra. Tabaco de verdad y no esa bazofia alquitranada, imbécil.

El «imbécil» lo omití.

—Y tú no te creas tan listo por ir timando a esta panda de desgraciados —me dijo Camille mientras en otras partes de la mesa se emprendían charlas autónomas.

—¿Qué dice? —preguntó Norton.

—Nada. Me habla a mí.

—Sí, pero qué te dice.

—No eres más que un papagayo —continuó la francesa, sonriendo.

Dio una calada a su cigarro—. Siempre repitiendo, repitiendo, repitiendo. ¿Cuándo vas a hablar por ti mismo? ¿Eh? ¿Es que no tienes ideas?

Aunque Gerrard entendió nuestra conversación, no intervino. No involucrarse en disputas ajenas era un principio que cumplía desde hacía años y de momento seguía vivo después de una infinidad de corresponsalías que le habían valido alguna herida y un carácter entre despojado y satisfecho. Gerrard manoseaba la brújula de plata estropeada que le servía de talismán. Cuando vio que Leila le observaba, simuló consultar el artilugio.

—¿Te gusta viajar? —preguntó a la niña.

Leila frunció los labios, su nariz aleteó.

—Siempre viajo —respondió mirando a su padre—. No está mal.

Yo iba traduciendo para quien me lo pedía.

—Qué maravilla, chica —dijo Camille en inglés parpadeando de manera afectadamente romántica—, siempre viajando.

—Hacía años que no tenía la sensación de viajar —dijo Norton—. Quiero decir de pasar un buen montón de horas viendo cómo van cambiando las cosas de alrededor. La verdad, no me convence. Todo ese tiempo haciendo qué... Esto de pasar días y días enlatado... no, no va conmigo. El avión es uno de los grandes regalos modernos. A ver si llegamos de una vez a la Ciudad.

—Yo lo paso muy bien viajando. Creo que es cuando mejor me siento —dijo Gerrard.

—Usted no sabe lo que es viajar —respondió Norton—. Se pasa la vida de un sitio a otro y ha perdido la perspectiva. Como yo. La gente que vive en un piso todo el año, o incluso en un chalet con jardín, pero yendo a su trabajo y volviendo cada día a la misma hora, ellos sí que saben lo que es un viaje. ¿Y le digo qué opinan? Ellos creen que todo esto no son más que paréntesis en los que intentamos olvidarnos de lo que importa en serio.

—¿Cree que las fotos de Gerrard no son serias? —preguntó coquetamente Camille en inglés.

—¿Me pasas el azúcar? —dijo Norton. Le tendí el azucarero de plástico. Se sirvió dos cucharadas en el té ignorando a la francesa. Gerrard entreabrió la boca pero optó por callar.

Así estaban las cosas en *La Nave,* tensas como en esos concursos televisivos donde encierran durante meses en un mismo recinto a desconocidos de caracteres antagónicos. Camille se tragó dos tranquimazines con el té y se sumió en un limbo que la mantuvo lejos de la narración que acababa de emprender el capitán Hisham tras escuchar nuevos comentarios sobre Wad.

—Cada uno arrastra su pasado —dijo el capitán.

Hisham había sido marino, alcanzó el grado de contramaestre y

surcó durante décadas los océanos. Hasta que llegaron los problemas de visión. «Perdí los ojos.» Según él, a causa de las muchas horas pasadas en los camarotes leyendo, la otra de sus pasiones.

Había vuelto al río para jubilarse, dispuesto a declinar en sus aguas calmas. De todos modos, la añoranza de las incertidumbres del mar le animó a aceptar la capitanía del *Trópico,* el único barco de pasajeros que durante la guerra había cruzado con desigual regularidad el pantano del Sudd.

Como la mayoría de barcos del país, el *Trópico* fue construido a mitad del siglo XX y se incorporó a la flota nacional cedido por un gobierno extranjero. Su carácter renqueante después de la edad dorada y la misión singular de ser el único medio de transporte encargado de conectar de forma periódica el norte y el sur, hicieron que Hisham se encariñara con el barco como jamás antes lo había hecho con nadie, con nada.

De sus años en el río, el capitán había aprendido que las riberas y el perímetro de los lagos solían ser peligrosos, dado que los comandos itinerantes acudían a refrescarse. Por eso, y por el oleaje que provocan las orillas, el capitán procuraba navegar en el punto más intermedio posible del cauce, franqueando a toda máquina los tramos angostos susceptibles de emboscada. Y fue en uno de esos corredores donde la excesiva velocidad, o las ensoñaciones que a menudo le asaltaban, o la flagrante miopía, evidenciada por las gafas multidióptricas que ahora se ataba al cuello con un cordel elástico, le despistaron de los escollos.

El *Trópico* no se hundió pero quedó volcado, pudriéndose durante diecinueve meses. Hisham los había contado. Diecinueve. Nadie murió y sus superiores relativizaron la catástrofe pero el episodio traumatizó al capitán, que se obcecó con la idea de regresar al río. Logró ser nombrado responsable de la embarcación sustituta, una reliquia de la Segunda Guerra Mundial proporcionada por el Gobierno británico a la que se había rebautizado *La Nave*. De todas formas, Hisham nunca se desprendería del infortunio que le valió el mote de El Hundidor.

—Cada uno arrastra su pasado —había dicho el capitán—. Wad no tiene por qué ser un mal hombre.

—Capitán, ¿crees de verdad que alguien con el historial de Wad puede regenerarse? —preguntó Gerrard.

—¿Qué sabes tú de su historial? —dijo Camille.

Gerrard frotaba con el pulgar su anillo de matrimonio.

—Lleva una buena temporada en son de paz —respondió el capitán —. Y está cuidando a esa mujer. No hay motivos para creer que no vaya a seguir así.

—Venga, reportero, háblanos del historial de Wad —insistió Camille.

El periodista carraspeó. Las venas de las sienes se le habían

hinchado. Tenía las mejillas tan sonrosadas que las pecas resaltaban más. Cogió el bolígrafo y se puso a trazar rayas sin aparente sentido en la parte intermedia de un bloc.

—Bueno, es verdad que ha hecho algunas cosas poco recomendables, a fin de cuentas es un guerrillero y ya saben cómo las gastan por aquí.

—¿Por aquí? —dijo Osman—. ¿Es que en otras guerras es diferente?

—Desde luego que aquí se han superado, señor Osman —replicó Gerrard suspendiendo el bolígrafo a centímetros del bloc.

—Pero eso no significa que Wad sea incapaz de vivir en sociedad —dijo el capitán.

—¿Cree en serio que alguien que ha asesinado a cientos de personas puede sentarse tan tranquilo en el café de la esquina sin desear en cualquier momento empezar a rebanar pescuezos? —preguntó Camille.

—La gente cambia.

—Sea como sea —dijo Osman—, Wad es de esa clase de hombres que dan seguridad. Mejor tenerlo en tu barco que en el de al lado.

Wad se limpiaba las uñas con el tenedor. Gerrard se rascó la melena y, de no ser por el tableteo del diluvio, podríamos haber oído la fricción de sus dedos sobre el cuero cabelludo porque todo el mundo en la mesa enmudeció.

—Vaya una está cayendo —dijo Rasha en árabe.

—No es bueno que llueva tanto —dijo Camille en francés.

La Nave se balanceaba en las aguas revueltas por una corriente cada vez más impetuosa.

Se escuchaba un tintineo de poleas sueltas. *La Nave* también pertenecía al vetusto lote del *Trópico* facturado por los astilleros ingleses. Era un barco de proa y popa chatas con las amuras decapadas por el óxido pese a que antes de zarpar, y en loor de la ocasión, se le habían dado unas manos de pintura que atenuaban su aspecto añejo. Históricamente, *La Nave* había cubierto la ruta norte-sur, igual que otros viejos vapores, y por eso, aunque incorporaba un motor diésel con quemador de gasoil, todos la continuaban llamando «vapor».

Por lo general, *La Nave* transportaba a unas doscientas personas apiñadas si bien para aquel viaje «simbólico» la Compañía estipuló en ciento diez el número de pasajeros. Partió cargando los víveres de veinte días, contando con avituallarse en las escalas. Además, poseía un generador de electricidad que por las noches servía para iluminar mínimamente la cubierta y al que los usuarios de teléfonos móviles acudían a recargar.

Como cada noche, a las diez se apagaron las luces del barco. Los pasajeros del Nivel Superior se habían retirado a sus camarotes. En el

restaurante los camareros recogían las mesas alumbradas por lámparas de queroseno. En cubierta brillaba la luz mortecina de una baliza de posición difuminada por el diluvio. No conciliaba el sueño y bajé a la cafetería, donde Norton debía estar distrayéndose.

—Como siga así, mañana no podré hacer mis ejercicios —dijo cuando me vio. Fumaba solo en la barra al resplandor de un candil de llama exangüe—. Y cómo me mosquea perderme la gimnasia...

La lluvia repiqueteaba sorda camuflando el rumor de las mesas donde aún se jugaba a cartas. Camille jugaba al solitario dando espaciados sorbos a un vaso de té. La lluvia producía el sonido estremecedor y absoluto de una manada de bisontes en estampida. Era difícil no pensar que ahí fuera el cauce se ensanchaba, las aguas se extendían creando algo que podría recordar al mar. Difícil no pensar que el río se agigantaba con la autonomía de un ser vivo.

En la barra, Norton había desplegado dos mapas. La Carta Náutica del Almirantazgo Inglés estaba abierta por la sección centroafricana que atravesábamos pero no aportaba datos precisos.

—Los mejores mapas del mundo, ¡ja! A esta gente sólo le importan los mares —dijo Norton colocando encima de la Carta el mapa no tan grande pero mucho más detallado que había comprado en un aeropuerto africano—. ¿No crees que es antinatural que descienda hacia el norte?

Como muchos de sus antepasados, como tantos antiguos geógrafos, Norton pensaba que el curso lógico del río habría sido de norte a sur, conforme los exploradores occidentales lo descubrieron. Es el sentido de nuestra civilización. Primero el norte. Después el sur.

Aún hoy, que un río descienda hacia el norte suena demasiado a paradoja y en ocasiones provoca malentendidos. Atendiendo a los mapas, el río se oponía a la ley gravitacional. Era una fuerza ignota. Subversiva. Misteriosa.

—Malo, malo, malo —dijo Norton golpeando con un dedo frenético la superficie pantanosa en el mapa, sobre el que cayó una gran gota de sangre—. ¡Joder! —masculló enderezándose. Supuse que de nuevo se le había ido la mano con la coca. El barman le tendió un paño saturado de lamparones. Norton echó un vistazo al trapo y se lo incrustó en las fosas chorreantes—. No consigo habituarme a este clima de perros —dijo con la cabeza hacia atrás.

—Sí, debe ser el clima —dijo Camille desde su asiento, sin levantar la mirada. Sobre la mesa lanzó una carta boca arriba.

El centinela estaba quieto en el exterior. Las gotas rebotaban con violencia contra su chubasquero.

—¿Sigue buscando al picozapato? —preguntó el capitán. Norton rastreaba el horizonte con los prismáticos tarareando la melodía del teléfono móvil reservado para hablar con su hijo.

—No. Espero a que aparezca el Sudd.

Era media mañana de otro día atípico, porque amaneció gris y, aunque no hacía exactamente frío, más de uno vestíamos manga larga. Según los cálculos, faltaban pocas horas para entrar en el pantano.

—No lo verá —respondió Hisham—. No hay nada que lo anuncie. Al principio las riberas se ensanchan poco a poco, uno piensa que puede ser un tramo más amplio del río. Yo mismo me he confundido a veces descubriendo que después de creerme en el pantano el río se volvía a cerrar. Por aquí las medidas no son las mismas. Pero llegará un momento en el que comprenda que está dentro, ya verá.

—¡Aaahh, me van a matar! —gritó Leila junto a su padre meneando aprisa la videoconsola. Tenía las manos llenas de arabescos pintados con *henna*.

—No digas tonterías —respondió el capitán. Desaprobaba la afición de Leila («Eres una adicta. Debes desengancharte») pero nunca hizo ademán de arrebatarle la máquina ni la presionó para que prescindiera de ella.

El capitán escrutaba las aguas, que bajaban con más detritos de lo habitual. Las ramas y los bloques de maleza pasaban lamiendo el casco de *La Nave* y algunos módulos de mayor magnitud se descomponían al chocar contra la proa. El río poseía una densidad casi fangosa sobre la que de vez en cuando flotaba el cadáver de alguna perca de estupendas dimensiones cuyas escamas, sin embargo, aquel día no brillaban.

La luz tenue me inoculó un vigor raro. Sentía los pulmones bombeando con potencia, la cabeza despejada. Deseaba inspirar fuerte, y lo hacía. La brisa tónica imprimía mayor fuerza a cada acción, el cuerpo pesaba menos, apetecía moverse. Merodeé por distintas dependencias e incluso por la sala de máquinas, donde tres adolescentes con cascos orejeros se comunicaban por señas en el fragor de las turbinas y las válvulas.

Me acodé en la baranda de popa que marcaba el fin del barco ensimismado entre el rugido de motores y el fárrago de espumosas aguas turbulentas que iba quedando atrás. Pensaba en cualquier cosa mirando a cualquier lugar, y cuando en algún momento decidí entender lo que veía, avisté una costa demasiado lejana. Los contados árboles de la orilla en lontananza comenzaban a ser difícilmente distinguibles. La costa se reducía a una franja parda un milímetro por encima de la plancha de agua negra.

Entonces vi otro barco. A lo lejos, desplazándose río abajo, en dirección contraria a *La Nave*. Forcé la vista para precisar la silueta, inquieto por encontrar aquella embarcación oscura en tan inmensa soledad. Era un esquife chato, de poca altura, quizás una chalana a motor de las que empleaban los indígenas para transbordar víveres y

pasaje. ¿O no? Teniendo en cuenta su altura, deberían distinguirse los tripulantes recortados sobre el bote.

Parpadeé.

Los ojos sintieron el frescor de las membranas húmedas y el iris se reenfocó alcanzando una definición de pocos metros más allá, los justos para averiguar que en lugar de la barca deducida, lo que surcaba el otro lado del río era una isla. Una de esas formaciones que crecían a fuerza de acumular matorrales y vegetaciones desprendidas de la costa, además de otros organismos, y que a su paso arrastraban nuevos desechos que se añadían a la carga cuajando en ocasiones islotes de volumen colosal.

Era una isla flotante.

Había visto otras de menor dimensión, porque estas islas menudeaban por el río, pero nunca antes había tenido problemas para identificarlas como lo que eran, así que el reconocimiento de la distancia que se abría entre aquella gigantesca formación de residuos vegetales y yo fue suficiente para saber que *La Nave* se había introducido en el Sudd.

Subí a la cubierta del primer nivel, donde algunas mujeres musitaban nanas. El caudal discurría despacio. Pensé que estábamos solos en el agua. Me animó haberlo pensado en plural. Las depresiones fluviales determinaban la acumulación de plantas flotantes formando en ocasiones cajones de maleza y tierra que tapiaban por momentos el horizonte creando una opresiva atmósfera de valle.

—Yo he hecho barcas con eso —dijo un hombre señalando un tupido bosquecillo de *ambath*—. Flota bien, casi casi como el corcho.

Nadie parecía singularmente interesado en el paisaje así que continué subiendo escaleras hasta el castillo de proa.

—Parece que entramos —dijo Norton mascando chicle.

Desde la atalaya vi el caos. Un mundo incierto. A estribor manteníamos la orilla a doscientos metros, sí, pero a babor se derramaba una superficie inabarcable donde centenares de islas de tamaños desiguales circulaban a la deriva por el agua, como satélites en el espacio, como estrellas o planetas, partículas de una galaxia desconocida y tan desoladoramente anárquica que no podía más que cautivar. ¿Cuáles eran los dominios del agua? ¿Aquellas islas podían considerarse «tierra»? El tiempo había degradado los detritos y matorrales que se apilaban en las capas superiores hasta rebajarlos a la condición de polvo o grava, formando un manto somero que cubría la colcha de raíces y le daba apariencia sólida.

También menudeaban los islotes estáticos, conglomerados vegetales probablemente arraigados al fondo de la ciénaga que habían dado lugar a frondosos cañaverales y a plantas de ciclópea envergadura. Grandes nenúfares azules y amarillos alfombraban tramos de río a lo

largo de los suficientes metros como para no atisbar dónde se encontraba el fin.

Dicen que el Sudd se formó en algún milenio inmemorial a causa de la falta de orillas. El caudal madre del río se expandió por la llanura y el resultado de la inundación era aquel universo de lagos y canales sinuosos determinados por las islas flotantes que, al variar naturalmente su posición, convertían el pantano en un laberinto móvil.

El Sudd es tan grande como numerosos países europeos de tamaño medio, con la distinción de constituir un reino sin límites, de confines corredizos. Los geógrafos no pueden especificar fronteras y cuando lo hacen deben modificarlas al poco. Si alguien hubiera concretado las dimensiones del Sudd dos días antes, habría debido corregirlas aquella misma mañana, después del aguacero nocturno. Y es que el pantano crece y mengua, se dilata y se contrae en un latido imparable que hace pensar en la existencia real de un corazón en el centro del continente africano.

Durante siglos, esta jungla emergida de las aguas pareció resistir a cualquier barco. Nadie ha contabilizado nunca a los hombres y animales que han perecido allí. Un austríaco lo atravesó hace poco más de un siglo y, años más tarde, dinamiteros ingleses abrieron un corredor para la navegación fluvial. Pero incluso de la época posterior a la apertura del paso se guardaban relatos terribles sobre naves extraviadas en el magma. La modernización de los buques y los nuevos dispositivos habían trivializado los peligros legendarios pero a éstos los habían sustituido otros, inaugurándose la era en la que el hombre ya fue más temido que la propia naturaleza. Entonces surgió la leyenda de los Ahlan, una tribu de forajidos que habitaba en su interior.

El capitán procuraba no alejarse de la orilla, confiando en que ningún obstáculo interrumpiera nuestra marcha desviándonos al seno de la ciénaga.

—Me gustaría cumplir con las fechas. Rodear según qué islas nos podría demorar demasiado —dijo Hisham.

A lo largo de la jornada remontamos la corriente a velocidad satisfactoria. Hacia las siete y media anclamos a unos veinte metros de tierra. Las nubes continuaban bajas y tapando el firmamento, de modo que asomaron pocas estrellas. Cenamos en la mesa habitual. El capitán y Gerrard sustituyeron a Khalid a la hora del té e intercambiamos impresiones sobre el espectáculo natural presenciado en las últimas horas. Hubo menos provocaciones que de costumbre e incluso Camille contó un par de entretenidas historias que nos hicieron reír. No llovió.

Quizás a causa del frescor de las nubes, o del viento que ululó a lo largo de la noche, los insectos no incordiaron demasiado. Al alba me

despertó el canto de pájaros cercanos y la respiración profunda de Norton. Por la tenue cortina que cubría el ojo de buey se colaba la primera luz del día perfilando los objetos del camarote. La gorra del Newcastle F. C. de Norton en la mesita de noche junto a los prismáticos, el discman y el cesto donde mezclábamos pilas nuevas y gastadas. Cuatro zapatos desperdigados por el suelo. A la cabecera de mi cama, una enciclopedia china de bolsillo coronaba las dos novelas de aventuras seleccionadas para el viaje.

Mi cama era la más cercana a la claraboya que proyectaba un circulito de luz aún lánguida y temblequeante en la pared, un poco por encima de la espalda encogida de Norton. Como un sol de medianoche. En el espacio traspasado por el haz flotaban microorganismos, partículas elementales. El armario a nuestros pies parecía una gran mancha o un animal fornido. Se notaba el balanceo suave del barco.

Me vestí para disfrutar del amanecer en el páramo en la mayor soledad posible. Casi hacía frío, así que me enfundé una camisa y salí a la cubierta de proa. El pantano resultaba invisible tras la niebla. La evaporación matutina propiciaba el desfile de espectros y siluetas fugaces. A cada paso recortaba la humedad dejando mi contorno perfilado, un rastro que en segundos borraban nuevas oleadas de bruma.

La Nave se balanceaba suave, bien anclada. El capitán fumaba en el puente acompañado por uno de sus hombres. De vez en cuando, de la niebla llegaba un crujido o una especie de grito que hacía pensar en simios. El trajín de insectos, pájaros, reptiles y, sobre todo, agua, era todavía un presentimiento más que algo verificable. Ni siquiera distinguía el río bajo mis pies. Nada a la vista corroboraba la sospecha de vida animal alrededor y, sin embargo, me abrumaba la intuición de compañía. Ningún lugar como el pantano al alba para sentirse incapaz de una sola certidumbre.

Pude escuchar el sonido de olas lacias rompiendo contra la quilla. Las primeras brechas en el intangible muro anunciaron la presencia, a no más de diez metros, de un pequeño conglomerado flotante. No suponía un escollo significativo, no alcanzaría la longitud de seis metros, pero su solidez era formidable. El musgo se extendía por la base y algunos núcleos de vegetación habían cuajado en compactas protuberancias arborícolas dando lugar a pequeños troncos. ¿Cuánto tiempo llevaba aquella isla a la deriva para haber engendrado tanta vida?

La isla continuó despacio perdiéndose en los vahos. Hubo un ajetreo y un rumor de gresca salvaje en algún lugar del pantano. La salida del sol comenzaba a evaporar la niebla del mismo modo urgente que al abrir la puerta del baño después de una ducha invernal. Los insectos

todavía eran millones. Los últimos vapores ascendieron unos metros y se deshilacharon de manera definitiva desvelando los dominios de la ciénaga. Y las aguas mansas. Y la orilla enjunglada de la ribera oeste. El sol empezaba.

—Cómo pueden habernos hecho esto. Más de veinte años de guerra —dijo el capitán en inglés desde su trona frente al timón, ajeno al caño de ceniza a punto de quebrarse en mitad del cigarrillo. Yo escuchaba desde la puerta. Norton y tres chinos practicaban taichi en la cubierta de estribor.

—Las cosas son como son, capitán —contestó Camille. Estaba sentada en una butaca muy baja del puente de manera que estiraba el cuello hacia arriba para ver la cara de Hisham—. No sea derrotista. Un día te levantas y dices: «Es fácil vivir aquí». El día después te levantas y dices: «No es fácil vivir aquí». Hay que estar preparado para esto. A fin de cuentas, las guerras nunca van a terminar. Es cierto lo que el otro día dijo Osman, hay que estar preparado para la guerra. No pensé que usted fuera uno de esos llorones.

Norton y los chinos trazaban una hilera manteniendo el equilibrio sobre una sola pierna mientras plegaban la otra hasta formar ángulos rectos.

—Hablar es fácil, señora Camille.

—Nada, hombre. Sea más optimista, frivolice un poco. Mire yo, lo guapa que me mantengo por no tomarme las cosas tan a pecho.

El capitán, que hasta entonces había atendido en exclusiva al agua, le echó un vistazo. De un hombro de la francesa colgaba una mochila por donde sobresalían los tubos y las ganzúas que empleaba para sus investigaciones.

—¿Qué edad dirían que tengo? —preguntó Camille.

La pregunta también nos la dirigía a Leila y a mí. La niña estaba apoyada sobre el tablero de mandos ante los restos del té y las galletas a los que el capitán me había invitado por compartir el alba con él. *La Nave* continuaba rumbo sur bajo un cielo surcado por esporádicos nubarrones.

—Venga, no sean tímidos. ¿Cuántos me echan?

Leila sacó la videoconsola de algún bolsillo bajo su chilaba y la conectó.

Pensé en setenta.

—¿Cincuenta y seis?

—Algo así había calculado yo —dijo Hisham.

Leila sonrió al pulsar las teclas de la consola. Camille remedó un aplauso entre su mano de carne y hueso y la prótesis, se rió a carcajadas.

—Sesenta y cuatro. ¿Qué les parece? Y todo por no tomarme las cosas demasiado a pecho.

—Si fuera verdad, no hablaría en francés al señor Norton —respondió Hisham.

Camille profirió unos gorgoritos, algo así como Nogton, Nogton, Nogton. Sacaba los labios cabeceando de hombro a hombro como el péndulo de un reloj cada vez que lo nombraba. Nogton, Nogton, Nogton. Parecía un instrumento de cuerda. Una vieja mecánica. Divertida, respondió:

—Al contrario. Si hablara en inglés con él me pasaría el día discutiendo. Mi fórmula es mejor.

—No esté tan segura —intervine—. Norton es muy diplomático.

—Créeme, amigo: discutiría.

La videoconsola emitió la sintonía de pantalla superada.

—Sí que empiezas temprano —dijo el capitán a Leila.

En el cristal del puente cayeron dispersas gotas de lluvia. Camille chasqueó la lengua.

—Vaya —dijo—. Si sigue así, el pantano va a crecer de verdad.

—No se preocupe, señora Camille —dijo Hisham—. Con aguas altas navegamos mejor, hay menos riesgo de embarrancar.

—Pero la lluvia no es normal en este lugar del continente, y menos en esta época, ¿no es así, capitán?

Hisham se inclinó hacia delante apretándose el puente de las gafas contra el tabique.

—Este año está siendo raro —respondió.

—Claro, ¿y sabe por qué? Por Norton y su gente, que no respetan los mínimos naturales. Sólo quieren ganancias, petróleo, y venga a perforar, perforar, perforar, y a gasear, gasear, gasear. Eso sí que es un problema serio, ¿ve? Van a cargarse el planeta, van a destrozarlo todo. Eso sí que es un verdadero problema, porque ahí no hay vuelta atrás. No hay nada más serio que eso.

—La verdad —dije—, no sé hasta qué punto... Los cambios del clima son cuestiones periódicas.

—¡Periódicas! —incorporándose, Camille se pasó al francés. Abrió la mochila y sacó una probeta. Había dejado de llover—. Eso lo dices tú, que estás a sueldo de quien estás. ¿Es que no tienes ojos para ver las cosas por tu cuenta? Pasarte la vida hablando por la boca de otros te está trastornando el cerebro, amigo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el capitán.

—Dice que quizá sea mejor esperar a ver cómo evoluciona la meteorología —respondí en inglés—. No deberíamos alarmarnos tanto por cosas de las que no estamos seguros.

—Pero ¿tú sabes a qué ha venido Norton aquí? —dijo Camille desde la puerta del puente—. No me extrañaría que ni siquiera supieras para quién trabajas.

La misión de Norton consistía en ultimar el permiso de extracción

de varios millones de barriles de petróleo para la reserva energética de Estados Unidos en detrimento, por primera vez en décadas, de los chinos. Alcanzar nuestro puerto de destino supondría abrir definitivamente el canal sur de esa potencia petrolífera africana permitiendo una exportación regular que contribuiría a cubrir las necesidades de los americanos. Los norteamericanos. Por eso, más de una vez, los habituales idiotas británicos apuntados al nacionalismo de pacotilla le habían llamado traidor, mercenario y memeces semejantes que nada le alteraban. Su maleable personalidad le había permitido capturar pedazos de culturas distintas quedándose con lo que más le convenía. El resultado era un coctelero intelectual que, por ejemplo, pese a su rechazo a la naturaleza y el desapego por lo patrio, creía en Dios. Siempre llevaba una cruz de plata colgada al cuello y, aunque no de forma sistemática, de tanto en tanto rezaba un padrenuestro que aprovechaba para formular el ruego de turno. En sus últimas oraciones, Norton siempre solicitaba ver un picozapato.

—Señor traductor, el señor Osman dice que le vaya a ver —dijo un niño asomado al puente de mando—. Acompáñeme.

Salí a cubierta con Camille. Se dirigía al Nivel Inferior, donde a diario recogía muestras de agua, de alguna planta o helecho flotante.

—Soy científica, amigo mío —dijo antes de separarnos—. ¿Y es que no te has enterado de todos esos informes? ¿No lees la prensa? ¿En qué puto mundo vives?

—Sabe muy bien que incluso para usted es difícil determinar los porqués de ciertos sucesos meteorológicos —respondí desde las escaleras mirando a la bióloga, ya varios peldaños por debajo—. Y por favor, no vuelva a llamarme amigo.

El niño me llevó hasta donde esperaban Osman, Norton, Han Tsu y Chang, además de otro niño y del sargento de la guardia, a quien le faltaba una ceja. Como político preferente, antes de zarpar Osman había sido informado de algunos detalles útiles. Por ejemplo, dónde se encontraba el arsenal de *La Nave*. Osman también poseía una de las dos llaves para acceder al armario del armamento. El mismo que acababan de abrir.

—Campeonato de tiro —dijo el ministro pasándome uno de los siete fusiles (en realidad dos eran rifles) almacenados.

En total sacamos cinco armas y dos cajas de munición. Los niños montaron un lanzadiscos en la popa siguiendo las instrucciones de Osman mientras pactábamos el orden de tiradores. *La Nave* dejaba su rastro espumoso más o menos zigzagueante. Dos grullas coronadas cloquearon rumbo a la costa, que me pareció aún más lejana.

Han Tsu era el único espectador, de modo que se acodó en el pretil mientras consultaba algo en su teléfono móvil. El resto cargamos las armas con balas del doce. Norton preguntó al sargento qué esperaba

del futuro una vez concluida la guerra y el militar, el primero en amartillar su arma, respondió:

—Ahora se trata de enfrentar un nuevo desafío: la amenaza terrorista.

Desde la proclamación de la paz numerosos grupos habían asegurado que ellos continuarían los combates y que si era preciso enfrentarse a sus antiguos jefes lo harían sin contemplaciones.

—La lucha contra objetivos ambiguos es la nueva forma de guerra —dijo Osman con la culata de su rifle apoyada en la cartuchera.

—Aquí no hay nada de cobertura —dijo Han Tsu tecleando su teléfono—. Nada de nada.

Fuimos cerrando los cañones con chasquidos. Me tocó abrir fuego, así que di un par de pasos hasta la caja que habíamos situado en la última porción de popa y levanté el fusil.

—Espero que no se nos ponga a llover ahora —dijo Norton.

Me entró algo en el ojo izquierdo.

—Un momento.

Bajé el arma y me froté con fuerza.

—Los terroristas no tienen ninguna opción pero pueden hacer mucho daño —dijo el sargento.

—Lo peor es que están convencidos de lo que hacen —dijo Osman.

—Ustedes les convencieron —intervino Norton—. Hicieron su trabajo demasiado bien concienciándoles sobre la importancia de la patria y la maldad del enemigo.

Pestañeé varias veces hasta que la partícula se esfumó. Agarré de nuevo el fusil con ambas manos. Mientras lo acoplaba al hombro, trazando un triángulo perfecto con los codos y los brazos, eché un vistazo de soslayo en busca de la orilla. No la vi.

—¿Preparado? —preguntó el ministro.

—Venga.

Un siseo acompañó el rápido deslizamiento de una suerte de correa y en el aire apareció la mancha negra girando sobre sí misma. La seguí con un gesto maquinal hasta tenerla encañonada. Apreté el gatillo. El retroceso me propinó dos sacudidas pero el pie de apoyo hizo de contrafuerte, de modo que me mantuve estable para ver cómo el plato cambiaba bruscamente de dirección mordido por un filo aunque aún entero. El cielo se había llenado de aves.

—No está mal teniendo en cuenta que ha disparado en frío —evaluó Osman—. Pero ese escudo no le va a ayudar —señaló el emblema de mi camisa—. Su compañía debería replantearse cambiar el color de las siglas. Créame, el amarillo no es bueno.

—¿El escudo?

—Trae mala suerte: es amarillo —se volvió hacia Chang—: Le toca.

—¿Esperas alguna llamada? —dijo Norton a Han Tsu. Traduje la

pregunta mientras Chang caminaba hacia la línea de tiro. Han Tsu continuó tecleando el móvil.

—*Tamen gen wo shuo tamen keyi zai shijie de renhe difang zhaodao wo* —murmuró el chino—. *Hen lande jishu. Tamen pian wo.*

Amagó con lanzar el teléfono por la borda.

—Tampoco hay para tanto —dijo Norton riendo pese a no haberle entendido.

—Dice que no hay cobertura —fue mi traducción.

Norton sujetó el arma con una mano y con la otra sacó uno de sus dos móviles, que tecleó sin resultado. Le tembló furtivamente una mejilla. Probó con el otro móvil y, tras certificar su inutilidad, mientras lo devolvía a un bolsillo del pantalón, decidió simular coherencia:

—Mírale el lado bueno: nunca está mal librarse unos días de la novia. Pero si pese a todo te quieres desfogar, te presto un tiro.

Norton tendió el fusil en horizontal a Han Tsu.

—¡Cuidado! —gritó el sargento, quitándoselo de las manos y apuntando al cielo. Norton hizo un remilgo de disculpa. Volvió a coger el fusil.

—No, gracias, no me gustan las armas —respondió Han Tsu efectuando una semirreverencia—. Y no tengo novia. Chang es nuestro representante. Él lo hará muy bien.

—Vamos, Chang —gritó Osman—. Piense que lo que está a punto de surcar el cielo es el maldito emperador japonés.

Chang tan sólo debió de entender su nombre, o ni siquiera eso. En cualquier caso, no se inmutó. La correa se deslizó, le siguió el siseo, apareció la mancha, sonó el disparo. Uno solo. El plato estalló en el aire. Y mientras los fragmentos se dispersaban en el éter y decenas de pájaros emprendían el vuelo, cuando ya todos sabíamos que Chang había acertado con un solo cartucho y no iba a necesitar más, sonó otro estruendo. Aún más veloz que los añicos del plato, a pocos metros caía en picado un águila pescadora. Osman mantenía en alto su rifle humeante. Dijo:

—Es usted un gran tirador, Chang.

El chino se volvió hacia el político con el arma empuñada en posición de tiro, todavía apuntando a las nubes, que ya eran prácticamente negras. A los dos les quedaba un cartucho.

—*Mei she zhong* —dijo Chang descansando el fusil.

Las espaldas amplias en un cuerpo más bien enteco le procuraban una esbeltez subrayada por esos gestos grácilmente despreocupados comunes a la diplomacia y a alguna gente educada en colegios caros. Su aspecto era un don. En el primer vistazo, Chang no impresionaba. No era alto ni fuerte ni excesivamente apuesto pero tras una breve aproximación cualquiera podía darse cuenta de que su cuerpo, su

forma de moverse y hablar poseían *swing, chance,* algo distinto y atractivo.

Los primeros días de viaje había vestido finas camisas de manga larga que siempre llevaba remangadas si bien no tardó en recurrir a camisetas con leyendas pop o grandes números impresos. Los dientes, muy blancos y en línea, subrayaban su bronceado, tan saludable como el cabello azabache que peinaba hacia atrás y, aun sin agua ni brillantina, reverberaba al sol como si fuera un banquero o un hombre de los años treinta.

—¿Qué dice? —preguntó Osman a Han Tsu.

El traductor, retrepado en el pretil, mantenía el pulgar en vilo sobre las teclas del teléfono. No parecía decidido a responder.

—Un disparo inútil —me anticipé.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, señor —confirmó Han Tsu—. Un disparo inútil.

—¿Inútil? Inútil es romper un plato. Yo he derribado a un bicho enorme. Con eso se puede hacer un buen caldo.

Chang volvió a hablar. Cuando acabó, Han Tsu y yo sondeamos a la vez la espumosa estela del barco.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Osman—. ¿Queréis hacer vuestro trabajo? ¿Qué ha dicho?

Los borbotones de espuma borraban cualquier rastro anterior, y su influencia se expandía por los costados de *La Nave* produciendo un oleaje que bamboleaba las islas próximas.

—Dice que nadie bajará al pantano a por su pájaro —respondió Han Tsu.

Todos buscamos más allá de la popa el cuerpo del ave en la ciénaga, pero había desaparecido.

—¡Qué diablos creen que están haciendo! —gritó Gerrard. Tenía los puños cerrados y los brazos algo separados del cuerpo, como los boxeadores que se tensan para exhibir pectorales. Junto a él, con un cigarro en la boca, el capitán cruzaba las manos a la altura del estómago sobre su inmaculada *galabiya*. Detrás de ambos se amontonaban cabezas de pasajeros y tripulantes.

—Vamos, reportero, no se ponga nervioso. Estamos practicando el tiro. Aquí no molestamos a nadie.

—Señor Osman —palpitaban las narices de Gerrard—. La guerra terminó hace pocos días y lo que ahora menos apetece escuchar a nadie son disparos. ¿Es que no se da cuenta de dónde estamos?

—Exactamente porque me doy cuenta hago lo que hago.

Osman levantó el rifle y disparó su último cartucho al aire. El gentío murmuró al unísono fundiendo el rumor al eco del disparo. A Gerrard le temblaba el mentón.

—Estamos en mitad del Sudd —continuó Osman—. Aquí no hay

más peligro que el que cada uno desee imaginar.

La multitud calló procurando descifrar sus palabras en lengua extraña. El bramido de las turbinas se enseñoreó del barco. La vastedad de aquella desolación bajo el cielo encapotado rubricaba la afirmación del ministro. Kilómetros de naturaleza virgen envolvían a *La Nave,* una fortaleza civilizada en medio de aquella tierra que ni siquiera podía denominarse así. El sonido podía viajar a distancias impresionantes sin una colina, sin un bosque que lo obstaculizara. Sí, podía viajar. Pero el viaje no es suficiente para encontrar un puerto. Allí no había espacio sino para miedos peregrinos. Miedos sin base razonable. Miedo a los eclipses. A los monstruos. A la soledad.

—El país aún está plagado de comandos itinerantes —contestó Gerrard—. Mejor no provocarlos, ¿no cree?

Osman abrió el cargador y los cartuchos cayeron sobre cubierta.

—Relájese, reportero. La guerra ha terminado —dijo chasqueando de nuevo la escopeta. Luego se la entregó con delicadeza a uno de los niños que nos habían ayudado.

Gerrard reveló los primeros carretes disparados durante el viaje y, cuando a la hora del té se sentó a nuestra mesa con el capitán, enseñó algunas fotos recientes y varios de los retratos que los funcionarios habían usado para las fichas biográficas. Casi la totalidad eran primeros planos en blanco y negro que aprehendían inquietantemente bien el aura de los retratados. Ahí estaba el rostro granujiento del chaval que fregaba los suelos. Estaban las orejas de soplillo de Han Tsu. La frente jeroglífica del anciano que retaba a pulsos. Estaba el hechizante y anguloso rostro de una mujer a la que no reconocí, ni siquiera había visto su ficha. Supuse que sería la compañera de Wad. La mujer se había recogido el pelo en un moño laborioso y alto, como un turbante natural. Los pómulos se le marcaban sobremanera a causa de la delgadez y aun así conservaba algo fascinante, quizá se debiera a cómo Gerrard había preservado la melancolía del rostro.

—¿Quién es? —pregunté.

Nadie contestó. Varias charlas discurrían a la vez.

La mujer resumía a las razas camita y bantú. Su color era un negro desleído. Sus labios, más mullidos que gruesos. La precisión de la imagen permitía apreciar la piel sin erupciones, como pulimentada, y unos globos oculares inyectados en sangre, aunque no tanto como los del negro de la siguiente fotografía, poseedor de un cráneo rapado y oval y de un maxilar poderoso. Se trataba de Wad.

El Wad de carne y hueso cenaba en la mesa solitaria de costumbre amorrado a su escudilla. Resultaba inevitable comparar al tipo de la foto con el que sorbía sopa a pocos metros. Su frente poseía escarificaciones tribales como las de tantos otros pasajeros pero en él, sobre aquella piel dura, los cortes adquirían una dimensión profunda.

Por explicarlo de algún modo, las cicatrices en semejante complexión hacían pensar en creencias rotundas e indestructibles y, como todo lo esencialmente puro, atraía intimidando.

—Menuda bestia —dijo Osman. Sostenía la fotografía en alto alternando los vistazos a la foto y al hombre real.

—¿Cómo consiguió que Wad se dejara fotografiar? —preguntó la esposa de Osman.

—¿Por qué no debía dejarse? No puso ninguna pega, al contrario que usted.

Rasha era la única persona del barco que no había sido fotografiada por Gerrard. Ni siquiera se le abrió una ficha biográfica. Osman hizo valer su jerarquía en los despachos para vetar cualquier interrogatorio que la hiciera revivir el pasado. Pretendía protegerla, al menos eso argumentó. «No es el momento de remover recuerdos. Yo respondo por ella. Aquí la conocen todos.» La pareja había concebido el viaje en *La Nave* como terapia para finiquitar un asunto conyugal.

—Gerrard lleva mucho tiempo en este oficio —dijo Camille—, sabe cómo meterse a la gente en el bolsillo, ¿eh, Gerrard?

Camille recordó de nuevo las aventuras del canadiense, famoso por haber sobrevivido a ataques de milicianos en Afganistán, por haberse introducido en el territorio de los jemeres rojos, por haber cubierto infinidad de guerras. Y de todo tenía fotos.

—Pero diles lo más raro, anda, diles.

Camille aludía a la historia que Gerrard contó una noche ya en el barco, sólo a Camille y a mí, en lo que la bióloga definió como «la primera cumbre francófona en la historia de *La Nave*».

Gerrard se frotó el anillo.

—Venga, cuéntaselo.

—Durante unos años trabajé como localizador —dijo Gerrard—. Era un empleo que me permitía hacer fotos y viajar... volviendo con regularidad a casa.

—¿Qué localizabas? —preguntó Leila.

—Lugares. Iba en busca de mansiones, valles, ríos... Después de ver mis fotos, directores y publicistas acudían a esos sitios a filmar.

Tenía que conducir muchas horas pero ponerse al volante le relajaba y, como en su etapa de reportero, continuó accediendo a historias bastante exóticas. Halló un encanto raro a pertenecer a esa comunidad. Los localizadores eran pocos y su excepcionalidad les fascinaba.

—Te sientes parte de un grupo exclusivo. Supongo que debe ser como los cazadores de tesoros, algo así.

Disfrutaban al narrar sus pequeñas odiseas. Los relatos aumentaban la aureola de aquellos hombres que solían beber y citarse en bares llenos de humo para contar aventuras antes de, por lo general, volver

a casa y acostarse solos. De los siete localizadores que conocía en Toronto, sólo él resistía en pareja.

Es verdad que contempló escenarios impresionantes pero Gerrard era un especialista en hombres, tenía devoción por lo humano y conforme discurrían los meses comprendía que, sin personas, los paisajes no bastan. En la carretera, estas cábalas le consumían.

—Después de no sé cuántos años, una localización se alargó más de lo normal. No había forma de encontrar el tipo de lugar que me habían encargado y pasé demasiado tiempo conduciendo.

Mientras circulaba, la calefacción atemperando la urna, en la radio sonando no muy alto un blues, perdió de vista el exterior. Las medianas se sucedían con aritmética exactitud. De vez en cuando zumbaba un auto en algún carril. Gerrard permaneció concentrado en el asfalto y sus ensueños. En algún momento, alzó la mirada y encontró lo que buscaba. Tomó las fotos, comió sobre la hierba y volvió a casa aún sumido en pensamientos ajenos a lo que veía.

Días más tarde, cuando conducía al cliente hacia aquella localización, se dio cuenta de que había olvidado la ruta. Al volver, no había apuntado los mojones ni las señales que debían orientarle. El trayecto le había parecido simple, nada de desvíos sinuosos ni carreteras campo a través. No creyó que hicieran falta anotaciones, confiaba en su cabeza, si por algo se distinguen esos hombres es por haber desarrollado una suerte de memoria geográfica superior a la de los demás. Son gente que se sabe guiar por el sol, algunos también por las estrellas, retienen la forma de un árbol escuálido antes de un desvío importante, cosas así. Pero aquella tarde las preocupaciones de Gerrard habían neutralizado su instinto y por eso días después se encontró dando tumbos en una carretera cualquiera con un directivo cada vez más cabreado en el asiento de atrás.

—Me perdí. Y ahí me di cuenta de que algo no funcionaba. Poco después volví al periodismo.

—Así que te sabes guiar por el sol y las estrellas —dijo el capitán Hisham apagando una colilla en el cenicero de aluminio—. Ésta no me la habías contado.

Gerrard había agarrado la cámara. De un bolsillo del chaleco extrajo un carrete y lo insertó en el aparato. Nos fotografió uno por uno, casi siempre recortados contra el ventanal oscuro donde rebotaba la lluvia que de nuevo caía torrencial. Una aparatosa isla nos había obligado a anclar a diez metros de la costa, de modo que de vez en cuando un relámpago alumbraba las hierbas altas de la jungla anormalmente próxima.

El resto de comensales observaba la sesión con desigual interés. Muchos se habían retirado ya a sus camarotes. El señor Zhang se acercó para pedir a Gerrard una foto junto a Khalid, con quien había

simpatizado aunque no podían intercambiar palabra.

—Y después nos hace una a todos en la mesa —casi ordenó Osman —. Es un viaje para recordar.

—No debería llover —murmuraba Camille tamborileando sobre el mantel con la mano buena.

Se notaba que a Gerrard le molestaba su improvisada faceta pero indicó a Khalid y al chino que se juntaran un poco más. Cuando Khalid pasó un brazo por los hombros de su amigo sonó un tableteo, la cristalera del comedor reventó y el fotógrafo y sus modelos se derrumbaron a dos pasos de nuestra mesa.

—¡Al suelo! —gritó Osman.

Algunos vasos explotaron, varias servilletas y escudillas saltaron de repente y al menos tres personas más fueron proyectadas con violencia.

—¡Al suelo!

Un aire fresco invadió el comedor. Rachas de gotas empezaron a empapar las cortinas y el suelo próximo a la cristalera. Todo ocurrió en una porción incontable de tiempo. Los reflejos de los hombres que una vez combatieron suelen ser más veloces.

—¡Al suelo! —había gritado Osman antes de casi todo lo demás, y él, como Wad, como el capitán, habían saltado de sus asientos arrastrando a las personas cercanas que querían proteger. Mientras las balas barrían la estancia, Camille, Norton y yo aún continuamos erguidos una fracción más que el resto.

Camille.

Las balas.

Norton.

Silbaban.

Y yo.

Los impactos estallaban alrededor de las tres dianas enhiestas y, por algún designio afortunado, intocables. Tardamos una fracción más en comprender. Por suerte, en aquella ocasión no resultó decisiva.

—¡Agáchense!

Nos lanzamos los tres bajo la mesa.

El capitán reptaba hacia las escaleras. Las armas de los centinelas tartamudeaban a pocos metros. Una explosión sacudió al barco.

—¡Wad, eh, Wad! —gritó de nuevo Osman, que se arrastraba dificultosamente a ras de suelo. Wad se había adherido a la tierra en postura de lagarto—. ¡El arsenal! ¡El arsenal! ¡El arsenal! —repetía el ministro señalando al corredor.

Norton reptó deprisa hasta Osman, cruzaron palabras que no escuché y el africano le entregó la llave. En las paredes aparecían repentinos agujeros, saltaban astillas. Rasha abrazaba a Leila bajo la mesa y, aunque intentaba taparle la cabeza, la niña se escurría para

mirar. El charco de sangre de Gerrard se deslizaba, quizá por una sutil inclinación de *La Nave,* hacia los cuerpos del señor Zhang y Khalid, la cabeza de uno hundida en el vientre del otro. Los tres parecían muertos.

Wad y Norton no tardaron en regresar con las armas, que repartieron entre algunos hombres con aspecto de luchar bien. Una me la dieron a mí. Al llegar a la cristalera, recordé que llovía. El agua golpeaba en el rostro, complicando aún más la búsqueda de un enemigo cuya posición tan sólo era sugerida por los fogonazos que escupía la negrura. Disparé al azar, más atento a los tiradores en línea junto a mí, deseando que continuaran vivos, que a acertar a un posible enemigo. No sé cuánto tiempo estuvimos disparando, no mucho, pero no sé cuánto. Escuchamos dos explosiones más. Una ni siquiera alcanzó al barco, al menos éste no vibró de modo especial. Retumbaron los motores. Nos llegó el estrépito del ancla al recogerse y, casi de inmediato, *La Nave* volvió a navegar.

Pensé que huiríamos en paralelo a la costa obligados por la enorme isla que nos acosaba, pero *La Nave* emprendió un rumbo diagonal de manera que la orilla se esfumó y en su lugar apareció un gran bosque de juncos, muchos de los cuales se partían al paso del barco. O durante la cena el islote había continuado su deriva desbloqueando el sector oriental del pantano o el capitán había encontrado una brecha providencial. Atravesábamos un paso angosto de amplitud casi idéntica a la del vapor.

En el restaurante, manteníamos las posiciones. Los tiradores nos mirábamos. Nadie se incorporaba aunque llevábamos tres, quizá cuatro minutos sin recibir balas. Zhang tenía un boquete del tamaño de una manzana en el abdomen por donde aún manaba sangre. Al principio se convulsionaba sin parar pero enseguida comenzó a relajarse mientras por la boca entreabierta babeaba un líquido grana, mezcla de sangre y fluidos. Creo que Zhang sólo había recibido aquel impacto. Al ser el único de los chinos con una tupida y larga melena, me fijé en que continuaba bien peinado. A esa hora, Zhang ya no se movía.

Khalid yacía boca abajo, también rígido e inmóvil, atrapándose un brazo con el cuerpo y la cara torcida hacia mí esbozando un gesto de insatisfacción, como si desaprobara la cuenta de una comida. El turbante se había inclinado unos centímetros a la derecha de su cabeza dotándole de una informalidad insólita, porque era un hombre recto y pulcro. Debía tener algún agujero más en la parte delantera, pero sólo la espalda ya reunía al menos tres orificios que iban empapando su túnica tan blanca. Los ojos apuntaban bien abiertos a Gerrard. El canadiense había enredado una pierna en las patas de una silla destrozada por los disparos. Su postura era demasiado

inverosímil, y es que un obús o algún enorme fragmento de metralla le había partido el fémur, colocándolo en una flexión imposible. La correa de la cámara le continuaba rodeando el cuello y la máquina, caída junto al cuerpo, no aparentaba haber sufrido daños. La mano de ese mismo brazo tenía el índice algo estirado en un gesto que parecía llamar la atención sobre la parte desgarrada de su propia cara, donde probablemente había acertado más de un proyectil. Sin duda, los tres estaban muertos. A popa se escucharon dos disparos lejanos. *La Nave* aceleró adentrándose en el cañaveral oscuro.

El capitán no redujo la marcha hasta una hora después. Durante los primeros veinte minutos, el barco continuó su viaje ceñido por las estrechas lindes del canal y, cuando abandonó el paso, se encontró en mitad de la ciénaga recorrida por sombrías cápsulas vegetales que erraban a distinta velocidad.

Contamos cinco muertos —los otros dos un centinela y una mujer del Nivel Inferior— y nueve heridos, sólo uno por bala. El generador funcionó excepcionalmente hasta medianoche. Después, volvió la penumbra.

La Nave avanzaba lenta. A la luz de los candiles concertamos un nuevo y más estricto sistema de guardias teniendo en cuenta que disponíamos de doce fusiles —los siete del arsenal más los cinco de los centinelas—, una pistola —la del sargento unicejo—, una ametralladora —«pensé que más valía prevenir», había dicho el capitán al enseñárnosla en la alacena bajo el tablero de mandos— y dos bazocas que también se encontraban en el armario. Como transportábamos un cargamento de proyectiles para varios destacamentos de la Ciudad, sobraba munición.

Esa misma noche se acordó una guardia permanente de seis hombres —elegidos por Osman y Wad, que reclutaron a varios pasajeros del Nivel Inferior— en los lugares clave del barco, además de un portador de la ametralladora con libertad para desplazarse por *La Nave*. Las guardias se dividirían en tres turnos, así que, además de los cinco militares profesionales que quedaban con vida, los hombres implicados en misiones de protección íbamos a ser dieciséis. La ametralladora se la alternarían Wad, Osman y el sargento.

Yo formaba parte del tercer turno, hasta la mañana siguiente no empezaría mi guardia. Después de habilitar para los tres heridos más graves una minienfermería en un rincón del salón, subí al puente de mando. Alumbrados por una lámpara de queroseno, Leila, el capitán y dos tripulantes intentaban recomponer desperfectos entre un penetrante olor a chamusquina. Comentaron que todo aquel estropicio podía haber sido obra de tan sólo cinco o seis milicianos armados con «pistolas, fusiles repetidores y un mortero, como mucho», ya que las explosiones fueron muy espaciadas. Hisham barría el puente con una

escobilla de cañas arrodillado junto al timón.

—¿Qué motivos podían tener? —pregunté.

El capitán se encogió de hombros sin levantar la cabeza.

—Supongo que oyeron los disparos de su campeonato de tiro. No sabían quiénes éramos pero sí que estábamos armados. Y eso de que la guerra ya terminó...

Me acuclillé frente a Hisham.

—¿Puedo ayudar? Lo que sea, dígame.

—Hay otra mala noticia —continuó el capitán, reuniendo los cascotes y fragmentos de madera y metal en una pala rudimentaria —... Nos han destrozado esto.

Hisham señaló al tablero al otro lado del timón. Las manivelas y antiguos dispositivos habían sido calcinados.

—¿El GPS? —pregunté.

—Todo el sistema de navegación.

El agua y el viento

No hacía mucho que el propio capitán había afirmado que el GPS servía de poco en el Sudd, un área no cartografiada y vaporosa, sin fronteras fijas. Hisham había restado importancia al inconveniente objetando que, de todas formas, el GPS en zona de guerra podía volverse en tu contra porque «un especialista que localizara las coordenadas del barco podría acertarnos con un misil sin moverse de casa».

—¿Dónde lo consiguió? —había preguntado Norton—. Ustedes no fabrican estos trastos y los americanos no se los venden.

—Tengo buenos amigos.

En cuanto a las comunicaciones por satélite, los Estados Unidos «cegaban» los territorios en conflicto para aislarlos y, aunque se suponía que después de la pacificación debían haber despejado el espacio aéreo, lo cierto era que dentro del barco nadie disponía de cobertura. Por eso la situación ya era precaria antes del ataque pero encontrarnos en mitad de la laguna y con el GPS destrozado vino a confirmar de manera material nuestra absoluta incomunicación.

Siempre me había costado calibrar la magnitud de los peligros, quizá por no atender demasiado al futuro, concentrado en un presente que decía: «Estoy vivo. Un día más». Asistía al discurrir de las jornadas sin prever nada en demasía e incluso cuando me encontraba en algún embrollo, por más serio que éste fuera, tendía a relativizarlo. Gastaba, en fin, un espíritu más o menos impermeable a las amenazas venideras y supongo que por eso, después de la noticia de nuestra deslocalización, contemplando desde el puente el diluvio que impedía valorar el paraje adonde nos había confinado el canal, ni siquiera tuve miedo.

El agua tapiaba la visión más allá de los dos metros. Las gotas se estrellaban contra el cristal de la cabina, que había aguantado sin fisuras, el obús debió de penetrar lateralmente.

—Habrá que hacer algo con los muertos —dijo el capitán.

Muy de vez en cuando, un relámpago iluminaba la lluvia y en el intervalo yo intentaba discernir tras el palio a posibles enemigos. El capitán había dicho «muertos». Y eso significaba trabajo.

Durante el amanecer y hasta bien entrada la mañana participé en el embalsamamiento de los cadáveres junto con tres negros animistas que lograron convencer incluso a los musulmanes de la conveniencia de preservar los cuerpos hasta alcanzar un puerto. Los embalsamadores aseguraron que podrían aguantar incorruptos al menos dos semanas. La alternativa consistía en lanzarlos por la borda y, pese a que algunas religiones desaconsejaran la momificación, nadie quiso abandonar a alguien suyo en la ciénaga ni ver cómo se agusanaba mientras aguardábamos tierra firme.

Mi intervención fue casual: los embalsamadores reclamaron unos

compuestos químicos que yo sabía dónde estaban y, al entregárselos, pidieron que les ayudara a enderezar la pierna de un cadáver; después, que aguantara un algodón en la nariz del mismo tipo; y terminé presenciando cómo perforaban el tórax y evisceraban al canadiense y cómo sellaban los ojos y los labios de la mujer del Nivel Inferior con pegamento Krazy-Glue mientras Camille colaboraba en algunas operaciones monologando sobre el peligro de las bacterias anaeróbicas. Luego aislamos a las momias en la habitación que había sido de Gerrard, la número 14, y enchufamos dos ventiladores.

Hombres dirigidos por Wad, a quien de forma natural se le había concedido un estatus acorde con su leyenda, cogieron las sacas de sorgo de la bodega y las fueron apilando en las bordas de los dos niveles de *La Nave* hasta diseñar una especie de doble anillo defensivo.

Hacia las seis y media, la tormenta comenzó a amainar. A las ocho, después de una brevísima neblina, el cielo aclaró. El sol anunciaba una jornada de abominable incandescencia pero aún gastaba la sutil intensidad de la mañana, tan favorable a los contornos, de modo que la pradera acuática se definió con la nitidez de las pinturas hiperrealistas. Desde la cubierta superior se podían apreciar depresiones, auténticas hondonadas e incluso algo similar a valles.

—Dios mío —dijo Norton. Su discreto crucifijo de plata colgaba por fuera de la camisa—. ¿Dónde está la costa?

No había rastro de tierra firme en el macrolaberinto móvil de paredes vegetales.

Osman apretó el interruptor de megafonía.

—¿Qué hace? —preguntó el capitán.

—Hay que tranquilizar a la gente.

Hisham chasqueó la lengua:

—No creo que sea usted el más indicado, Osman. Sus disparos atrajeron a los guerrilleros, en el barco todo el mundo lo sabe. No creo que su voz sea la más popular en estos momentos.

—No diga tonterías. Aquí todo el mundo sabe quién soy yo. Si no fuera por mí, este viaje no existiría. Quizá la paz no existiría.

La ficha de Osman Saleh dice que *nació en 1952, hijo de un músico y activista político asesinado durante el levantamiento por la independencia nacional. Al morir el padre, su tío se hizo cargo de su madre y él instalándolos en la mansión que poseía a orillas del río*.

En los mentideros de la Capital era vox pópuli que a la suntuosa residencia acudían insignes ciudadanos a hablar de política y rematar negocios en maratonianas veladas que su tío le permitía espiar desde una habitación anexa al salón de té.

Osman creció en las filas del partido y también como empresario a fuerza de método y disciplina. Sus calificaciones universitarias fueron excelentes y los profesores lo consideraban un alumno destacado, si bien

inquietaba su terquedad y una astucia orientada a implantar su talante autoritario.

Combatió durante ocho meses hasta caer herido, logrando tres medallas al mérito militar. Es uno de los oficiales con menos bajas en sus filas. Una vez recuperado, se dedicó por entero a la política. El ministro de Comunicaciones se fijó pronto en él, designándole su mano derecha y, después, su sucesor.

Al arrancar la conferencia por la paz nacional, Osman Saleh ha sido elegido para representar al equipo de diálogo del Gobierno. Su experiencia como diplomático y militar, preocupado siempre por salvar el mayor número de vidas, le convierte en un negociador ideal para consolidar la paz.

Cuando Osman pegó la boca al micrófono, el capitán hizo sonar las bocinas de *La Nave* en un prolongado y aberrante vagido. Cientos de aves levantaron el vuelo desde las islas. Los pasajeros que pululaban por cubierta se encogieron. Los centinelas clavaron los dedos en los gatillos.

—Quizás el capitán tenga razón —dijo Norton—. La situación es delicada. Usted mismo está alterado.

Por cómo tensó la mandíbula, Osman debió apretar los dientes con fiereza. Despegó la boca del micro, soltó el interruptor y abandonó el puente. Poco después, el capitán reclamó tranquilidad por megafonía. Mencionó los nombres completos de las víctimas, les dedicó palabras de despedida e hizo un somero balance de desperfectos obviando los estragos del sistema GPS. Aseguró que el peligro había pasado.

—Traduzca —ordenó.

Traduje literalmente al chino y al inglés.

Aún faltaban un par de horas para mi primera guardia de modo que me encerré en el camarote con el objetivo de dormir. Tapé el ojo de buey tendiendo una tela oscura si bien la luz se filtraba por la trama de hilos, que en sus partes más ajadas permitía el paso de haces luminosos que traspasaban la estancia como células fotoeléctricas. Partículas insignificantes vagaban suspendidas por el cuarto entrecruzándose a su azaroso modo.

El calor comenzaba a ser sofocante. Las temperaturas habían ascendido de forma brusca hasta situarse donde por lógica debían estar. Empecé a transpirar en abundancia. En calzoncillos, me sequé con una toalla minúscula. No me sentía intranquilo pero tampoco conciliaba el sueño, pese al cansancio. O quizás a causa de él. Un puñado de moscas zumbaba alrededor. Cuando no oía su angustioso bisbiseo a centímetros de una oreja, notaba sus patas sobre cualquier extensión de piel, así que desplegué la mosquitera y, tras expulsar del interior uno a uno a los insectos, intenté dormir de nuevo. En el pasillo, dos personas asustadas debatían sobre la conveniencia de

disparar o no bengalas de posición.

—¿Ves a alguien alrededor? ¿Eh? ¿Para qué quieres lanzar una bengala aquí?

—No sabemos dónde estamos, quizás haya alguien... Por la noche la señal podría verse lejos.

—Suponiendo que alguien llegara a verla, ¿qué pasa si son los que nos han atacado? Además, para ser localizado necesitas al menos dos. ¡Dos! ¿Y cuántas nos quedan? —el otro no respondió—. ¡No, no, no! No podemos desperdiciar ni una...

Según el capitán, *La Nave* había zarpado con un equipo de salvamento compuesto por un cohete lanzabengalas con paracaídas, seis bengalas y dos señales fumígenas flotantes, si bien el equipo era tan antiguo —«Cómo iba a pensar... ¿Para qué queríamos todo eso en un río?»— que Hisham desconfiaba de su utilidad. Y la mitad de las bengalas había ardido durante el ataque.

—... porque sólo nos quedan tres. Métetelo en la cabeza: Una. Dos. Y tres.

Confié en que el ronroneo de los motores pudiera servirme de nana. Intenté no pensar pero empecé a reproducir la discusión entre Osman y el capitán Hisham, a especular sobre las repercusiones de un enfrentamiento entre aquel par de mastodónticas fuerzas. Un pensamiento me llevó a otro, no sé cómo terminé rememorando las vistas del Sudd, y mientras volvía a embelesarme ante la inconmensurable vastedad del monótono paisaje, me dormí.

Golpes secos en la puerta y una voz me despertaron poco después del mediodía empapado en sudor, con la boca pastosa.

—¡Es la hora de su guardia! —gritaban desde el pasillo.

Continuaba solo en el camarote. Las moscas se concentraban en diversos puntos de las sábanas deshechas de Norton, sobre todo en la almohada.

De nuevo salí a la luz africana, al sol deslumbrante, de nuevo quedé cegado, y, como un eco de la situación ya vivida, recordé la frase de Norton, «nada es tan peligroso como te cuentan». El ataque lo desmentía, aunque es cierto que el inglés también afirmaba que la guerra era «otra historia». Y que al principio de la frase figuraba un «casi nunca». En cualquier caso, Norton por fin tenía una buena oportunidad para demostrar la validez de su sentencia porque sobre el Sudd se contaban relatos de escalofrío.

Las ancestrales leyendas de los indígenas hablaban de personas a las que se tragó la ciénaga y de esa tribu nómada que presuntamente habitaba en el corazón de la pradera, los Ahlan, que en árabe significa «bienvenido», una ironía teniendo en cuenta que nadie había regresado jamás de un encuentro con ellos. Se rumoreaba que los Ahlan, descendientes de exploradores romanos, validaban la poligamia

y nadaban como si anduvieran.

La cuestión era que durante siglos ni siquiera los nativos habían osado adentrarse en aquellas difusas aguas que de vez en cuando expulsaban hasta las orillas los cadáveres de peces o incluso de las gacelas, hipopótamos y cocodrilos que habían perecido al quedar atrapados en sus marañas submarinas, probablemente rebotando de isla en isla sin dar con una salida hasta terminar hambrientos o desquiciados.

A ojos de un buen número de indígenas, las anormales dimensiones del pantano y su ambigua naturaleza le concedían un aura de capricho divino, de anomalía ideada para infligir algún tipo de castigo a una humanidad pervertida que desoía mandamientos superiores de prudencia y bondad.

Para ellos, para nosotros, existía ese infierno.

Un purgatorio de agua.

Cabía deducir que si los miembros del comando que nos había atacado compartían esas creencias, al vernos huir pantano adentro debieron darnos por fiambres, y nos habrían olvidado.

Cuando ya en el exterior mis pupilas se adaptaron al mediodía, supe que aquella conclusión no iba a ser compartida por el resto de pasajeros. Los tres hombres en cubierta caminaban agachados, prácticamente en cuclillas, intentando mantener sus cabezas por debajo de la barricada de sacas. Era un espectáculo gracioso a la vez que estremecedor. Tan sólo por el hecho de mantenerme erguido sentí un espasmo de placer que tenía que ver con cierta sensación de grandeza. Uno de ellos me instó a imitarles con nerviosos gestos de la mano. Por detrás, el centinela a quien yo iba a relevar giró la yema del índice contra la sien, como si a los tipos les faltara una tuerca. Cuando los agachados se alejaron, el centinela me entregó su arma.

—Ahí fuera está tranquilo —dijo bostezando—. Aquí dentro es otra cosa, la gente actúa rara. Bueno, yo voy a dormir un rato. Te vas a aburrir.

Bajó las escaleras de dos en dos y sus brincos retumbaron en la nave novedosamente silenciosa.

Mi sector de patrulla se restringía al área del puente de mando, o lo que quedaba de él. El capitán continuaba en su trona semicalcinada. Conversaba con el sargento, que acababa de ceder la ametralladora a Wad. El negro sostenía el arma en la puerta de babor.

—No te preocupes, ésos no entrarían nunca en el pantano —aseguraba el sargento—. La cuestión es cuándo vamos a salir de aquí. La isla Boomerang parece interminable.

Eso dijo: «La isla Boomerang». Leila la había bautizado así sugestionada por su forma y al parecer el apodo había calado.

—Prefiero navegar un rato por el interior —contestó el capitán—.

No querría llevarme otro susto al volver a la orilla. Pongamos tierra de por medio.

—Porque... sabes dónde debes mantener el sol, claro...

El sargento afirmaba a la vez que preguntaba.

—¿Tienes algo más que consultar? —dijo el capitán.

Para Hisham, la posición de los astros era como los postes luminosos que avisan sobre la dirección a seguir. Y tenía el convencimiento de que todo se reducía a buscar siempre el oeste. De todas formas, a la una y veintidós de la tarde, el vapor navegaba en dirección casi contraria a la supuesta obligado a evitar el islote en forma de boomerang que nos había abrazado en su vientre.

—Me voy a dormir un rato —respondió el sargento, que se marchó seguido por Wad.

El capitán quedó estático en la trona, absorto en la superficie viscosa. La línea del horizonte serpenteaba a causa de la calima. Los gases que emergían de la evaporación otorgaban a lo distante una pátina de irrealidad que hacía pensar en ilusiones y en fantasmas, la ciénaga como una pantalla que pudiera vomitar cualquier cosa, desde trasgos fatales a princesas a caballo blandiendo mágicas espadas. Hacía, en fin, calor. Los previsibles animales permanecían emboscados a la espera de la tarde y ni siquiera los insectos incordiaban. Me até a la cabeza un pañuelo azul moteado de psicodélicos dibujos pardos, listo para vigilar.

De modo que ése era yo. Al menos, también era yo. El hombre que protegía a *La Nave* perdiendo la mirada en busca de presuntos adversarios y, sobre todo, de la orilla que debía aparecer por mi borda. Empuñando un fusil de asalto con las piernas en A. Ése era yo. Y, curiosamente, no me costaba creerlo.

Saqué una caja de cigarros que debían estar rancios, llevaba mucho sin fumar. Coloqué el pitillo en los labios.

—¿Tiene fuego? —pregunté girando medio tronco hacia el capitán. El hombre escondió la mano bajo la túnica y de algún lugar sacó un encendedor que me lanzó. El mechero cobrizo volteó sobre su eje emitiendo brillos fantásticos según dónde le impactaba el sol. Se acercaba a una gran velocidad. A una excesiva velocidad, teniendo en cuenta que yo mantenía medio cuerpo girado. Teniendo en cuenta que mis dos manos agarraban el fusil. Teniendo en cuenta que mis brazos no eran instrumentos tentaculares que yo supiera emplear con una destreza ejemplar. Inicié una rápida rotación vertebral y llegué a alzar la diestra a media altura pero el mechero ya estaba ahí, de modo que, con un espantoso remilgo, manoteé desbocadamente, y en lugar de atrapar el objeto, lo palmoteé un par de veces, lo cojo, no lo cojo, hasta que emprendió una trayectoria textualmente fuera borda que dio con él en el pantano. Lo vi caer. Desde mi ángulo, ni siquiera fue

perceptible el chapoteo.

El capitán me miró con indiferencia. Había cosas que le preocupaban de verdad. Por el otro extremo de la cubierta, Chang se aproximaba en cuclillas. Valoré la utilidad del taichi que a diario practicaba el chino. También pensé que resultaba patético.

—Creo que exagera.

—Usted dice eso porque tiene un arma —respondió Chang.

—Me parece increíble que se esté arrastrando de este modo.

—¿Increíble? ¡Nos jugamos la vida! ¡Han matado a cinco personas! No sé si se da cuenta. Un descuido y se acabó. Quizá durante una temporada haya que caminar así. A mí no me importa, si es para salvar la vida.

—Relájese. Lo peor ya ha pasado.

—Los heridos no creo que piensen como usted. Uno de ellos probablemente se muera. De todos modos, no insista, no voy a hacerle caso. He visto que subía y, como quiero transmitir algo al capitán... si no le importa traducirme... Quiero que le diga que se tome un descanso. No es bueno para nadie que permanezca tanto tiempo al timón.

—¿Por qué no ha venido con Han Tsu? Él es su traductor, ¿no?

—¿Se lo va a traducir o no?

El capitán había comprendido que aludíamos a él.

—¿Qué dice? —preguntó desde la trona.

—Le recomienda que descanse.

—*Ta tai chang shijian shoudao tai duo yali le* —dijo el chino.

—Soporta demasiada presión durante demasiado tiempo —traduje yo.

—¿Y a quién pongo en mi lugar? No tengo sustituto. Khalid ya no está.

—¿Y su hija? —preguntó el chino.

Hisham sí miró entonces a Chang, que se había recostado contra las sacas amortizando la escasa sombra de las mismas.

—Está durmiendo. Debe tranquilizarse... Ella nunca había visto a un muerto.

Que no hubiera sustitutos al timón nos obligaría a parar cada vez que el capitán necesitara un descanso, aunque esto tampoco representaba un gran problema dado que cada noche fondeábamos. De todos modos, el capitán agradeció que el chino se preocupara por él, dijo que lo tendría en cuenta. Continué escrutando el pantano, intentando identificar ruidos en el silencio.

Al final del día aún no habíamos doblado la punta meridional de la isla Boomerang, de modo que se planteó un dilema. Por un lado, podíamos continuar navegando para no perder más tiempo, con el riesgo de que algún comando hostil nos localizara. En las noches

desérticas los ruidos y los luceros se pueden distinguir a decenas de kilómetros y, al fin y al cabo, sí, pensábamos en el enemigo.

La otra opción era anclar contemplando la posibilidad de que un islote de gran tamaño nos embistiera. Se conocían casos de islas que habían arrancado enormes cadenas de ancla echándolas a perder, y de embarcaciones embarrancadas.

La votación, llevada a cabo en el restaurante del Nivel Superior, tuvo como electores a la tripulación y a los hombres armados. El resultado lo determinó la luna llena, que permitiría navegar minimizando el gasto del generador. Por amplia mayoría se decidió que *La Nave* prosiguiera su rumbo al menos unas horas, si bien disminuyendo la velocidad. Cuando las cosas se ponen feas, casi nadie elige la paciencia.

—Tranquilos —dijo el capitán—. No sé mucho pero sí sé algo sobre el agua.

Hisham siguió agarrado al timón con sus manos de gruesos dedos, de prominentes venas. Pilotaba inclinado unos centímetros adelante, forzando su miopía y asesorado por Leila, que había retornado a su puesto y, arrodillada en un butacón elevado, de vez en cuando indicaba a su padre variables percibidas en el agua. La proa rasgaba lenta la laguna negra sobre la que rielaba el espléndido disco que iluminaba a intermitencias errabundas formaciones de matas y vegetación, una de las cuales pasó desprendiendo un vomitivo hedor, como si en sus entrañas reposaran los restos fermentados de manadas de animales.

Animales.

Fue lo que deseé pensar.

La Nave serpenteaba con estabilidad por el dédalo sumido en la sobrecogedora calma de los grandes espacios desiertos donde rebota el eco de lo extinguido. Fue en esa guardia cuando me asaltaron las intuiciones. A mansalva, de todo tipo. Durante años había perdido aquella capacidad que de pronto resurgía. El desierto es un lugar propicio para explotar el pensamiento hasta las lindes del desvarío, o más allá. Hisham pilotaba. Leila con él. Los cometas se sucedían dibujando arcos en el firmamento.

Agua.

Islas.

Agua.

No quedaban muchas otras opciones.

Pensar.

Padre e hija permanecieron en sus puestos a lo largo de toda mi guardia. La ficha no decía pero Hisham sí contó que Leila pasaba largas temporadas lejos de su madre, a quien, según el capitán, adoraba hasta el punto de calcar sus atuendos. Los pantalones siempre

por debajo de la *chamira,* las sandalias inequívocamente naranjas y el pelo liso y largo enrollado en una coleta eran características comunes a las dos. De todas formas, las semejanzas no alcanzaban al carácter.

El capitán hablaba a menudo de lugares que había visitado con su mujer y Leila. Al contar las reacciones de su esposa, de un cándido desparpajo habitual entre las campesinas implantadas en la gran ciudad, resultaban evidentes las diferencias con la joven y discreta Leila, que medía sus intervenciones dueña de una sobriedad que debía enorgullecer a los tutores del colegio inglés donde estudiaba y a cuyas clases asistía cuando su padre no la embarcaba en *La Nave,* lo cual ocurría varias veces al año, convencido de que no había mejor forma de completar su educación que llevarla de viaje, empeñado en convertirla en legataria de una estirpe de marinos.

Leila escudriñaba la laguna hosca con reconcentrada atención. Yo veía los perfiles de padre e hija en paralelo, velando por nosotros. Leila había asumido su papel y se entregaba a la instrucción en el arte del pilotaje permitiéndose como única excepción los frívolos pero tan descongestionantes paréntesis de las videopartidas.

Concluí mi guardia al inicio del alba. También entonces, el capitán mandó a Leila a dormir. Por lo que más tarde supe, él aguantó al timón otras seis horas y, superada la isla Boomerang, al divisar una zona más o menos despejada donde las islas no presentaban volúmenes intimidantes y la corriente discurría en sosiego, ordenó despertar a su hija, echó el ancla, dijo a Leila que en caso de titubeo no dudara en ir a buscarle, y se retiró a descansar.

Desperté de nuevo encharcado en sudor. La luz filtrada por el ojo de buey estampaba una trama reticulada en la pared de enfrente, proyectando la sombra de la mosquitera. Se oía el zumbido de los insectos habituales. Pasos en cubierta. Las ruedas de un carrito en el pasillo. Los motores funcionaban así que continuábamos en ruta. Pensé que no había soñado nada, al menos no lo recordaba. En hora y media debía volver a la guardia. No estaba mal, después de todo, retomar una temporada la vida que una vez había llevado, la rutina de las horas exactas, su espejismo de seguridad.

Desayuné té y galletas en el restaurante, donde el señor Gao y Han Tsu escuchaban música orquestal tumbados. Bastantes pasajeros habían empezado a comer pero las mesas tenían más migas y manchas de lo normal. Era como si todo el mundo llevara allí un buen rato. El señor Gao agitó su bastón con empuñadura de jade para pedir otra botella de cerveza. Había cuatro sobre la mesa. La mayoría de comensales hablaba en voz baja. Un hotentote soltaba un discurso hiperveloz a seis negros que comían con voracidad. Tras los finos cortinajes de los ventanales campeaba otro día ominosamente espléndido.

Cuando salí a cubierta, después de adaptar la retina vi a un par de jóvenes con turbante y *galabiya* recostados contra el parapeto de sorgo. Aprovechaban la sombra que en ese momento proporcionaba la gran chimenea del vapor. Se me quedaron mirando.

—¿Quiere que le maten? —dijo uno.

Cuatro pasajeros acababan de aparecer por la cubierta de popa. No se les oía pero era obvio que venían charlando, si bien una particularidad del grupo me hizo recordar la situación: todos caminaban agachando la cabeza por debajo de las sacas. Al verme en pie, los cuatro se detuvieron y me gritaron palabras que no oí porque el viento soplaba en su contra, pero resultaba fácil entender los violentos manotazos que incitaban a tirarse al suelo. El temor que poco antes había juzgado como una estupidez parecía haberse asentado en el barco hasta el punto de que los pasajeros no armados se habían autoimpuesto la prevención de gatear en cubierta.

—Pero a ver... Por favor... —empecé.

Los ademanes de los hombres arreciaron expeditivos a la vez que suplicantes.

—No se la juegue, señor, no se la juegue.

Aquel ruego en boca de los chavales me estremeció. Pensé que quizás había buenas razones para la cautela, quizás hubiera ocurrido algo significativo mientras dormía, alguna víctima derribada por un francotirador, no sé. O, simplemente, pensé, yo estaba tan ensimismado en mi propia historia que había perdido la noción de dónde se hallaba el verdadero peligro, al menos el más esencial, el peligro de morir.

Los hombres todavía manoteaban en la popa, y aunque al principio había sopesado hacerles caso por seguir el juego, la verdad es que su miedo de algún modo me prendió, sentí un trallazo nervioso y, con una rápida genuflexión, me agaché, no en exceso, de haber tiradores ahí fuera aún me podrían volar la cabeza, pero también me agaché.

A la hora del cambio de guardia busqué agazapado al compañero que debía relevar: Mahmoud, un ex soldado del Gobierno enviado a la retaguardia después de que una granada le atrofiara una articulación de la pierna izquierda. Aparte de su cojera evidente, Mahmoud tenía la salud de un hombre fuerte de veintiocho años y quizá por eso se presentó voluntario como centinela. Su historial era fiable y venía avalado por su fama de buen tirador, así que Osman le confió un turno de vigilancia.

Las facciones de Mahmoud combinaban la nariz aguileña y la pigmentación camita con una robustez negroide, valía la pena admirarlo. En su rostro reunía lo más sensual de varias razas africanas. Pero a la hora de entregarme el arma, a esos rasgos ondulantemente hermosos los distorsionaba una expresión grotesca.

¿Era normal aquel espanto? A fin de cuentas, ese hombre ya había combatido, él mismo se había presentado voluntario para vigilar.

—¿Qué te pasa?

—Hay ruidos, a veces.

En cuanto agarré el fusil, Mahmoud se agachó y yo, como si de una balanza se tratara, emergí por encima de las sacas. En aquella guardia padecí una tensión anormal que me ayudó a cumplir la vigilancia de manera aún más atenta. Cualquier deslizamiento más o menos repentino entre la maleza de una isla, la aparición de un tronco solitario en el pantano, el aleteo imprevisto de una garceta en vuelo raso... La amenaza rondaba por todas partes. La sospecha multiplicaba la angustia. A la vez que me hacía sentir útil. Útil de un modo distinto a cuando traducía. Útil de verdad.

No hubo novedades reseñables al final de la jornada y, aunque por un lado eso no estaba mal, por otro resultaba preocupante. Los nervios se encrespaban.

—A los chinos os gusta pudriros felizmente —dijo en árabe un centinela con un tono despectivo que no logró interesar lo bastante a Chang como para pedirme la traducción, porque Han Tsu no estaba cerca, en los últimos días nunca lo estaba de Chang, que varias veces había recurrido a mí como intérprete.

Hasta entonces yo había considerado a los chinos un bloque homogéneo que actuaba al unísono, de forma independiente y muy despreocupada del resto del pasaje, pero el desmarque progresivo de Chang comenzaba a desmontar mi prejuicio. De todos modos, el centinela había lanzado la pulla a «los chinos» en conjunto y sin motivo, añadiéndola a la retahíla de comentarios inconvenientes soltados cada vez con más frecuencia por un pasaje que todavía aguardaba novedades en paz.

Al día siguiente confirmé que la costumbre de caminar agachados por cubierta se había extendido e incluso los más ancianos, si alguna vez decidían salir a tomar el aire o cambiar de ambiente, optaban por el gateo. Era absurdo. Pese a mi reacción instintiva del día anterior, desestimé seguir el juego a los Araña, como les llamaba Leila. Llevábamos casi dos días en guardia y en el pantano no había rastro de atacantes.

De camino a una reunión en el puente encontré al albino a cuatro patas.

—¿Usted también? —pregunté desde mis alturas.

El hombre me miró de abajo arriba.

—Debo parecer un dingo —dijo sonriendo—. Como Wad me vea me pega un tiro.

—Supongo que no habrá salido a tomar el sol.

El albino rió a gusto. Se apoyó contra una pared a la sombra.

—No aguantaba más ahí abajo. Es agobiante. Usted es soltero, ¿no?

—Sí —respondí—. ¿Por qué?

—La mayoría de los que caminan de pie lo son.

—Ya. ¿Y usted?

—Yo también. Soltero. Lo que pasa es que no me puede dar el sol.

El albino sonrió como si no quisiera hacerlo. Alcé la mano en señal de despedida. Él correspondió apretando la suya al corazón.

—Sea como sea, las precauciones nunca están de más —decía Osman desde la puerta del puente mientras observaba a las cinco o seis personas que reptaban por cubierta. Murmuró—: Qué ridículos.

Osman había convocado a unos cuantos «elementos significativos», eso dijo, para insistirnos en la necesidad de ocultar a los pasajeros la desintegración del GPS, hacer balance de daños y ánimos y consultar nuestras coordenadas. El capitán insistía en que seguíamos rumbo sur, que no faltaba demasiado para hallar la salida, pero lo cierto es que cualquiera que prestara una mínima atención podía darse cuenta de que, demasiado a menudo, *La Nave* efectuaba giros para evitar formaciones y el sol no se encontraba donde era de esperar.

—Esta situación es enfermiza —dijo Norton aludiendo a los Araña —. Terminará por sacar a la gente de quicio.

—Mira, mira —exclamó el sargento señalando con la ametralladora a una mujer que gateaba rápida tras un bebé.

—Capitán, a lo nuestro —dijo Osman. Desde que le negaron comunicarse por megafonía no le había visto intervenir en ninguna charla—. ¿Cuándo nos saca de aquí?

—Tranquilo. Pronto veremos la Ciudad.

—¿Qué quiere decir pronto?

El capitán chasqueó la lengua. Colocó las manos en los muslos replegados sobre el cojín de la trona.

—No se impacienten. Se trata de disfrutar. ¿Han visto alguna vez algo igual? Yo no me canso de perderme en esta llanura. No me digan que no es increíble. Hay ratos en los que se parece al mar —dijo sin apartar la vista de la proa.

No creo haber sido el único en preguntarse si el capitán era realmente tan idiota como para ver poesía en aquello. ¿Bromeaba?

Osman abrió el chamuscado cajón de la bitácora, extrajo el mapa y lo desplegó sobre el tablón de mandos.

—A ver, capitán, ¿dónde estamos?

Hisham abrió la mano y ocultó con la palma buena parte del Sudd.

—Ya. Pero concrete, vamos, concrete. Más o menos. Le pido una aproximación. ¿Dónde estamos?

—Hay zonas donde los mapas no sirven, Osman. Aprenda a esperar.

Como a Osman, no me gustó la respuesta. ¿Esperar? Era nuestro segundo día vagando por la ciénaga en busca de una orilla que se

presumía al otro lado de la hermética barrera silvestre donde de vez en cuando se abrían canales que el capitán iba descartando, uno tras otro, porque desconfiaba de su final.

—Los canales no dan garantías de nada. ¿No querrán que nos metamos en uno de esos agujeros para que luego esté cortado? Mi tarea no es derrochar combustible, y menos en una situación como ésta. Si alguien lo quiere intentar, que coja un bote y pruebe en solitario. *La Nave* no se meterá en trampas de las que quizá nunca pueda salir. ¿Quieren encontrarse encerrados en mitad de esa jungla flotante? Hay que esperar el momento.

Esperar. Lo decía un hombre que, como el resto de sus compatriotas, había esperado durante décadas el final de una guerra que jamás terminaba. Esperar. Yo sabía lo que era esperar. ¿Cuánto tiempo llevaba lejos de casa? Esperando... ¿qué? Y el tiempo escapaba sin que acabara de aparecer el canal que me devolviera a donde debería estar. No, capitán, pensé, no. Toda espera tiene su límite. Por si fuera poco, aquel viaje era semioficial, no disponía de fechas concretas de llegada a ningún puerto ya que se había contemplado la posibilidad de alargar la travesía en función de las recepciones que nos tuvieran preparadas las aldeas. Todo era flexible, nada se concretaba. Era la norma nacional. Continental. El espíritu de África.

—Capitán —dijo Osman engolando la voz y marcando tan claramente las sílabas y suspendiendo la siguiente frase de manera tan calculada que todos nos preparamos para escuchar su intervención—. El otro día usted más o menos me prohibió que me dirigiera al pueblo, a mi pueblo, culpándome de la situación que estamos viviendo. Una acusación arriesgada. ¿Quién puede asegurar que ese comando no nos tenía localizados desde hace días y su plan era atacarnos antes o después? Pero supongamos que en efecto cometí un error. ¿Cree que soy de los que se esconden? ¿Quiere que toda esa gente —Osman alargó el índice señalando por encima de su hombro y elevando considerablemente el volumen de voz— piense que soy un cobarde que después de meterlos en un lío los deja en la estacada? —Osman detuvo su discurso. Miró fijo al capitán. El rostro abotargado del ministro se tensaba sin arrugas, enmarcado entre la blanquísima *galabiya* y el turbante como un retrato de la ferocidad—. Capitán —prosiguió moderando el tono—, sé que no es un gran admirador de nuestro Gobierno, aunque tampoco adivino cuál es el Gobierno que a usted le haría feliz. Sea como sea, su misión es conducir barcos y la mía conducir personas. Mi prioridad como político, como hombre, es, primero, evitar el caos procurando un cierto orden. ¿Imagina usted cómo acabaría su barco si toda esta gente comienza a asustarse? ¿Si a alguien se le ocurre acusarme de haber provocado el ataque? El miedo y la angustia crean odio y agresividad. Haría bien fijándose en lo que

ha ocurrido desde que usted me prohibió hablar por los altavoces: ¡La gente se arrastra por cubierta! Pero lo más curioso es que nadie ha intentado poner orden. Ni siquiera usted. ¿Y quiere que me quede callado? Les voy a decir algo que supongo que la mayoría comparte pero parecen haber olvidado: cualquier sociedad civilizada necesita un gobierno para existir. Alguien que ordene. Y si por accidente ese líder comete algún error, el pueblo será capaz de asumirlo, claro que sí, porque comprenderá que ese desliz no es más que una anécdota en una larga carrera. Porque, por encima de sus faltas, la gente cree en los que se esfuerzan por hacerles la vida más fácil. Y yo le aseguro que la mayoría de esa gente —punteó varias veces con el dedo por encima de su hombro— cree en mí. Por eso, voy a hablar para tranquilizarles. Y desde luego que no voy a esperar ni un minuto más sin hacer nada ni les voy a pedir a ustedes que esperen —con un movimiento rápido miró a los ojos de todos—. Vamos a tomar medidas.

—¿Qué medidas? —preguntó Norton.

—Adelante —dijo Osman golpeando con camaradería la grotesca espalda de Karnezis, el pseudohalterófilo con delantal que a primera vista hacía pensar en lo que era: un cocinero.

—Creo que deberíamos racionar la comida —dijo Karnezis en árabe. Yo traducía simultáneamente al inglés mientras Han Tsu interpretaba en chino para el señor Gao—. Según los cálculos que hicimos al zarpar, viajamos con un excedente de tres días. Partimos calculando que repostaríamos al llegar a la primera ciudad después del Sudd. Si tenemos en cuenta que al menos hemos perdido dos días viajando pantano adentro y que nuestra situación aún es incierta, sería recomendable...

—Pero ¿qué está diciendo? —interrumpió el capitán encarando al griego desde su asiento—. Si hacemos eso la gente se va a dar cuenta de lo que pasa y entonces sí que se va a poner nerviosa.

Karnezis miró a Osman, que le incitó a continuar.

—Hablo de acortar sólo un poco las raciones, no mucho. Es prudente. Nadie se tiene que enterar, basta añadir volumen al plato. No es difícil, déjenmelo a mí.

—¿Y el agua? —pregunté entonces—. ¿No creen que deberíamos racionar el agua?

—Tenemos la cisterna y el filtro de campaña —dijo Karnezis.

—El filtro se ha estropeado tres veces desde que zarpamos. No creo que sea muy de fiar.

Osman escupió un espeso gargajo por la borda. Han Tsu murmuraba la traducción al oído del señor Gao, que escuchaba entornando los ojos apoyado en su bastón. Norton se llevó el pañuelo a la nariz. Wad bloqueaba la otra puerta de la cabina con los brazos cruzados, delante de los jefes tribales vestidos de blanco.

Muchos de los que viajaban en *La Nave* habían bebido con asiduidad directamente del río, sus sistemas inmunológicos exterminaban bacterias que a nosotros nos destruirían, pero todos éramos conscientes de que aquellas aguas eran distintas, al menos desconocidas, e incluso ellos debían desconfiar. Desde que entramos en el Sudd, más pasajeros de los habituales acudían al filtro o a la cisterna del barco.

—¿Hasta cuándo queda agua? —preguntó Osman.

—Se puede aguantar un par de días más que sin comida —respondió Karnezis.

—Si hay problemas, la mayoría puede beber del pantano —dijo Osman mirando a los jefes—. Esta agua es tan buena como cualquier otra. La cisterna se reservará para los heridos, los extranjeros y los que no tengan por costumbre beber agua del río.

Nadie respondió. A fin de cuentas, todos los reunidos tendríamos acceso a las reservas potables.

La noche siguiente, el capitán volvió a navegar despacio al amparo de la luna llena asistido por su hija hasta el amanecer. Luego, continuó pilotando solo. A mediodía echamos el ancla y Leila, ya descansada, quedó de vigía junto con los centinelas diurnos. La guardia de tarde comprendía las horas más silenciosas de la jornada, más aún que la noche. Los pasajeros dormitaban a la sombra imitando a los animales que se acantonaban en sus guaridas hasta la caída del sol. A veces se escuchaban alaridos provenientes de lugares imprecisos. Se oía alguna ola leve rompiendo contra la quilla, animando imperceptiblemente el soñoliento cabeceo de *La Nave.* Se avistaban movimientos de aguas que revelaban tensiones enormes. El Sudd es una zona de corrientes cruzadas que a veces provocan pequeños tornados subfluviales que engullen la materia circundante. Con sus idas y venidas, esas corrientes eran las que habían condenado a algunas islas a vagar perpetuamente en el meollo de su cosmos. *El combustible,* pensé. Y me extrañó no haberlo pensado antes, y que nadie lo hubiera comentado aún. Quizá resultaba un temor lo bastante espeluznante como para atreverse a formularlo. *El combustible*. Aun desconociendo la capacidad de *La Nave,* y si bien la lentitud favorecía el ahorro, estaba claro que nuestro gasto empezaba a ser excesivo.

De habernos encontrado en otra parte del río, un remedio habría sido dejarnos conducir por las aguas de vuelta al norte pero, por una parte, ignorábamos la velocidad con la que el flujo podría desplazarnos, corriendo el riesgo de que la bajada se prolongara demasiado para los alimentos que el barco almacenaba. Y, por otra, ese flujo seguía unas leyes autónomas que, de entregarnos a ellas, podían condenarnos a errar hasta el fin.

Ni siquiera podíamos discernir nuestra posición. Cuando Norton

buscaba la costa con los prismáticos no la hallaba. Las últimas lluvias habrían alejado las riberas unos cientos de metros, como mucho un kilómetro, pero imaginar ese espacio más bien nimio, un kilómetro más de paredes flotantes, un kilómetro más sin tierra firme, desalentaba.

Sin embargo, la calima de la tarde tendía nieblas gaseosas sobre el agua y en aquella calma, con semejante luz, todo parecía menos dramático. Un viento tenue había comenzado a soplar.

Armado en la borda durante mi guardia pensaba en la gente que se pierde en espacios que no importan. Porque el pantano, ¿a quién interesaba? Si ni siquiera lo navegaban los nativos, ¿había alguien capaz de luchar por él? ¿A quién pertenecía aquel país? Norton había llegado más lejos en sus reflexiones afirmando que si nadie pretendía aquel lugar, cuál era su razón de ser. Y entonces me sentí clarividente: La gente que se pierde en un espacio que no importa, ¿también deja de importar? Y de inmediato: ¿Quién piensa en mí?

Un chico apareció en cubierta a gachas. Llevaba su *targush* encasquetado muy atrás, circundando el cogote de modo que la frente le quedaba despejada. Miró a ambos lados de cubierta, donde los vigilantes oteábamos la inmensidad.

Se incorporó.

El viento soplaba ya con cierto ímpetu así que, una vez erguido, se aplastó el gorro contra el cráneo, estiró los brazos desperezándose y se acodó en el pretil.

Horas después de que el chico del *targush* se levantara, otros pasajeros habían copiado su iniciativa devolviendo a las cubiertas una animación que recordaba a la de antes del ataque. Como se expandió el miedo, se disipó. Los más prudentes soportaron aún la noche a resguardo pero la tentación de lanzar la vista sin trabas sintiendo el viento en el rostro, por más caliente que éste fuera, y observar que después de tantas jornadas continuábamos la navegación en paz, convenció a los más remisos de volver a disfrutar en serio del exterior.

Ese día, pasadas las cinco de la tarde, el albino se retrepó chulescamente contra la borda a metro y medio de mí.

—Los jefes no saben volver, ¿verdad? —preguntó meneando un *komboloi* muy deprisa entre los dedos. Tenía las pestañas blancas, una gorra de béisbol sin leyenda en el frontón, los labios sonrosadísimos, la faz abotargada al estilo de los alcohólicos. Su soberbia me desorientaba después de haberle visto arrastrado.

—No sé, yo sólo vigilo.

El albino sonrió con media cara. Se hurgó las suciedades entre las uñas largas.

—¿Vale la pena vigilar? —masculló atento a su operación.

El histrionismo de aquel imbécil y la presión que suponían sus

preguntas, porque yo no estaba acostumbrado a responder, y menos sobre asuntos delicados para los que se me había exigido discreción, me impelieron a consultar el reloj, a ver si llegaba el relevo y me libraba del chismoso. Aún quedaba más de media hora.

—Todo ese numerito de tenernos encerrados era una buena forma de callar las bocas —continuó el albino aplicado en sus uñas—. Pero demasiado difícil de sostener.

—A qué viene esa idiotez. Sois vosotros —y dije «vosotros»— los que habéis optado por caminar arrastrados mientras que nosotros —y dije «nosotros»— hemos cumplido con las guardias pese a saber que nos podíamos estar jugando el cuello. Qué fácil es hablar desde ahí abajo, ¿eh? —dije mirando al suelo.

El albino se inclinó adelante y agarró gimnásticamente el pasamanos de modo que levantó las piernas y quedó suspendido en vilo sacando buena parte del pecho fuera del barco.

—Siempre encuentran excusas para hacer lo que les da la gana —dijo en aquella posición, entre sofocos de esfuerzo. Tuve ganas de empujarle. Se impulsó hacia atrás y cayó derecho en las tablas.

—De todas formas, esta zona está fuera de peligro —dije—. Lo peor ya pasó.

—Pues tú no eres soldado así que ya puedes devolver el arma.

—Bueno, todavía no hay nada seguro. Debe quedar un retén por si hay que defenderse.

Dirigí un pulgar hacia el pantano. Un reguero de escombros desfilaba con visos de terminar empotrado en la majestuosa isla que flotaba trescientos metros al este.

Varios jejenes aterrizaron en el párpado del albino, que enseguida se frotó los ojos. Yo me propiné un palmetazo en el cuello. En la mano vi sudor y el cadáver reventado de un insecto de proporciones inusuales. Era como si estuviéramos penetrando en un mundo de otra era. Preevolutivo, habría dicho Camille.

—¿Defenderse de qué? —respondió el albino.

Era una cuestión previsible. Hay un punto en el que cualquiera puede al fin percibir que el enemigo ya no existe y la supervivencia consiste en otra cosa, además de defenderse. Eso es lo complicado. Vivir sin un rival visible. Quizás, incluso, sin rival.

—O sea que es cierto que no sabéis volver —añadió tras aguardar mi réplica, que no llegó—. Uno de los chinos dice que el GPS ha sido destruido y vamos a la deriva.

Sólo dos chinos habían estado en el puente y uno de ellos, el señor Gao, no sabía hablar árabe. Divulgar informaciones prohibidas no cuadraba con la ficha biográfica de Han Tsu, ni con su carácter, del que yo conocía algo después de tres años compartiendo sesiones en el Palacio Presidencial. Han Tsu era un joven patriota de Henan que

había aprendido *El Libro Rojo* de memoria y trabado amistad con un ex comisario del Partido Comunista Chino que le aupó a su actual puesto en la Capital. Era, en fin, un arquetípico guardador de secretos. Pero también era joven y amante de la verdad —«los chinos somos honrados y generosos»— y en *La Nave* vivíamos un instante excepcional, sometidos a presiones nuevas, entre otras la visión de aquella humanidad amontonada e ignorante que quizá mereciera explicaciones.

Cuando sonó la llamada a la plegaria, el albino se fue.

Durante las horas siguientes varios pasajeros consultaron a Osman, tripulación y centinelas sobre la derrota de *La Nave* y, aunque tal y como habíamos pactado nadie habló, era cuestión de poco tiempo que la sospecha de nuestro extravío terminara convertida en certeza. Por eso, Osman convocó una asamblea urgente donde consensuamos la línea a seguir.

En previsión de disturbios, despertamos a los centinelas en descanso y, cuando ocuparon posiciones para reforzar a los que cumplían su guardia, el capitán Hisham difundió por los altavoces que *La Nave* continuaba remontando el río a la espera de encontrar una brecha en la muralla de maleza que nos separaba de la costa.

—De momento, las islas nos impiden regresar. Rogamos tranquilidad y un poco de paciencia. Encontrar el camino es cuestión de tiempo.

La masa expelió un zumbido de enjambre. Cientos de voces increpaban en realidad para sí, no parecían desesperadas ni ofendidas. Quizá la gente agradeció haber escuchado la verdad. A medianoche, el barco dormía.

Transcurrieron dos jornadas durante las que *La Nave* se entregó a la distensión. La noticia de la deriva había espantado el espectro de los comandos, cediendo el paso a inquietudes inconcretas propicias para las fábulas. Los embalsamadores contaban historias atávicas de embarcaciones atrapadas y hablaron de invocar a espíritus locales que nos ayudaran a salir del trance. Se referían a antepasados y a seres de ultratumba que vagaban por espacios infinitos en busca de redención, y por sus escenificaciones y por el respeto que demostraba su audiencia, comprendí que eran brujos.

La primera noche, tres embalsamadores se habían alineado en cubierta de cara al pantano y habían danzado y cantado no menos de media hora dedicando gestos reverenciales a las aguas y al firmamento. Después, golpearon tambores con una cadencia hipnótica que me hizo sentir estúpido al pensar en antiguas películas de la selva. Había pasado muchos años en el país, claro que había escuchado hablar de los ritos tribales, incluso alguna madrugada oí tambores lejanos, pero en la Capital yo me había recluido en la vida

semiermitaña y, además, nunca me había adentrado en el sur. Los tam tam siempre sonaban lejos y su bombeo afectaba a las vidas de otros. Pero aquella noche los tambores también tocaban por mí y, en lugar de reconfortarme, su retumbar cavernoso, su constancia maquinal, atrajeron los fantasmas del miedo auténtico. Oh, sí. Tuve miedo, por fin. No tanto de morir como de habérmelas con fuerzas míticas cancerberas de un universo suprahumano demasiado oscuro y ajeno para tan sólo un hombre, para mí. Era el miedo original. A lo remoto. A la noche en la noche. Un horror a años luz de cualquier argumento racional porque en las sesiones animistas de los negros anida una fuerza primitiva que resucita lo latente. Más allá de las palabras.

¿Qué estaban dispuestos a hacer aquellos hombres por salvar sus vidas? Si los bailes no daban resultado, ¿cuál sería el siguiente paso?

Cuando se supo que «un chino» había propagado la noticia de nuestra deriva, Osman ordenó llamar a Han Tsu. La ficha de Osman subrayaba la importancia de la palabra «protección» en el vocabulario del ministro e incluía esta sentencia:

«Proteger a los hombres, la retaguardia, las inversiones... Ésta es mi prioridad.»

Tras la muerte del padre, la preocupación por cuidar de su madre había llegado a causarle accesos de pánico e insomnio. Cuando Osman cumplió veintiún años, su madre se desnucó en un accidente doméstico. Osman sufrió un colapso nervioso y pasó tres días hospitalizado. Ya jamás se desprendería del abrumador sentimiento de culpa que entonces le asoló. Para aplacar la ansiedad, se volcó de forma definitiva en la política, tal y como le había recomendado su tío, gran adiestrador en el arte del fingimiento que le inculcó acérrimos ideales patrióticos.

Todas las técnicas y trucos y verdades que Osman fue integrando en su personalidad estuvieron presididas siempre por la palabra «protección», que en su imaginario se agrandó hasta una dimensión monstruosa. Investigador de las más vanguardistas estrategias defensivas en el campo de batalla, la diplomacia y los negocios, recurría a lo que fuera con tal de afirmar ese concepto: protección.

Yo no habría deseado estar en la piel de Han Tsu.

Osman también ordenó llamar a todos los que habíamos asistido a las reuniones del puente de mando, el señor Gao incluido; varios centinelas bloquearon las entradas del restaurante. Cuando estuvimos a solas, Osman se dirigió hacia Han Tsu y bramó a centímetros de su cara:

—¡Cuando se pacta algo se cumple! ¡Quién te has creído que eres! ¡Nos has perdido el respeto a todos! ¡Todavía eres un niño! ¿Quién te ha dejado relacionarte con hombres?

La manera de reprochar de Osman era así de delicada.

—¡Nunca más tendrás nuestra confianza! Y no te creas indispensable. Hay otros traductores —estiró el brazo, señalándome sin mirar—. Sabemos arreglárnoslas solos.

—Perdón, señor Osman, perdón. Yo no he dicho nada. De verdad, señor Osman —Han Tsu hablaba con la cabeza gacha—. No soy un traidor. Cumplo lo que me dicen. Créame, señor Osman. Puede preguntarle al señor Gao. Siempre hago lo que debo y les respeto mucho a todos. Sé que se preocupan por las personas del barco y que ustedes son los mejores para sacarnos de aquí. Yo no soy un traidor, de verdad, no soy un traidor.

Aparte de su estilo miserable, las disculpas de Han Tsu fueron bastante creíbles así que Osman me interpeló, y esta vez sí me miraba:

—¿No dijo que fue un chino?

—Sí. Un chino.

Todos los reunidos buscamos al señor Gao. *Shanghai, 1945. Al fallecer sus padres cuando contaba veinte meses, quedó a cargo de su abuela. Ambos malvivieron en un suburbio de Shanghai hasta que Gao Jin, con seis años, comenzó a traer dinero a casa gracias a la venta ambulante de huevos. (…) Hoy controla la mayor red de distribución de huevos del sudeste chino, es propietario de la tercera compañía inmobiliaria del país, accionista mayoritario de una empresa fabricante de microchips y posee dos casinos en Macao*.

El señor Gao tenía el rostro enrojecido por la cerveza y el sol y a tenor de su expresión grave igual podía estar triste que enfadado. Sus ojos también eran mortecinos. Los brazos le caían como troncos a los lados, rectos e inmóviles, lejos de la cúspide de la barriga, protuberante hongo en su estructura escuchimizada.

Aunque el señor Gao no entendía la razón del rapapolvo, no pareció agradarle cómo Osman acababa de humillar a Han Tsu. Cuando todos le miramos, se retocó la gola de seda. Pestañeó. Esbozó algo interpretable por sonrisa. Y buscó los ojos de Osman, que tenía los labios fruncidos como si no supiera qué hacer con ellos.

El señor Gao Jin financia el proyecto Región Central para la edificación de un nuevo tipo de viviendas óptimas para la soleada y polvorienta intemperie del país. Los próximos años participará en la construcción de la gran carretera que unirá norte y sur.

—Por favor —me dijo Osman—, traduzca al señor Gao exactamente lo que le diga. No me fío de su colega.

Osman preguntó si el señor Gao había comentado a alguien lo que había visto y oído el día que nos reunimos en el puente. Traduje con fidelidad.

—Sí —respondió el empresario—. Se lo dije a Chang.

Osman dio un aplauso.

—Chang sólo habla chino —añadió el señor Gao.

—Y un poquito de inglés —respondió Osman.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—Pues ya lo sabe. Lo practica a diario con Mister Norton —tendió la mano hacia el inglés—. ¿No es así?

—Le enseño palabras. No sabe prácticamente nada.

—Basta con que sepa el abecedario. Ge. Pe. Ese. ¡Bum! —dijo Osman extendiendo de golpe los brazos como si lanzara un objeto al aire.

—Le dije que era un secreto —respondió el señor Gao—. Pero es joven. Todos cometemos errores, ¿no, señor Osman? En realidad, toda esta situación es muy extraordinaria y... al fin y al cabo el resto de la gente también tiene derecho a saber qué pasa. Si corro peligro de muerte, agradezco que al menos me informen.

—Eso es verdad —suscribió en voz queda un jefe tribal cuando terminé de traducir.

Los demás nos removimos en nuestras posiciones.

—Sólo se muere una vez —dijo el señor Gao con tanta parsimonia que unos cuantos nos reímos.

—Sea como sea, ya no hay vuelta atrás —dijo Osman apretando los puños—. Pero espero que si volvemos a cerrar un acuerdo, las decisiones se respeten.

El ministro se dirigió a la salida ordenando a Han Tsu que le siguiera. Segundos después estaban en la cafetería de pie frente a Chang. Norton y yo habíamos bajado tras ellos. Osman apagó el radiocassette.

—Si vuelves a decir cosas que no debes, yo mismo me encargaré de ti... El señor Bai tendrá noticias de tu comportamiento.

Mientras Han Tsu traducía, Osman clavó la mirada en el joven derrengado en el diván. Chang estaba rígido y estupefacto. Al terminar la frase literal de Osman, Han Tsu continuó hablando. Fiel al tono monocorde con que había traducido lo demás, como si esas palabras también pertenecieran al ministro, el chino añadió:

—Eres un traidor. Un maldito traidor. A veces pienso que la gente como tú no merece vivir.

Al comprobar el aturdimiento del chino, Osman se retiró.

—¿Qué le pasa a ése? —preguntó Chang—. ¿Por qué me llama traidor?

—Han descubierto que has contado a todo el mundo que nos hemos perdido y que el GPS no funciona —respondió Han Tsu.

Chang se revolvió el pelo ya despeinado negando con la cabeza.

—El señor Gao ha confesado que te lo explicó —dijo Han Tsu.

—Me lo explicó pero yo no se lo he dicho a nadie. Sé guardar un secreto.

Chang continuaba estirado en el diván. Han Tsu, de pie, hablaba a

media voz apuntándole con el dedo.

—Ahora, lo que deberías hacer es ir a disculparte ante el señor Gao. Si te queda algo de vergüenza.

—Tú estás mal del coco, pueblerino.

Hijo de campesinos de la provincia interior de Henan, Han Tsu creció con dos hermanos, siendo él el primogénito.

Han Tsu se paralizó. Como si hubiera recibido un baño de cera o una descarga eléctrica.

Discurrieron al menos tres segundos. E increpó a Chang sin miramientos.

—No tengo que pedir excusas a nadie por nada —respondió Chang —. Y, por favor, no levantes la voz. Estás llamando la atención.

A pesar de su ímpetu, Han Tsu prefería ser discreto y al comprender cómo se había sulfurado experimentó una vergüenza que, a la vez que le templaba, centuplicó perceptiblemente su rabia.

En los días siguientes, Han Tsu desveló datos de Chang que no constaban en su biografía y que nunca he sabido cómo logró, algunos quizá fueran inventados. En *La Nave* no dieron demasiada importancia a que Chang se aprovechara de su padre multimillonario para emplearse en una multinacional petrolera de Hong Kong y después trasladarse a Shanghai. Pero sí atendieron a los fragmentos que hablaban de «un vicioso del juego y las putas que despilfarraba el dinero y se tomaba libertades con mujeres decentes». Aunque, sobre todo, asombró su manera de obtener el pasaporte para entrar en el país.

Además del buceo, Chang adoraba los grandes espacios naturales. Y por eso, cansado de la metrópoli, cuando advirtió la oportunidad de viajar a África se entusiasmó. Sin embargo, su estatus en la empresa le posicionaba detrás de varios trabajadores en el orden de candidatos a delegados en la Capital. Según Han Tsu, Chang se fue sacudiendo a los rivales «con sucias artimañas» llegando a simular un accidente —«desplomó una barra sobre la espalda del pobre trabajador»— para eliminar a su competidor más duro.

En cuanto Han Tsu contó la historia en la mesa de juego del reservista, el barco entero la supo y, como todas las que proyectaba el entorno del mutilado, se creyó. Fuera cierta o no, Chang pasó a ser un proscrito.

—Por unas cuantas putas y un buen golpe la que montan —dijo Norton, trastornado por el vacío (procuraban no caminar cerca de él, le daban la espalda) con el que los pasajeros habían empezado a castigar al chino.

Desde el día de la discusión, Norton intentó acercarse aún más a Chang, y por eso empecé a encontrarme a menudo entre ellos descubriendo la fascinación del inglés por el sexo.

—Creo que llevo demasiado tiempo en este maldito país.

Preguntaba a Chang por las mujeres que había conocido, qué hacía para conquistarlas, y, empeñado en contrastar los gustos, le animó a calificar del uno al diez a las pasajeras de *La Nave*.

—Va, en serio, a cuántas de aquí te follarías.

Con Chang, Norton perdía el rubor pese a que el oriental no se explayaba y tendía a describir superficialmente sus escarceos. Más que nada hablaba de su intensa vida nocturna, «porque los chinos salimos mucho de noche», decía. De todos modos, las nimias explicaciones de Chang espoleaban a Norton, que se las ingeniaba para enlazar cualquier aventura con un capítulo de su vida, que él sí narraba al detalle desplegando un vocabulario que hasta entonces jamás había empleado ante mí, recurriendo a soeces hipérboles, sobre todo los días que había esnifado coca, a la que aún no se atrevía a invitar a Chang. Inexorablemente, al final de la perorata de rigor se le venía a la memoria su hijo y repetía «David, David, David» mientras se aplicaba un pañuelo a la nariz sanguinolenta.

En los dos días siguientes, el herido grave murió y los otros dos emprendieron una recuperación que prometía ser definitiva. Por las mañanas, cuando terminaba mi guardia, saludaba a Norton y a Chang, recién ubicados en la proa para practicar sus ejercicios diarios sin el resto de chinos, que por algún motivo habían prescindido de aquella rutina. La gimnasia de Norton y Chang era un signo más de cierta normalidad en *La Nave,* donde, después de la isla Boomerang, Leila había implantado la moda de bautizar a las islas según su forma o contenido. La isla Trompa. La isla Cuerno. La isla Calva. Camille jugaba con Leila a imaginar nombres adecuadamente divertidos, y así concluyeron que las tipologías más repetidas eran dos: la del Huevo Islote, un conglomerado oval de no más de siete metros de largo y maleza muy compacta que circulaba a bastante velocidad; y la de la isla Melón, que en la distancia podía asemejarse al Huevo Islote pero cuya aproximación desvelaba un amasijo mucho más voluminoso, de longitud a veces indeterminada, aunque sus contornos respetaban la disposición oval. Visto de cerca, ese tipo de isla perdía su apariencia de melón convirtiéndose en una plataforma salpicada de anárquicas excrecencias, de modo que, cuando Camille explicó a Leila lo que era una pizza, ambas concertaron que algunas lejanas islas Melón podían cambiar el nombre por el de Pizza Loca conforme se aproximaran. Se entretenían mucho así. En cuanto Camille divisaba una isla Melón que se iba transformando en Pizza Loca, se lo hacía saber a todo el mundo.

—¡Eh, eh! —gritó varias veces en la borda—. ¡Pizza Loca! ¡Pizza Loca!

La francesa y Leila congeniaban. Media hora antes de que Leila se fuera a dormir, Camille se apostaba a la puerta del puente de mando e

intercambiaban palabras en árabe y en francés.

—Vaya —le dije a la bióloga una noche después de que Leila se retirara—. Es la primera vez que la veo interesada en aprender árabe.

—Ahora tengo con quién hablarlo, amigo.

Amigo. La palabra no me molestó como otras veces. Después de todo, ella y Leila habían aportado algo de distensión al vapor. Pero cuando me desafían de manera reiterada me cuesta no responder.

—Sí, ya veo que se le dan muy bien las niñas —dije sonriendo abiertamente yo también.

—Hijo de puta —respondió la francesa.

Una tarde, contra pronóstico, Osman nos invitó a Norton y a mí a su camarote. Aunque Norton estaba de guardia, Osman insistió, y el inglés se plantó en el camarote empuñando la ametralladora. Olía a maderas preciosas e incienso. Saludamos a la señora Rasha, sentada en un puf de piel de mono negro mientras hojeaba por enésima vez la revista que paseaba por el barco desde el día de la partida. Una gasa turquesa velaba la luz vespertina que entraba por la claraboya ambientando el camarote como un prostíbulo de baja estofa. En mitad del compartimiento habían clavado al suelo una mesa de madera donde se apilaban tres camisas bien dobladas junto a una plancha.

Osman nos ofreció cacahuetes y anacardos en un cuenco de aluminio abollado y soltó un sermón sobre las variaciones estratégicas del Gobierno. Dijo que en el sur se había comenzado a construir una línea férrea que comunicaría por fin a los pueblos de la zona. Dijo que, como numerosos estudios internacionales habían demostrado, la guerra era un desatino, «un auténtico despilfarro», dijo, y que ni él ni ningún ministro iban a permitir que la catástrofe prosiguiera. Norton básicamente asentía y yo más o menos igual porque, contra lo acostumbrado, Osman me miraba con frecuencia al hablar.

—La riqueza de este país es enorme, somos el granero de África, un lugar clave en el mundo. Nadie puede seguir permitiéndose perder una fuente como la nuestra y por eso estoy convencido de que esta vez la paz será duradera. Tarde o temprano debían entender que no iban a entrar y a quedarse con todo. No somos como otros que aceptan que les pisen y les pisen y les pisen. No había más remedio que acabáramos entendiéndonos, ¿verdad, señor Norton?

—Claro, señor Osman —dijo Norton. Había depositado la ametralladora en el suelo.

—¿Cómo está su hijo? —preguntó la señora Rasha en árabe pero ni siquiera llegué a traducirla porque llamaron a la puerta. Era Wad. Traía algo envuelto en una bolsa negra que entregó a Osman. Norton consultó uno de sus móviles. Seguía sin cobertura.

—Me voy —dijo Wad—. Aschuak me espera.

Cuando salió del camarote, pregunté:

—¿Aschuak es la mujer...?

Osman se llevó unos cacahuetes a la boca.

—Sí, la que viene con Wad —machacó la comida—. Tiene unos treinta años —se hurgó una muela con la lengua—. Su familia es del sur pero la enviaron a la Capital muy pequeña, creo que por entonces ya estaba siempre enferma y, como en la Capital hay mejores médicos... Lo curioso es que se vino con una nana y una institutriz..., sin nadie de la familia. Y así, hasta ahora.

—¿Qué quiere decir «así, hasta ahora»? —preguntó Norton cogiendo un montón de anacardos.

—Son gente de mundo, ya sabe. Creo que el padre era algodonero y su padrastro es un diplomático. Están acostumbrados a los cambios. Ahora vuelve al sur a morir.

—He oído decir que su enfermedad es contagiosa —dijo Norton.

—¿Quién le ha dicho eso?

—No sé. Lo he oído.

—Es información reservada —añadió Osman masticando cacahuetes —... pero eso dicen, sí, aunque nada que ponga en peligro al resto del pasaje. De todas formas, esa mujer permanecerá en su camarote hasta que atraquemos en Juba. Tampoco tiene un especial interés por salir, se ve que se sabe entretener sola. Y, además, cualquier cosa que desee se la trae Wad.

—¿Duerme con ella?

—A veces. A saber lo que harán, pero en su estado no creo que esa mujer aguante... —Osman detuvo el chiste macabro. Rasha alzó los ojos por encima de las gafas al percibir un lapso en la conversación que no entendía, porque transcurría en inglés—. La vi al embarcar y la pobre está en los huesos.

Recordé el rostro fascinantemente demacrado de las fotografías tomadas por Gerrard.

—Sea como sea —siguió Osman—, a Wad le interesa más de lo que le haya interesado nadie en años. ¡Nos la impuso! Dijo que si Aschuak no venía, él no embarcaba. Y poco más puedo decirles. Tanta intriga me suena a truco de Wad para protegerla. Lo del contagio... al fin y al cabo él se pasa los días con ella y ahí lo tenemos.

—Hecho un búfalo —apuntilló Norton.

—¿Entonces? —pregunté.

—Dice estar inmunizado.

«Sí pero no», ése es el estilo local. Las verdades se desmienten en minutos para al poco volver a ser certezas. Es la forma de razonar allí, sinuosa, un continuo vaivén favorable a las intrigas y el misterio. De lo que no cabía duda era de que Aschuak agonizaba. Era lo único que había argumentado Wad una y otra vez para lograrla embarcar. Agonizaba y, antes de morir, deseaba regresar al lugar donde nació

para conocer a la familia que había sobrevivido a la guerra.

—Una bonita historia —dijo Osman vaciando con un último manotazo el cuenco de cacahuetes. Rasha continuaba embebida en su revista—. Esa chica sólo debe tener en mente la Ciudad.

Mientras hablaba su semblante se torció, quizás al haber encontrado algo demasiado en común con la enferma.

—Venga, díselo ya —dijo Rasha desde detrás de la revista en un tono conminatoriamente inesperado.

Osman engulló demasiado aprisa. Carraspeó para acondicionarse la garganta.

—Antes de que se vayan, le quería pedir un favor —dijo sacando de la bolsa una cámara fotográfica y dirigiéndose a mí—. Le voy a pedir que recupere sus buenos tiempos y nos haga unas fotos a los dos juntos. Nos gustaría tener un recuerdo de esta travesía.

—Ésa es la cámara de Gerrard —dije.

—Sí. Y ya sabe cómo son esos fotógrafos meticulosos, aún les gustan las máquinas manuales. Si fuera digital no le hubiéramos molestado, se lo habríamos pedido a cualquiera, pero... nos encantó su exposición sobre los jardines de Palacio. Si hace el favor...

Osman me tendió la cámara, removió el interior de la bolsa y extrajo un par de carretes. La señora Rasha se incorporó aplanando su sedosa *chamira* púrpura.

—Si quieren que les planche algo de ropa... —intervino la mujer señalando a la plancha.

—Le pagaré algún dinero —añadió Osman.

La pareja había planificado una sesión a lo largo de *La Nave* con secuencias en los divanes del restaurante; comentando un plato con Karnezis en cocina; paseando por los pasillos cogidos de la mano. Norton se despidió para seguir su ronda de guardia y nosotros nos dedicamos a recorrer el barco deteniéndonos en los rincones seleccionados por la señora Rasha. Posaban histriónicos carcajeándose ante circunstancias banales, al margen de la animadversión creciente de algunos pasajeros que aún señalaban a Osman como culpable de la hecatombe despertándoles sentimientos encontrados, porque era líder y verdugo, y, al verme involucrado en aquella parodia esgrimiendo la cámara de un fiambre, sentí asco de mí mismo.

—¿Seguro que no quiere que le planche nada? —insistió la señora Rasha.

—No, gracias, no.

Disparé lo que quedaba del carrete de Gerrard, unas doce fotos. Cuando salimos a cubierta llevaba treinta y dos disparos de la nueva bobina. La luz era insuficiente para obtener un balance de colores apropiado así que propuse aplazar la sesión hasta el día siguiente. La idea les complació.

Antes de acostarme, pedí un té a la menta en el restaurante. Han Tsu yacía solo en el diván habitual tarareando la canción china que sonaba en el radiocassette. El traductor no era feo ni desagradable pero había algo demasiado extraño en él, quizá fuera su leve desequilibrio estructural o su rara candidez. La frente del chico llamaba enseguida la atención. La distancia entre las cejas y las primeras raíces de su compacta cabellera resultaba excesiva, aún más observando que el diámetro de su cráneo superaba el de la media. No tenía arrugas ni vello facial. Su rostro poseía un aire intocado que le confería inocencia al tiempo que le hacía inescrutable. Cuando sonreía o fruncía el ceño o los labios, las arrugas brotaban en su cara como manchas que poco después se borraban, sin dejar rastro. Costaba discernir sus sentimientos.

Calzaba zapatillas deportivas ergodinámicas con cámara de respiración y vestía pantalones de tergal y camisa de manga corta cerrada hasta el penúltimo botón. Cuando dudaba, se frotaba el lóbulo de una de sus orejas que, sin ser grandes, estaban algo dobladas hacia delante y soportaban las patillas ultraligeras de unas gafas redondas de diseño. Pese a no practicar ejercicio, se contorsionaba sin esfuerzo, y pasaba mucho tiempo acuclillado, lo que le sirvió para simpatizar con algunos pasajeros que compartían ese hábito.

—Te he visto hacer fotos al señor Osman —dijo desde el diván—. Fui a tu exposición de los jardines de Palacio. Muy bonita.

—Gracias —respondí desde la barra.

Han Tsu se semiincorporó, bajó considerablemente el volumen de la radio y con un gesto de la mano me invitó a acompañarle en el diván. Quedó retrepado en un cojín con las piernas rodeadas por los brazos. Tenía el rostro algo vuelto, ofreciéndome su perfil derecho.

—Los chinos sois muy buenos cuidando plantas —añadí encendiendo un cigarro—. Me halaga de verdad que te gustara.

—El jardín es un reflejo del universo. El taoísmo dice que crear un jardín equivale a crear un mundo. Todo está pensado para la armonía. Utilizamos sobre todo la piedra y el agua. El tiempo y el espacio se descomponen —Han Tsu hablaba puntuando bien las frases, como al dictado. La empalagosa canción china sonaba de fondo—. Nos gustan los manantiales, los estanques.

—¿Los pantanos?

Han Tsu comenzó a silbar defectuosamente la melodía de la canción. Soltaba demasiado aire porque procuraba silbar bajo.

—Por lo que estamos comprobando —dije—, en el pantano el tiempo y el espacio también se descomponen.

De una bolsa negra, Han Tsu extrajo una samosa de carne y espinacas que empezó a comer.

—¿Por qué te hiciste traductor? —pregunté.

—Tengo una memoria anormal —dijo colocándose aún más de perfil. Le veía sólo media cara pese a tenerlo justo enfrente—. Desde muy pequeño puedo recitar proverbios y frases textuales de los libros. Un día uno de mis profesores llamó a mis padres y les dijo que yo tenía mucha capacidad para las lenguas. «El país necesita jóvenes con idiomas», dijo mi profesor y les recomendó que me llevaran a ver a un cuñado suyo. El cuñado trabajaba en un gran grupo petrolífero que necesitaba encontrar intérpretes de árabe y español. En África y América hay montones de empresas chinas trabajando fuerte. De todas formas, me lo pensé muy despacio. En la universidad, casi todo el mundo que traduce son mujeres.

—Mejor, ¿no?

Han Tsu, que hablaba mirándome de soslayo, golpeó juguetón con la frente en sus rodillas.

—No te tomes libertades con las mujeres —dijo impostando la voz —. La mayoría de mujeres preferían el idioma español —prosiguió normal—. América es una región difícil, es peligrosa, pero una mujer china trabajando en tierra musulmana es algo aún más raro de imaginar. Así que si yo estudiaba árabe no tendría mucha competencia. Mi profesor me convenció. Me dijo que los traductores iban a ser muy importantes en el futuro, que estarían muy bien pagados, y describió cuál sería mi papel en el engranaje. Me vi de maravilla, como un reluciente tornillo que gira dentro de un aparato colosal.

—¿China?

—China.

Había oído anécdotas sobre la particular idiosincrasia de los chinos, yo mismo podía explicar alguna, pero aún no había topado con ninguno realmente satisfecho de considerarse un tornillo.

—Vaya —dije—. Eso es importante. Tienes un objetivo.

—Sí. Tener un objetivo, sentir que te mueves por algo es muy importante. Mira mi salud —Han Tsu hizo bola con ambos bíceps a la vez. Estaba muy flaco—. ¡Y no hago ni taichi!

Cabeceé en un asentimiento mecánico.

—Lo que no comprendo —dijo solemne en repentina calma— es por qué algunas personas tratan tan mal a los traductores. Les ayudamos a comunicarse y sin embargo nos tratan mal. Hay gente que no me ha mirado a los ojos después de más de una hora traduciendo sus palabras. ¿Cómo se entiende eso? Algunos piensan que somos perros. Yo no soy un perro.

—Claro que no... eres un tornillo.

—Es diferente. Soy tornillo cuando quiero. Porque quiero. Algunos se empeñan en tratarme como a un perro.

—Creía que los chinos erais más discretos a la hora de expresar

sentimientos. De eso tenéis fama.

—Fama —dijo Han Tsu. Esta vez apoyó el mentón en las rodillas. Ofrecía su perfil derecho tan nítido que se prestaba a una foto policial —. Yo no hablo mucho de mis cosas. Pero tú eres traductor como yo. Y extranjero. Si no morimos aquí, quizá no te vuelva a ver nunca. Además, yo creo que pronto deberé buscar otro trabajo.

Arqueé las cejas.

—Estoy preocupado —aclaró el chino, que giró algo la cabeza hacia mí y, mirándome de soslayo, dijo—: No oigo bien por este oído desde el día que nos atacaron.

Se rascó el lóbulo de la oreja izquierda.

—Por favor, no le cuentes esto a nadie. No es bueno para mí. Tú eres un colega. Sé que me entiendes.

Alguna vez había pensado en la sordera como una amenaza vaga, sin ahondar en sus consecuencias, y de pronto ahí tenía a un veinteañero al filo del desastre laboral. Recordé a Han Tsu en las últimas conversaciones y me di cuenta de que en mi memoria casi siempre aparecía de perfil.

—Bah, eso se te cura en dos días. Es el efecto postraumático — inventé—. Suele pasar.

—De momento, soy el gran maestro en las rotaciones de cuello. ¡Uh! —dio un golpe seco de cabeza hacia la derecha—. ¡Ah! —golpe seco hacia la izquierda. De nuevo, en primer plano, aprecié su oreja derecha—. No sabes lo bien que funciona. Una oreja a pleno rendimiento vale por dos. El problema es que, si hay ruido...

Han Tsu no terminó la frase porque Chang acababa de asomarse por la cafetería. Al vernos juntos se esfumó.

—El traidor —dijo Han Tsu.

En el radiocassette empezaba otra delicada canción oriental. Karnezis atravesó el restaurante con una *galabiya* blanquísima y ancha, cuya aérea tela rozaba los cantos de las sillas y las mesas.

—Podríais intentar reconciliaros.

—Ése no tiene dignidad.

—¿Por qué te cae tan mal Chang?

—Somos muy diferentes. A él le gusta fumar, a mí no. A él le gusta beber alcohol, a mí no. A él le gusta bailar, a mí no. Escucha música pop y rock, y yo prefiero la clásica. A él le gustan las guapas —Han Tsu siempre omitía el sustantivo «chicas»—... a mí también.

Reímos con ganas.

—Ya, pero eso no es suficiente para odiar a alguien.

Han Tsu sacudió la cabeza negativamente como si yo no entendiera algo fundamental de su carácter.

—*Chang shi yi ge xinxin renlei* —respondió.

—*Xinxin renlei you shenme yisi?* —le pregunté.

Han Tsu dio un par de manotazos por delante de su cara, como si espantara moscas.

—*Mei shi'r, mei shi'r* —respondió.

Y se puso a silbar.

El día que el señor Gao me usó de intermediario para pedir a Norton los prismáticos prestados aproveché la ocasión:

—Aquí tiene —Norton había accedido a dejárselos un par de horas y yo se los entregué—. Señor Gao, ¿qué significa exactamente *xinxin renlei*?

—Pues eso mismo: nuevo humano.

—Ya, pero ¿qué significa nuevo humano?

—En China llamamos así a los jóvenes que sólo buscan diversión, propiedades... por eso les acusan de no tener escrúpulos.

Al señor Gao le resultó simpático que me interesara por su cultura «incluso después de haber sufrido las dificultades de nuestro idioma» y, alguna vez, cuando me veía vagando por *La Nave,* si estaba solo —le había advertido que prefería los diálogos entre dos, mi oficio imponía siempre un mínimo de tres y para charlar en calma me decantaba por una mayor intimidad— chasqueaba los dedos y me hablaba de su país y de los chinos con los que viajaba.

Así supe que, como el edificio de la delegación china en la Capital disponía de antena parabólica, Han Tsu había podido continuar enganchado a los documentales sobre la Segunda Guerra Mundial, las teleseries ambientadas en las memorables dinastías Ming y Qin y las películas de kung-fu. De vez en cuando zapeaba por canales extranjeros pero como no entendía nada y la televisión islámica le aburría, terminaba en la parrilla de costumbre. No cambió mucho sus hábitos. Era un especialista infalible en las tareas de traducción que, al final de la jornada, hallaba la felicidad en la inopia de su cuarto bien ventilado. En el trabajo, se limitaba a interpretar de una manera automática, «de forma tan rápida e impecable —me dijo el señor Gao — que yo creo que olvida cuanto dice, no tiene tiempo de asimilar nada. Trabajando es una especie de máquina. Él lo sabe. Le da igual».

Han Tsu creía en un mundo de gente honesta con una idea común de la honradez. Eso le reportó algún problema en el país. En más de una ocasión aconsejó a los africanos para quienes traducía que se dirigieran a sus interlocutores chinos en términos más amables. Les reconvino sugiriendo que sus expresiones podían resultar hirientes y se atrevió a iniciarles en algunas normas de cortesía oriental. No duró mucho.

—Cuando yo diga puta, tú vas a decir puta —le respondió un general en un salón de Palacio—. ¿Está claro?

Cuando Han Tsu informó al señor Gao de sus desencuentros, el empresario le instó a arrinconar la rigidez y le dio una fórmula que en

adelante aplicaría con convencimiento:

—Olvídate de ti —dijo el veterano—. Acepta que cuando te pones ahí en medio, no existes.

Han Tsu lamentó su imprudencia, aceptó la paradoja de que siendo la persona más indispensable en las charlas era sin embargo la que menos importaba y aprendió a mantenerse al margen de las frases que pasaban por su boca. Comprendió que él era un instrumento. Su valor radicaba en la precisión, en ser lo más exacto posible. Era lo que se esperaba de él, para eso le habían contratado. Si excedía sus funciones, recibía reprimendas que le descomponían incluso físicamente. Se dio cuenta de que sus padres y los padres de sus padres y aun los padres de éstos habían practicado de manera ejemplar el arte de la contención encajando los embates del destino hasta rozar una vida sin altercados y, por lo tanto, próxima a la felicidad.

—Cuando Han Tsu achacó su atrevimiento a la juventud, dio un paso adelante —diría el señor Gao—. Empezó a crecer. Después de las humillaciones entendió algo más sobre su papel en la sociedad y el respeto que debe a los que mandan. Había recibido una lección. Probablemente le perturbó que fueran unos negros los encargados de ponerle en su sitio pero al fin y al cabo eran negros dirigentes. Se estaba haciendo un hombre.

El día que me habló así, el señor Gao no dejó de sacudir un espantamoscas de crin de jirafa mientras bebía cerveza.

—En China decimos: si te consideras tan listo, empieza a coger la carretilla con mierda de cerdo. Yo he recogido mierda de cerdo. Ahora, otros la recogen por mí. Esto da tranquilidad. Si sigo así, llegaré a los 123 años. Uno. Dos. Tres. Es un buen número para morir, ¿no cree?

—No conozco a nadie con esos números. De todas formas, dicen que ustedes saben mantenerse en forma.

El señor Gao me escudriñó con su rostro de sabueso acongojado.

—Desde su cara no puedo saber su edad.

—Veintisiete —mentí.

—Parece más viejo.

—Quizás haya recogido más mierda de cerdo de la que me correspondía.

El señor Gao comenzó a dar botecitos soltando una sarta de hipidos que resultaron ser su risa.

La Nave se balanceaba más de lo habitual. Dio un par de tumbos que hicieron resbalar vasos y escudillas por las mesas del restaurante.

—Estoy aprendiendo inglés —dijo Han Tsu mientras Norton se aproximaba—. Leila me enseñó el otro día una frase. ¿Cuánto falta para llegar? Es en lo que pienso todo el tiempo. No me lo quito de la cabeza. ¿Cuánto falta para llegar? Verás.

Me guiñó un ojo y esperó a que Norton se detuviera delante de nosotros.

—Una noche movidita —dijo el inglés con la pistola en el cinto y despeinado por la ventolera.

—*Do you want to sing with me?* —dio por respuesta Han Tsu.

Norton y yo nos miramos asombrados. El inglés entonó el jingle de su compañía telefónica. *«Five hundred miles…»* Fue una casualidad graciosa que nos hizo sonreír a los tres, cada uno por distintas razones.

—Asegura que menos de quinientas millas —interpreté para Han Tsu mientras Norton seguía cantando.

—El señor Norton a veces es muy divertido —dijo Han Tsu con la oreja derecha arrimada al inglés.

Quería dormir por tantos motivos que al principio no pude pegar ojo. Como Norton seguía de ronda, encendí una lámpara de gas, hurgué en el fondo de mi maleta y saqué el portafolio abombado con las fotos de pasajeros tomadas por Gerrard. Mi botín. De acuerdo, también yo lo había obtenido de manera clandestina, pero no hacía ostentación ni un uso zafio de él. Cuando Gerrard murió, nadie prestó atención a su álbum, quizá ni siquiera llegaron a verlo, es verdad que actué rápido. Al cabo de los días alguien preguntó qué había sido del material del canadiense pero el curioso no indagó. El tiroteo había desperdigado muchas cosas, destrozado otras, y las fotos no eran nada esencial a lo que atender en ese instante. Así fue como heredé las fotos del muerto, y esa noche, como otras antes, me entretuve analizando uno a uno a mis compañeros de viaje, intentando recordar sus biografías y adivinar comportamientos futuros.

El viento llevaba tres días soplando más tónico que molesto si bien aquella noche arreció. Las rachas silbaban tétricas provocando sinfonías chirriantes o algo similar a voces. Antes de la guardia logré dormir un rato, y recuerdo como real, no creo que formara parte de ningún sueño, el nítido canto de un hombre al otro lado de la puerta. Rezaba en el pasillo. Su plegaria volvió a servirme de arrullo acompañando al bisbiseo del aire, y sería aquella música la que atrajo el principio de sueños que debían ser hermosos, recuerdo haberme sentido bien, pero que al despertar olvidé.

A las dos di el relevo. *La Nave* rasgaba lenta unas aguas que en la noche parecían otra cosa. El centinela de popa contemplaba la negrura con el arma colgada en bandolera. Se había tapado la boca habilitando como máscara la cinta suelta del turbante y su túnica ondeaba como lo hacen las coladas los días de tempestad. No parecía temeroso de la noche. No esperaba asaltos por sorpresa. *La Nave* ronroneaba. Quizás el motor se escuchara a decenas de kilómetros, pero ¿a quién le interesaban los ruidos del pantano? Al fin y al cabo, ¿qué podía venir

de allí?

—Nada —musité.

Cuando después del sueño llegué al restaurante buscando comida, Camille estaba boca arriba en un diván, más bien pálida. A su lado, la señora Rasha se abanicaba con desdén. Ella fue quien me contó que hacía un par de horas uno de los pasajeros había avistado algo extraño y vivo merodeando por las lindes de una isla que se aproximaba despacio a *La Nave*. Buena parte del barco se concentró en la borda de babor mientras el capitán maniobraba para vadear el escollo a una distancia intermedia, ni cercana ni muy amplia, para ver de qué se trataba.

Sobre la isla, las cañas y las hierbas espigadas se cimbreaban notoriamente al paso de lo que fuera, y podía seguirse su itinerario. De tanto en tanto, entre los intersticios de la maleza se distinguía una gran mancha blanca que enseguida volvía a ocultarse y, aunque todo indicaba que debía ser un animal, nueve de los doce fusiles apuntaban hacia allí.

—¡Un rino! —parece que exclamó en un susurro Camille cuando aquello asomó de la fronda. La cabeza enorme rematada por un poderoso cuerno quedó enfrentada a *La Nave*—. ¡Un rino! —gritó ya de forma audible, entre los murmullos de la multitud—. ¡Un rino! ¡Un rino blanco!

Por primera vez desde el avistamiento, el animal se mantuvo inmóvil, medio cuerpo aún oculto tras las matas. Los rinocerontes blancos son una raza en extinción, algunos dicen que ya no existen, que en realidad jamás existieron y si su nombre pervive es debido a una confusión idiomática propiciada por los bóers. Pero aquella mañana, un rinoceronte blanco apareció flotando ante *La Nave*. Un rino que, como tantos búfalos y elefantes y leones, había creído en la firmeza de esa tierra tan sólida, y mientras buscaba alimento o sencillamente exploraba, descubrió que se movía el suelo bajo sus patas. Que viajaba a la deriva. ¿Cuánto tiempo llevaría así el animal?

Dijo Rasha que el rino les miraba «como una persona».

Y las personas le contemplaban.

—Y no podíamos hacer nada.

Camille empezó a gritar, a repetir que había que actuar, que el animal no podía quedarse allí, «hay muy pocos en el mundo, debemos intentar sacarlo. ¡Capitán! —gritaba—. ¡Capitán!».

Gritaba sin moverse de la borda, hechizada por los destellos acorazados del rino, que se inclinó cerca del borde e intentó llegar al agua, quizá para abrevarse, no creo que intentara huir a nado. Enseguida se incorporó y volvió a mirar al vapor. Empezábamos a pasar de largo. Al identificar al rinoceronte, los centinelas habían bajado las armas. El capitán se acercó algo más a los límites de la isla

y parece que fue ese desvío, y la confluencia antinatural de ciertas corrientes encontradas, lo que provocó un repentino oleaje que enseguida fue a romper contra el lateral fangoso de la formación. Como se desgajan los icebergs en la época del deshielo, así comenzó a derrumbarse el extremo de tierra que soportaba a la bestia. Cuando el rino intentó emprender la huida, se desplomó sobre el pantano desde lo alto de su terrón cayendo a las aguas bruscamente amarronadas.

La Nave continuaba hacia el sur y los pasajeros agolpados a babor siguieron la escena hasta que el ángulo lo permitió, testigos de cómo la mole blanca se debatía resoplando en las aguas cada vez más oscuras. Camille lo presenció entre alaridos y sollozos. Después le sobrevino el desmayo.

—Ese capitán trae mala suerte —dijo Osman detrás de mí. No le había visto llegar—. Ya ha hundido un barco. Su hijo se mató. En ese hombre hay algo que va mal. ¡Y está medio ciego! ¿Quién confía en un conductor ciego?

—Osman... —murmuró su esposa instándole a comedirse.

El episodio del rinoceronte inauguró una etapa más sombría, como si en *La Nave* se hubiera desvanecido por completo el miedo al enemigo emboscado y en su lugar se expandiera ya sin riendas un agobio superior, mucho más global e invencible porque no daba oportunidad de batallar. Un miedo contra el que ni siquiera servía la vigilancia. Incumbía al simple pavor de estar ahí.

La vastedad del territorio, además de impresionante, comenzaba a resultar abrumadora. Las aleatorias combinaciones de agua y tierra no proponían solución ni un atisbo de salida, y, si en algún momento podía localizarse alguna, deberíamos aprovecharla de inmediato porque instantes después la posibilidad se evaporaría y todo volvería a integrar un intricado jeroglífico para el que no servían previsiones ni experiencia. Vivíamos en una expectativa constante. Los nervios se empezaban a crispar.

En un mundo inexplorado todo es posible, incluso el monstruo. Y, a la vez, resulta apasionante abrir camino, ejercer de pionero. De haberse tratado de un paisaje normal, la curiosidad y el miedo habrían confluido haciéndonos sentir conquistadores. Pero el Sudd no es «normal». El Sudd se mueve. Se regenera y muta como lo vivo. Ni tan sólo se puede hablar de un páramo virgen. O no sólo de eso. Porque si bien es cierta la falta de noticias sobre el área, no significa que nunca antes nadie navegara aquellas aguas sino que, como nosotros, los que alguna vez lo hicieron no habían podido trazar un recorrido práctico que sirviera en el futuro.

La Nave también pasaría sin dejar huella. Nadie seguiría nuestra estela, borrada por las olas siguientes en un lugar que quizá pronto bloquearían islas de nueva planta. Pero lo más turbador era que

tampoco nosotros podríamos volver sobre ella en el caso de que necesitáramos retroceder. No habría un camino que desandar. El único legado a la ciénaga que quizá resistiría durante años sería el de un barco a la deriva con nuestros cadáveres apilados.

—Qué tópico, ¿no? Otro barco que se pierde —le había dicho al capitán por la tarde al verle consternado por el episodio del rinoceronte. Hisham aferraba el timón con ambas manos, pese al agua en calma.

—Para mí es la primera vez —respondió.

La conciencia de esta situación animó nada menos que a Osman a escribir. Se le veía a menudo tomando notas en cualquier parte, entrevistando al personal, y cuando le preguntaron qué mosca le había picado respondió que a otros la escritura les sirvió. Osman comenzaba a asustarse de verdad. Desconfiaba de la suerte del capitán y esto, según su chifladura supersticiosa, sólo podía confrontarse con una iniciativa tan descabellada como la de escribir un diario para imitar a legendarios exploradores cuyos textos parecieron blindarles contra la muerte, o al menos les alargaron la vida hasta límites casi increíbles. Por ejemplo, el inglés Gordon resistió casi un año el asedio de Jartum, y no se salvó por muy poco; el maltrecho Speke logró regresar a Gran Bretaña pese al temor de morir en el camino sin poder relatar su hazaña; y, sobre todo, el caso que determinó la iniciativa de Osman fue el calvario del gobernador italiano Gessi, cuyo barco se perdió en las ciénagas del Sudd con más de doscientas personas. Un soldado se comió a su propio hijo. Pero sobrevivieron cuatro: y uno era Gessi. De modo que Osman escribía para salvar la vida.

—A otros les ha servido —decía.

Su explicación fue como si invocara a la muerte, porque con ella atrajo el sentimiento real de que morir en el Sudd era posible. Por el Nivel Inferior corrió el rumor de que escribir ayudaba a alargar la vida y casi medio centenar de pasajeros emprendió la búsqueda de plumas, estilográficas, lápices, bolígrafos, cualquier instrumento que emborronara un papel, que también buscaban.

La mayor parte de aquel material se encontraba, además de en el puente de mando, en el Nivel Superior y pertenecía a los empresarios, los políticos. El propio Norton y yo guardábamos un manojo de bolis y un paquete de folios junto a los contratos redactados y listos para firmar. De todos modos, hacía días que una buena parte de bolígrafos habían reventado por el calor o, como le ocurriera a Camille, estaban inutilizados a causa del corrosivo Relec con que pringábamos la piel expuesta a los mosquitos: los efluvios del potingue en las manos traspasaban las carcasas de los bolis al cogerlos, neutralizando el flujo de tinta.

Los pedigüeños se dirigieron a quienes durante la travesía habían

visto escribir, y a quienes sospechaban que podían hacerlo, para reclamar tinta y papel. Por ejemplo, un grupo de seis hombres abordó a Osman. El ministro les dio cuatro folios, dos bolígrafos y recomendó que cada boli lo compartieran entre tres.

—Hay que ahorrar así que no es necesario que escribáis mucho más de una línea al día —dijo Osman—. Un pensamiento o una visión. Con eso bastará. Lo importante es que el texto sea vuestro.

Y cuanto más aludía a los poderes del diario más parecía creer en ellos convirtiendo su paranoia en una posibilidad de salvación real para muchas otras personas.

Ante la nueva demanda, distribuimos folios y bolígrafos a quienes los pidieron, también con la condición de que sirvieran por triplicado. En letra diminuta, los primeros escribientes comenzaron sus diarios y fueron cediendo los bolis a sus compañeros, gran parte de los cuales no sabían manejarlos. Varios eran analfabetos y se limitaron a hacer rayotes que ocupaban espacios mínimos.

Aquella mañana, el resto del pasaje asistió atónito a la efervescencia literaria de sus vecinos antes de acudir a los comedores, donde pronto engullirían un potaje de alubias salpicado de insectos.

Las jornadas siguientes sopló un viento cálido pero cada vez más impetuoso que vino a romper la quietud de las insulsas tardes. Un ulular lobuno se apoderó del pantano arrancando gañidos a la estructura de *La Nave*. Por las mañanas, Norton y Chang persistieron con los ejercicios en proa, y era hermoso ver sus movimientos tan estéticos mientras el viento flagelaba las ropas revolviendo sus cabellos al sol.

A Han Tsu y el señor Gao les gustaba salir a cubierta, parapetarse en un rincón y, mientras el viento les sacudía de costado, arrimarse a la radio para escuchar música un buen rato. Algunas mañanas, el señor Gao llegaba a presenciar los últimos minutos de la gimnasia de Norton y Chang. Disfrutaba del espectáculo sacudiendo el espantamoscas. Sugirió a Han Tsu que debería reconciliarse con Chang.

—Vale más estar unidos.

No recibió contestación. Flamencos, cigüeñas y grullas nos sobrevolaban velocísimos. El capitán aguzó aún más la vigilancia ante las islas raudas que nos cercaban.

—Hay que ver cómo temo a las Pizza Locas —le decía a veces a Leila, que había asentado la nomenclatura.

Algunas noches, *La Nave* se mantenía inerte varios minutos o incluso una hora completa aguardando el paso de una plataforma mayúscula.

—Maldito aire —dijo una noche Mahmoud, mi compañero de guardia en el otro extremo de cubierta. Había abandonado la zona de popa acercándose a mi área mucho más de lo normal. Desde el

ahogamiento del rinoceronte, que él sí había presenciado, le notaba más nervioso. La noche después del incidente me llamó de madrugada para que escrutáramos juntos la oscuridad. Aseguraba haber escuchado un repiqueteo metálico desde luego que ajeno al viento, según él. Mientras lo explicaba, tembló.

—Maldito, maldito, maldito —repitió blandiendo el fusil con la mandíbula tensa. Navegábamos muy despacio, apurando la luminosidad de un cielo pletóricamente estrellado—. No deja oír nada. Y va a durar más días. ¿Y si vienen esta noche? Ellos saben de dónde sopla el viento. Lo saben y cuando los podamos escuchar los tendremos encima y no se podrá hacer nada.

Pensé en denunciarle a Wad para que le relevara. Yo no contemplaba la posibilidad de que en semejante atolladero acechara un enemigo.

—Maldito, maldito, maldito —rezongó.

—¿Quieres cambiarme el puesto? —dije, confiando en que la cercanía al puente de mando le daría la tranquilidad de sentirse acompañado por el capitán, al que respetaba. Enseguida aceptó.

Caminé hasta la punta de popa para aislarme de Mahmoud, su zozobra perturbaba como una vibración aguda en el aire. Sondeé las manchas de agua que fluctuaban a nuestros pies. Entre el ulular del viento en ocasiones se deslizaban algo así como graznidos o el croar de un cónclave de sapos situado al norte, de donde soplaban las rachas. Durante un rato también escuché un ensordecedor griterío de luciérnagas que, junto con los centelleos del agua producidos por a saber qué, me hicieron sentir frágil. Llevé el dedo al gatillo.

Desde mi posición, *La Nave* quedaba insonorizada. Sólo accedía a los ruidos del pantano. Por eso, según contaría Leila después, cuando Mahmoud comenzó a decir que ahí estaban esos cabrones, ni siquiera me enteré. Yo seguía enfrascado en decodificar las penumbras aledañas, buscando oscilaciones acuáticas por si encontraba algún pez gato, me habían dicho que podían iluminar con su electricidad.

Jadeando, Mahmoud apuntó a la ciénaga.

—¡Alarma! ¡Alarma!

El capitán le habló desde el puente pero el centinela sólo atendía a la oscuridad donde acababa de descubrir:

—¡Una lancha! ¡Vienen en lancha!

Debió verlos con la espeluznante nitidez de los viejos marinos sorprendidos por proas vikingas emergidas de las nieblas. Los vio. Un escuadrón de matarifes vestidos de camuflaje con las armas amartilladas. Señores de la guerra dispuestos a acabar con todo. Enemigos, en cualquier caso.

—¡Alarma!

Mahmoud basculó deprisa a lo largo de un par de metros de borda,

fue cuando percibí algo raro a mi izquierda, yo aún no había oído nada, pero giré la cabeza y le vi. Se movía agitado. Leí el grito en sus labios.

—¡Ataque! ¡Ataque! ¡Ataque!

Se llevó el fusil al hombro apuntando al exterior y por instinto le imité. Mientras buscaba ahí abajo la amenaza, de soslayo controlaba las acciones de Mahmoud, que apoyó el fusil en la cintura. Mi zona estaba limpia, al menos hasta donde mi vista alcanzaba, de modo que la ofensiva tenía lugar por la proa.

Apuntando siempre al pantano, fui deslizándome por cubierta echando vistazos a Mahmoud, que disparó. El tiro me llegó como un portazo lejano. Vi al capitán saliendo del puente con los brazos estirados adelante y las palmas de las manos abiertas, sin duda le estaba hablando al guardián, de quien yo observaba el perfil y podía adivinar que aún gritaba. O rugía. Mantenía la boca torcida mientras continuaban los portazos. Pam. Pam. Pam. Los disparos comenzaron a sonar en distintos lugares de *La Nave,* de forma espaciada. De estribor llegó una explosión y la aureola consecuente, que encendió por segundos la noche, aunque era obvio que la granada había estallado a unos metros del barco, quizá la hubiéramos lanzado nosotros. No había correspondencia. No escuchaba disparos lejanos ni veía saltar esquirlas, ni abollarse la chapa, ni fogonazos en la oscuridad.

Mahmoud seguía enardecido por el fragor de su batalla. Entonces me dio la espalda un momento, sonaron dos nuevos portazos y el capitán, que le gritaba a pocos metros, se desplomó golpeando la cabeza contra la borda. Enseguida volví a ver el desquiciado perfil de Mahmoud vaciando el cargador en la ciénaga.

En el portón de cubierta se habían apostado tres hombres que presenciaron el acribillamiento del capitán. Uno de ellos era Wad. Al verme, con la mano indicó que permaneciera donde estaba. Por la esquina del portón surgió el cañón de la ametralladora. En una corta ráfaga, Mahmoud fue casi partido en dos.

Al ver a su padre abatido, Leila abandonó el puente corriendo hacia el cuerpo que se desangraba exánime. Wad y sus compañeros gritaban alto el fuego, falsa alarma. Uno de los hombres se escurrió hasta la cubierta de estribor para ordenar que cesara el tiroteo. Leila gemía arrodillada recostando la cabeza del capitán contra sus muslos.

—¿Qué hacemos con éstos? —preguntó en voz baja uno de los que acompañaban a Wad.

La niña lloraba emitiendo entrecortados «papá».

—Debes parar las máquinas —ordenó Wad a Leila. *La Nave* avanzaba sin piloto. Leila continuaba llorando—. ¡Niña! ¡Para las máquinas! Vamos. Por favor. O moriremos todos.

Wad se acuclilló y le habló al oído. Leila se incorporó apoyándose

en el gigante. Sollozando se dirigió a la cabina, se cercioró de que ninguna isla amenazara colisionar con *La Nave* y, con movimientos automáticos, detuvo el barco, desenrolló el molinete del ancla y volvió a abrazarse a su padre.

—¿Eh? —insistió el hombre—. ¿Qué hacemos con los muertos?

No parecía adecuado añadir dos momias al depósito, ni para la moral de los viajeros ni por higiene. Por otra parte, parecía ético aguantar hasta el límite los cuerpos en el barco.

—Habría que deshacerse de alguno de la 14 —dijo Norton, recién llegado con la marca de una sábana atravesándole la sien—. No vamos a tirar al capitán...

Como la gente comenzaba a asomar por los portones, Wad ordenó restringir el paso a cubierta, aunque permitió el acceso a Camille. En silencio, la bióloga se sentó junto a Leila sin tocarla.

—El problema es —dijo Norton— quién diablos va a pilotar ahora.

Las túnicas soltaban latigazos. El *targush* de un centinela salió volando. El hombre manoteó hacia delante sin cazarlo, así que emprendió una corta carrera tras el birrete, que en su trayectoria de descenso rozó la borda y cayó al agua. El propietario se asomó de puntillas para seguir el destino de la prenda. Bajo sus talones en suspenso se escurría el gran charco de sangre emanado de Mahmoud y, cuando el centinela volvió a estabilizar las plantas, sus sandalias produjeron un chapoteo que no oí pero imaginé a la perfección.

—¡Sal de ahí! —grité.

El centinela miró a sus pies, el rostro se le deformó y, de nuevo de puntillas, dio unos ridículos brincos que fueron esparciendo sobre cubierta un rastro de sangre más propio de pezuñas animales.

—La niña —dijo Camille desde el suelo.

Leila se sorbió los mocos sosteniendo la cabeza de su padre entre las manos. Suspiró hondo, había dejado de llorar. No sabía casi nada de francés pero cuando Camille repitió: «La niña. Pilotará la niña», entendió muy bien lo que allí se proponía.

Siete hombres se repartieron las tareas de limpiar y conducir a los cadáveres al camarote 14. Los centinelas testigos del tiroteo, los tres embalsamadores y los contados pasajeros a quienes les fue autorizado colarse en el área restringida pactamos silenciar al resto del pasaje la muerte del capitán. No sería complicado, Hisham solía mantenerse al margen de los demás y, aparte de la tripulación y la élite, por el puente de mando no acostumbraba a rondar casi nadie.

Esta vez sin oposición, Osman conectó los altavoces para comunicar «un desgraciado accidente». Llamó a la calma de modo tan pausado que hacía creer en ella. Dio las gracias a Alá y cortó la comunicación.

Los embalsamadores prohibieron a Leila la entrada en la 14 y reclamaron mi presencia, apelando a la ayuda que les presté en el

trámite de Gerrard y compañía. Desde hacía al menos dos jornadas, la 14 emitía un olor acre que invitaba a acelerar el paso cuando cruzabas por delante. Nada que ver, de todas formas, con el hálito inmundo que golpeaba una vez dentro.

—No pueden seguir aquí —dijo un embalsamador hundiendo dos dedos en las narices de Mahmoud. Ejecutaron la operación sin titubeos, tosiendo de vez en cuando. Leila pidió velar los cuerpos en el camarote del capitán. Hasta tres soldados rehusaron acompañar a Mahmoud así que, por camaradería o porque de algún modo me sentía responsable de su muerte, no sé bien por qué, me ofrecí a permanecer junto a él unas horas.

Faltaba poco para el amanecer. El viento había amainado. De vez en cuando se escuchaban pasos por el pasillo, la cisterna del agua en los lavabos. El balanceo casi imperceptible del barco me adormiló. Sumido en el sopor, daba cabezadas. Una vez que abrí los ojos vi a Leila ensimismada en la observación de su padre. Otra vez la vi dormida, la cabeza sobre el pecho en desarrollo.

Alguien entró de rondón en el camarote, desvelándonos. A tenor de la luz, aún debía ser temprano.

—¡Venid, venid! —exclamó el centinela agitando un brazo.

—Quédate si quieres —dije a Leila.

—No. Ven tú también —dijo el hombre.

Le seguimos a grandes zancadas. Al traspasar el portón, nada me resultó muy llamativo. En la proa conversaban con desánimo varios hombres. Las brumas del alba casi se habían disipado.

—¡Eso!

Teníamos una isla prácticamente encima, a no más de diez metros, pero el viento había remitido y, de hecho, aquella masa silvestre estaba desprovista de velocidad.

—¿Tierra? —pregunté en voz alta apresurando el paso hacia proa.

Osman, Norton y los demás sonrieron con desgana. Delante de nosotros se levantaba otro muro vegetal. Por un lógico reflejo, miré a estribor, pero el ángulo no era bueno, así que caminé unos pasos y, a poco más de quince metros, encontré otra formación enjunglada. No quedaba más que popa. Y ahí atrás, una frondosa verdura se ensamblaba con las demás.

—Estamos emparedados —dijo Norton—. Quién lo iba a imaginar. Hechos un puto sándwich. Vaya forma de morir.

Al parecer, la noche anterior el capitán orillaba el perímetro de una gran isla en busca de su confín, para doblarlo. Cuando empezó el tiroteo debíamos estar en el vientre de una especie de bahía, o quizá los vientos habían terminado por acoplarnos a la hendidura, el caso es que durante la noche, los eventuales centinelas, aturdidos por la tragedia, por una actitud negligente o por simple inexperiencia,

descuidaron su tarea y las islas nos cercaron.

Las aves matutinas se elevaban sobre *La Nave*. Me pregunté si, como decía Norton, ése sería el final. Pese a la cierta inquietud, pese a los huéspedes de la 14, la idea de morir aún se me antojaba exótica. Al fin y al cabo, yo me encontraba fuerte y, en general, bien.

La trampa

Camille afirmaba que nuestra odisea podría parecer mentira porque no era lógica ni tan sólo en aquel meridiano del planeta. El contexto, las privaciones, la imposibilidad de comunicar, tenían más que ver con otra época y, sobre todo, con latitudes más gélidas. Yo había leído mucho de lugares distintos aunque, por una fijación maníaca, siempre había buscado el calor, también al leer. Rechazaba todo lo que pudiera suceder en el frío. Y por eso no fue hasta esa mañana cuando supe de otros barcos atrapados siglos antes en el hielo.

—... los témpanos pasaban zumbando —yo iba traduciendo al árabe la narración de Camille para un auditorio de casi veinte personas. A Norton se lo explicaría después—. Hasta que se metieron donde no debían y fantásticas paredes blancas los encerraron.

—¿Cuánto tiempo aguantaron?

—Más de un año. Con inteligencia y un buen par de brazos se puede sobrevivir —dijo levantando simétricamente el brazo y la prótesis. Hubo risas.

—¿En el hielo? ¿De qué sirven dos brazos en el hielo? ¿Allí qué hay de comer?

—¿Y qué pasó con el barco?

—¿Escribían diarios?

—Alguno lo tenía, sí.

—¿Y qué decían?

—El aire es puro y la vida sencilla —contestó histriónicamente Camille. Parecía sentirse a gusto en el drama.

—¿Y qué pasó con el barco? ¿Cómo lo sacaron de allí?

—Sí, ¿qué pasó con el barco?

—Los témpanos lo trituraron. Era una presión excesiva.

Algunos miramos a la isla más cercana, donde un varano desenterraba algo. ¿Cuánto resistiría el armazón de *La Nave* si las islas llegaban a emparedarnos? Cuando traduje la conclusión a Norton, el inglés increpó a Camille.

—Creo que es una mala idea contar ese tipo de historias. No hay nada positivo en ellas.

—Se equivoca —respondió la francesa dirigiéndose a Norton en inglés—. Se salvaron todos.

Mi traducción al árabe cambió los semblantes de la audiencia. Hubo aplausos.

—¡Y a nosotros las islas ni siquiera nos tocan! —dijo un optimista—. Al menos nos podremos quedar en el barco.

—Pronto se separarán. Sólo hay que esperar.

Esperar.

De nuevo esperar.

Una espera sobre otra y un día aparece la muerte.

A unos treinta metros de la borda de estribor nos cercaba un

abigarrado bosquecillo de papiros y elevadas matas que sólo hacia babor se convertía en un páramo de maleza baja. Al fondo de aquel terreno de aspecto quebradizo se divisaban los islotes errabundos del Sudd.

Pronto se advirtió que la aventura evocada por Camille con tan buenas intenciones tampoco reconfortaba mucho. De entrada, en *La Nave* sí había muertos. Y aquel cajón insular imponía problemas que los exploradores del hielo no debieron encontrar, como por ejemplo unos cadáveres hediondos a los que se debía dar sepultura.

En la urgente asamblea de madrugada se había decidido lanzar los cuerpos de Gerrard y compañía por la borda, con toda la parafernalia pertinente, sí, pero por la borda. Sin embargo, la proximidad de las islas planteaba la muy factible posibilidad de que una vez en el agua los muertos acabaran varados en las raíces flotantes, a la vista de todos.

Poco recomendable.

Cabía la opción de atarles un gran peso que los arrastrara al fondo, dondequiera que el fondo estuviese, pero, además de los moralistas y de las personas sentimentalmente asociadas a las víctimas que iban a desaprobar la idea de las momias siendo devoradas a unos metros por los peces, estaban los musulmanes. Su religión prohíbe edificar sobre lugares donde yazcan difuntos y, si bien la tesitura no era del todo ésa, la idea de una nave superpoblada flotando sobre los cadáveres se parecía extraordinariamente.

—O sea que no sabemos qué hacer con los muertos —dijo un centinela.

El viento de la noche anterior casi se había extinguido e impulsaba con languidez pequeños conglomerados nubosos de una lechosidad sucia, como si fueran un reflejo del río. Bandadas de águilas rastreaban la ciénaga.

—¿Esperar? —dijo Norton—. No sé cuánto tiempo más vamos a permanecer aquí pero, sea el tiempo que sea, cuando lleguemos a puerto de éstos no van a quedar más que huesos. Y lo peor es que pueden traer enfermedades. No podemos seguir cargando con muertos. Hay que deshacerse de ellos.

Antes de la comida, Osman convocó por los altavoces a las personas allegadas a los difuntos y añadió:

—... Por otra parte, os comunico —Osman siempre procuraba tutear a la multitud— que a partir de este mediodía las raciones se dividirán a la mitad. Espero que comprendáis la situación en la que nos encontramos. Trabajamos para resolverla pero, hasta entonces, rogamos vuestra colaboración.

Escuché el comunicado en el urinario, adonde había ido antes de prestar mis servicios en el puente de mando. Luego, recorrí durante

unos minutos el Nivel Inferior para sopesar la reacción del pasaje. Varias madres de bebés coincidían en amamantar a sus hijos. El devoto musulmán se balanceaba adelante y atrás recitando suras entre hombres que jugaban al backgammon. El reservista sin brazos tenía en la boca un lápiz que arrastraba por la superficie de un folio que sujetaba el ex cartero de Dongola. Escuché a un hombre murmurar sobre Wad.

Se percibía la preocupación por la regularidad del silencio, pero no de una forma amenazante. Estaban resignados. Como si en realidad jamás hubieran confiado en el buen fin de la travesía y, después de un fogonazo de esperanza, volvieran a asumir la condición maldita del país donde habitaban.

Se acordó depositar los cuerpos en la isla de aspecto más macizo, la que nos abrazaba desde estribor hasta proa. Para llegar se necesitaban barcas. En *La Nave,* contra las leyes internacionales y cualquier lógica preventiva, había un solo bote auxiliar. Cuando los marineros desanudaron las poleas para arriarlo, un tablón se desprendió y la panza quedó desventrada.

—Nunca había hecho falta —dijo un tripulante con callos en las palmas de las manos.

—¿Y no hay alguna balsa neumática, algo que también pueda servir?

—No.

Wad organizó una brigada para reconstruir la pequeña nave en la que se podría embarcar a los muertos por parejas y, de vuelta, acarrear montones del *ambath* que poblaba las islas y que, como había advertido un viajero a la entrada del Sudd, los nativos solían emplear para la fabricación de barcas.

La obra comenzó después de comer. Wad, dos centinelas, dos embalsamadores y un negro del primer nivel desmembraron la ruinosa embarcación. Lanzaban los maderos carcomidos por la borda y conservaban lo poco todavía reciclable. Pronto descubrieron que iban a faltar tablones, de modo que unos cuantos huroneamos por *La Nave* en busca de material susceptible de mantenerse a flote. Trabajamos rápido y, con la ayuda de machetes y hachas, ensamblamos traviesas de camas, puertas, fragmentos de muebles, cuarteamos varias mesas.

El calor bombeaba las sienes, ahí era donde yo lo sentía. Su latido. Las pieles de los negros expuestas a la intemperie brillaban épicamente. Los cuerpos desprendían goterones que mojaban los martillos y puntuaban la cubierta. No trabajé ni una hora porque a las dos di el relevo a la guardia, que se mantenía invariable.

Hacia el final de la tarde llegaron densas nubes de mosquitos, la disposición de las islas favorecía la avalancha. Su rumor de enjambre intimidaba. Camille maldecía todo el tiempo manoteando el aire. Wad

ordenó cerrar las puertas exteriores y tender cortinas o ropas en las entradas francas. Los que permanecimos en cubierta bajamos las mangas hasta las muñecas, yo subí la solapa de mi camisa, me apliqué la loción repelente en las zonas descubiertas, y los demás protegieron los cuellos y la cara enroscando bien los turbantes. Paseé por la franja de cubierta liberada de la obra con el fusil en bandolera.

—Son casi tan grandes como los de Xiamen —dijo Chang mientras lijaba el canto de un tronco.

—¿Qué dice el doctor Mark? —me preguntó Norton, a quien Chang le había pedido que le llamara por su nombre occidental, muchos chinos tienen uno, los eligen más que nada por estética o simpatía, no suele haber una gran historia detrás, y el nombre extranjero de Chang era Mark.

—Dice que estos mosquitos son tan grandes como los de su ciudad.

—Hay que ver cómo le gusta hablar de su tierra —resopló el inglés. Una gota de sudor se descolgó de su barbilla y fue a explotar contra el crucifijo que le columpiaba a centímetros del cuello—. Los chinos siempre estáis pensando en vuestra casa, y tampoco es que allí viváis como reyes.

—¿Quién no piensa en su casa? —respondió Chang.

El cielo se almibaró, el calor remitía. Los hombres se afanaban sobre la barca, que ya insinuaba cierta forma. El crepúsculo atravesaba ese momento en el que cada imagen se define con pureza primigenia. De la espesura emergían petreles, alcaudones de alas enormes que batían con majestuosidad proyectando una sombra impresionante. Igual que *La Nave.* Nunca he visto una sombra tan larga. Se extendía a lo largo de la isla y terminaba en las profundidades del bosque.

Por la noche se mantuvieron los turnos de guardia. Había que vigilar las islas.

Al final de la mañana siguiente, la barca estaba lista. Hombres de refresco habían trabajado toda la noche para acelerar la construcción, animados por la ya arrebatadora pestilencia de los cadáveres. *La Mínima,* así bautizamos al cascarón, medía tres metros y medio de eslora traspasados por una banqueta intermedia y disponía de dos grandes remos. En cuanto a la tripulación, Wad eligió a dos hombres robustísimos con bíceps como piedras para que le ayudaran a cargar los cuerpos.

Los embalsamadores me solicitaron para meter los cadáveres en sacas. Mientras los enfundábamos, docenas de gordas moscas de color castaño verdoso revoloteaban en la 14 pese a los ventiladores. Varias de ellas rondaban una tumefacción en el abdomen del señor Zhang donde habían anidado gusanitos blancos que se combaban orgiásticamente. El resto de cuerpos, pese a su deterioro, no presentaban heridas tan detestables.

Botamos el paquebote con tres vivos y dos muertos a bordo. *La Mínima* soportó bien el contacto con el agua y los remeros de Wad bogaron de manera tan potente que antes de un minuto habían alcanzado aquel simulacro de tierra. Wad tanteó el firme con un garrote largo. Se propulsó desde *La Mínima* y, de un salto, se afirmó en el terreno movedizo.

En *La Nave* se le envidió a la vez que comentamos el peligro que corría, no sólo por la inseguridad del suelo sino porque el islote era enorme y si en uno mucho más pequeño habíamos localizado a un rinoceronte, resultaba verosímil la presencia de hipopótamos o cocodrilos, además de las serpientes y los ya detectados lagartos.

—Ojalá la tierra se trague al traidor —dijo alguien.

La estabilidad de *La Mínima* no garantizaba nada así que los forzudos agarraron cada uno de un extremo al primero de los muertos, lo columpiaron un par de veces adelante y atrás y, al tercer impulso, lo proyectaron por el aire hasta la orilla. Se estampó a los pies de Wad. Cuatro o cinco pasajeros abandonaron cubierta. Wad levantó el cuerpo a peso, se lo recostó en un hombro y se introdujo en la maleza perdiéndose de vista, provocando chillidos de animales y un revuelo invisible. Tres minutos después había regresado. La operación se repitió con el segundo bulto. Luego, Wad y uno de los forzudos juntaron varios hatos de *ambath* y los subieron a *La Mínima,* que volvió a *La Nave* para descargar a los demás cadáveres.

Por la tarde se convocó una nueva cumbre de líderes en la cafetería del Nivel Inferior, más despejada desde la expropiación de un par de mesas para construir *La Mínima*. Nos preguntamos si el ejército habría enviado ya aviones a rastrear la ciénaga pero cundió el desánimo al suponer que la imprecisión de fechas en torno a nuestro viaje iba a postergar peligrosamente cualquier reacción de los equipos de rescate. Y, aunque los aviones hubieran emprendido la búsqueda, no les sería fácil localizarnos en la inmensidad.

—Hay que salir de aquí —dijo Osman—. Al menos hay que intentarlo.

Como el arsenal disponía de explosivos, se calibró dinamitar las islas para abrir una vía de fuga, pero las probabilidades de incendio serían grandes y según cómo ardiera la maleza la charca podría convertirse en una caldera mortal. La opción de consenso fue crear pelotones de podadores que se fueran relevando. Se trataba de abrir un boquete en la zona de apariencia más endeble confiando en que las tensiones acuáticas encontraran un flanco por donde resquebrajar la isla. Además, convenía fabricar un par de grandes palas para rechazar hacia áreas marginales los terrones desprendidos que podían bloquear el motor. Y para operar con cierta seguridad y eficacia se necesitaban al menos otras dos barcas del estilo de *La Mínima*.

—*La Nave* entera va a tener que trabajar —sentenció en árabe el sargento. Dos mesas detrás de él, Camille recibía la furiosa reprimenda de un centinela que empuñaba un bolígrafo.

—Sí —dijo Norton al oficial tras escuchar mi traducción—. Demos todos las gracias al señor Osman. De no ser por su competición de tiro al plato, jamás nos habríamos divertido tanto.

Norton comenzó a aplaudir sonriendo al sargento, quien, como no entendía inglés, aplaudió también sacando pecho. Por inercia, los demás se sumaron a la ovación.

—¿Qué haces? —susurré al oído de Norton. ¿Por qué provocaba a Osman? Las negociaciones habían sido duras pero estaban encarriladas y convenía mantener la cordialidad con el ministro..., aunque es cierto que a Norton le costaba soportar la incomunicación con su hijo, y señalaba a Osman como único culpable de nuestro acorralamiento. Además, el inglés esnifaba cada vez con mayor asiduidad. Era posible que hubiera empezado a ver todo perdido.

—¡Basta! —gritó Osman dando un puñetazo en la mesa.

—¿Por qué se enfada? —me preguntó al oído un embalsamador.

—¡Eh! —me gritó Camille desde su mesa agitando los brazos—. ¡Ven aquí! Por favor, te necesito.

—Disculpen —dije, encaminándome hacia la mesa de Camille mientras los líderes escuchaban la arenga recién emprendida por Osman.

—¡Joder! ¿Ahora te vas? —dijo Norton.

—Puedes imaginar lo que está diciendo —respondí mientras Osman apelaba al espíritu colectivo, la solidaridad, la fortaleza del grupo—. No te preocupes, nada que te comprometa. Vuelvo enseguida.

Camille me pareció desmejorada. Las bolsas de sus ojeras más caídas. El pelo, sucio, desaliñado. Los últimos días casi no había reparado en la francesa, y siempre que la vi se encontraba pegada a Leila o hundiendo probetas en la charca.

—Tengo un problema —dijo al sentarme a su lado. Un centinela le recriminaba haber inutilizado su bolígrafo. Como varios de sus compañeros, el hombre no sabía escribir y Camille se había ofrecido a enseñarle olvidando el efecto del repelente antimosquitos en la tinta. Desde que *La Nave* quedó atrapada, yo mismo iba todo el día embadurnado de loción porque, si bien los insectos continuaban picando, moderaban las arremetidas.

—Escribí un par de frases y el boli se estropeó —dijo Camille—. Se ha puesto como un loco, ya lo ves.

El centinela respiraba bombeando ostensiblemente el tórax. Había soltado el bolígrafo sobre la hoja en mitad de la mesa y alternaba miradas al objeto y a mí, apuntando con un dedo a Camille mientras hablaba. Se refería al hecho como una desgracia en la que discernía

señales ultraterrenas. Se sentía como si le hubieran despojado de su armadura por lo que, a partir de ahora, sería mucho más sencillo morir.

—Dame otro bolígrafo —dijo el centinela.

—Quiere otro bolígrafo —dije.

—¡Eso ya lo entiendo! —gritó Camille. Se frotó la cara. Templó el tono—. No tengo más bolígrafos. Nadie tiene más bolígrafos ni lápices ni nada para escribir. Los hemos repartido todos.

—No hay más bolígrafos —le dije al centinela.

—Dile que me dé el suyo. Ella ha roto nuestro bolígrafo. Su obligación es darnos otro.

—Piensa —respondí— que también fue ella quien os dio ese bolígrafo.

El centinela espiró sonoramente. La hoja ondeó sobre la mesa.

—¡Es igual! ¡Quiero una solución! ¡No podemos vivir sin el bolígrafo!

Podía haber dicho «estar» o «quedarnos» o «continuar» o incluso «resistir». Pero dijo «vivir». Creo que él mismo se sorprendió por la palabra empleada. Se detuvo un segundo para acabar de asimilarla y, supongo, decidió que había hallado un filón.

—¡No podemos vivir! ¡No podemos vivir!

Hacía algo más de media hora que notaba el estómago sinuoso y un malestar inconcreto y, mientras el centinela largaba sus quejas, me sobrevino un retortijón. Pude escuchar mis tripas.

—¡Ella tiene la culpa! ¡Sus manos secan la vida!

—No seas desagradecido —repliqué—. Sólo intentaba ayudarte a expresar mejor tus deseos.

En el folio sobre la mesa se alternaban tres tipos de signos. Cada línea pertenecía a una mano distinta. Sólo una sabía escribir. Las otras dos se habían limitado a juntar puntos y rayas de forma casual.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Camille.

—Aparte... —continué dirigiéndome al centinela—, debes saber que cuando un bolígrafo termina su vida, envía un mensaje negativo a la persona que en ese momento lo tenía en sus manos. Quizá nadie os dijo esto pero conviene deshacerse del bolígrafo antes de que deje de escribir. Cuando sólo queda un resto de tinta es mejor tirarlo y empezar con otro.

Al terminar la explicación, que no traduje al francés, la náusea y el dolor de cabeza se agudizaron. El centinela quedó pensativo. Planteó algunas cuestiones y le induje a creer que Camille era víctima de un hechizo.

—Por eso muchos de los bolígrafos que toca no vuelven a escribir más.

El hombre cabeceó sacando los labios. Parecía sentir compasión.

—Me quieres decir de qué estáis hablando —insistió Camille.

—Le he dicho que usted tiene el poder de salvar a quien quiera y para demostrarlo les libra del esfuerzo de escribir. Eso sí, le he pedido que sea discreto. Esto no debe salir de aquí —murmuré en actitud ampulosamente confidencial—. Los poderes para salvar gente también se agotan.

—Pero eso es grotesco. Te aprovechas de su ignorancia.

Norton agitaba las manos desde la otra mesa, apremiándome.

—Se ha callado, ¿no?

El centinela miraba a la bióloga cabeceando compasivo. Camille le sonrió.

—¡Ríe! —dijo el centinela en árabe—. Es una mujer fuerte. No tiene miedo.

—Pobrecillo —dijo Camille en francés.

No traduje a ninguno de los dos. Me incorporé con esfuerzo. De pie, noté las piernas débiles. De nuevo se removieron las tripas, contraje el esfínter. Caminé de vuelta a la mesa de los líderes intentando disimular mi estado. Sudaba más de lo habitual. Sentía la humedad concentrándose en las sienes. Las venas del cráneo palpitaban.

—Parece que tu embalsamador jefe no se lleva muy bien con Osman —dijo Norton al sentarme. Tenía la palabra un jefe tribal con el rostro cuarteado a causa del fango que, como muchos de su tribu, había empezado a restregarse por el cuerpo para ahuyentar a los insectos—. No sé qué coño han dicho pero han acabado fatal. ¿Estás bien?

—Una diarrea. Nada grave, no te preocupes.

El resto de la reunión traduje como pude, cada vez más seguro de que aquellos síntomas no correspondían a una dolencia habitual. Interpretaba las palabras de los ponentes por un automatismo interior, sin reflexionar lo que decía. Sé que se volvió a hablar de lanzar bengalas, que volvieron a desecharlo. Nada me interesaba más que los sofocos y los espasmos de mi estómago. Probablemente tuviera fiebre. Cabía la posibilidad de malaria.

Cuando terminó la reunión, Norton quiso saber por qué el embalsamador jefe había discutido con Osman y me instó a preguntárselo. Tuumi comenzaba a explicar el episodio a sus compañeros ausentes en la asamblea y no tuvo problemas en que yo también escuchara. Por lo visto, Osman les había reprochado el lamentable estado de los muertos mofándose de su habilidad en el embalsamamiento y de inmediato pasó a promocionar su candidatura a podadores, uno de los trabajos que se presumían más fatigosos y arriesgados. Tuumi se limitó a responder que él y su grupo estaban dispuestos a colaborar. Cuando se votaron las responsabilidades de cada facción, los embalsamadores quedaron integrados en un pelotón de poda.

Al conocer su destino, ningún embalsamador renegó de su suerte ni recriminó nada a Tuumi. Tampoco parecían satisfechos. Era como si ya hubieran comenzado a concentrarse en su próximo cometido. Los embalsamadores tenían fama de eficaces y de no escatimar medios ni esfuerzos para lograr sus objetivos. Provenían de una tribu caníbal y eso, a la vez que les imbuía de una aureola de temor y respeto, provocaba el repudio de muchos árabes y negros. No extrañaba que Osman los despreciara. Entre nosotros, los blancos, de partida había primado la curiosidad y un cierto orgullo de tenerlos a bordo, porque imprimían al viaje un aire aún más extravagante. Claro que ante las nuevas circunstancias no era complicado ver a uno de esos tipos y pensar:

Un caníbal.

Durante el relato de Tuumi me costó mantener el equilibrio, castigado por terribles latigazos estomacales. Cuando al fin me alejé de los embalsamadores, Osman me agarró de un brazo.

—¿Qué le han dicho sus amigos?

—Oh, parece que les ha molestado un poco, señor Osman. De todos modos, no se lo toman a mal, usted les gusta —sólo quería que me dejara en paz—. Dicen que si la cosa continúa poniéndose fea, no les importaría merendárselo antes que a nadie.

Pensé que a Osman le haría gracia una broma descabellada. El político apretó los puños.

—Por si no se lo han dicho, yo también formaré parte de los equipos de poda —dijo el ministro.

Me retiré con la mayor dignidad posible.

En el camarote, ni siquiera tenía fuerzas para quitarme los zapatos. Empezaba a desplegar la mosquitera cuando entró Norton.

—Te veo mal, chico. Túmbate, anda.

Agarró la mosquitera y fue desenrollándola alrededor de la cama. Antes de aislarme, apretó la palma de una mano en mi frente.

—Tienes un poco de fiebre. ¿Quieres que te traiga algo?

—Luz —murmuré. No lograba imprimir potencia a la voz—. Pero no enciendas la lámpara. Es demasiado fuerte.

—Un minuto.

Norton volvió con una vela y un orinal. Le acompañaba Wad, que me preguntó por los síntomas.

—Quizá tenga malaria —afirmó—. A ver qué tal pasa la noche. Según cómo se encuentre mañana, iremos al médico.

—¿A qué médico?

—Al médico —dijo Wad al salir.

Hasta entonces no había oído hablar de ningún doctor, tampoco después del ataque que dejó varios heridos. Al parecer, ninguno de los organizadores de Palacio creyó que un médico fuera indispensable. Es

cierto que el viaje era largo pero todos llevábamos mucho tiempo en el país y los fármacos habituales solían bastar para combatir unas enfermedades en general bien conocidas, de hecho la mayoría estaban enfermos. Además, *La Nave* disponía de un botiquín abarrotado con medicamentos para una buena ristra de dolencias y afecciones que varios tripulantes eran capaces de dosificar. En cuanto a la cura de heridas, a bordo eran decenas los que habían combatido y no faltaba quien más o menos supiera cómo afrontar una urgencia. Para el seguimiento de una enfermedad grave o para intervenciones más sutiles, podría contarse con los doctores repartidos por las ciudades y los poblados de cada escala. Al zarpar, nadie calculó que a partir de cierto momento esas escalas no existirían.

En dos minutos, Wad entró con una palangana y un paño.

—Te ayudará —dijo colándolos por debajo de la mosquitera, que arrastraba por el suelo. Luego se fue. Desde que acribilló a Mahmoud, Wad se había vuelto aún más taciturno e independiente. Después de cumplir con sus responsabilidades tendía a desaparecer.

—¿Cómo puede ayudar un paño mojado? —pregunté a Norton. Se encogió de hombros con un desasosiego desmoralizador—. Me gustaría descansar.

Cuando Norton salió, escurrí el paño y lo aplasté en la frente. No quería apagar la vela. Bañado en sudor, los dientes se helaban mientras encadenaba escalofríos. El dolor de cabeza alcanzaba su apogeo de modo que, si bien el estómago continuaba regurgitando y soltando latigazos, la diarrea no era lo que más me debía preocupar. Podía tener malaria. Los médicos dicen que la malaria es una enfermedad relativamente mortal. Malaria es una de las palabras terroríficas sobre la tierra, como sida, tifus o tse-tse. Y el caso es que todas ellas convergían en aquel enclave planetario. Sin embargo, pese al malestar, presenciaba mi postración como si yo mismo formara parte de una aventura.

Aquí estoy.

Aquí es donde siempre deseé estar.

Y entonces hundía el paño en el agua, lo escurría y lo aplicaba sobre la frente, sintiendo una humedad grata aunque, así lo creía, inútil. Me regodeaba en el sufrimiento con un espíritu romántico. El entusiasmo por vivir en aquel límite vencía a los relampagazos de espanto sin plantearme el posible desenlace.

La noche avanzaba y seguía insomne, transpirando profusamente, preguntándome a quién habrían designado para mi puesto de guardia, por qué Norton aún no había venido a dormir. El estómago empeoraba. Soplé la vela y quedé todo lo a oscuras que permitía la luna tras las finísimas cortinas que tamizaban el ojo de buey. Había oído cómo otros pasajeros se encerraban en sus camarotes, y la llegada

del silencio, aquella noche superior a todas las últimas porque el motor permanecía parado. Debía ser madrugada. De vez en cuando me aplicaba el paño sin convicción. Sonaron tam tam y cantos corales primitivos originados en el Nivel Inferior. Quizás invocaran ayuda. Quizá deliraba.

—Alucinas —dije en voz alta.

La nuca me chorreaba. Afuera oía pasos de centinelas, reconocibles por sus botas. ¿Ellos también escucharían los cánticos? Imaginé a hombres que, desnudos o cubriendo sus genitales con cortezas secas de ficus, danzaban alrededor de un fuego. Los imaginé bebiendo pociones de hierbas mezcladas con entraña de león, cocodrilo o elefante. Se me está yendo la cabeza, pensé, acongojado por mis fantasías, porque las creía reales.

Pensé en tomar loperamida para al menos contener el estómago y, de inmediato, visualicé al brujo blandiendo un cuerno de antílope adornado con conchas y metales mientras articulaba su conjuro meciendo el tronco adelante y atrás con metódica cadencia. Esbelto y emplumado, tenía la cara pintada de colores estridentes. Como una revelación, emergido de los sótanos de la memoria, el brujo danzaba para mí en la noche de la fiebre y los tambores, desencadenando el miedo y la expectación al resucitar un universo que muchos pensaban extinguido pero aún latía en mi interior.

Vi al brujo.

Lo vi.

Porque eso todavía era posible en *La Nave*.

Allí no era absurdo especular con hechiceros. En el barco había gente que evitaba hablar del mal por si acaso lo inspiraba. Gente que dividía la vida en tres mundos simultáneos y veneraba abiertamente a los espíritus. Fue entonces, a merced de aquel tornado de temible lucidez, en un caótico encadenado de escenas recordadas y por venir, fue entonces cuando discerní con una clarividencia irrefutable mi importancia dentro de *La Nave*. Y era inmensa. Fue una inyección contradictoria, en la que sobre el resto de sensaciones se enseñoreaba la seguridad de un control absoluto sobre todos los demás. Había vislumbrado que yo, yo mismo, yo, era capaz de detentar el poder.

La música amainó. Al removerme en la cama los intestinos soltaron un latigazo de cable eléctrico partido por el rayo, como si el vientre hubiera tomado autonomía. A trompicones, aparté la mosquitera. Sudando, desesperado, encendí la vela, volqué de una patada el orinal lleno de agua, abrí la puerta, atravesé el pasillo temblando y me acuclillé aprisa en mitad de la letrina. Ahí me di cuenta de que estaba descalzo.

La construcción de las barcas acababa de empezar en *La Nave* cuando Wad vino en mi busca. Continuaba muy débil. La cabeza me

dolía y quizá tuviera fiebre.

—Vamos a ver a Aschuak. Pero no debe decir nada de lo que pasa en el barco. Para ella, el viaje va bien. Estamos disfrutando. No la preocupe.

Me miró a los ojos como esperando una señal de asentimiento y, aunque no acabé de entender, respondí con un sincero gesto afirmativo.

Despacio, salimos al pasillo. En cubierta se oían serruchos y mazos, un tráfago de atarazanas mezclado con los llantos de bebés al despertar. Caminé tras él a pasos cortos, muy encorvado, conteniendo el esfínter. Wad golpeó con los nudillos la última puerta del corredor. Respondió una voz femenina. El negro abrió.

El camarote poseía una iluminación excelente gracias al ventanal semiesférico integrado a la estructura de popa. En esa estancia terminaba la porción de nave destinada al pasaje, beneficiándose de aquella gran ventana atípica, que al ser esmerilada difuminaba la visión exterior al tiempo que amortizaba cada rayo de luz. Encima del ventanal se discernía una especie de lona que libraba al camarote de convertirse en un horno.

El hándicap más evidente debía ser el ronroneo de la sala de máquinas, justo debajo. Un incordio inexistente aquellos días de parálisis. Calculé que parte de nuestro suelo era el techo de las madres agrupadas con sus niños. Aschuak estaba en una mecedora. Tenía una novela entre las manos. No amagó con levantarse al verme.

—Buenos días —dijo en árabe—. ¿Cómo se encuentra?

Reconocí el rostro anguloso de la foto de Gerrard. Aschuak era una mujer prematuramente consumida y sin embargo sensual. La piel tersa contrastaba con la frente tan arrugada. Los ojos alicaídos desdecían la sonrisa radiante con la que me recibió. De no haber leído en su ficha que tenía treinta y un años, no habría sabido precisar su edad. Se mantenía fresca en el deterioro y debía ser eso lo que la hacía sórdidamente atractiva. Si el físico me hubiera respondido creo que me habría excitado, al menos sentí un cosquilleo en los genitales, aún más estimulado por el penetrante olor a aceites y óleos que se adueñaba de la estancia procurando algo similar a la ebriedad. Varias manchas de pintura salpicaban el suelo y las patas del caballete vuelto hacia la pared. Hablé a Aschuak de la noche repleta de alucinaciones, describí mis síntomas.

La organización del camarote recordaba a la de los apartamentos de personas bienestantes. Nada daba la impresión de ser efímero. Había un perchero donde pendían vestidos y gasas, cojines distribuidos coquetamente, una caja de cartón que debía servir para guardar cartas o zapatos. Incluso había un cuadro adherido no sé cómo a la pared y una consola de cedro —¿habrían fijado la base para que no se

deslizara?— con una bandeja de plata encima, tres libros y un discman junto al que se amontonaban los cedés.

Era como si Aschuak viviera allí. Ningún otro camarote de los que había visitado hasta entonces, y eran la mayoría, poseía aquel carácter de dominio privado, de habitación, tampoco el del capitán.

—Wad, por favor, ahí tengo unos tubitos... —dijo señalando a un maletín beige apoyado sobre una gran maleta de cuero—. Dale uno al señor.

—¿Viaja con el equipo de doctora?

—Necesito cuidados constantes. Y en mi país no sobran medicinas ni doctores.

Aschuak tenía las sarmentosas manos abiertas sobre la tapa de la novela.

—Si no le importa, vaya un momento al lavabo y defeque en el interior de la probeta.

Miré el tubo, aún más insignificante que mi meñique.

—¿Aquí?

—Sí, por favor. Y luego me lo trae. Quiero analizarlo.

Me encerré en el lavabo comunitario a hacer malabarismos con el tubo mientras afuera los hombres construían naves. Regresé con las muestras preguntándome por qué permanecía la mujer ahí, al fin y al cabo me había franqueado el paso sin problemas así que el contagio no aparentaba ser la causa de su aislamiento.

En el camarote, Wad estaba diciendo a Aschuak que las palabras de Osman por megafonía relativas a recortes en la comida habían sido apresuradas —«ya sabes, los políticos»— y que las raciones habían vuelto —«hoy mismo»— a la normalidad.

—Creyó que se había equivocado en la cantidad de provisiones. Quería recortar un poco —dijo Wad—. Siempre está exagerando. Además, como ahora intenta adelgazar...

Era lo más parecido a una broma que yo le había escuchado. Entregué la probeta al ex soldado y éste se la dio a la mujer, que la elevó unos centímetros por encima de sus ojos poniéndola a contraluz.

—En pocas horas podré darle el diagnóstico —dijo, depositando el tubo en un recipiente estrecho lleno de probetas vacías.

Caminé con Wad hasta la puerta.

—¿Por qué hacen tanto ruido? —preguntó Aschuak cuando Wad ya tenía el pomo empuñado.

—Hemos llegado a puerto —respondió el guerrero—. El capitán va a regalar una figura a los habitantes de la aldea. La estamos fabricando.

—¿Una figura? ¿Y qué es?

Wad me miró, quizás invitándome a participar. Pero yo no tenía fuerzas. Ni sabía qué esperaba de mí.

—Una jirafa de madera —respondió él.

«No me lleve la contraria cuando estemos con ella», había advertido antes.

—Una jirafa —confirmé.

Esperé a abandonar el camarote junto a Wad para decir:

—O sea que, para Aschuak, el viaje va bien.

—Uhum —respondió el gigante—. Es un viaje perfecto.

Aschuak me recomendó reposo y beber cuanto más mejor. Wad se encargó de proveerme con dos botellas de agua poco antes de que Osman anunciara que el suministro de agua potable iba a verse racionado. Esta vez lo hizo a viva voz. Según Norton me contaría más tarde, el ministro se aupó sobre un asiento del Nivel Inferior y, con el pasaje aglomerado a sus pies, gritó:

—Como sabéis, *La Nave* ha sido bloqueada por varias islas. Este inesperado contratiempo va a retrasar un poco nuestra llegada al próximo puerto. Estamos trabajando duro y sin descanso para sacar al barco del pantano. Por los movimientos de aguas que se perciben, pronto abriremos una brecha en las islas. Sea como sea, debemos ser prudentes y no malgastar provisiones. Por eso, a partir de ahora se racionará el agua potable. El filtro de campaña seguirá funcionando pero somos muchos y, para no forzarlo, os ruego que sólo acudáis a él en caso de verdadera necesidad.

Hubo murmullos, no protestas, quizá por no saber de qué lamentarse ya, a quién dirigirse. Pasé la tarde tumbado, escuchando el traqueteo del improvisado astillero. En el acogotante sopor inoculado por la enfermedad y el bochorno, volví sobre la soledad de Aschuak, que lo ignoraba todo y, sin embargo, era la única en *La Nave* que me podía salvar. De acuerdo, me sentía melodramático aguardando el veredicto, pero es que la situación de Aschuak ampliaba las dimensiones del drama. ¡No sabía nada! Alrededor todo se derrumbaba, cabía la posibilidad de literalmente hundirnos. Si las islas se cerraban, nos podrían reventar. La tragedia se cernía y, no obstante, aún quedaba alguien ajeno a los peligros. Mientras la luz se dulcificaba, imaginé a la mujer descansando en su mecedora con el rostro fijo en el ventanal, esperando que un golpe afortunado le permitiera atisbar la cabeza larguirucha de una jirafa falsa.

A esa hora de la tarde, las ronchas provocadas por los mosquitos picaban más. Norton entró en el camarote. Llevaba la camisa adherida al cuerpo tiznada por segmentos de mugre y sangre. Buscó la loción repelente en su neceser. Cuando apretó el pulsador, no salió casi nada. Logró medio embadurnarse la cara y las manos. Luego se quitó la camisa y vio el par de botellas de agua junto a la cabecera de mi cama. Se secó con una toalla y se puso una camisa nueva, tan blanca como de costumbre.

—Ya sabes que no hay agua, ¿no? —dijo. Sin darme tiempo a responder, explicó cómo Osman se había ganado al auditorio—. El cabrón sabe hablar en público, el puto demagogo. Pero ¿no se dan cuenta de que ha sido él quien nos ha metido aquí? Si no hubiera montado su circo de tiro al plato ya estaríamos en la Ciudad.

—Cómo que no hay agua. Aún se puede beber.

—Sí, dos vasos al día. Como sigamos así... Creo que por primera vez en la vida voy a echar de menos ser un jodido salvaje. Al menos podría beber del pantano.

Norton se lamió los dedos y, delante del espejo del neceser, se frotó las porciones de cara más sucias.

—Si quieres un poco de agua —le dije señalando a las botellas. Yo no tenía hambre ni sed.

—No te preocupes. Estás enfermo, debes hidratarte. Ya conseguiré unos tragos por ahí. Procura ponerte bien, que vamos a necesitar brazos para cortar toda la maleza de esa puta isla. Además, el sargento también ha enfermado y quizá me toque hacer alguna de sus guardias... ¿te imaginas? Yo ahí, con la ametralladora —simuló apuntarme con el arma, se le notaba disfrutar—. Joder, me lo cuentan y no me lo creo.

Llamaron a la puerta. Era Wad.

—Tiene disentería —dijo—. Debe tomarse esto.

El negro me pasó seis tabletas de pastillas y un papel donde Aschuak me recetaba un cóctel de dieciséis cápsulas diarias.

—Disentería. Qué poco romántico —dijo Norton ajustándose sobre el reloj sumergible el brazalete de su hijo David.

—Si no lo toma puede morir.

—Me voy a cenar. ¿Quieres algo?

Norton se metió el crucifijo por dentro de la camisa y aplanó hacia delante el poco pelo que tenía.

—Nada, gracias.

Después de que Norton se fuera, seleccioné las primeras tres pastillas y me quedé observándolas en la palma de la mano. Wad agarró el pomo de la puerta. Echó un vistazo al pasillo, salió y volvió a mirarme.

—No se preocupe —dijo—. Todos corremos peligros. Tome las pastillas.

A los pocos minutos me visitaron el señor Osman y su esposa Rasha. Se habían vestido y perfumado con la meticulosidad acostumbrada en las cenas, su apariencia no acusaba las restricciones. Osman venía recién afeitado, embutido en una *galabiya* de mangas bordadas. El turbante ocupaba menos volumen que los turbantes convencionales formando una malla de angostos recovecos, incisiones y hondonadas que según cómo se mirara daba la impresión de un cerebro al

desnudo.

Rasha olía a ese perfume francés que Camille reconoció el primer día que se encontraron. Había repasado las pestañas con kohl, promocionando a los ojos como la atracción más subyugante de su rostro. Llevaba el pelo suelto y la *chamira,* tachonada de lentejuelas por ambos lomos desde las axilas hasta los pies, se inflaba y desinflaba haciendo pensar en mujeres preñadas. Norton había apodado a Rasha la Foca.

—Wad nos ha dicho que está usted enfermo —dijo Osman—. Queríamos entretenerle un rato.

—Y decirle que no se preocupe por las fotos —intervino Rasha—. Ya las terminaremos cuando se ponga bueno. Tenga, es un regalo.

Me tendió un cojín forrado de seda. El dibujo era una media luna roja sobre un fondo caqui.

—Lo ha hecho ella misma —informó Osman.

El obsequio me puso de buen humor. Se sentaron en la cama de Norton. No podían quedarse mucho.

—Nos esperan para cenar y, además, Osman debe acostarse pronto, está trabajando en las islas y llega por la noche muy cansado —Rasha apretó un hombro de su marido. Él puso su mano encima de la de ella y la estrechó—. Necesita recuperar fuerzas.

Había oído hablar de una pareja indestructible, del amor incondicional de Osman por Rasha y de la admiración de Rasha por él pero, durante las cenas, al margen de algunas aproximaciones más o menos cariñosas y del desliz del coeficiente 174, el decoro había impedido valorar con mayor precisión el auténtico alcance de su afecto. Aquella noche, en ese instante, me supe testigo de un sentimiento más bien raro entre los mortales adultos: el del amor perdurable correspondido.

La historia pública del ministro y su mujer cuenta que las agallas y el nacionalismo radical de Osman sedujeron a la preciosa Rasha, doce años más joven, despierta pero apocada, que encontró en aquel líder vocacional al ejecutor de sus anhelos. Siete meses después de conocerse, se casaron.

Osman adoraba a Rasha y, en consecuencia, ella era un foco de tensión y sufrimiento, aún más cuando recordaba el fin del otro gran amor de su vida: su madre. La historia no podía repetirse. Se obsesionó con reducir los riesgos al mínimo, blindar a Rasha contra todo, servirla caninamente.

Durante la guerra, la obcecación protectora de Osman topó con la disyuntiva de quedarse en la Capital junto a Rasha o marchar al frente a combatir. Cómo iba a ser capaz de proteger nada si no sabía contener al enemigo que desestabilizaba a la patria. ¡La patria! Fue como si se esfumara la precaución del estratega entrenado en las

dobleces y lo artero dando paso a la faceta más bestial que nos habita. Como si Osman hubiera descubierto que después de todo era joven, aguerrido y valiente. Nadie debía dudar de eso. Ni siquiera Rasha. Qué mejor manera de demostrar su calidad de ciudadano y su devoción por el país que afrontando los combates.

Osman designó a una guardia de confianza para su esposa mientras él faltara y le resultó fácil conseguir un destino como mando de graduación al meollo de la guerra. No fue un oficial destacado pero las tropas lo consideraban bien, valorando que en sus filas nunca hubiera muchas bajas. De las batallas le emocionó el coraje de los luchadores y a lo largo de dos meses escribió un diario en el que durante tres jornadas hizo alusiones a las leyendas que corrían sobre el afamado guerrero rival Wad. Volvió al cabo de ocho meses con los restos de metralla que nos enseñó el día que asesinaron a Gerrard.

Eso sabía yo de Osman a través de su ficha, la calle y los mentideros. El resultado daba una figura encomiable que de hecho veneraban numerosos compatriotas, pero mi experiencia directa con él rebajaba mucho al ídolo. Le había visto humillar a subordinados y había asistido a arrebatos de cólera que sugerían un interior como mínimo turbulento, aunque estas actitudes no eran sino consecuencias casi lógicas de un carácter emprendedor y autoritario. Y si bien reconozco que Osman no distinguía en desprecios, que no tenía favoritos, esa inclinación a imponerse bastaba para que el personaje no me entusiasmara y aún menos cuando me vi involucrado en sus chanchullos con Norton. Osman hablaba inglés pero a menudo requerían mis servicios para atar bien sus mangoneos.

—Ya sabes, secreto profesional —solía decir Norton haciendo alguna mueca idiota con la que en otra circunstancia me habría reído —. Eres nuestro confesor.

Debió ser esa palabreja la que animó a Norton a compensarme a base de confidencias, el caso es que contó algo sobre Osman imposible de encontrar en su ficha, en la calle e incluso entre los chismosos más informados. Algo que ni yo, bastante más veterano que el inglés en los asuntos de Palacio, sabía. Una información fundamental para obtener la perspectiva del hombre.

—La mujer de Osman es estéril.

Cuando Osman regresó de la guerra, él y Rasha se concentraron en un nuevo objetivo: tener un bebé. A los cinco meses descubrieron la infertilidad de ella. La noticia aturdió a Osman pero pronto se recompuso: estaba loco por su mujer. Así que fue él quien la consoló durante meses, durante años. Le habló de tratamientos de fertilidad en Europa —de dudosa eficacia a tenor del dictamen del prestigioso ginecólogo que la había explorado—. Rasha, sumida en la depresión, se amargaba tornándose taciturna y en ocasiones cruel con la gente a

las órdenes de su marido. Consultaron a otros doctores, rezaron por un golpe de fortuna, acudieron a videntes clandestinos. Osman acentuó sus supersticiones y comenzó a comer sin mesura. Engordó.

Tumbado en la cama, mientras Rasha hablaba sobre la calidad de la seda del cojín que me acababa de regalar, contemplé a la pareja de obesos sentada ante mí. Osman era un gordo de tripa puntiaguda, una bola tensa y sin grasa superflua que curiosamente no parecía disminuir demasiado su agilidad. No era del tipo de personas que inspiran compasión. Tenía un carácter tan firme que, al mencionarle, se imponían apelativos como «el ogro» o «el muro» y si alguna vez pensé en él como en un gordo, si llegué a considerar que tras aquel volumen existía un problema, decidí que era una especie de castigo necesario a su soberbia.

En cambio, las carnes de Rasha rebosaban por las caderas, aun sin verlas eran fáciles de adivinar. Los michelines acumulándose uno encima de otro, fruto de un período ofuscado y enfermizamente sedentario iniciado después de rechazar la idea de Osman de adoptar un niño. Un narcótico de su pena fue también la comida.

Según el relato de Norton, mientras Rasha se encerraba en casa «a convertirse en foca» lamentando su desgracia, Osman continuaba escalando en la jerarquía política hasta que el ministro de Comunicaciones le designó su mano derecha. Sabía conectar con la gente, tenía un discurso impactante y fluido y un historial intachable subrayado con tres medallas.

La estupenda posición le facilitó el acceso a informaciones reservadas, que supo aprovechar invirtiendo en terrenos que en pocos años centuplicarían su valor. Así, se convirtió en uno de los algodoneros más ricos del país y cuajó varios contratos atípicos con hoteleros griegos que le hicieron accionista de un cuarto de sus propiedades.

Desde el ministerio ordenó construir la segunda carretera más larga del país, en la que tenía participación empresarial, y al menos tres veces por semana asistía a recepciones con opíparas comidas que no sabía rehusar por deferencia a los anfitriones, pese a que Rasha le insistía en que debía guardar régimen.

—Ya hay bastante con un gordo en la pareja.

Pero con los cubiertos en la mano la proverbial voluntad de Osman se desintegraba.

Al arrancar la conferencia de paz, Osman formó parte del equipo de diálogo del Gobierno, jugando un papel puente entre militares y políticos de ambos bandos. Los musulmanes le pusieron como ejemplo de hombre ecléctico, con visión equilibrada y, como las mínimas bajas de los destacamentos que había comandado durante la guerra demostraban, siempre preocupado por salvar vidas.

De las negociaciones, Osman recordaba sobre todo la pajarita a topos del delegado de Naciones Unidas, una señal de mal agüero, según sus supersticiones. El delegado acudió con la dichosa pajarita a tres reuniones consecutivas hasta que Osman se vio impelido a indicarle su desafortunada elección. Es decir, Osman comenzaba a equivocar las prioridades labrándose una fama de excéntrico que no hacía más que solapar los abismos de temores nuevos a los que se empezaba a asomar. Por ejemplo, nunca le habían gustado los gordos, «asquerosos iconos que con su apariencia grasienta proclamaban la desigualdad de oportunidades». Y, sin embargo, no podía dejar de comer.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —pregunté a Norton al final de la historia.

—Me lo contó Osman.

—¿Por qué?

—Tienen un plan en el que yo podría ayudarles. Están pensando hacerse una reducción de estómago en Europa.

Por encima de todo, Osman había planteado el viaje en *La Nave* como una terapia para él y su esposa. Era su argumento recurrente: el final de una etapa complicada. De ahí en adelante sólo cabría la regeneración. Recortarse la barriga en una clínica europea pondría la guinda al plan.

—Pero Osman también quiere arreglar un par de temas en el sur. Tiene muchos intereses económicos. De momento, su objetivo es juntar un buen pastón y después ya verán.

Por eso, Osman se presentó voluntario para representar a su Gobierno en *La Nave,* y no tuvo dificultades en ser elegido. Pensaba atar contratos con un hotelero del sur y supervisar los preparativos de una nueva línea de ferrocarril cuya concesión estaba previsto adjudicar a una compañía alemana a condición de un buen pellizco. Qué más daban un par de chanchullos. Al fin y al cabo, él había sido nada menos que un protagonista de la pacificación, había salvado centenares, quizá miles de vidas. Como advirtieron sus profesores, Osman era mucho más listo que los demás, coeficiente 174, y eso merecía una recompensa que él mismo, ¿por qué no?, se concedía. ¿Qué más le quedaba? ¿Qué consuelo para un jodido gordinflón supersticioso y cada vez más desesperado? Era una forma de paliar el castigo divino —¿por qué?, ¿en qué había fallado?— de no tener descendencia con Rasha.

Y ahora ahí estaban los dos. En mi camarote. Tratando de confortarme a saber por qué, quizá vieran en mí a alguien lo bastante joven como para recordarles al hijo que jamás tendrían.

Rasha se ofreció de nuevo a plancharme las camisas y volví a decirle que no.

Conversamos sobre temas fútiles, riendo al rememorar algunas disputas de los últimos días. Se fueron pronto, les esperaban para cenar.

Durante las dos jornadas que aún permanecí en cama, Norton me fue informando de la marcha de la poda y de la multiplicación de enfermos por bilharzia y malaria. Además, la gente actuó al contrario de como había solicitado Osman intentando aumentar las reservas de agua potable, y el filtro de campaña se forzó hasta inutilizarlo. La avería hizo aflorar tensiones espoleando la búsqueda de alianzas estratégicas en *La Nave*.

—Tenemos a los embalsamadores de nuestra parte —dijo Norton, incluyéndome en su bando—. El problema es que nos cuesta entendernos, por eso el jefe ha venido conmigo. Quiero que nos traduzcas.

Tuumi inclinó la cabeza sonriendo. Yo estaba sentado en la cama soportando sobre los muslos una escudilla donde al fin, además de caldo y arroz, había pedazos de carne.

Norton contó que por la mañana había discutido violentamente con Osman mientras podaban la jungla.

—Cuando le vi afeitado me cabreé en serio. De todos modos, esperé a llegar a la isla y a estar un poco apartados de los demás para decírselo. No veas cómo se puso. Dice que él necesita afeitarse a diario. ¡A diario! Dice que el agua limpia es esencial para él, que si no la piel se le irrita y le pica y hasta se le puede infectar. Y entonces va y pregunta si acaso no sé distinguir entre las órdenes que se dan al rebaño y los privilegios de los altos mandos. El muy cabrón.

—¿Qué dice? —preguntó Tuumi.

Tardé unos segundos en triturar la carne que comía con gusto y una cierta prevención.

—Dice que aunque vosotros no necesitéis beber de la cisterna, deberíais protegerla. Sin el filtro de campaña, esa agua es muy importante para los enfermos y para los que no estamos acostumbrados a beber del río. Parece que hay personas como Osman que no están cumpliendo con las restricciones de agua. Y eso no se puede tolerar.

—Pero ellos tienen las armas —respondió Tuumi agarrando con ambas manos su fusil.

—Por cierto, Chang te ha sustituido en la guardia —dijo Norton—. Lo propuso su jefe, el cojo. Una buena noticia, ¿no?

Repasé de memoria la distribución del armamento. Los hombres fieles a Osman; los susceptibles de rebelarse; cómo se repartían las armas en cada cambio de guardia; quiénes controlaban la ametralladora. Éste era el golpe: al final de su turno, Norton debía ceder la ametralladora a Wad. Bastaría con que Norton demorara unos

minutos el relevo para contar con tres armas frente a cuatro, manteniéndose todavía en inferioridad si bien la ametralladora estaría de su parte. Eso pensé, «de su parte». De la parte de Norton, los embalsamadores y, si de veras era «uno de los suyos», de Chang. Pero, entonces, ¿y yo? ¿Con quién me alineaba yo?

—Los chinos serán importantes —dije en árabe a Tuumi—. Si hay una crisis, la solución puede depender de ellos.

Tuumi frunció los labios.

—Entonces, dependerá de ti —me dijo el embalsamador.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Norton.

Pedí varias veces que se me permitiera viajar con los equipos de poda pero tanto Norton como Osman insistieron en que debía descansar al menos un día más, caminar por cubierta, confirmar si de veras estaba en condiciones. Así que obedecí: tragué mi ración de pastillas, desayuné con apetito, me anudé a la cabeza el pañuelo de motivos psicodélicos y salí al exterior.

El cerco me pareció aún más impresionante. El sol ya estaba alto y arrasaba los colores de las islas y del agua. Un número inusual de águilas pescadoras planeaba en círculo sobre *La Nave* y sobre las brigadas que se afanaban con picos, hachas, palas, machetes, cuchillos y azuelas entre aquella maraña fangosa de una altura que ocultaba a los hombres, cuyo rastro sólo podía seguirse a través de las hierbas oscilantes. Tres barquitas controladas por un solo guardián permanecían amarradas al filo del islote donde faenaban, que presentaba una pequeña hendidura provocada por el trabajo de los días anteriores, como si un coloso hubiera hincado la punta de su uña en el borde de un pastel.

Desde *La Nave* resultaba obvio que la empresa estaba condenada. No parecía posible que tamaña enormidad pudiera resquebrajarse a partir de una incisión tan minúscula. El trabajo sólo servía para mantener la esperanza.

—Menuda gilipollez, ¿eh? —dijo Camille acodándose conmigo en la borda—. De ésta no salimos, amigo.

Las brigadas eran de cinco individuos, menos una, compuesta por cuatro. Los dos equipos que arrancaron desde la orilla en paralelo, a ochenta metros uno del otro, avanzaban podando por sus carriles dirigiéndose hacia un tercer equipo situado en un vértice interior cuyos miembros podaban directos a la brigada más próxima al extremo babor de *La Nave*. La intención era excavar el enorme triángulo hasta fraccionarlo del conjunto de la isla para facilitar una vía de agua que quizá contribuyera a abrir brecha en el resto del conglomerado.

Normalmente trabajaban dos individuos por brigada a lo largo de quince minutos mientras los otros descansaban, de manera que, en los

equipos impares, cada dos relevos un hombre disfrutaba de hasta media hora de reposo. De tanto en tanto, se columbraba la figura de un podador a gachas braceando en la jungla.

Camille empezó a liar un cigarro con la mano de carne y hueso.

—Esto no avanza —dijo—. No podemos hacer nada contra esa barrera. Ya dije que la lluvia no iba a traer nada bueno.

No parecía nerviosa pero tampoco estaba tranquila.

—¿Qué tal sus análisis? —pregunté—. Esta charca debe ser un vivero de información.

—Un vivero, sí... mejor no te cuento —bufó a una mosca—. ¿Y tú cómo estás?

—Creo que mañana bajaré a ayudar.

Camille pasó la lengua por un filo del papel, que enseguida envolvió. Le quedó un cigarro enhiesto, de buena factura. En el Nivel Inferior empezó a llorar un bebé. Los limpiadores de cubierta se habían sentado a la sombra de un alerón y daban cabezadas de sueño, pese a ser temprano. Un grupo de operarios anudaba uno de los dos remos gigantes construidos a base de tablas y troncos adosados con nudos y clavos.

—Necesitas sentirte útil, ¿eh? —dijo Camille, y se volvió porque Leila le había tocado la espalda. La niña tendió la mano adelante con los dedos índice y corazón formando una uve en medio de la cual la francesa encajó el cigarro que acababa de encender. Leila le dio una calada, miró hacia la isla.

—¿La está enseñando a fumar? —pregunté.

—La chica quiere liberarse.

—Su padre no quería que fumara.

Leila me miró sin entender la conversación en francés. Expulsó el humo por la boca de una manera inexperta.

—Su padre quería hacerla piloto pero que se comportara como una mujer tradicional... —respondió Camille—. No puede ser tanta represión. ¿Para qué? ¿Y si no sale de ésta? ¿La dejaría morir sin haberse fumado un pitillo? Además, si por casualidad las islas de pronto se abren, ¿quién se cree que nos va a sacar de aquí? Si eso llega a pasar Leila tiene que estar al cien por cien. Contenta hará mucho mejor su trabajo, ¿no crees, amigo?

Camille tendió su brazo bueno hacia Leila, que le pasó el cigarro. De la isla llegaban gritos de podadores. En el Nivel Inferior se escuchó a alguien vomitando por la borda.

—Puaj... Después de ti han ido cayendo varios —dijo Camille—. En realidad, la mayoría de esta gente ha tenido toda su vida malaria o alguna mierda de ésas pero ahora, con las defensas bajas y las medicinas agotándose... Está claro que esto sólo puede ir a peor. Sin agua para lavarse... Me pica todo el cuerpo —se rascó las costillas con

el envés de la prótesis y una fuerza anormal—. Y encima estos putos mosquitos están por todas partes... Pronto voy a necesitar un baño.

Fui a rondar por *La Nave*. A primera vista, la muchedumbre del Nivel Inferior continuaba como días antes. Había grupos de jugadores, señoras que cosían, hombres que leían, sobre todo el Corán. Unos cuantos escribían. Varios fardos estaban desanudados, cosa rara en las jornadas anteriores, y la mayoría de las ropas y las pieles gastaban la textura de la roña reconcentrada. Alguna de las personas tumbadas en los divanes tenía auténtico mal aspecto.

De no ser porque el reservista era el único del barco sin los dos brazos, no le habría reconocido tras la máscara de barro que le habían fabricado para protegerle de unos mosquitos de los que no podía defenderse. Como él, otras personas presentaban mascarillas o al menos costras de fango en el rostro, y varios de los que usaban camisetas se habían embadurnado los brazos para protegerse de los mosquitos y el sol. Buen número de ellos había participado en labores de poda sobreexponiéndose a la intemperie y los pasajeros que por algún motivo aún no lo habían hecho necesitaban igualmente abandonar a menudo aquella mazmorra saturada de aire viciado y salir a la superficie, no importaba cuánto abrasara el sol. La necesidad les asaltaba en cualquier momento, el deseo de respirar, de sentir el aliento exterior, de estar unos minutos en relativa soledad apartados de ese Nivel Inferior donde no existía la vida íntima.

Por la tarde, lo que al principio percibí como una molestia, enseguida tomó el cariz de una amenaza. Fue un olor desagradable del que no lograba acertar su origen. Estaba en mi camarote intentando descansar algo más cuando llegó el hálito de aire emponzoñado. Aún no era nada definido, sólo una náusea intangible, un principio de olor pletórico de repugnancias que poco a poco iba ganando consistencia, adueñándose de los espacios, penetrando en *La Nave* y los pensamientos hasta que los fue ocupando por completo mientras se definía, al fin, como el tufo hediondo de una cloaca asquerosa.

Pensé en una ráfaga circunstancial que pronto se desbravaría, quizás el hedor de un gran paquidermo muerto, o de varios, arrastrados por alguna isla flotante. Pero el olor persistió, se fue acrecentando. La nariz se adapta a casi cualquier inclemencia y acaba logrando que incluso lo nauseabundo se integre a la cotidianeidad si bien aquella fetidez era tan execrable que, después de más de una hora, continuaba resultando infame.

Mientras me ataba los botines, pensé en una avería en los lavabos pero cuando salí al pasillo nadie operaba en ellos, de modo que me dirigí a cubierta. Los contados pasajeros que soportaban la insolación se habían anudado pañuelos o enrollado los turbantes en torno a la boca y la nariz. La peste era aún más perceptible.

Busqué indicios alrededor y la explicación la intuí en el agua porque, sin duda, de allí emergía la peste. La luz plana provocaba constantes centellas e impedía una nítida visión de la superficie, que recordaba a una plancha metálica con la maleable densidad del mercurio. Su color era el gris, un baile de claroscuros rebajados por la cáustica luminosidad que, de todas formas, alumbró estelarmente a una formación de excrementos mecidos por la sutil corriente de la laguna. Luego fueron perfilándose otros residuos más o menos inconcretos, además de las cáscaras, las pieles de frutas, las espinas de pescados o los huesos de animales, detritos que dibujaban manchas oleaginosas que se extendían más allá de *La Nave,* en una deriva que los hacía atrancarse con las raíces de las islas.

Y es que el barco continuaba liberando sus desechos sin tener en cuenta que nos encontrábamos atascados en una balsa donde los flujos de agua casi no se renovaban. La putrefacción progresiva se había mantenido más o menos solapada hasta aquella hora, cuando el recalentamiento vespertino alcanzó el punto idóneo para multiplicar los núcleos bacterianos, que se dispersaron por la laguna en gaseosas vaharadas infectas. Estábamos varados en medio de un estercolero alimentado por nosotros mismos.

Se acercó el centinela que cumplía con la guardia de tarde.

—¿Chang? —pregunté, porque una braga le tapaba hasta la nariz.

—Hola —dijo el chino—. Qué desastre, ¿eh? Los días se nos van a hacer aún más largos.

El sudor había oscurecido varias franjas de mi camisa. Notaba la humedad en los sobacos y el hormigueo de las gotas resbalando espalda abajo. En las islas se escuchaba una especie de agudísimo canto de chicharras. Todo estaba quieto, menos los troncos y hierbas que los podadores segaban.

—Quizá si soplara el viento... —dijo Chang.

La plancha de agua reverberaba estática.

—¿Qué tal va con Han Tsu? —pregunté mientras él sondeaba las islas. Chang se hundió una mano en el pelo, chasqueó la lengua.

—No entiendo a Han Tsu —dijo—. Es muy recto. Él nunca ha estado en el mar. Yo creo que eso tiene algo que ver. No sabe lo que es el mar.

—Oh.

—Ya sé que esto no es el mar pero hace pensar en él. Usted es español, seguro que lo que digo no le parece raro. Uno es distinto si jamás ha visto el mar, ¿no cree?

Afirmé cabeceando, no supe qué responder. El chino pestañeó deprisa, estiró la espalda y volvió a reclinarse en la borda.

—Cuando pido a Han Tsu que traduzca para mí, tengo la sensación de que no dice lo que yo digo. Usted sabe de qué le hablo. La misión

de un buen traductor es transmitir todo lo que una persona le dice a otra, ¿verdad? En fin. Ese chico debe tener un buen enchufe.

La ficha biográfica de Chang Woo dice que *nació en 1980 en la ciudad china de Xiamen, situada frente a la isla rebelde de Taiwán. Es hijo único de un industrial millonario del sudeste chino*.

—Yo también hablo dos lenguas perfectamente —dijo Chang—. El mandarín y el dialecto de Xiamen, con mi padre siempre hablo en dialecto. Sé cómo se pueden cambiar los significados de las cosas. Por algún motivo, no caigo bien a Han Tsu y eso, que en otro lugar me daría lo mismo, aquí me fastidia. Creo que voy a preferir que me hagas tú las traducciones. ¿Te importará? No será muy a menudo, no soy uno de esos pesados.

—Será un placer ayudar a alguien que ha conectado tan bien con mi jefe. Pero ¿y el señor Gao? ¿Qué opina de tus diferencias con Han Tsu? Creo que le gustaría reconciliaros.

—Es un buen hombre aunque un poco viejo. Unas veces piensa blanco convencido. Otras veces piensa negro convencido. Tiene buenas ideas pero le cuesta entender algunos cambios. Es normal. Vive aún con su madre.

—¿Con su madre?

—Ahá.

El señor Gao tenía cincuenta y nueve años.

Una repulsiva exhalación emergió de la balsa y me llevé la mano a la boca, buscando en mi piel un olor que amortiguara la arcada.

—El viejo se pasa el día durmiendo y escuchando música. Es lo que debe estar haciendo ahora, si es que aún aguantan las pilas de la radio. Allí tengo unas cuantas al sol, a ver si se recargan —dijo el oriental señalando a un taburete—. ¿Has oído la música que le gusta a Han Tsu? ¿En qué tiempo está anclado ese chaval?

—¿Crees que Osman nos sacará de aquí? —pregunté a bocajarro.

Chang palmeó la culata del fusil cruzado en el pecho.

—El agua sucia lo va a complicar todo un poco más —dijo—. Ahora ni siquiera los indígenas querrán beber del pantano.

No sabía si aquello era una respuesta a mi pregunta, quizá no me hubiera oído, absorto en sus reflexiones. Pregunté si habían variado los turnos de guardia. Según Chang, todo continuaba igual, sólo que se habían establecido relevos por los que los centinelas intercambiaban periódicamente sus puestos con los podadores.

—¿Y tú con quién te relevas? —pregunté.

Lo hacía con su paisano del Nivel Inferior Yan Li, lo cual no trastocaría la estrategia de Norton, que también contaba a Yan Li entre los aliados. Claro que lo primordial debía ser conseguir la adhesión de los chinos. De todos los chinos.

—Osman es un hombre inteligente —dijo Chang—. Pero ¿por qué

debe ser Osman quien nos saque? Somos muchos para pensar.

Sobre el agua flotaban dos tilapias muertas. En jornadas anteriores algunos pasajeros habían pescado en el pantano para introducir una cierta novedad en sus comidas pero ese recurso, de momento, quedaba descartado.

—Si soplara un poco de viento... —añadió Chang.

Las islas dificultaban la llegada de cualquier brisa haciendo de la jaula, además, un horno. A las nubes de moscas y mosquitos habituales se unieron bandadas de buitres que nos sobrevolaban en círculo cuando las águilas lo permitían. Las aves se reemplazaban tranquilas. Cuando alguna se cansaba descendía hasta el tramo más o menos despejado de una isla, a veces las podíamos ver aterrizando donde habíamos depositado a los muertos. Al otro lado de la muralla las águilas emprendían picados fulminantes, supongo que en pos de percas.

Empezaba a acostumbrarme a la fetidez o, al menos, llevaba un rato sin pensar en ella.

Al atardecer, la caída de las temperaturas también amortiguó el hedor. Las barcas fueron izadas cuando el firmamento ya mezclaba los naranjas con los nácares. Los hombres que desembarcaron de allí hacían pensar en minas transiberianas, en nómadas saharauis y en indios amazónicos, todo junto y a la vez. Osman y Norton destacaban entre los más castigados. Eran los únicos que habían descendido a diario a la isla, fieles a su cada vez menos privada pugna. Osman se apeó boqueando. Llevaba un revólver en la cartuchera.

—Está fatal —dijo Norton, erguido y sucio de una manera épica—. Se ha obsesionado con los embalsamadores. Creo que es por una broma que le hicieron, pero se le ha metido en la cabeza que si se agota la comida se lo querrán comer. ¡Que se lo querrán comer!

Rió con inseguridad.

—Yo le digo que no se preocupe. Si seguimos así se va a quedar tan flaco que no hará falta ni que vaya a Europa.

Cuando Osman recuperó el aliento, ordenó una reunión en la misma cubierta para tratar la cuestión de los desechos. Se acordó crear una brigada de recogida de desperdicios con la misión de limpiar las aguas a diario y verter las basuras en la isla occidental, por donde los vientos del Sudd debían soplar menos. Los turnos se retocaron y, como Osman señaló, hubo trabajo para todos. En adelante, *La Nave* funcionaría como una pequeña ciudad, con sus obreros, centinelas, basureros.

—Por mucho que se limpie, esa agua ya no se podrá beber —dijo al final de la reunión uno de los soldados.

—Claro que se puede beber —replicó Osman—. Basta cogerla del fondo.

El soldado miró al suelo, clavó un talón contra la punta de la otra

bota. Sin levantar la mirada, dijo:

—Yo no la pienso beber.

El murmullo sólo fue audible para quienes le flanqueábamos.

—Sea como sea —dijo Han Tsu tomando por sorpresa la iniciativa —, conviene saber dónde estamos exactamente. Las raíces submarinas crecen y podrían rodear al barco. Si crecen mucho, pueden bloquear el timón y eso sería peligroso. Enviemos a alguien a explorar el fondo.

Varios hombres hablaron a la vez.

—Las raíces no crecen tan rápido.

—Nunca se sabe. Aquí no sabemos nada.

—Es una locura.

—Esta situación sí que es una locura.

—¿Algún voluntario? —preguntó Osman.

Y entonces, por primera vez en todo el viaje, Han Tsu contó maravillas de Chang, el submarinista. Como después supe, la historia se la había contado el propio Chang al poco de conocerse, cuando aún intentaba mostrarse cordial. Según Han Tsu, el padre de Chang buceaba a pulmón y enseñó la técnica a su hijo.

—¿A pulmón ahí abajo? —preguntó un jefe tribal.

—En *La Nave* no hay bombonas de oxígeno pero Chang sabe muy bien cómo hacerlo —respondió Han Tsu—. Con su padre buscaba corales. Tenía la habitación llena de trofeos, estrellas de mar, piedras de colores...

—... y conchas de tortugas, de caracolas y peces raros disecados — confirmaría más tarde Chang, que tantas tardes había ido a bucear solo en la playa al terminar las clases de Economía.

Llegó a encontrar pequeños tesoros y sus habilidades se propagaron de tal modo que un día el señor Bo, un buzo profesional amigo de la familia, propuso enseñarle un par de trucos nuevos a cambio de que le ayudara en el negocio.

—Por supuesto, acepté —diría Chang—. Aprendí bastantes cosas. Pero no duré demasiado allí porque pronto me trasladé a Shanghai.

El señor Bai, director general de Isla Negra, la segunda multinacional petrolera por volumen de facturación de Shanghai, confió en él como una gran promesa.

—No perdemos nada por intentarlo, ¿no? —dijo Han Tsu.

Cuando los podadores se dispersaron para tratar de adecentarse, me dirigí al camarote de Aschuak, quería agradecerle mi recuperación. En el interior, a bajo volumen pero perceptible desde la puerta, sonaba música pop. Golpeé con los nudillos. Tras un intervalo breve, Aschuak respondió que pasara.

Estaba recostada en la cama sobre una pila de almohadones apoyados contra la pared. Como la otra vez, sostenía una novela en las manos. Olía a pintura fresca, no debía hacer demasiado que había

terminado de trabajar sobre el caballete a medio paso de la cama, junto a la mesita de noche donde coincidían en desorden el discman conectado a unos pequeños altavoces, tabletas de pastillas, un par de tapones para los oídos, una paleta y varios pinceles manchados.

—Oh, pensé que era Wad —se frotó un brazo, miró alrededor—. Disculpe el caos. No recibo muchas visitas... Bueno, parece que ya está usted mejor. Me alegra que los remedios funcionaran.

—Sí, me han ido muy bien. Creo que mañana empezaré a hacer ejercicio para recobrar pronto la forma.

—Usted sabrá cuáles son sus fuerzas —dijo depositando la novela en las sábanas—. Si quiere servirse un té...

Señaló una tetera de porcelana encajada en un artefacto de hierro ideado para que la tetera no se volcara. Más que el artefacto, me sorprendió su invitación. ¿Cómo podía permitirse el té?

—No querría dejarla sin nada de beber.

—No se preocupe, hay de sobra. Wad procura tenerme abastecida. Eso sí, espero que no le importe tomarlo frío.

La tetera estaba prácticamente llena así que serví dos vasos, el mío algo más repleto que el de Aschuak.

—Cuánta fantasía —dije aludiendo al cuadro donde ya se perfilaba un tiovivo construido a base de animales y monstruos quiméricos bajo un cielo atravesado por nubes con forma de automóvil.

Aschuak habló de su interés por el surrealismo, aunque también por otras corrientes mucho más «conservadoras», ésa fue la palabra que empleó. En el camarote escaseaba la luz y la charla se producía en una cada vez mayor sombra, acentuando los ángulos huesudos del rostro de la mujer, que se animó al comprobar que yo había visto exposiciones de artistas favoritos suyos. En la cabecera de la cama había un oso de peluche que según la luz podía antojarse un animal vivo. Bebimos té y pasamos a conversar sobre novelas, ella incluso habló de poesía, pero aquí yo me defendía menos y, al darse cuenta, volvió a las narraciones. Le gustaban los libros de aventuras.

—Uno siempre sueña con vivir una aventura de verdad, ¿no cree? —dijo Aschuak manoseando las gruesas cuentas de su collar de fayenza—. Luego, va pasando el tiempo y un día se parece demasiado al siguiente y ocurren cosas pero todas saben a poco. La mayoría no saben a nada.

Wad había asegurado que Aschuak desconocía la coyuntura del barco, pero al atestiguar de primera mano aquella inopia suprema expresada por ella quedé perplejo.

—Estamos cruzando el Sudd —repliqué—. No hay mucha gente en el mundo que pueda decir lo mismo.

—Sí, ya —dio un sorbo al té—. Pero sabemos adónde vamos, hay seguridad, con nosotros viaja gente importante. No hay mucho

margen para nada... Cómo decirlo..., para nada extraordinario.

Pensé en los confusos márgenes del pantano y en cómo le habría argumentado Wad hechos tan flagrantes como el ataque que nos desvió de la orilla. Me apetecía delatar al guerrero, devolver a Aschuak a lo real pero, a la vez, su ingenuidad resultaba fascinante y un auténtico asidero en aquel apocalipsis. Además, disponía de agua.

—Bueno, algo de acción sí que hemos tenido —dije.

—¿El tiroteo al poco de llegar al pantano? Pero eso fue un accidente. Es normal que las cosas sigan tensas. Ya me ha dicho Wad que los rebeldes se han disculpado y hasta nos han hecho regalos. Trajo uno para mí.

Doblándose hacia delante con un sobreesfuerzo, del cajón de la mesita sacó la brújula estropeada de Gerrard.

—¡Joder! —exclamé entre dientes.

Aschuak rió.

—Vaya, sí que le ha gustado —dijo—. Lo malo es que no funciona.

Sonreí con suficiencia e, impostando una voz de galán, respondí:

—Lo siento mucho, mademoiselle, pero eso da igual: sabemos adónde vamos.

Estuvo riendo un buen rato a su manera jadeante, intercalando profundas aspiraciones porque a veces se ahogaba. Pidió que le sirviera más té. Preguntó sobre los últimos malos olores.

—Dicen que mañana se solventará.

—Eso espero. Parece que ahora se estropea todo, como si este puerto trajera mala suerte. A ver cuándo arreglan de una vez ese motor y podemos marcharnos de aquí.

—Al menos se ahorra soportar el zumbido de las máquinas, ¿no?

—No se crea. Es un ruido monótono y, como a todo, te acabas acostumbrando. Además, dispongo de un remedio perfecto para los días más inaguantables —Aschuak señaló a las tabletas de la mesita. Analgésicos y somníferos—. Cada noche una de éstas, y me olvido hasta la mañana siguiente.

Eso explicaba que sólo hubiera escuchado un tiroteo. El provocado por Mahmoud ocurrió de madrugada, cuando Aschuak ya debía disfrutar de su limbo.

—Por cierto... —abrió una de las cajas y tomó una píldora—. No se preocupe, éstas no son para dormir.

Encendí un candil, lo coloqué en el piso. La llama titilante arrancaba brillos furtivos de sus brazos sudados, y del cuello. Habló de los años estudiando en Inglaterra. Habló de los deseos que tenía de ver a su familia al otro lado del pantano, y de llegar a la Ciudad. También dijo que pronto iba a morir. Entonces, rió de nuevo.

Aschuak al-Turabi nació en la Ciudad en 1974. Como había indicado Osman, era hija de un algodonero que cuando ella tenía seis

años se alistó por convencimiento en el ejército gubernamental. No lo volvió a ver.

Su madre, la señora Nadja Touati, se hizo cargo de la empresa, revelando dotes para el comercio. La señora Nadja se volvió a casar y tuvo otros dos niños. Su segundo marido es el diplomático Rashid Arar, simpatizante de la cultura occidental.

—Su ficha dice que sus padres le enviaron a la Capital a los nueve años —dije.

—Veo que está informado —titubeé sin atreverme a reconocer que había husmeado en su ficha—. Siempre tuve una salud delicada y en la Capital es donde están los buenos doctores, así que me enviaron allí con una institutriz y una vieja nana de la familia y me matricularon en un colegio.

El recrudecimiento de la guerra bloqueó las comunicaciones entre norte y sur de modo que comenzaron a transcurrir los meses sin que Aschuak recibiera noticias de su gente. Los años.

—Eres una niña y, de algún modo, sin darte casi cuenta, terminas aparcando a la familia. No cuesta tanto. Te adaptas a una vida donde hay tantas preguntas en el aire que terminas por no hacer ninguna... mientras buscas respuestas a tu manera.

Aschuak acarició la novela a su lado.

Durante la adolescencia, solía reunirse con sus tres mejores amigas a tomar el té y hablar de todo jugando al omueso, haciéndose trenzas y disfrazándose de hombre, simulando matrimonios. Tenían todas diecisiete años, menos Asha, la mayor, recién entrada en los veinte. También hablaban de sus amigos, de sus familias, de parientes que combatían.

—Yo ahí no tenía mucho que decir. Básicamente escuchaba.

En esas citas, Faridza anunció que había perdido a dos hermanos. Asha, a su tío, a tres primos y a su padre. Las reuniones se fueron tornando lúgubres. Se enseñaban las pinturas o los dibujos y los textos con los que intentaban consolarse.

El día que Aschuak cumplió veintitrés años, Asha supo que habían violado a su hermana. Se lo contó sólo a ella, al principio de la tarde, y hasta las nueve estuvieron charlando sobre la violencia y la muerte y la desesperación. Aschuak le regaló una novela melancólicamente alegre antes de despedirla con un abrazo. Siete horas después Asha se suicidó contraviniendo una prohibición expresa del islam.

Aschuak había empezado a hablar más despacio. Rescataba pensamientos dispersos. «Siempre me pregunto por qué le entregué ese libro.» Enredaba los dedos en el collar de fayenza. «Quizá ni lo leyó», dije. «Supongo que nadie hubiera podido ayudarla —agregó ella —. Pero aun así...».

Llamaron a la puerta, Aschuak dijo adelante y cuando Wad apareció

fantásticamente enmarcado entre la penumbra incipiente del cuarto y las más claras tinieblas del pasillo, una palabra de su ficha biográfica se me impuso inapelable: *violación*.

Fletamos las tres barcas con las brumas de la mañana recién disueltas. Cada hombre disponía de un bollo y cuatro terrones de azúcar y contábamos con una cantimplora por brigada. Conmigo viajaba Norton que, junto con Osman, era el único hombre que repetía tras la jornada anterior. Osman viajaba en la barca paralela esnifando rapé, concentrado en la espesura que, desde el agua, parecía aún más tupida. Los remos deshacían tejidos musgosos, golpeaban residuos sólidos que en ocasiones impactaban contra la quilla mientras los tripulantes espantábamos moscardones a manotazos acompasados.

Las barcas amarraron en parcelas acondicionadas por los equipos previos y, siguiendo una especie de riachuelo, alcanzamos el promontorio poco firme desde donde se divisaba una buena extensión de charca. El suelo era más fofo que quebradizo y predominaba la sensación de ir a ser engullido, pero la malla de sedimentos no sólo resistía sino que conforme avanzábamos hacia el interior la superficie se afirmaba llegando a parecer auténtica tierra continental.

Me asignaron un hacha de mango corto que segaba fácilmente la maleza. Para evitar los rasguños y los cortes de las zarzas, me quité el pañuelo del cráneo y lo enrollé en la mano hasta la muñeca, a modo de guante. En lugar de las moscas, insectos voladores de mamíferas dimensiones pululaban ahora alrededor. De manera rutinaria se escuchaban las palmadas y bofetones que se propinaban los hombres a sí mismos.

De las simas de la isla, como si se filtrara entre los troncos y el matorral, emergía un caldeado vaho que acentuaba la sensación de calor y adensaba la atmósfera claustrofóbica agravada por la pestilencia que a aquella hora volvía a cobrar intensidad.

Al principio de la mañana todas las brigadas se limitaron a cuatro hombres ya que el quinto miembro de cada sección había recibido la orden de regresar a *La Nave* para recoger a las brigadas de limpieza. Desde el promontorio vimos retirarse a los botes que nos habían trasladado y cómo al cabo de un corto intervalo estaban balanceándose en medio de la charca con varias mujeres que capturaban en cubetas, potes y redecillas toda la inmundicia flotante. En una de ellas viajaba Chang ataviado con su improvisado traje submarino. El chino postergó la inmersión hasta la definitiva salida del sol, necesario para iluminar los fondos de la charca pero aún no tan potente como para haber recalentado los detritos y convertir la expedición en una aventura aún más repulsiva.

Cuando partimos de *La Nave* rumbo a la isla, Chang ya estaba preparado en cubierta. Caminaba de un lado a otro.

—Parece un león —había dicho Norton, quien, como el resto de los muchos que espolearon a Chang para que se sumergiera en la ciénaga, sabía que la inmersión le inquietaba.

—Has sido tú, ¿verdad? —le dijo Chang a Han Tsu después de recibir la propuesta de Osman—. En tu profesión debe ser normal tener la lengua tan larga.

Después, miró al resto del grupo. Sopesó la expectación generada por lo que iba a responder.

—Podría ser de gran ayuda —dijo Osman—. Le pedimos un sacrificio. Haga algo por los demás.

—Quizá sea bueno para todos —dijo el señor Gao.

Zambullirse en el vertedero suponía un obvio riesgo de contraer enfermedades, aún más para un sistema inmunológico foráneo.

—*Zhe xie gen bu keneng zhang dao chuang shang lai. Tai yuan le* —dijo Chang.

—*Tamen xiang queding yixia* —respondió Han Tsu—. *Ni yao mingbai. Women de qingkuang hen jinpo. Yiqie dou shi weizhishu. Tamen kandao ni jiu anjing le.*

Chang se mantenía quieto, acaparando las miradas del grupo que atestiguaba sin comprender el intercambio, desplazado de una charla que se producía sin gestos ni pasión y con la única y equívoca pista de los altibajos tonales.

—¿Por qué nos tenemos que fiar de los chinos?

—Qué coño estarán diciendo.

—¿Crees que lo hará?

—Se lo está pensando.

—¿Qué dicen? ¿Eh, español? ¿Qué están diciendo?

Los chinos continuaban hablando y creo que, pese a la multitud, se sintieron cómodamente solos. Fue un instante suspendido en el que Chang me pareció esbelto y hermoso al responder con cortesía al hombre que le provocaba. Fue una lección de dignidad y poder. ¿Cómo llega un chino buceador a un infierno africano?, me pregunté imaginando que quizás algo así estaría pensando él.

—*Hao* —dijo sin mover más que los labios.

—Dice que sí —tradujo Han Tsu.

De manera que ahí iba. Embutido en un uniforme de camuflaje militar forrado de plástico para evitar las adherencias, con las gafas de buceo que llevaba a todos sus viajes y sin tubo respirador, más estorbo que otra cosa teniendo en cuenta la profundidad del descenso y los apuros que podía acarrearle si cualquier residuo se colaba por el agujero de ventilación.

Minutos más tarde, Chang se subió a una barca con dos mujeres y un soldado. Esperó a que sus acompañantes despejaran más o menos de basura las inmediaciones, aspiró una gran bocanada de aire y se

tiró al pantano, desapareciendo también de la vista de los pasajeros arracimados en la borda de *La Nave*. Desde la isla no lo vi pero no tengo dudas de que Han Tsu siguió paso a paso el chapuzón. Tampoco dudo de que en ese momento sonreía.

—Me lancé con los ojos cerrados, no quería tener un encuentro desagradable nada más empezar, aunque llevara las gafas puestas —relataría después Chang—. Cuando los abrí, no me sirvió de mucho. Los sedimentos ciegan también el fondo así que ni siquiera lo he visto. Ahí abajo hay una gran oscuridad. Pero tranquilos, puedo asegurar que cerca de *La Nave* no hay raíces. He nadado sin obstáculos..., excepto al emerger.

Mientras Chang buceaba, yo en la isla escuchaba crepitar las ramas aplastadas por los otros podadores, las respiraciones entrecortadas, los salivazos que intermitentemente lanzaban, el rítmico compás de los filos sibilantes que impactaban contra resistencias vegetales. Generaciones de papiros podridos se amontonaban a nuestros pies, sostenidos sobre una superficie lodosa por donde zigzagueaban víboras o cabalgaban arañas magníficas. Vi una colonia de orugas como culebras. Norton a veces blasfemaba. Los demás se aplicaban mudos a su tarea enterrando picos y hachas en el fango, porque no se trataba sólo de despejar la espesura, sino de abrir un boquete que rasgara la superficie, desgajándola. Se trataba de llegar al agua.

Todos los pasajeros en condiciones de *La Nave* se habían ofrecido para participar en las tareas pero, por un lado, la inseguridad de la isla disuadía de concentrar demasiado peso en tan poco espacio y de momento se convino actuar de acuerdo a la capacidad de las barcas; por otra parte, siendo cierto que las barcas podían haber realizado varios viajes desplazando a muchos más operarios, cabía contemplar que, si de repente las islas se abrían concediendo la oportunidad de huir, la maniobra debería ser rapidísima y, en esa hipótesis, tener a demasiada gente esparcida por la maraña podría suponer una demora fatal.

La mano de obra se renovaba casi a diario, a excepción de Osman y Norton, quienes trabajaban desde el primer día, y ya eran cuatro seguidos. No podrían aguantar mucho más, ni el grupo se lo permitiría, porque primaba la agilidad.

Yo quise formar parte del equipo del vértice, o sea que penetramos unos setenta metros en la isla aprovechando el corredor de jungla que habían abierto las brigadas precedentes. Alcanzamos la punta del triángulo y después reculamos por el tramo de canal ya desgajado, unos doce metros en total. Los progresos eran lentísimos. Cuando lográbamos perforar, me arrodillaba para asestar hachazos veloces hundiéndome poco a poco en el suelo movedizo, que excavaba con una emoción perturbada embarrándome por momentos, sujeto con

una mano a las raíces de aspecto más seguro mientras con la otra continuaba mi desvarío perforador sintiéndome sucio, levemente en peligro. Fenomenal.

Norton manejaba un azadón. Cavaba con la cadencia tranquila pero incesante de un granjero veterano. En ocasiones, de un solo golpe levantaba un buen montón de ramas abriendo un boquete ancho al final del cual se podía ver el agua. Cada cuarto de hora efectuábamos el relevo con la pareja de árabes que completaba el equipo y nos tumbábamos sobre cualquier montículo más o menos mullido de hierbas desbrozadas.

—Deberías taparte la cabeza —dijo Norton, tocado con su gorra del Newcastle—. Hace demasiado sol para exponerse tantas horas.

Volví a atarme en la cabeza el pañuelo de los monigotes psicodélicos. Él se hurgó las narices, extrajo terrones grana.

—No sangras tanto, ¿no?

—Ahora la sangre se me coagula dentro. Aún hay arena en el aire. En este país hay arena por todas partes, joder. Fíjate dónde estamos y sigue habiendo arena. El otro día caminé un poco por la isla y vi pequeñas dunas. No sé si las habrá formado el viento que trae la arena de la costa o los propios troncos al deshacerse, pero el caso es que aquí también hay dunas. Con estas temperaturas, todo se destruye rápido. El aire está lleno de cosas, y desde que nos hemos puesto a podar todavía hay muchas más. ¿No las notas? —Norton abrió la mano como si aguantara una bandeja—. Así que se me forman unos atascos...

Se golpeó un par de veces la nariz.

—¿Sabes lo que he pensado estos días? No pienso que me muero, no. Pienso que se me cae la nariz a trozos y eso es un problema porque, ¿y si me presento ante David sin nariz? ¿Te imaginas que no me reconoce? —dijo sarcástico. Aguzando la voz, añadió—: «Lo siento, señor, pero usted no puede ser mi padre porque él tiene nariz». Eso sí que sería una putada.

—No creo que vayas a perder la nariz por unos puñados de arena.

—Ya... Por la arena no será, no... —sonrió tapando las fosas nasales y así, en sordina, dijo—: No sé qué tiene mi maldita napia, yo creo que ni un oso hormiguero aspira tanto por ahí.

Permanecimos un rato callados, tumbados boca arriba, mirando a un cielo más blanco que azul.

—En la brigada de Osman hay un chino —dije.

—Uhum.

Norton mordisqueaba un hierbajo.

—¿Crees que quiere ganarse a los chinos? —pregunté.

—Wad está raro, ¿no? —preguntó Norton a su vez. Oscilaba la mandíbula al estilo rumiante—. Desde que se cargó al centinela... En

el barco hay un montón de gente que habla fatal de él. Si pudieran... —Norton dio un tirón del hierbajo y se quedó con una mitad atrapada entre los dientes y la otra en la mano—. Los chinos... van a lo suyo y no son demasiados, no creo ni que Osman los tenga en cuenta. Pero qué tíos, ¿eh? ¿Cómo pueden tener ese carácter? Parece que no les importe nada, que no haya pasado nada. Esos cabrones no tienen sangre.

Durante los últimos días, los chinos se habían sumado a las guardias y las brigadas de poda sin expresar emociones. Cumplían sus tareas con rigor y durante los descansos acudían en grupo o en solitario a sus rincones, se descalzaban y se acomodaban entre cojines a escuchar música. Casi nadie les hablaba en *La Nave,* quizás ante la imposibilidad de comunicarse, y ellos tampoco tomaban iniciativas. Se enrocaban en sus hábitos hasta el punto de haber mandado cargar en el barco varios sacos de arroz para sostener una dieta al margen del menú programado. Funcionaban como una comunidad autónoma pero, a la vez, disponible para los demás, por lo que no se granjeaban antipatías ni notables amistades. Para la mayoría de pasajeros y de la tripulación, sus acantonamientos en los dos niveles eran una especie de puntos asépticos de *La Nave,* lugares poblados por gente en la práctica necesaria pero sentimentalmente prescindible.

—Chang es de los nuestros. Podríamos explotarlo —dijo Norton mientras se incorporaba. Habían transcurrido quince minutos, los árabes aguardaban el relevo. Uno de ellos se hurgaba el brazo con un puñal. Había hecho una incisión en la carne y, con la punta del metal, extrajo una especie de larva.

—La mosca —dijo.

Comimos los cuatro juntos durante poco más de una hora a mediodía y volví a empuñar el machete bajo el sol más abrasador de la jornada. Los troncos quemaban. Aunque con la zurda no soy hábil, varias veces cambié la herramienta a esa mano intentando aliviar el dolor de la muñeca. Cortaba mecánicamente goteando sudor, absorto en mi propia regularidad, pensando en mi vida anterior, en los chinos, en la Ciudad y, sobre todo, pensando en Aschuak y su escondrijo intocado. Decidí que la visitaría esa tarde pero cuando embarcamos de regreso a *La Nave* y vi el aspecto de mis compañeros asumí que de esa forma no podía presentarme ante ella. O sea que yo, como Osman o Wad, también iba a necesitar más agua de lo acordado.

En *La Nave* había novedades. Cinco pasajeros presentaban síntomas inquietantes. A uno le dolía la cabeza sintiendo pinchazos que a veces casi le hacían desvanecer; dos pasaron la jornada vomitando y con diarrea; una mujer rabiaba a causa de una urticaria aguda; y el lector del Corán tiritaba de fiebre. Aunque las dolencias no parecían tener mucho en común y la amenaza de epidemia quedaba de momento

descartada, Osman ordenó rehabilitar como ambulatorio el extremo de popa del Nivel Inferior. Los convalecientes fueron aislados con biombos a base de cañas, telas y sábanas. Wad ayudó a trasladar al lector del Corán, incapaz de andar por sí mismo. Cuando lo hubo acomodado, se aproximó para susurrarme:

—No hable de Aschuak. Nadie sabe que ella cura. Debe estar tranquila.

Wad pretendía salvaguardarla, nada debía perturbar su feliz inopia. ¿Por qué entonces me había conducido hasta ella? Quise creer que para Wad yo resultaba importante, quizá porque hablaba otras lenguas y, en algún momento, si se distanciaba de sus a priori aliados, podría necesitarme.

—Debería echar una mano —respondí de todos modos—. Probablemente esto va a empeorar. Habrá más enfermos.

—Ella no está aquí. No existe.

—La han visto llegar.

—Después no la han visto más. Ya la han borrado de su cabeza. Nadie piensa en ella. No existe. Está enferma.

La sintaxis de Wad era tan elemental como lapidaria.

—Está bien —dije—. No existe.

Y, al negar a Aschuak, su presencia se agrandó. Deseé comprobar que había mentido, ir a buscarla, charlar con ella.

—¡Wad! —gritó Osman, que caminaba hacia nosotros por el pasillo del Nivel Inferior—. Vamos a tener que deshacernos de todos los cuerpos de la 14 —dijo al aproximarse—. Ahora mismo los cadáveres son un peligro. Suficiente basura tenemos ahí abajo... Hay que desembarcarlos. Díselo a la niña. Que lo sentimos mucho pero no queda más remedio.

Osman siguió por el pasillo hasta perderse. Desde luego no iba a ser él quien informara a la pequeña.

Tras la muerte de su padre, Leila había continuado igual de taciturna que cuando el capitán respiraba. Los hombres de la tripulación le hablaban con todo el cariño que su rudeza les permitía. Le ofrecían comida, agua, algunos rememoraban historias vividas con Hisham y ensalzaban su memoria. La chica atendía con gélida corrección. Pronto, los tripulantes desistieron de consolarla. La trataron con más camaradería que compasión, conscientes de que Leila se acababa de erigir en el nuevo timonel y si lográbamos regresar al pantano ella era la persona que nos podía sacar de allí.

Desde el bloqueo, Leila pasaba gran parte de los días en el puente de mando leyendo cualquier cosa, repasando con lápiz los arabescos de *henna* en su piel o enfrascada en videojuegos. Y al final de la jornada acompañaba un buen rato al cadáver de su padre.

Osman y Leila habían renunciado a comunicarse entre ellos.

Actuaban como si la navegación fuera normal, ignorándose, ocupados en los temas inmediatos y ajenos a un conflicto que de algún modo deberían remendar porque ambos sabían que si llegaba la hora de abrirse paso entre las islas se verían obligados al diálogo. Para Osman la situación era divertida de tan grotesca e ironizaba sobre la dependencia que decenas de personas teníamos de «la mocosa».

Camille se había erigido en el sostén de Leila. Por eso, en cuanto Wad recibió la orden de informar a la niña sobre el desalojo de la 14, el guerrero se encaminó hacia el camarote de Camille, donde a esa hora reposaba Leila. Desde el día que el capitán murió, Camille se había negado a dejar que Leila durmiera sola albergándola en su camarote. Durante las horas de luz, la francesa acudía de vez en cuando al bar o al puente de mando para charlar con ella. Liaba un par de cigarros, entregaba uno a Leila, se sentaba en el taburete bajo la trona de la nueva capitana y, hablando a sus pies, estirando el cuello arriba como si la niña fuera una reina, soltaba monólogos sobre el apareamiento de los cocodrilos o la supervivencia de un tipo de elefante enano en las selvas tropicales de África o recreaba la tragedia del rinoceronte blanco. Leila escuchaba sin interrumpir observando los vaivenes de la prótesis.

Más o menos ésa fue la escena que encontramos al recibir permiso para entrar en el camarote, porque yo acompañé a Wad: desconfiaba de su delicadeza al transmitir la noticia.

—Vamos a tener que sacar a tu padre del barco. Lo siento —dijo.

Aunque Camille no entendió las palabras, al ver la conmoción y las lágrimas de Leila insultó a Wad. La francesa llevaba días demasiado exasperada. Le habían brotado purulentas ampollas en la piel que rascaba a todas horas. Mientras increpaba a Wad se arañó el antebrazo varias veces.

—Wad sólo está cumpliendo una orden —dije—. No se ponga así con él, ha sido muy cuidadoso.

Sin preguntar qué había dicho el ex guerrero, Camille abrazó a la pequeña. Le acarició el pelo.

Wad y otros seis hombres procedieron al desembarco inmediato de las momias de Mahmoud y el capitán.

—Somos carroña —dijo Norton al atar la saca con el cuerpo de Hisham.

Apagué los ventiladores de la 14. Los cuerpos se envolvieron bien para que ningún pasajero descubriera al capitán, aunque tampoco nadie mostró verdadero interés por dilucidar quiénes eran los muertos. Las últimas moscas del día escoltaron al cortejo fúnebre hasta el pescante donde arriamos los botes. Algunos rezaban, otros lloraban.

—Yo quiero que me quemen —dijo Norton—. Si muero aquí y tú lo

ves, quémame. No soporto la idea de los gusanos devorándome.

Los buitres planeaban trazando círculos canónicos aún más espectrales en el ocaso.

—Ésos sí que saben esperar —dijo el inglés escrutando el cielo.

Cuando los enterradores regresaron a bordo ya era noche cerrada y preguntaron por el alboroto que durante su breve ausencia habían escuchado en *La Nave*. Les contamos que un hombre del Nivel Inferior había sido capturado mientras llenaba una jarra de agua directamente de la cisterna. Osman lo había humillado en público y luego había conversado con Norton y otros cabecillas para convenir una nueva guardia en el Nivel Superior, donde dos centinelas custodiarían veinticuatro horas el depósito.

El día después, Tuumi y los jefes tribales del Nivel Inferior convocaron otra reunión para expresar su descontento porque todos los centinelas elegidos estaban bajo el mando de Osman.

—¿Quién les vigilará a ellos? —preguntó Tuumi, que en realidad preguntaba quién iba a vigilar al propio Osman. O a Norton. O a mí. Quién iba a vigilar, en fin, a los pasajeros del Nivel Superior.

Osman bromeó, fue vago e inconcreto y abogó por la necesidad de confianza mutua.

—Hablas muy tranquilo —replicó Tuumi—, todo lo ves muy claro, pero no estaríamos en esta situación de no ser por ti.

Osman se inclinó hacia delante en la silla y emprendió una disertación enérgica frente a hombres que fruncían la cara agrietada con lingotes de polvo que a veces se desprendían. Les preguntó si él era el culpable de aquella horrorosa guerra, si alguien dudaba de su compromiso con una tierra a la que amaba en lo más hondo de su corazón —eso fue lo que dijo— y por la que él mismo se había batido. Recordó a su hermano muerto, porque suponía que había muerto, no había pistas sobre él. Y entonces preguntó si no creían que las fuentes de la desgracia debían buscarse mucho más lejos, en otras personas y ambiciones. Varios lanzaron miradas opacas a Norton, y a mí también.

—Yo nunca me esconderé —añadió Osman—. Mi pueblo no me lo permitiría. Estoy con mi gente y deseo la unión y su felicidad... La felicidad de todos vosotros.

Osman se había expresado con gravedad apasionada, escupiendo un poco al hablar, moviendo los brazos con notable simetría. El público pareció satisfecho. Osman había sido exculpado. Su discurso me asombró. Era vulgar. Era zafio. Era demagógico. Y arrastraba.

—Qué cabrón —murmuró Norton cuando terminé de traducir—. Qué cabrón. No creerás nada de lo que ha dicho, supongo. Al final estamos donde al principio. O peor. Él tiene el control y nadie se lo discute.

Los hombres de la mesa asentían mirando a los ojos de Osman. Ni

los enmascarados de fango parecían reparar en la tersura impoluta del rostro del ministro.

—Muy bien —dijo Tuumi—. Para sellar ese pacto de confianza propongo que una guardia seleccionada por nosotros sea la encargada de vigilar la despensa. Vosotros el agua. Nosotros la comida.

—Buena idea —aceptó el ministro.

—Confianza por confianza.

—Bien dicho.

Osman sonrió. Realmente, no le parecía mal.

Así se inauguró el período estratégico, con las partes realizando filigranas para no dinamitar el frágil equilibrio y terminar reproduciendo en aquella nave vagabunda las familiares carnicerías de la guerra aún fresca. Todo estaba bajo sospecha. En cada acto se leía una doble intención.

Las brigadas zarpaban por la mañana a limpiar charca y selva intentando aliviar al menos el embrutecimiento externo. Los suministros cotidianos del barco se redujeron a cantidades de subsistencia y, pese a que los enfermos aumentaban y algunas medicinas habían empezado a faltar, eran pocas las protestas. Las expresiones resultaban más herméticas bajo las reconcentradas capas de polvo, sudor y sol. Los ojos escrutaban la inmensidad fulgurando con un resplandor bestial. Nadie sabía qué límites podía aún traspasar con tal de continuar ahí.

Con vida.

El premio de cada amanecer era lanzar de nuevo la vista a lo largo de kilómetros de ciénaga desolada pretendiendo atisbar algo más allá de las islas. Aunque cada mañana el paisaje era igual, cada mañana cambiaba. El paso de una bandada de aves migratorias o el horizonte movedizo a causa de la calima se repetían con ligeras variaciones que podíamos apreciar.

Integramos la perpetua fetidez y, si bien al atardecer la laguna desprendía olores odiosos, su influjo ya se constreñía a un leve incordio que ni tan sólo despistaba de los quehaceres domésticos, entre los cuales no constaba el fregar los cubiertos y las vajillas porque carecíamos del agua necesaria, de modo que fueron muchos los que pronto optaron por comer con las manos, como nunca habían dejado de hacer numerosos pasajeros del Nivel Inferior.

Es formidable la rapidez con la que nos podemos acostumbrar a la barbarie, cómo borramos de repente el confort para incluso disfrutar en un agujero atestado de escombros y amenazas. Yo lo hice. Encontré placer en el abandono, como si al fin materializara un anhelo antiguo, no sé bien cómo explicarlo. Quizá deseara aquel enfrentamiento con lo esencial en un terreno yermo, primigenio. Quizás aspirara a hundirme en los abismos, quizá porque confiaba en emerger. Siempre emergeré.

En eso pensaba. Y entonces seré más fuerte y hermoso. Quizás entonces llegue el tiempo del regreso. En eso pensaba de cara a la inmensidad con el rifle entre las manos simulando vigilar no sé bien qué cuando una brisa tenue, la primera en muchas jornadas, arrastró a lo largo de cubierta un haz de filamentos de caña. Era una brisa caliente, demasiado leve para modificar nada, pero un motivo de esperanza y alegría. El viento. A él confiábamos buena parte del desenlace. El azar o las fuerzas superiores empezaban a contar también entre los descreídos. Quizá valdría la pena rezar. Principios que creía inamovibles se estaban viendo trastocados y especulaba con posibilidades que no hacía tanto habría considerado insólitas. Deseé que soplara más viento, de un modo impetuoso, definitivo, con una fuerza que lo cambiara todo, que reventara islas y abriera brechas y nos empujara a algún puerto, a cualquier orilla, que nos obligara a navegar, porque todos allí habíamos aprendido a odiar el tan sólo sostenernos.

—Viento —dije.

O quizá lo pensé.

Viento.

El *haboob*.

¿A qué edad nos había devuelto aquel lugar? El barco se había convertido en una leonera donde no resultaba fácil distinguir lo arcaico de lo moderno, los tiempos se confundían, como ocurre en la realidad. ¿En qué era habíamos anclado? ¿Cuándo? También cabía la pregunta, ¿dónde? ¿Qué nos distinguía de los náufragos ancestrales? ¿Qué significaba allí el futuro? Se me desbocaba el ascetismo abrumado por la vastedad infinita, por la aureola de pureza y de misterio que concedía aquel aislamiento único en un rincón donde ni siquiera paleontólogos o antropólogos habían logrado pasmarse ante fósiles de carne o piedra. Y es que jamás nadie osó investigar el corazón de un laberinto con autónoma movilidad.

El sol adquirió el color del vinagre, aunque todavía faltaba un buen rato para el ocaso. La mezcolanza de vapores fluviales y el polvo arremolinado por el levísimo *haboob* creó sobre *La Nave* esa lente sucia tan propia de lo onírico. La laguna se trocó en una tabla blandengue de aspecto dúctil, tibia y lánguida como un cuerpo enfermo. Las águilas sobrevolaban a una brigada que trabajaba en la isla. Una se descolgó del grupo, emprendió el descenso en picado, lanzó las garras al lago y remontó de vacío. Del rincón de los muertos, de vez en cuando emergía un buitre. Soplaba el *haboob* soso. Inspiré hondo. Tenía la sensación de haber llegado a algún lugar.

Primero escuché el gritito sofocado de alguien joven. Y después:

—¡Cariño, oh, cariño!

Era la voz de Camille en el urinario contiguo. Fue un grito agónico,

el producto de una impresión extrema, de modo que entré de rondón en el lavabo de señoras, asustado por ideas reprobables. La encontré con Leila, de nuevo abrazada a ella.

Como a la mayoría de niñas, a Leila debían haberle advertido lo que suponía «tener la regla», pero al asistir a aquel derramamiento incontrolado de sangre emitido por ella misma no pudo sofocar un gritito y un ligero acceso de vértigo.

—No pasa nada, cariño, no pasa nada —decía Camille llevándola hacia su camarote.

Leila era una chica sana, poco acostumbrada a los cataclismos físicos, así que la potencia del dolor la intimidó lo bastante como para debilitarla hasta confesar a Camille que echaba a su madre de menos, que esperaba volver a verla. Ocurrió delante de mí, aunque ambas me ignoraran.

Sollozando, Camille la abrazó aún más fuerte. Leila correspondió al abrazo ya más o menos repuesta y tan erguida que resultaba difícil saber quién consolaba a quién. La francesa marchó al baño entre hipidos. El kohl de las pestañas de Leila se había derramado por las mejillas manchándola como a un monigote.

—Camille necesita ayuda —masculló.

La bióloga regresó con los ojos hinchados y el rostro húmedo de sus propias lágrimas restregadas.

—¡No puede ser! ¡No hay agua en el baño! ¡Leila necesita agua! ¡Consigue agua, español! ¡Trae agua! ¡La niña necesita agua!

—Hablaré con Osman.

—¿Es que no tienes ojos en la cara? A Osman le va a encantar verla así. ¿Siempre tienes que consultar a otros para hacer algo?

—No diga idioteces, Camille. Usted sabe cómo están las cosas. De todos modos, ¿se le ocurre algún otro método para conseguir agua?

Camille, de pie, apretaba su único puño al hablar.

—¡Sal de aquí! —gritó—. ¡La niña debe cambiarse!

Antes de cerrar la puerta vi a Camille rascarse las ampollas del dorso de la mano. Me pregunté cómo las mujeres del barco estarían solventando en silencio los contratiempos de la menstruación.

La misma mañana Osman requirió mis servicios porque uno de sus compañeros de brigada iba a ser el señor Gao.

—Ha insistido en venir —dijo Osman—. Le he intentado disuadir pero... bueno, es el señor Gao... Dice que se quiere sentir útil.

El señor Gao. Casi un ídolo para millones de chinos. Levantó un imperio fundado en los huevos, que al principio él mismo limpiaba con agua y jabón. Durante años, celebró su aniversario junto con el de su abuela, solos, cumpliendo el ritual de entregarse un único regalo. Él recibía una gola de seda bordada por la anciana y Gao le regalaba un vestido de ese mismo material. Un día, aún joven, ocurrió

algo extraño incluso a la leyenda: Gao desapareció. Lo sucedido sólo se divulgaría décadas después, cuando el magnate quiso explicarlo a un reportero canadiense que le hizo fotos y le preguntó algunas cosas de su vida durante una entrevista en la Capital.

—¿Por qué me lo ha contado? —le preguntó Gerrard.

—Porque me cae bien y después de este viaje no le volveré a ver. Porque usted prepara un documento sobre el barco, no está haciendo periodismo asqueroso. Y porque me da igual. Si he mantenido en silencio mi historia tantos años es porque el misterio infunde respeto... Tonterías que nos sirven a algunos hombres de negocios. Pero si decide ensuciar mi nombre publicando la historia del ladrón, sepa que nadie le creerá. Usted no se puede comparar conmigo, ahí fuera. Sí, sí, estoy borracho, pero sé lo que digo. Así que no lo olvide: ni una palabra de la historia del ladrón.

Días más tarde, Gerrard contaría en una de nuestras cumbres francófonas en *La Nave* cómo el joven Gao había matado de una puñalada al adolescente que pretendía robarle tres cajas de huevos. Después del crimen, pasó varios días encerrado en casa.

—No dejaba de pensar en la muerte. Por primera vez, la muerte —le dijo el señor Gao a Gerrard—. No en la del ladrón, los miserables no me causan remordimientos. Pensaba en mi muerte. Sentí el horror de la desaparición. Dicen que los chinos no tememos a la muerte. Eso es mentira... a no ser que yo no sea exactamente un chino. Pero el encierro no fue mal. Tuve ideas, y algunas fueron buenas.

La leyenda reencuentra a Gao en las calles de Shanghai, controlando una enorme red ilegal de distribución de huevos y sabiendo contar y leer. Cuando decidió establecerse como un comerciante honrado, trasladó el negocio a Hong Kong, donde abrió la primera tienda de la cadena que hoy lleva el nombre de su abuela.

Pronto inauguró Paso a Paso, una empresa especializada en la construcción de escaleras que comenzó a recibir encargos para los miles de rascacielos emergentes. Paso a Paso abrió delegaciones en siete provincias más y hoy emplea a dos mil quinientas personas.

De todas formas, tanto Gao como su abuela eran de Shanghai y deseaban volver a la ciudad. A principios de los años noventa, el archimillonario señor Gao compró los tres últimos pisos de un rascacielos de nueva planta en la céntrica Nanjing Lu, desde donde se dominaba el cogollo más esplendorosamente neónico de la futurista Shanghai. Instaló a su abuela en el antepenúltimo piso. El penúltimo le servía de despacho. En el último vivía él.

Tras la venta de varias sucursales de una famosa cadena de locales de karaoke, la revista norteamericana Forbes *le presentó como una de las cincuenta fortunas más grandes del Planeta*.

Lo que la ficha biográfica no especificaba era que, en su entrevista

para *Forbes,* el señor Gao se explayó hablando de sentimientos y de una carencia espiritual. Cuando le preguntaron por lo que amaba, Gao Jin respondió que ese universo lo conformaban personas a las que no iba a mencionar, porque sus nombres incumbían al ámbito de lo privado.

—Pero sí le puedo decir que hay dos espectáculos que siempre me conmueven —dijo el señor Gao al periodista—: Uno es un tifón en movimiento. El otro, el ondular de la seda.

La ficha tampoco recoge que terminó la entrevista expulsando a los reporteros de su despacho a patadas después de beberse cinco botellas de seiscientos mililitros de Qingdao.

La cerveza era una de las causas de aquella barriga prominente y de su cara abotargada, que contrastaba con el cutis irregularmente terso. La flacidez de la carne colgante de los carrillos, más que en un gordo hacía pensar en alguien triste.

Y ahí venía, por cubierta, la leyenda. El señor Gao apareció apoyándose en su bastón. *A los cuarenta y siete años sufrió una embolia en la pierna izquierda que le obliga a una dieta rigurosa*. Se había recuperado al cien por cien de la cojera pero mantenía la costumbre de andar con el apoyo.

—¡Viene a trabajar con bastón! —exclamó Osman a punto de embarcar en *La Mínima*—. Ese chino es increíble. Pero reconozco que está muy bien guardar las costumbres. ¿Por qué no va a buscar la cámara y nos hace luego unas fotos? —me dijo—. Sería un buen recuerdo.

La cámara.

Por eso me había preferido a Han Tsu.

Norton formaba parte del equipo destinado a la brecha occidental. Como ese día mi paradero resultó ser la oriental, nuestras barcas se separaron desde el principio. Norton y Osman llevaban seis días consecutivos bajando a la isla, desoyendo a los que intentaban detener la competición. Contra lo previsible, el deterioro del inglés era mucho mayor. Había adelgazado ostensiblemente, adheriéndosele el pellejo de los pómulos y, pese al cansancio, le estaba costando dormir. Osman no había sufrido alteraciones reseñables. Actuaba de manera más lenta que Norton pero con igual constancia. El trabajo, en lugar de agotarle, le insuflaba una nueva robustez.

Osman manejaba un pico de mango largo que hincaba ferozmente en la tierra cuando no lo utilizaba como rastrillo o pala para apartar breña. Durante el día, Osman y Gao Jin hablaron de complejos hoteleros proyectados en la Ciudad; de sus familias; de cuánto hacía que no trabajaban así. Del momento difícil que atravesábamos. El señor Gao subrayó la importancia de contar con colaboradores de confianza y preguntó a Osman si se fiaba de Wad.

—Ese hombre es un desertor, todo el mundo lo sabe —dijo el chino.

—La verdad es que últimamente no responde todo lo bien que esperaba —el ministro se pasó un brazo por la frente—. No sé lo que le pasa. Sea como sea, no tiene a nadie más en *La Nave* y tampoco le conviene perder el respaldo que yo le pueda dar... ni el agua... Por cierto, si usted o alguno de sus hombres desean disponer de un poco más de agua, sólo tienen que decírmelo —me miró cómplicemente a los ojos a punto de alzar el pico. El señor Gao vio que me miraba—. De alguna ventaja debemos disfrutar los que mantenemos el orden.

Estrelló el pico contra la maraña de raíces y al estirar hacia fuera arrancó varias de cuajo.

—Vamos, traduzca —ordenó Osman.

La parte que concernía a Wad la interpreté literal. La otra, no.

—Y si tienen cualquier duda, consulten sin problemas con el traductor. En él confiamos todos —lo dije maquinalmente, como si formara parte del discurso de Osman y «el traductor» ni siquiera fuera yo—. Si quieren agua, no duden en pedírsela a él. Alguna ventaja debemos tener los que mantenemos el orden.

El señor Gao sonrió afectuoso, inclinó varias veces la cabeza en señal de gratitud mientras agarraba con una mano la azada. El sudor había extendido una gran mancha triangular en el centro de su camiseta. Osman se pasó el brazo por la frente. Se dio un palmetazo en el cuello.

—Son ustedes muy generosos —dijo Gao Jin columpiando el tronco adelante y atrás—. Pero no se preocupen, no queremos abusar, de momento nos basta con la ración de cada día.

—Es usted muy generoso —fue mi traducción—. Los que gobiernan merecen los privilegios. Si no, ¿qué sería del mundo? Al menos ellos deben mantenerse fuertes.

—*Ana mapsut innena netaamil mabaad lil daragadí* —dijo Osman con la palma de la mano abierta sobre el mango del pico apoyado en el suelo.

—Me alegra que nos entendamos tan bien —reproduje en chino.

Durante la comida, Osman cargó contra los embalsamadores.

—Esos salvajes están fuera de control —dijo, dando inicio a un discurso demencial («Son caníbales. ¡Caníbales!»). Gao Jin se tumbó en la hojarasca mientras el ministro proseguía pulverizando a los que según sus esquemas eran ya sus enemigos.

En voz queda, mientras Osman se crecía en su relato, el señor Gao intercaló una reflexión que no llegué a traducir:

—El escritor Lu Xun inventó una historia muy famosa sobre un hombre que se vuelve loco porque está convencido de que se lo quieren comer.

—¡Caníbales! —gritó de nuevo Osman.

Hay instantes en los que lo impensable escala un peldaño y toma cuerpo en la conciencia pasando a otra dimensión. Por ejemplo, que un hombre pueda devorarte. Cuando las pesadillas o las ficciones de los cómics, las novelas, cuando las noticias asociadas a recónditos lugares se presentan como parte de lo real, coinciden la emoción y el pavor acumulado a lo largo de los años, las conjeturas hilvanadas como un juego, y, así, el divertido fulgor primero cede el paso a las inquietudes que latían acechando su momento. Entonces, de nuevo, aparece el antiguo pánico. Un miedo que minutos antes resultaba exactamente impensado y por eso se puede antojar ridículo aun sabiendo que no lo es. De modo que se intenta reflexionar sobre otros temas. Nada de imaginar tu brazo entre los dientes de un titán de rostro deformado por tajos faciales. No. Nada de eso.

Se intenta pensar, por ejemplo, en el viento.

En que, a aquellas alturas, había pocas cosas que importaran más.

Soplaba la misma brisa lacia de la mañana, insuficiente incluso para enredar la cabellera del indígena que removía la maleza a pocos metros ensimismado en el pánico de Osman. El mismo viento que sopló toda la tarde, también cuando regresamos a *La Nave*. Un viento que empecé a estudiar de manera involuntaria, buscando indicios que anunciaran rachas favorables.

El viento soplaba sin sonido, así de débil. No zarandeaba aparejos. No mecía hojas. No provocaba olas nuevas en el lago. Y, sin embargo, allí estaba. Demasiado sutil para cambiar un destino que, ahora sí, me empezaba a inquietar. Después del éxtasis del abandono, de coronar mi particular cumbre del dolor, comenzaba a desear con firmeza salir de allí. La épica del vagabundo solitario a quien ni tan sólo perturba el morir se desvanecía a la velocidad de las brumas matinales. Todo adquiría una importancia más simple, desprovista de pompa. La fascinación por un destino trágico y memorable era sustituida por el amor a la minucia. Supe, en fin, que quería vivir. Vivir de una manera sencilla, volver a disfrutar de lo pequeño, como había hecho una vez. Y, al descubrirme atrapado en la laguna, topé con una forma distinta de desesperación, porque no era romántica. No se trataba de un debate sobre cómo, dónde y con quién debía ser feliz. No se trataba de una desesperación civilizada. No de una desesperación sofisticada. Se trataba de algo mucho más sencillo: sobrevivir.

Sin embargo, estábamos varados. Una situación idónea para entender lo que significa impotencia. El agua ni siquiera permitía desfogarse contra ella, tan quieta. Inmovilizados. No retumbaban olas grandes en peñascos. No había arrecifes que esquivar. La peor condena es la muerte en agonía porque todo se siente mucho más inexorable. *La Nave* sucumbía como las ballenas que embarrancan en las playas, a las que tan raras veces salvan después de su accidente. De

modo que boqueábamos justo cuando yo había encontrado la forma de remontar.

Sólo nos puede salvar el viento, pensé.

El viento.

Y se convirtió en mi obsesión. Deseé que arreciara, que estallara una tormenta, pensé en tifones, huracanes, en olas de siete metros, en elementos que concedieran la oportunidad de superarlos o perecer.

Pero el pantano estaba quieto.

Amaneció de nuevo. Llegó el sol. Desde el puente de mando, contemplaba junto a Leila a las brigadas de mujeres recogiendo los detritos en la charca, donde los botes ni tan sólo parecían mecerse. El sol hacía temblar las islas alrededor como si fuéramos el centro de un sueño. De vez en cuando graznaba un palmípedo que podía ser gigante. Un pájaro del sol se mantuvo a tres metros de la borda aleteando estático ante los pasajeros acodados. Alguien le insultó. Del Nivel Inferior ascendió una oleada de injurias proferidas por los que jugaban a las cartas. La gente empleaba palabras cada vez más obscenas, comportándose de forma ruda.

No muy lejos, un hombre carraspeó preludiando un salivazo pero no proyectó nada. Hacía tiempo que no veía escupir. En la isla se bamboleaban cañas y arbustos entre los que intenté localizar a algún podador. A pocos metros, estirado en una tumbona en cubierta, pasmado en una contemplación huera, como si se hubiera vaciado por dentro y fuera un objeto o el envoltorio de algo, yacía Norton.

—Casi podría volver a aburrirme —dijo—. Es agradable.

Se rascó el pelo. Con la otra mano agarraba los prismáticos apoyados en el pecho.

—Hace años que no me aburro... Supongo que desde que era pequeño. Pero creo que estoy consiguiendo aburrirme. ¿Crees que eso es posible en Europa? Allí, como siempre está ocurriendo algo...

—¿Me prestarás los prismáticos de vez en cuando? —pregunté—. Con esa herida no conviene que pases demasiado tiempo en cubierta, este sol... y yo puedo ir vigilando por si aparece el picozapato.

—Claro, claro... pero, oye, ¿tú crees que la gente en Europa se aburre? Allí, cuando no tienes nada que hacer sientes otra cosa, ¿no? No lo llamaría aburrimiento. Tiene más que ver con... con el asco. No sé si me pillas... Es algo más repugnante... Como si te asfixiara... Hastío. Ésa es la palabra. Puedes asquearte con facilidad, pero aburrimiento no, eso no lo encuentras... quizá los viejos aún conserven algo de aquello. Supongo que algunos viejos todavía saben mirar las musarañas y quedarse tan tranquilos.

Norton había perdido mucho peso y llevaba noches durmiendo poco más de cuatro horas, pero el motivo por el que ese día, por primera vez desde el inicio de la poda, renunció a trabajar en la isla cediendo a

Osman la gloria del triunfo en su estúpida disputa fue el profundo tajo en el muslo izquierdo que se había hecho la tarde previa cuando, al ir a saltar a *La Mínima,* dio un traspiés en una zona sinuosa y se rajó la pierna con un tronco astillado a la vez que hundía medio cuerpo en el lodo. Un gran vendaje le comprimía desde la ingle hasta el inicio de la rodilla.

Norton alzó los prismáticos enfocando a un grupo de aves lejanas.

En la isla occidental se escuchaban cánticos de podadores. La mayoría de animales tan sólo se intuían. Seguíamos viendo poco, anecdóticas variaciones sobre lo registrado la jornada anterior. Desde fuera debíamos dar una impresión semejante a la de un cuadro o una fotografía: inmóviles, todos los días en idéntica posición padeciendo los mismos ciclos de luz. Nos habíamos convertido en una imagen estáticamente perenne del pantano y no era difícil imaginar que décadas más tarde *La Nave* continuaría allí, raída por el óxido y los musgos, que se habrían extendido por el armazón y los huesos de los que fuimos sus últimos ocupantes. Especular sobre nuestro final era una forma de matar el tiempo. Otros, como Han Tsu, pronosticaban una salvación memorable regodeándose en la euforia que nos embargaría, pero el club de los optimistas era muy reducido. La mayoría se limitaba a jugar a la sombra sin manifestar su opinión.

Norton no iba a saber aburrirse. No puede decirse que le agobiara la herida, ni que confiara en salir de la ciénaga. En su caso, lo peor era haber quedado aprisionado en mitad de un trayecto. Él, que detestaba viajar, se encontraba de repente en un destino que no había elegido sin nada que hacer. ¡Sin nada que hacer! Era de ese tipo de personas que ni siquiera ante la muerte son capaces de asumir la relatividad del tiempo y por eso pensé que la monotonía le iba a desquiciar. Desde luego, había motivos para que afloraran los nervios en aquel sosiego.

También en cubierta, un hombre enturbantado se palpaba la cara con las yemas de los dedos. La membrana de las mejillas se le había dilatado y los poros formaban socavones, como si hubiera recibido una ráfaga de minúscula metralla. Hacía demasiado calor.

Cuando Osman regresó de faenar al crepúsculo, le pedí que me facilitara un poco de agua para el aseo. Él mismo me acompañó hasta el departamento de la cisterna cuya puerta custodiaban dos soldados que al vernos taconearon marciales flanqueando el paso. Nos lavamos con un exiguo chorro de agua. Le noté nervioso. Encadenó razonamientos hasta concluir que los embalsamadores iban a actuar contra él de forma inminente. Conforme hablaba, había ido abriendo cada vez más los ojos y ahora los tenía al máximo despegados, tiritaba de emoción. En mitad del arrebato me pidió que le ayudara a encontrar a Wad.

Lo buscamos por los dos niveles y, como nadie le había visto, le

supusimos en el camarote de Aschuak, donde Osman aún no había entrado ni pensaba hacerlo.

Que Wad la frecuentara tampoco le resultaba extraño, ya que consideraba al ex guerrero más o menos inmunizado contra la mayoría de calamidades. Además, Osman desconocía mi relación con Aschuak y, por eso, cuando me ofrecí a entrar le pareció raro, preguntó si estaba seguro, y le mentí sobre la batería de vacunas que supuestamente me hacían casi invulnerable.

—¿Y la disentería? ¿No se puso la vacuna? —bromeó.

De todos modos no fue necesario entrar. Cuando llamé a la puerta abrió el propio Wad, así que Osman se lo encontró de cara, tan impoluto como en los últimos días. Olía bien. Aschuak debía rociar su ropa con algún perfume o jabón, lo cierto es que Wad había dejado de pertenecer físicamente a *La Nave* porque, si bien en sus turnos de poda se enlodaba como los demás, después se las ingeniaba para presentar un aspecto decente a base de lavarse en las aguas menos sucias del pantano y restregarse helechos y piedras contra la piel. Su diferencia respecto a mí era que yo sólo me esforzaba con la higiene los días que visitaba a Aschuak.

Osman le explicó sus especulaciones sobre el peligro de los embalsamadores y pidió que le escoltara durante las próximas horas. Wad respondió que lo sentía pero Aschuak no se encontraba bien y debía atenderla. Osman no pareció asimilar el argumento y siguió exponiendo cómo creía que los embalsamadores iban a ejecutar su ataque.

Wad no atendió. Desde hacía varias jornadas, el ex guerrero se había como esfumado del barco. El estancamiento, la falta de expectativas, la improbabilidad de ataques externos y la preocupación por el bienestar de Aschuak habían limitado su aportación a las periódicas incursiones de poda y a las guardias correspondientes. Intentaba zafarse de cualquier actividad al margen de lo obligatorio y ahora resultaba que Osman le requería nada menos que para enfrentar una de sus clásicas paranoias.

—Los embalsamadores no atacarán —respondió Wad—. Tengo cosas que hacer.

Cuando Osman vio cómo la puerta se cerraba a medio metro, no protestó, quizá porque no lo podía creer. Se marchó renegando en voz baja. La tajante afirmación de Wad —«no atacarán»— sirvió para tranquilizarle un poco pero su negativa a colaborar le hizo comprender que no era un aliado fiable.

—Esa Aschuak es un maldito estorbo —masculló Osman en el corredor.

En cuanto me deshice de él fui a preguntar por Aschuak. Estaba algo mareada, nada grave. Wad se había marchado. Sentada en la cama,

pintaba el toldo del tiovivo inserto en lo que parecía una selva. Le gustó la sorpresa, dijo que pensaba que no iba a volver, que la última charla había sido reconfortante. Sin dejar de pintar, me invitó a sentarme a su lado.

—La verdad es que permanecer parados no está tan mal. Sólo puedo pintar cuando el agua está quieta porque así el caballete no se mueve. Si navegamos o hay tormenta no hay forma de sacar nada.

Conversamos sobre mil temas, enlazando unos con otros de cualquier manera. Preguntó qué tal todo por el exterior.

—Menos mal que se ha arreglado ya lo de ese rebaño muerto, ¿no? Aunque de vez en cuando aún vienen olores muy desagradables.

Desde luego que Wad tenía sus recursos.

—Es que era un gran rebaño —dije—. Las aldeas no están preparadas para cosas así y, como han tardado un poco en retirar los cuerpos descompuestos, otros animales han enfermado. Pero la situación ya está bajo control. No se preocupe.

Mojó el pincel en óleo añil. En el suelo, junto a la cabecera del catre, estaba la jarra de agua casi llena.

—No hace falta que nos hablemos con tanta formalidad, ¿no crees? Empezamos a ser amigos —dijo Aschuak.

Me alegró la invitación a tutearnos. Es curioso cómo se marcan distancias con palabras tan cortas.

—He oído que antes de este viaje no conocías a Wad —dije.

Aschuak movió deprisa el pincel sobre el lienzo y donde no había nada apareció un búho.

—Has oído bien.

—¿Te fías de él?

Aschuak perfilaba al pájaro del tiovivo oprimiendo el labio inferior, que desaparecía unos centímetros en su boca. Probablemente lo estuviera mordiendo.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó.

Nacido en 1970 en una región no determinada del sur. Hijo de agricultores, fue el cuarto de cinco hermanos. A los cinco años, una razia de la guerrilla cristiana aniquiló su poblado y quizás a su familia, nunca más ha vuelto a saber nada de ella. Fue hecho rehén y adiestrado para el combate siguiendo el proceso habitual para los niños soldado[1].

Esos niños eran entrenados por sádicos adolescentes que les enseñaban a soportar el dolor y a infligirlo.

—Sé que no lo ha tenido fácil —dijo Aschuak.

¿Fácil? No figura en su ficha pero cualquiera que haya escuchado la leyenda de Wad, sea cual sea la versión atendida, sabrá que en el campo de batalla sobresalió como un matador modelo.

Sin recrearse.

En 1991 rebanó el pescuezo del sargento que le amenazaba con una

pistola por no orinar sobre el rostro de un prisionero moribundo. Luego, tomó el mando del pelotón y lo condujo de regreso al campamento sin que ninguno de sus miembros le delatara. Capitanía le concedió el mando del grupo y sus responsabilidades aumentaron sin pausa.

En 1992 comandaba a un destacamento de ciento trece soldados en una misión que pasaría a la historia de la milicia como uno de los mayores éxitos alcanzados después de conquistar cuatro estaciones militares enemigas, adelantando el frente cristiano casi setenta kilómetros.

La popularidad de Wad tanto entre las milicias cristianas como entre sus rivales musulmanes se debió, además de a su impecable manera de matar, a una portentosa inteligencia estratégica. Quienes hayan presenciado escenas de Wad ametrallando por la espalda a familias que trataban de huir de su aldea en llamas o asestando machetazos a personas agonizantes quizá se sorprendan ante esa otra inteligencia del soldado. Pero así es. La tenía.

—¿Fácil? —dije—. La suya es una historia de violencia. Cuando uno ha intervenido en tantos horrores... Eso es lo que me inquieta de él, no creas que mucho más. Debo reconocer que Wad me gusta. No sabría decir por qué, quizá sea su calma, el no meterse en líos... Tiene algo muy... muy...

—Energía.

—Todos tenemos energía —respondí.

La mujer desvió los ojos del lienzo para mirarme. El labio inferior se desdobló dibujando su boca semigruesa, que brillaba embadurnada con una reciente capa de saliva.

—Es cierto —dijo—. Es algo más que energía. Pero ahora soy yo quien te digo que no te preocupes. Hace mucho que Wad dejó aquello.

En 2000, Wad anunció a sus superiores que abandonaba las armas.

«Sé que intentaréis matarme —cuenta la leyenda que dijo el negro a sus oficiales y compañeros, porque en los códigos de la guerrilla el abandono se equiparaba a la deserción—. Vosotros me conocéis. Tengo poderosas razones. Sabéis que no os pienso molestar. Sólo busco estar tranquilo. Pido vuestro respeto».

Por entonces, Wad tenía treinta años. Muchos pensaban que ya había dado lo mejor. Además, con su iniciativa, ponía de manifiesto un cansancio general. Incluso los líderes sentían la fatiga de la guerra interminable, la guerra que batía récords planetarios, millones de muertos, aún más de heridos. De todos modos, el abatimiento resulta pernicioso para un ejército y los oficiales no podían permitir que se extendiera entre sus tropas. Perder a Wad podía dañar la moral de la resistencia pero el guerrero poseía un ascendente inusual sobre los hombres y condenarle por desertor no resultaría una solución popular, de manera que los dirigentes pactaron con él una desaparición

anónima. Mientras Wad se volatilizaba, los mandos pregonarían que se hallaba dirigiendo misiones especiales en frentes remotos, imposibles de verificar.

La evaporación de Wad extrañó en el bando musulmán, supusieron que estaba herido o enfermo, quizás alguien le había logrado matar. Quizá nadie llegara a plantearse de verdad que su retirada fuera un acto voluntario.

El ex guerrero se instaló en una choza apartada de las tierras al sudeste, a dos kilómetros del poblado más próximo. Al llegar al pueblo, algunos le reconocieron. Ordenó que nadie informara sobre dónde se alojaba y, como los aldeanos compartían su lucha y conocían su historial, obedecieron.

Tres meses después Wad estaba inquieto, necesitaba acción pero descartaba volver al frente. Dadas las sempiternas jaurías de dingos que atacaban al ganado e incluso a las personas, se ofreció como cazador de perros. Consiguió un Land Rover en condiciones y comenzó a recorrer la región liquidando animales, camuflado siempre tras un turbante que sólo permitía vislumbrar sus ojos. Fue una buena época, pese a las pesadillas y los primeros, leves, remordimientos.

—Hace mucho que Wad dejó aquello —había dicho Aschuak.

Pero ¿conocía la magnitud de «aquello»? La leyenda dice que a finales de 1999 Wad violó a otra mujer. ¿Cuántas sumaba ya? ¿Cien? ¿Mil? La cuestión es que al violar a la última mujer de 1999 se sintió mal.

«Pasó meses angustiado, cavilando sobre el bien y el mal, descontento con la vida que llevaba. No se la quitaba de la cabeza», declaró un ex compañero.

En los meses posteriores no hubo períodos de tregua pero las patrullas por el desierto, las interminables guardias, debieron concederle el tiempo suficiente para hacerse preguntas y dudar.

«Yo creo que fue ahí donde empezó a pensar en la posibilidad de otra vida más allá del polvo y la nada y las balas y la muerte», especularía el ex compañero.

En el último camarote de *La Nave,* Aschuak volvía a mojar el pincel en la paleta.

—¿Te trata bien? —pregunté—. Al final eso es lo que importa, ¿no?

—Me trata muy bien. ¿Vamos a marcharnos ya? Tengo ganas de ver por fin la Ciudad.

Respondí que aún permaneceríamos un tiempo inmóviles porque un islote había bloqueado el río algunos kilómetros hacia el sur.

—Vaya —dijo Aschuak—. De todos modos, son bonitas esas islas. A merced de la corriente. Igual crecen que se disuelven. Tienen mucha poesía, ¿no crees?

Aschuak coloreaba la cadena que soportaba un columpio de factura

gótica. Sus labios amoratados y gruesos se habían cerrado después de hablar. Tirada junto a la almohada, vi una jirafa de madera.

—¿Eh?, ¿no crees? —repitió girando el cuello para mirarme.

—Son preciosas —contesté.

El imperio

El día después de que la herida excluyera a Norton de la disputa, Osman se lo tomó de descanso. Ese gesto subrayó aún más la derrota del inglés, la voluntad del ministro de humillarle al tiempo que proclamaba su autoridad. La rivalidad entre ambos se distinguió entonces como el chismorreo capital de *La Nave,* otra excusa para despistar unos minutos al tedio que se enseñoreaba de todo. Era imposible pensar durante un tiempo prolongado en algo, no se podía conceder importancia a nada, cualquier cosa se antojaba nimia, idiota, cualquier cosa al margen del pantano, del cielo tan azul, del sol, cualquier cosa que no tuviera que ver con agua o comida.

Así nos animalizábamos.

De todos modos, la victoria ante Norton reactivó a Osman hasta el punto de que pareció encontrar sentido a la catástrofe convirtiéndose en un animador incombustible. Paseaba entre los pasajeros del Nivel Inferior en compañía de Rasha repartiendo moral, y a menudo se dejaba ver por el restaurante escribiendo en su diario. Jugaba con los niños, pedía que los más sedientos le enseñaran la lengua hinchada recomendando que no desfallecieran y, en su nueva faceta de mesías, transmitía un aliento que le servía también a él mismo para ahuyentar supersticiones.

Después de «vencer» a Norton, los centinelas le profesaron un respeto diferente. Habían descubierto a un jefe que trascendía las apariencias de su aparatosa tripa demostrando que lo que contaba su leyenda —que había combatido, que había sobrevivido— era verdad. Ellos podían atestiguarlo, olvidados de la magnitud de sus propias barbas cada vez más espesas y macizas, olvidados de cómo se les cuarteaba la piel en contraste con el cutis raso de Osman. Podían atestiguarlo.

El político aprovechó para multiplicar las arengas. Intentaba dirigirse a grupos reducidos avisando sobre la amenaza que suponían los embalsamadores además de recordar la necesidad de responder al unísono en el caso de que se produjeran incidentes. Por supuesto, éstos no tardaron en llegar.

Como las reservas de agua superaban a las de alimento, los embalsamadores tuvieron que recortar las raciones diarias y esta vez fue imposible maquillar las restricciones. Algunos pasajeros protestaron, más por miedo a la nueva coyuntura que por auténtica incomprensión, era evidente que no había alternativa. Pero lo cierto es que, en el Nivel Inferior, el grupo del reservista sin brazos instigó las ofensas contra los que controlaban la bodega: les acusaron de no saber administrar la comida y de guardarse más para ellos.

Horas después del anuncio de racionamiento, a la hora de comer, en la barra de la cafetería se agolparon decenas de personas excitadas con escudillas en la mano. Algunas criticaban en voz alta la medida,

preguntaban hasta cuándo quedaba alimento o si «los de arriba» compartían el nuevo régimen. Yo me encontraba en una de las mesas cuando el negro albino esgrimió un punzón y, mientras con la otra mano sostenía la escudilla donde un embalsamador le acababa de servir la ración diaria, gritó:

—¡Echa más! ¡Echa más! ¡Echa más!

Estaba enloquecido. Alguien dio un puntapié a la barra. Los embalsamadores levantaban las manos pidiendo calma pero el clamor crecía. Había al menos cuatro hombres en disposición de atacar.

—Ven conmigo —dije a Chang estirándole del brazo—. Haz lo que yo te diga... Patea la pared.

—¿Qué?

—Patea, vamos, patea.

Desde la puerta de la cafetería, Chang comenzó a patear la pared mientras yo gritaba:

—¡Basta! ¡Salid fuera!

No sé por qué, obedecieron. Quizá porque la orden era firme y, sobre todo, extraña proviniendo de alguien que jamás había ordenado nada. Osman presenciaba todo detrás de mí, debió bajar al oír el alboroto.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el ministro.

—Confíe en mí.

Unas cuarenta personas se agolparon en un reducido fragmento de popa. Les hablé.

—El señor Chang tiene algo que decirles... Tú, ven —le dije al albino que, al enfrentarse a alguien más perturbado que él, se había apaciguado.

—*Ba zhuizi na guo lai, kuai!* —ordené a Chang. El chino me miró—. *Na guolai gei wo.*

—*Gei wo!* —exclamó Chang arrebatando de un manotazo el punzón al albino.

La gente murmuró estupefacta. Como Chang parecía dispuesto a continuar obedeciendo, le ordené que levantara el arma con autoridad. Furioso. «Vamos, ponte furioso.»

—*Kuai! Xiong yidian* —fue lo que dije en realidad mientras fingía un sobresalto igual a los demás. Chang levantó la mano empuñando el arma. Simulé una considerable impresión y volví a guiarle—: *Ni xianzai shuo: ruguo nimen yao chifang, jiu chiba.*

Chang estiró los labios, aparentaba una furia verdadera, y me obedeció escupiendo las palabras que le acababa de dictar:

—*Ruguo nimen yao chifang, jiu chiba.*

—¿Qué dice? —preguntaban los pasajeros.

—¿Qué quiere?

Continué hablando con Chang al margen del alboroto:

—Ahora voy a traducir lo que has dicho —le dije—. Cuando termine de hablar, te vas a girar hacia una de esas sacas y la vas a agujerear.

—¡Quitad de en medio al chino! —gritó un pasajero—. ¡Que deje de hacer el idiota!

—Vamos, traductor, ¿qué está diciendo ése?

—¡Qué dice el maldito amarillo!

—Dice que, si queréis comer, quién os lo va a negar. Osman desde luego que no. El ministro dice que en este momento difícil nadie tiene derecho a prohibiros el alimento.

En cuanto Chang comprendió que había acabado mi intervención, se dio la vuelta, se inclinó sobre una de las sacas que servían de trinchera y clavó el punzón en la tela, que se destripó derramando montones de sorgo en cubierta.

—*Qing ba Osman de shou jüqu lai!* —ordené.

Chang frunció el entrecejo como si no hubiera entendido. Después miró a Osman, que sonreía titubeante a un par de pasos, complacido por lo que estaba sucediendo pese a no comprenderlo muy bien. A su lado descubrí a Han Tsu. Los tres me miraban.

—*Kuai yi dian!* —insistí con el tono más perentorio y sosegado que pude—. *Ba ta de shou jüqu lai, haobi ta shi guanjun side!*

Chang cubrió los dos pasos que le separaban del ministro, agarró la muñeca derecha de un atónito Osman y, mientras en la otra mano el chino empuñaba el punzón, levantó el brazo del mandatario como los árbitros levantan los de los boxeadores victoriosos en el ring.

—Ahora podéis comer —murmuré en chino a la espalda de Chang, intentando que nadie me viera mover los labios. Y Chang exclamó:

—*Nimen xianzai keyi chifang le!*

De modo que yo traduje exactamente mis propias palabras al árabe introduciendo un leve matiz:

—Osman dice que ¡ahora podéis comer!

Han Tsu nos observaba de perfil, serio e inexpresivo, frotándose el lóbulo de una oreja. Osman reaccionó levantando por su cuenta el otro brazo hasta dibujar una uve triunfal al tiempo que repetía:

—¡Podéis comer!

Los más desesperados se lanzaron sobre los granos gateando por cubierta y metiendo las semillas a puñados en birretes, en las chilabas abombadas por la falda.

—*Bu yao ji, haiyou. Haiyou hen duo* —dijo Chang abarcando con la mano toda *La Nave* visible, todavía atrincherada de sacas.

—No tengáis prisa, hay más. Mucho más —fue mi impecable traducción.

Y aunque nadie sabía a quién pertenecía en realidad cada gesto, ni quién ordenó qué, ni cómo había ido todo, porque el momento era

confuso y los gritos delirantemente excesivos, la masa inmortalizó, más allá del segundo en el que Chang destripaba la saca, la masa retuvo el brazo en alto de Osman sostenido ahí un buen rato por el chino mientras las hordas más famélicas se aplastaban en pos de semillas. Así fue como la gente comenzó a comerse las defensas venerando al hombre que les había abocado al infierno.

Gracias a mí.

Modifiqué el sentir de la turba, señalándole al líder que en ese momento más me importaba aupar.

Sólo a base de palabras.

Me sentí grande, ya lo creo.

Tenía a *La Nave* en mis manos.

En mi lengua.

La historia corrió por el barco y los podadores la escucharon, embellecida, a la vuelta del trabajo. De esta forma, a la fidelidad de los centinelas, Osman añadió la simpatía de muchos líderes del Nivel Inferior y empezó a convencerse de que Wad, su admirado Wad, recién izado en *La Mínima* y tan poco participativo durante los últimos días, ya no era imprescindible para la estrategia de control.

La jefatura incontestable de Osman redistribuyó los poderes en *La Nave* estabilizando las tensiones. Los embalsamadores comprendieron la inutilidad de oponerse a él y optaron por seguir administrando los víveres con discreción, recortando aún más las raciones en vista de los nuevos suplementos de sorgo que iban a alimentarnos.

Norton rastreaba el horizonte en busca de fisuras o picozapatos mientras su herida cicatrizaba bien recibiendo los insólitos cuidados de Camille, que cada día le desinfectaba el corte y aplicaba una venda nueva sobre el muslo mientras despotricaba contra las potencias petrolíferas y sus lacayos en largos discursos monotemáticos que no precisaban interlocutor. Camille se había ofrecido voluntaria para cuidar de Norton.

—Supongo que querrá demostrar que ella está por encima de los rencores mezquinos, que la vida humana está por encima de todo y... bueno, ya sabes —especuló el inglés en el camarote horas después de la primera sesión—. La señorita solidaria. Espero que no piense que poner un par de vendas le da derecho a martirizarme con sus rollos.

En los siguientes encuentros, Norton pudo corroborar más o menos su sospecha pero eludió las trifulcas con Camille, que le sermoneaba de manera maquinal, a veces reía sola, y en ocasiones le sobrevenían accesos de un picor que le empezaba a resultar irresistible.

—Dice que las ronchas no se le van por la porquería que lleva encima. La higiene la obsesiona —aseguraba Norton, cada vez más cautivado por la personalidad de la francesa hasta el punto de provocarla para saber más sobre una vida que después me iba

contando a mí—. Los mosquitos la ponen muy nerviosa... Quizá porque los conoce muy bien.

Norton contó que, durante años, Camille y su hermana gemela Marie asistieron cada domingo a misa con sus padres y, mientras los adultos resumían sus semanas a los otros parroquianos a la salida de la iglesia, las gemelas enfurruñaban al dálmata de una vecina. Un día, la mujer apareció sin el perro. Dijo que había muerto por picaduras del mosquito que transmite la leishmaniosis.

—Camille quedó impresionada por cómo un ser tan pequeño podía matar a otro mucho más grande y, sobre todo, mucho más... bonito.

«Sentí odio y terror», había dicho a Norton la francesa.

—¡Putos bichos! —dijo Norton—. Lo repite todo el tiempo, sobre todo desde el otro día, cuando se le agotó la loción repelente. ¡Putos bichos! Y se golpea hasta en la cara. Creo que me ha traspasado la obsesión. Ya los veo por todas partes. Mira, ahora mismo, encima de ti.

Sobre mi cama, varias manchitas oscuras se concentraban en un mínimo espacio del techo.

—En esto creo que Camille tiene razón —dije—. Hay más de lo normal. Y lo peor es que cuando se acabe el repelente... Deberíamos empezar a embarrarnos como los negros.

Enmudecimos observando a los insectos. Una desacostumbrada cantidad de mosquitos había zumbado monótonamente las últimas noches por *La Nave* y bastantes, a saber cómo, lograron traspasar las mosquiteras de modo que buena parte del pasaje tenía picaduras en cara, manos, brazos y pies. Además de un notable escozor, los aguijones provocaban encarnadas ronchas de gran tamaño y era normal ver a personas rascarse.

Por eso, y por las bacterias emergidas de la fosa inmunda, y por la escasez de agua y durante unos días de alimento, y por el sol, y por el miedo o el nerviosismo exacerbado, nuevos enfermos habían obligado a ampliar la sección del Nivel Inferior dedicada a los yacentes.

Varios portadores de malaria padecieron recaídas. Murió uno y, ante el previsible aumento de cadáveres, se concertó desalojar el camarote 14 de forma definitiva e ir enterrando a los muertos en las islas. En dos días fallecieron otros tres, dos de ellos miembros habituales de los pelotones de poda, y el temor a ser el próximo se extendió.

Aunque se trataba de un temor vago. Se aguardaba el fin como algo que después de todo debe llegar, así que el sentimiento predominante no parecía ser la desesperación. No obstante, un día encontramos al hotentote ahorcado. Como era un tipo huraño y solitario, se convino atribuirlo a un suicidio. Y luego estaba Camille, cada día más arisca, hundiendo todo el tiempo sus probetas en el agua para realizar

mediciones de densidad microbiana, protestando con frecuencia por una falta de higiene que no había forma de subsanar.

Nunca examinamos el agua ni la jungla con la meticulosidad de entonces. Nunca estuvimos pendientes de cualquier variación en el aire con una ansiedad comparable. Del viento se hablaba con reverencia, se rezaba por él, por que soplara, impetuoso, arrollador. Se intentaban interpretar los sonidos lejanos como si fueran preludio de un cambio sabiendo que probablemente no significaran nada. Esa tensión pasó a formar parte de la rutina.

Otear el horizonte.

Aguardar novedades.

Soñar con la salvación.

El barco se acomodaba a la decadencia que, de no alterarse, acabaría finiquitándonos. Algunos insistían en recordar que nos encontrábamos en una situación extrema. «No podemos dejarnos morir sin más», decían. Pero ¿qué alternativa quedaba? ¿Subrayarnos a nosotros mismos que estábamos atrapados en un atolladero a expensas del azar? No cabía torturarse por la realidad ineluctable de modo que la gente continuó con sus juegos, sus quehaceres, charlando incluso sobre el futuro, ignorando en lo posible la degradación cada vez más envolvente.

A merced de esta cotidianeidad macabra, *La Nave* funcionaba como una ciudad. «Pero ¡si la Ciudad está aquí!», había llegado a decir un eufórico Osman al observar la perfecta mecánica de trabajo, guardias, plegarias puntuales e incluso ejercicios deportivos practicados por quienes aún conservaban fuerzas o espíritu para ello.

Los chinos habían pasado de ser objeto de la más rotunda indiferencia a provocar sonrisas de cortesía y agradecimiento después del episodio del sorgo protagonizado por Chang. Otra novedad desde el hallazgo de las sacas había sido el incesante cloqueo producido por las mujeres al moler el cereal. Las sesiones de trituración se constreñían a la mañana, porque de prolongarse habrían terminado por destrozar nuestros ya muy quebrantados nervios. Machacaban a la vez y *La Nave* retumbaba como una carga de caballería, un golpeteo sordo y múltiple. Desde la isla se escuchaban como tambores lejanos. Era un ruido que inducía al misterio. Un ruido que Osman casi no llegó a apreciar porque recortó considerablemente sus incursiones de poda instalado en el nuevo confort del poder absoluto que decidió compartir conmigo.

—Estuvo fantástico con el sorgo —me dijo la noche después del episodio. Osman no entendía chino pero comprendió a quién debía su éxito—. Han Tsu es un buen chico, no traduce mal, pero le falta experiencia. Demasiado joven y demasiado obediente, no sabe improvisar. Y no es cínico. ¿Quiere un poco de agua?

A la mañana siguiente desperté temprano y salí a cubierta cuando Chang y tres chinos del Nivel Inferior comenzaban entre brumas su gimnástica coreografía. Las cosas volvían a funcionar entre ellos. Los hombres aparecían y se esfumaban tras los jirones de vapor. Les oía espirar, el sonido del calzado al apoyarse sutilísimo en la crepitante cubierta. Llevaba los prismáticos de Norton colgando, me gustaba barrer el horizonte cuando empezaba a despejar.

—Buenos días —dijo Han Tsu saliendo de entre la niebla—. El señor Gao te quiere pedir un favor. Dice que si le puedes prestar pilas.

—¿Pilas?

—Pilas. Pilas para radio. Se le han gastado y no puede escuchar música. El señor Gao sin música se pone triste.

Los cuatro hombres elevaron una pierna flexionada manteniéndola en suspenso. Hacían pensar en aves zancudas, en flamencos.

—¿Por qué no se las pides a Chang? —respondí.

Han Tsu permaneció serio.

—Yo no tengo pilas —añadí.

—Pero el señor Norton sí. Tú duermes con él. No te costará conseguir dos pilas. Es bonito, ¿eh? —dijo cabeceando hacia los gimnastas—. Yo soy de la provincia de los monjes de Shaolin. Ellos son los grandes maestros de las artes marciales. Fiu, fiu —Han Tsu cruzó varias veces rápido los brazos, como si fuera un molinillo o Bruce Lee—. Aunque esto es otra cosa. El taichi es más tranquilo.

—¿Tú lo practicas?

—No. Yo prefiero verlo. Estudio sus movimientos. Fiu, fiu —repitió el movimiento anterior—. ¿Vamos?

Norton aún dormía. Cogí cuatro pilas del cestito donde amontonaba a discreción las nuevas y las gastadas y salí con sigilo.

—Ven conmigo —dijo—. Las probamos con el señor Gao.

Han Tsu me guió hasta el camarote que compartía con su jefe. Llamó antes de entrar. Abrió la puerta el cuarto chino del Nivel Inferior, el único ausente de la gimnasia en cubierta. El señor Gao se recostaba en su cama sobre dos grandes y coloridos cojines de seda. La camisa remangada por encima del ombligo destapaba una barriga llena de estrías. El radiocassette descansaba contra sus costillas, rodeándolo con un brazo como si fuera un perro. La otra mano sujetaba un puro encendido. También en la cama estaba el bastón de madera del que pude distinguir la empuñadura de jade con forma de simio. Me acerqué al empresario y deposité las pilas en su mano.

—Muchas gracias. Es usted muy amable y considerado.

El señor Gao abrió la tapa del radiocassette e insertó las pilas. Sobre la cabecera de su cama colgaba una escarapela roja. Había flores de plástico en una mesita de centro recubierta con un mantel de ganchillo. Todo estaba limpio y ordenado.

—¿Qué le parece lo que está pasando? —me preguntó mientras pulsaba el play.

—¿Lo que está pasando?

El señor Gao frunció la cara al completo, tenía las suficientes arrugas para hacerlo. Pulsó de nuevo el interruptor.

—¿Qué pasa aquí?

Noté cómo el cuarto chino del Nivel Inferior se agitaba detrás de mí.

—¿Qué pasa, señor Gao? —dijo Han Tsu inclinándose sobre la cama.

El señor Gao sacudió el radiocassette, alzó la cabeza:

—¿Qué pilas me ha traído usted?

Sentí la mirada de los chinos y me amedrentó estar en un camarote encerrado con tres extraños de una civilización remota que se sentían estafados.

—Disculpe —dije apoderándome del aparato. Abrí la tapa y combiné las cuatro pilas confiando en dar con la pareja idónea. No la encontré.

—Vaya, parece que Norton también tiene todas sus pilas gastadas —dije con una sonrisa evidentemente falsa.

—Está bien —dijo el señor Gao volviendo a retreparse en los cojines apretando la gola de seda contra el cuello—. No se preocupe. Al menos lo hemos intentado. Siéntese, por favor.

El cuarto chino del Nivel Inferior me acercó una silla. Él y Han Tsu continuaron de pie. Han Tsu, algo ladeado, inclinaba la oreja buena hacia nosotros.

—Como le decía, ¿qué opina sobre nuestra situación?

—¿Se refiere a estar aquí atrapados?

—Sobre eso hay poco que opinar. Un accidente es un accidente —dio la última chupada al puro, que aplastó contra un cenicero en el lado oculto de su cuerpo. Expulsó el humo a medida que hablaba—. Me refiero al comportamiento de la gente, de los grupos que se están formando.

—Los grupos ya estaban bastante formados antes de zarpar.

—No sea escurridizo, traductor. Usted tiene ojos como yo.

—No sé, señor Gao. Yo hago mi trabajo. Intento que la gente se entienda, que es como decir que se lleve bien. Dialogar es sano para el espíritu.

El señor Gao dobló un brazo hacia atrás, lo coló entre los cojines y al devolverlo a la luz blandía un mechero y una pequeña tabaquera de jade. Extrajo un cigarrito, se lo puso en los labios, se dio fuego. Fumó.

—Tenga en cuenta que, aunque en los últimos siglos no hayamos dispuesto de una gran flota, los chinos sabemos navegar. China inventó la brújula. Sabemos orientarnos donde no es sencillo hacerlo. Sin la brújula, Colón no habría podido descubrir el Nuevo Mundo. Por

eso, China, a su modo, descubrió el Nuevo Mundo. Vemos caminos donde otros no los ven. Usted es un poco chino.

—Supongo que eso es un cumplido. Gracias. Pero no comparto su opinión.

La brasa del cigarro encarnaba aún más el rostro flácido y rojo del empresario.

—No, no se preocupe —respondió el señor Gao—. No lo es por voluntad propia. Usted es un chino accidental. Y, como le decía, un accidente es un accidente. Usted ha trabajado para la mayoría de los que viajan en este barco. Más o menos sabe cómo piensan unos y otros y, para seguir entero, ha aplicado una máxima que a mí me gusta mucho: como no puedes atacar a todos, vigila a todos.

—Sobre cómo piensan los chinos no sé gran cosa. He aprendido su idioma. Lo demás no consigo comprenderlo.

—¿Ha visto como sabe lo que nos gusta oír?

La agudeza del señor Gao me ponía nervioso. Pensé que no era más que un maldito vendedor de huevos.

—Verá, traductor —de detrás del cojín sacó un termo. Al destaparlo, humeaba—. Yo lo entiendo muy bien. China es un país que nunca ha buscado problemas con nadie, siempre ha intentado dialogar. Como usted. No somos un país de tradición conquistadora —dio un trago del termo y lo devolvió tras el cojín—. Aunque nos han conquistado, nosotros no lo hemos hecho. Nuestro país es enorme y no necesita a nadie para sentirse grande ni para progresar. Nos gusta, sobre todo, estar tranquilos. Hacer nuestro trabajo lo mejor posible y vivir en paz, ésa es nuestra idea. Pero ahora mismo mis colaboradores y yo estamos lejos de nuestro ideal. Es difícil vivir tranquilo en un barco maloliente inmóvil en mitad de un pantano de África. Si hay un *ranking* —el señor Gao empleó la palabra inglesa— de tranquilidad del uno al diez, ahora estamos en el dos o el tres. Y eso es muy intranquilos. Si estuviéramos atrapados pero la gente más o menos colaborara y no buscara problemas, podríamos disfrutar de una tranquilidad cuatro o incluso cinco. Pero no. Oh, no. Estamos en tranquilidad dos o tres. Yo vivo muy mal así. ¿Y usted?

El señor Gao sujetaba el cigarro entre dos dedos como las actrices de los treinta, sólo que desmadejado en la cama.

—Hombre...

—Han Tsu me ha contado lo que hizo con Chang y el sorgo. Los chinos del barco le agradecemos su generosidad. Estamos convencidos de sus buenas intenciones. Pero aunque su ayuda ha servido para ganarnos el aprecio de la mayoría de pasajeros, ha provocado que no les caigamos simpáticos al señor Tuumi y sus amigos embalsamadores. Nos gustaría reparar este malentendido. Ellos controlan la despensa y, entre otras cosas, me gusta comer bien.

—¿No has oído el refrán: «Los chinos jamás pierden de vista su comida»? —recitó Han Tsu.

El señor Gao apretó de nuevo el play. De nuevo sin éxito. Añadió:

—Quiero decir que ahora sí que puede ayudarnos de verdad. Convenza al señor Tuumi y sus amigos de que el acto de Chang no representa nuestra opinión. Dígale que Chang actuó por libre en un arrebato, quizás a causa del hambre. O el protagonismo. Es un chico de ciudad, tiene algunas ideas en la cabeza.

—Me sorprende que diga esto, señor Gao. Usted emigró a Hong Kong para hacer fortuna.

—Sí. Después volví a Shanghai. Ahora vivo en esa ciudad. ¿Ha ido? Es muy bonita. Chang también vive allí, se lo puede preguntar.

Tuumi y los embalsamadores habitaban tierras implicadas en los proyectos por los que el señor Gao había viajado a África alterando su costumbre de no desplazarse casi nunca al extranjero. Las oportunidades en el país habían resultado lo bastante formidables y las negociaciones lo bastante complicadas como para animarle a viajar. Iba a construir un ferrocarril y a remodelar el dinamitado canal que unía el norte y el sur del país.

—¿Por qué no va Han Tsu a hablar con Tuumi? —pregunté.

—Han Tsu le acompañará. Pero es chino. Después de lo del sorgo, los embalsamadores no confían en nosotros. Ya sabe, esa costumbre de la gente de generalizar. Creo que con usted tienen una buena relación.

—¿Y qué saco yo por hacer de intermediario?

—Seguro que los embalsamadores sabrán recompensarle. Ellos controlan la despensa. No le hará ascos a un buen pedazo de carne, ¿no?

—No me falta comida.

—Le creía más despierto... Digamos que yo sé por qué Chang levantó el brazo del señor Osman. Si yo lo sé, los embalsamadores podrían saberlo. Y entonces usted podría tener problemas. De todos modos, puede que eso tampoco le convenza. Al fin y al cabo, Tuumi y sus negros son una minoría y quizá no le asusten lo bastante. Le daré otra razón: soy multimillonario.

El señor Gao hizo un movimiento de cabeza dirigido al cuarto chino del Nivel Inferior, que entró en mi campo ocular. En realidad lo tenía casi encima. Reculé en la silla por instinto cubriéndome el torso con las manos. El lacayo me agarró la muñeca derecha y, sobre la palma extendida, colocó un enorme fajo de billetes.

—Moneda europea, para ahorrarle trámites —dijo el señor Gao desde sus cojines de seda.

Era la primera vez que intentaban sobornarme y, a la vez que intimidado, sentí un trallazo de emoción. No necesitaba el dinero, la Compañía de Norton me pagaba un sueldo obsceno. Si alguna vez

regresaba a España, administrando con sensatez los honorarios de aquel lustro probablemente podría vivir años olvidado del trabajo.

—¿Qué dice? —preguntó el señor Gao.

Con el fajo en la palma de la mano, miles de frases y secuencias de mi vida fulguraron simultáneas. Escenas de políticos sentados frente a tribunales, portadas de periódicos con jueces corruptos esposados, las palabras ética y moral, oh, sí, ética y moral, esas palabras rutilaron en nanosegundos iluminando el ya para siempre grotesco camarote de los chinos, aunque en el centro de todo, como si un gran foco los apuntara, refulgían los billetes, uno encima de otro, atados con una goma.

El instante merecía una respuesta a la altura.

El señor Gao esperaba algo de mí.

—¿No tiene tarjeta de crédito? *¿Traveller checks?* —respondí. El señor Gao parpadeó—. Está bien. Lo intentaré —añadí, dividiendo el fajo en dos.

—Créame, traductor. Sólo quiero que yo y mi gente vivamos lo más tranquilos posible. Si no, no le molestaría. He venido aquí por curiosidad y buscando un poco de placer. Tengo negocios en muchos países y casi nunca soy yo quien viaja para cerrar los tratos, hay un ejército de especialistas que se encarga de esos asuntos. Soy un anciano y he trabajado duro, créame. Sólo pido que me dejen descansar.

—Lo intentaré —repetí metiendo cada fajo en un bolsillo.

El cuarto chino del Nivel Inferior me ofreció un taleguito de seda. Volqué el dinero en su interior.

—Buenos días —dije.

—Buenos días —respondió el chino.

Caminé despacio hacia la puerta, agarré el pomo y, para que la escena fuera ejemplar, el señor Gao añadió:

—Ha sido un placer hacer negocios con usted.

Abandoné el camarote acompañado por Han Tsu, que tenía los ojos muy abiertos, como si no acabara de digerir lo que había presenciado.

—¿Ves lo que nos obliga a hacer Chang? ¡Ese cerdo!

Atravesamos corredores desiertos hasta mi cuarto.

—No tardes —dijo Han Tsu en la puerta—. Quiero hablar contigo.

Entré procurando no hacer ruido pero Norton ya estaba despierto. Tarareaba en voz queda la sintonía telefónica habitual. *«Five hundred miles...»* Me moví deprisa en la penumbra escondiendo el taleguito en el doble fondo de mi maleta.

—¿Qué hay para desayunar? —bromeó Norton, desde hacía días cada mañana nos daban un vaso de té y dos galletas.

Sin responder, doblé las camisas que tenía tiradas en la silla y las coloqué sobre el pequeño abombamiento que formaban los fajos de

dinero.

—Si ves a Camille dile que su enfermo favorito la aguarda impaciente. Y a ver si me consigues algún cedé nuevo, estoy harto de escuchar siempre lo mismo.

Asentí mirándome en el espejo. Metí los dedos entre las raíces del pelo.

—¿Pasa algo? —preguntó Norton.

Vi su figura en sombras reflejada en el espejo sucio. Notaba cada latido de mi corazón.

—Nada. He estado ensayando unos movimientos de kung-fu y voy acelerado. Ya sabes, fiu, fiu.

Crucé los brazos más o menos como se lo había visto hacer a Han Tsu.

—A ver, a ver —dijo Norton divertido. Lo volví a hacer.

—Estos putos chinos son increíbles, ¿eh? Qué tíos.

—Cada día hablas peor, Norton.

—¿Peor? ¿Qué coño quieres que haga? Mírame —estaba sentado en la cama, con las piernas tan estiradas como hacía unos minutos le había visto al señor Gao. Un gran vendaje le cubría el muslo derecho desde la base del escroto hasta la rodilla. Su aspecto no era bueno—. Aún me comporto como un buen chico. Permíteme que al menos diga un par de mierdas de vez en cuando. Además, qué hostias, el jefe soy yo. ¡Cojones! —gritó—. ¡Puta!

Norton comenzó a reír.

—Hasta luego —dije.

En el pasillo, Han Tsu volvía a tener cara de circunstancias.

—¿Se ha enfadado el señor Norton?

—Oh, no, se está divirtiendo un poco. Hoy se ha levantado de buen humor.

Caminamos hacia el restaurante en silencio. Cuando llegamos a las mesas Han Tsu vio a Chang en el diván de los chinos y propuso continuar deambulando. En el Nivel Inferior, uno de los embalsamadores sacaba punta a un lápiz a golpes de cuchillo.

—No sólo te cae mal Chang —dije al salir a la cubierta de estribor —. Le odias.

Un negro que acababa de orinar en un cuenco de calabaza mojó sus manos en el líquido y se restregó la piel y el cabello. Han Tsu buscó un lugar de la borda alejado de las puertas. Me rodeó para ofrecerme el oído sano. No habría más de seis personas a la vista y una era Wad. Solo en la popa, observaba las islas.

—Yo he traducido a Chang —dijo Han Tsu—. Sé lo que es capaz de decir. Es una vergüenza para el pueblo chino.

El traductor rememoró entonces el día que Chang llegó a África, la antipatía instantánea y nueva que sintió por el recién llegado. Verle

entrar en el palacete con sus maletas de cuero y vestido al estilo de los jóvenes pudientes de la costa le enfureció sin saber por qué. Cuando escuchó alguna de sus historias inmorales narradas con su deslenguado desparpajo, la antipatía empezó a trocarse en fobia. Chang representaba una China antagónica a la suya. Provenía de la playa, de una ciudad corrupta, era un hijo único de familia bien que presumía de la cantidad de chicas a las que había seducido. Y resultaba que Han Tsu, el chico de tierra adentro hijo de campesinos, debía traducir sus devaneos de *bonvivant* lujurioso por la indecente Shanghai.

—¡Y era un chino! —exclamó Han Tsu—. ¡Un chino el que hablaba así! Escuchar su nombre me remueve el estómago. Es raro. Como si tuviera poder sobre mí. Por suerte, soy un profesional. Disimulo muy bien. Supe cómo traducir de manera educada muchos diálogos ofensivos. Vulgares.

—¿Por ejemplo? —pregunté.

—¿Cómo? —preguntó acercando la oreja buena.

—¿Por ejemplo?

El chino habló de cómo Chang perdió la virginidad a los diecisiete años con Cherry, una alumna de su clase de Economía Aplicada en realidad llamada Lin pero que prefería el nombre occidental.

La relación se prolongó cuatro meses durante los que tuvieron sexo todo el tiempo y Chang hasta permitió que Cherry le cambiara su nombre por Mark.

—¡Mark! —exclamó Han Tsu—. ¡Quería que le llamara Mark! A eso sí que me negué. Le pregunté si se avergonzaba de su patria. Si no consideraba bonito el nombre de Chang. ¿No te parece bonito? Claro que se lo pregunté. Pues yo creo que es un nombre muy bonito. Yo tengo cuatro amigos que se llaman Chang. Pero ¡Mark! ¡Mark!

A Han Tsu también le trastornaba que Chang recordara a Xiamen como el paraíso.

—Entonces, ¿por qué se largó a Shanghai? ¿Tú cambiarías el paraíso por Shanghai?

—No sé. No conozco esos sitios.

—Pues él sí lo hizo —creo que no oyó mi respuesta, peroraba embalado—. ¿Sabes por qué? Porque conoció a un hombre rico al que también le gustaba bucear y le hizo una oferta de trabajo. ¿Te lo puedes creer? Pues créetelo. Los niños ricos tienen esa suerte.

Habló de los «sórdidos» locales nocturnos que Chang comenzó a frecuentar en Shanghai y, sobre todo, de «los cientos» de mujeres extranjeras con las que se lió.

—¡Se acostaba con ellas sin entenderlas porque no hablaba su lengua! ¿Cómo se explica eso?

La pregunta me pareció simpáticamente ingenua. ¿Explicar que dos

desconocidos se acostaran por placer?

—¿Cómo lo soportaste? —pregunté.

—Éste es mi trabajo.

De sus antepasados, Han Tsu había aprendido a contener las emociones y servir sin queja a quien le pagaba y gobernaba. Pero en África le sobrevinieron dudas que aún no había logrado resolver.

—¿Debo mantenerme al margen si un chino descarriado revienta la imagen de mi país? ¿A quién me debo? ¿Tú qué harías? —preguntó.

Había escuchado el monólogo de Han Tsu atento a la figura estática de Wad en la popa. De tanto en tanto, el negro escupía sobre el pantano.

—¿Era esto lo que me querías decir? —le pregunté.

—¿Eh?

—Que si es esto lo que me querías decir.

Han Tsu retiró el cuerpo de la borda aferrado al pasamanos.

—Disculpa. No quiero cansarte con mis problemas... Quería hablarte de otra cosa.

Volvió a aproximar el tronco a la borda, se inclinó hacia mí y, desde muy cerca, susurró:

—Ahora sí que no hay duda: me estoy quedando sordo —señaló su oreja izquierda, que yo tenía en primerísimo primer plano—. Y no es el efecto postraumático, no: esta oreja falla.

Han Tsu permaneció inclinado hacia mí. Le escruté muy a fondo la oreja. Dediqué una atención meticulosa al lóbulo pequeño y al pabellón auditivo tan limpio como el que más. No sé cuánto tiempo permanecimos así, su cartílago invocando con potencia hipnótica muchas viejas pesadillas. ¿Qué iba a ser de un intérprete sordo? Esto sí que es el principio del fin, estás acabado, pensé.

—¿Lo sabe alguien más?

—Nooo —exclamó alejándose. Enseguida recobró la posición—. Al menos todavía me arreglo con la derecha —dijo tocando esa oreja—. Te querría pedir un favor. A veces tengo problemas. ¡He tenido que inventar palabras que no había escuchado bien! Eso es embarazoso. Puede dar pie a malentendidos. Por eso quiero que me ayudes en alguna traducción. Sólo pido que estés a mi lado y, si algo se me escapa, me lo digas. Como un apuntador. Tú detrás de mí. Seremos un equipo. Es bueno trabajar en equipo.

Wad nos echó un vistazo aséptico desde su cantón. Pasaron dos mujeres equipadas para descender a la laguna a la caza de desechos. Me pregunté qué argumento utilizaría Han Tsu para estimularme a colaborar.

—Tu oído bueno funcionó de maravilla el día del sorgo —dije.

Han Tsu miró la punta de sus zapatillas, dio una patadita contra la borda.

—El señor Gao es mi jefe —respondió—. Debo informarle lo mejor posible.

—¿Por qué no se lo dices? No es un defecto tan terrible.

—¡Es muy terrible! —respondió—. Al señor Gao le gustan las cosas perfectas. Si no estoy bien, preferirá utilizarte a ti, da igual que sigas trabajando con Norton. Además, ahora Norton casi no te necesita, ni siquiera puede moverse. ¿Qué te parece? Tú y yo podemos hacer un buen equipo. Tú no me denuncias al señor Gao. Yo no te denuncio a Tuumi.

—Hay que ver cómo te gusta la palabra denunciar.

—Sí. Los chinos la utilizamos mucho.

En 1987, un destacado cuadro del Partido Comunista Chino arengó a los estudiantes de la escuela donde estudiaba Han Tsu, cautivándole. En 1996 se mudó a la Universidad de Jilin para estudiar árabe durante cuatro años. En el segundo curso ya podía mantener conversaciones con fluidez.

Lo que no figura en su ficha biográfica pero sí en los informes recibidos por la Compañía fue justamente su vinculación al ex Guardia Roja emparentado con políticos de la élite pekinesa. El contacto resultó clave en la proyección de Han Tsu, porque cuando en 2001 el Gobierno chino decidió relevar a su antiguo traductor en la Capital, Han Tsu fue azuzado a presentarse como candidato para sustituirlo. La plaza le fue concedida gracias a los excelentes informes y a ser el más joven de los solicitantes, subrayando la intención renovadora de la cúpula del Partido.

—Así que, ¿somos un equipo? —preguntó.

Desde el bloqueo de *La Nave,* Wad se había ceñido a sus tareas de poda y vigilancia sin implicarse en ninguna actividad colectiva. Pasaba horas asomado a la popa de babor masticando esnaf y escupiendo. El resto del tiempo buscaba la compañía de Aschuak. Cuando yo visitaba a la pintora a menudo lo encontraba allí, casi siempre tumbado en el suelo, absorto. Sólo la primera vez se giró para identificarme. Emitió algo similar a un mugido de camello y regresó a su meditación. En el resto de visitas, jamás me saludó. Con frecuencia, después de unos minutos, se incorporaba y abandonaba el camarote.

El progresivo distanciamiento entre Osman y Wad espoleó a los calumniadores, quienes reflotaron la acusación que desde la partida había planeado sobre el gigante. Yo la oí en boca del albino. Con idéntica pasión a la que imprimía al rezar, mientras jugaba al backgammon narró la «deserción» de filas de Wad. Ésa fue la palabra que empleó, «deserción», contradiciendo la leyenda divulgada por la facción cristiana, además de resultar una falta improbable ya que, de haberse demostrado su culpa, le habrían detenido y seguramente ejecutado.

De todas formas, era obvio que la volatilización de Wad había

suscitado furibundas críticas entre sus ex compañeros —muchos le llamaron «traidor»— y el regocijo de los contrincantes —que prefirieron la palabra «cobarde»—, si bien nadie nunca osó reprocharle nada a la cara porque todos recordaban lo que Wad era capaz de hacer e intuían que en su retirada debía haber algo más que simple miedo.

Sin embargo, en aquella hora de *La Nave,* Wad estaba por primera vez evidentemente solo, rodeado de hombres bajo presión cargados de un resentimiento vago pero hondísimo y necesitados de algo, de alguien a quien culpar. Y en aquella mesa, un puñado de jugadores ofuscados por la embriaguez de la turba injurió al ex guerrero. Apelaron a su proverbial estupidez de salvaje rural. Le llamaron: «Desgraciado». «Imbécil.» «Animal.» Y algunos: «Analfabeto», regodeándose en lo que interpretaron como su caída en desgracia, creyendo que su nueva calidad de solitario desprotegido por Osman le hacía más débil, más vulnerable.

Hacía tiempo que los centinelas habían advertido a Osman sobre la frecuencia con la que Wad extraía agua de la cisterna. El político obvió la información hasta el día que el gigante se negó a protegerle de los embalsamadores. El desapego de Wad coincidió con el fulgurante aumento de popularidad del ministro.

Cualquier mediano observador podía darse cuenta de la brecha que se abría entre ambos, si bien yo la pude refrendar por boca del propio Osman, que había empezado a involucrarme en sus manejos a base de confidencias y, otorgándome confianza, me obligaba a estar con él o a traicionarle, lo cual en nada me convenía puesto que, en ese momento, para Osman yo era más fundamental que Wad.

—Es necesario darle una lección —dijo Osman después de que Wad también desatendiera la orden de pedirle permiso cada vez que fuera a por agua a la cisterna.

Osman opinaba que al negro le había obnubilado el orgullo, la fama de sus logros, y que alguien debería recordarle cuál era su verdadero lugar en *La Nave*.

Darle una lección.

Ponerle los pies en el suelo.

Enseñarle un poco de respeto.

Ésas eran frases comunes en las disertaciones de Osman cuando se refería al guerrero, a quien sin embargo no dejaba de admirar, poseído por un sentimiento ambivalente, porque tenerlo cerca le sosegaba haciéndole sentir más fuerte, más grande, a la vez que le disparaba un resorte de rabia provocado por la independencia de éste, por esa autonomía tan descomunal que le animaba incluso a desobedecerle a él, ¡a él!, dando muestras públicas de insumisión.

La tarde en la que Osman me sondeaba por si estaría dispuesto a

una segunda sesión de fotos con su esposa, encontramos a Wad al otro lado del pasillo saliendo del recinto que albergaba la cisterna. Osman le preguntó a gritos adónde iba. Wad se detuvo a medio camino de los guardianes y del camarote de Aschuak. Se giró para ver cómo nos acercábamos.

—¿Eh? ¿Adónde vas tan deprisa?

Wad sujetaba una jarra llena de agua.

—Voy a beber un poco.

Cuando llegamos a su lado, Osman echó un vistazo a la jarra. Con capacidad para casi dos litros, estaba llena hasta el borde.

—¿Un poco? Parece que has cogido más de la que le toca a cualquiera.

—Tardo más en gastarla.

Osman cabeceó despacio, afirmativo. En el camarote de Aschuak se escuchaba una melodía.

—Ya sabes que no tengo ningún problema con que los hombres que trabajan beban más que el resto. Los más fuertes necesitan mejor trato. Más comida. Más agua.

Chirridos de los cabos que probablemente izaban algún esquife solaparon la música.

—Esa gente debe tener sed —dijo Osman cabeceando hacia el ruido. La pareja de guardianes nos observaba desde la puerta de la cisterna sin oír la conversación—. Ellos también merecen un buen trago.

Osman metió una mano por dentro de su *galabiya* y sacó su cajita aterciopelada de rapé.

—Los que se esfuerzan deben obtener su premio —dijo Osman—. Después de todo, ellos son los que permiten que las cosas les vayan bien a los demás.

El ministro recogió un montículo de rapé con el meñique. Lo esnifó.

—Reponer, reponer, reponer —dijo—. Siempre lo mismo. Nunca se puede estar tranquilo. Siempre hay que meter más combustible, ¿eh? Hay que ver cómo somos —chasqueó la lengua y elevó los ojos dentro de las cuencas hasta sólo mostrar el blanco de los globos—. Lo bueno es que, al menos, somos capaces de almacenar. Como los camellos, ¿eh? Ja, ja, ja. Lo que uno se bebe le sirve a él y a nadie más. Eso está bien.

Wad permanecía estático, con las piernas juntas, sosteniendo la jarra a la altura del pecho. Como un sacerdote a punto de realizar su ofrenda.

—Bébetela —dijo Osman manteniendo la sonrisa, si bien frunció los labios de una forma insincera.

El hombre que había asesinado por decenas, que cazó perros salvajes en el desierto, que quizá había devorado a otros hombres, afrontaba la sensación de ser humillado sabiendo que de no obedecer

a Osman su futuro podía complicarse. Seguro que en ese instante Wad pensó en matar. Quizá se lamentara por no haber cultivado un poco más las relaciones, por haberse confiado a la leyenda que arrastraba, como si el pasado bastara para blindarle. Qué idiota. O quizá ya había sopesado todo esto, había deducido las consecuencias y no le dio más importancia, simplemente porque estaba cansado de desconfiar y quería, necesitaba por fin relajarse; o porque estaba enamorado de Aschuak, algo que me parecía improbable pero no podía descartar, sobre todo viendo de lo que estaba siendo capaz por ella.

En aquel momento, Osman sonreía frente a Wad meneando la cajita de rapé en la palma de una mano. Ambos desarmados. Le pedía que dejara sin agua a Aschuak. Que la privara de algo que la podía reconfortar en aquel opresivo zulo.

—Bebe. No me gustaría que enfermaras. Si alguien tiene derecho a beber, ése eres tú.

¿Qué pensó Wad? A unos metros, los dos hombres armados intervendrían de inmediato a favor de Osman, y lo harían con ganas, estaban hartos de ver cómo el gigante se llevaba litros de agua y a él no le consentían su aspecto sin mácula. Wad, el famoso carnicero, ahora se las daba de *gentleman* cuando no era más que un cobarde, un mamarracho capaz de abandonar a los suyos en plena guerra, esa basura, jodido traidor.

El pasillo apestaba con el típico aire viciado de los pasillos de barcos antiguos, donde el aire fluctúa atrapado entre chapas metálicas y maderas corroídas por la humedad y los vahos de las máquinas. Cualquier incidente alertaría a Aschuak y, en el supuesto de que se atreviera a asomarse, descubriría el miserable aspecto de los guardianes, la anormalidad de la situación.

Wad me miró. Agité la cabeza leve pero imperiosamente para que, por favor, obedeciera a Osman. Pero Wad era una naturaleza distinta. Las asociaciones lógicas habituales en gente que no ha conocido la barbarie distan demasiado de las de los hombres que, al irritarse, ven colapsada la memoria por erupciones de sangre y holocaustos protagonizados por ellos mismos. Como si no existiera otra respuesta posible a la rabia. Entonces, el enfado suele ser el preludio de una destrucción abisal. Vi la secuencia: Wad estrella la jarra en la cara de Osman y, con los filos restantes de la cerámica mellada, abre la garganta y el tórax de su oponente.

—Bebe —repitió Osman en su tono monocorde.

Con las dos manos, Wad levantó la jarra, miró de refilón el contenido y la volcó despacio contra sus labios. Bebió sin pausa, ocultando media cara. La nuez oscilaba veloz. Algunas gotas le empaparon el pecho. Oíamos el borboteo del agua en el cuello, los sonidos que realizaba al tragar. Alguien chilló en cubierta, se

escucharon varios golpes y algo más bien grande cayendo al agua. Se debía haber descolgado una barca mientras la izaban. Wad separó la jarra ya vacía de los labios, dio media vuelta y se dirigió hacia el camarote de Aschuak, adonde entró sin llamar.

Una hora antes de la cena, los embalsamadores me recibieron junto con Han Tsu en su rincón del Nivel Inferior. Habían desplegado una suerte de biombo de poco más de metro y medio de altura, pero como nos sentamos en el suelo quedamos a resguardo de las numerosas mujeres que a esa hora planchaban y de los curiosos flanqueados por bolsas y maletas que servían de respaldos.

—No hay mucho tiempo. Tenemos que ayudar en cocina —dijo Tuumi, que no debía disponer de chilabas de recambio, al menos siempre llevaba la misma, discernible por la constelación de salpicones que hacía pensar en un delantal charcutero.

Fui al grano. En voz baja, les rogué que no confundieran la intervención de Chang el día de las sacas de sorgo con un posicionamiento común de los chinos.

—Ellos —dije señalando a Han Tsu— desean mantener un trato cordial con vosotros. El señor Gao cree que sois muy necesarios para el equilibrio de *La Nave* y os ofrece su colaboración para cualquier cosa que creáis oportuna.

—Bien —dijo Tuumi—. Yo tengo una pregunta que hacerte: ¿por qué tradujiste las palabras de Chang? Tú trabajas para el inglés.

Han Tsu se anticipó a mi respuesta.

—Chang y yo no somos amigos. Él prefiere que le traduzca el español.

—¿Eres amigo de Chang? —me preguntó Tuumi.

—No tienes que ser amigo de alguien para hacerle un favor. Chang me pidió que le ayudara. Cuando empezó a hablar yo no sabía adónde quería llegar. Sólo soy un traductor. Espero no haberos ofendido.

Con las piernas cruzadas en posición de loto, Tuumi juntó las manos sobre el regazo.

—Tengo algo que decirte —dijo mirándose los pulgares. Alzó la cabeza y lo soltó—: Él —extendió un dedo en dirección a Han Tsu— habla árabe mucho mejor que tú. Espero no haberte ofendido.

Mi sonrisa brotó instantánea, con fuerza. La recuerdo radiante. Hacía años que no proyectaba una igual.

—Estoy muy ofendido —respondí—. Pero creo que lo podré superar.

Los embalsamadores rieron y Han Tsu encadenó una serie de reverencias que debían expresar gratitud.

Después de cenar llevé al camarote una escudilla con la ración de Norton. Chang fumaba estirado a los pies de mi cama.

—Vaya, aquí viene el traductor —dijo Norton—. En el momento

justo. Estamos aprendiendo palabras. Ya sé decir tomate, perro, nube y pantano en chino. Pero, la verdad, echo de menos una historia con cara y ojos. ¡Con cara y ojos!

Norton empezó a desternillarse tan demencialmente que contagió a Chang. Deposité la bandeja sobre la única silla del cuarto después de apartar la carpeta oficial de la Compañía, sobre la que había una tarjeta de crédito y restos de polvo blanco.

—Os habéis metido, ¿no?

Norton empezó a reír.

—Venga, no seas pureta. Si quieres... —se palpó el bolsillo de la camisa.

—Estáis muy colgados.

—¡Síííííí! ¡Colgados! —gritó riendo—. ¡Tú sí que estás colgado! Pero ¡aquí quién no está colgado! ¡Esto es el puto centro de África y no hay escapatoria!

Rieron los dos. Era gracioso verles, a la vez que patético. Chang tenía una risa floja que le hacía lagrimear expulsando el humo del cigarro a trompicones.

—Estos chinos son cojonudos, tío. Ya sé decir unas cuantas cosas. Mira, mira: *«Fanqie. Gou. Yun. Hu»*.

Los dos se partían de risa. Mi humor no resistiría mucho más.

—*Siwang* —dijo Norton.

—¿Muerte?

—Sí, muerte. Qué mal rollo, ¿no? ¿No me digas que estos días no piensas en *siwang*? A lo mejor es cosa mía porque, claro, con este regalito —Norton golpeó flojo el muslo vendado—. Ay, ay, ay, que me desangro —rió—. ¡Vamos a morir, tío! ¡Qué pasote! ¿Qué te parece? No te lo esperabas, ¿eh? Era un viaje con sorpresa. ¡Macacos hijos de puta! ¡Sorpresa!

Volvió a carcajearse. La risa derivó en una especie de tos sincopada y luego en una serie de sollozos con un ruidito gutural de fondo, como una canción de cuna. Era desconcertante. Chang reía con la a, como un tartamudo encallado.

—A, a, a, a.

—¡Sorpresa! —gritó Norton de nuevo.

—A, a, a, a.

—Me voy a dar un paseo —dije.

Con el pomo de la puerta en la mano, me dirigí a Chang:

—*Wo hui lai de shihou, ni bu xu zai wode chuang shang.*

El chino me miró furtivamente y continuó riendo en un tono más moderado.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Norton.

—Que cuando vuelva le quiero fuera de mi cama.

Salí a la cubierta superior, donde los centinelas cumplían los turnos

apenas alumbrados por lámparas al mínimo de intensidad. La luna era una delgada loncha de flúor entre millones de estrellas. Encendí un cigarrillo y me acodé en la borda. En la popa del Nivel Inferior sobresalían dos brazos refulgentes que enseguida atribuí a Wad. Bajé en su busca.

—¿Cómo estás? —pregunté.

Wad masticaba esnaf. De las islas llegaban bisbiseos, la maleza se movía.

—Te ha gustado este sitio, ¿eh? —dije—. Parece que últimamente vienes mucho por aquí.

Wad no pestañeó. Las aletas nasales no titilaron. El bloque de su osamenta continuó adherido al barco con un estatismo de gárgola.

—Hacía años que no mataba a nadie —dijo al cabo de un rato moviendo los labios con frialdad androide—. Sólo perros.

Entre todas las inquietudes que le supuse, ésa no había sido, desde luego, la principal. ¿Se arrepentía?

—Mahmoud había enloquecido —dije—. Mató al capitán. Yo también le apuntaba cuando disparaste.

—Cuatro años.

Alguien caminó por la cubierta superior deteniéndose encima de nuestras cabezas. Me aproximé a Wad y, en voz muy baja, le aseguré que yo mismo me encargaría de que Aschuak recibiera sus dosis de agua.

—No notará ningún cambio, ya verás.

Wad se irguió. Puso una de sus manazas en mi hombro.

—Es usted una buena persona, traductor —dijo el negro.

—Si en algún momento necesitas lo que sea...

Me apretó el hombro y recobró su posición en la borda. Sondeamos la oscuridad durante quizás un par de minutos. La noche era húmeda y espesa. Las pieles brillaban. Un enjambre de mosquitos acababa de localizarnos sin hallar aún los resquicios donde picar. En la cubierta superior los pasos se alejaron hacia el centro del barco.

Acababa de mostrar mi buena voluntad hacia él y quise aprovechar su momento de flaqueza. Wad no tenía a nadie más que Aschuak en *La Nave,* pero a ella le mentía demasiado. Incluso los grandes ermitaños necesitan alguna vez interlocutores a los que explicar su verdad y yo, después de todo, no era más que un blanco extranjero que un día se esfumaría con un puñado de historias de África.

—¿Es cierto que te comiste un bebé?

Wad inspiró sonoramente. Espiró un chorro de aire largo por sus narices bantúes. Y, a su modo escueto, me habló de 1995, cuando el pelotón que comandaba se extravió en las montañas Nuba. El grupo de Wad lo conformaban doce hombres. Al octavo día sólo llegaron tres. Una emboscada, el hambre, la sed y la desmoralización eliminaron a

los demás. El noveno día, los tres supervivientes asaltaron, ya sin munición, a un grupo de nubas que apilaba hatos de ramas. Mataron a cuatro personas, dos huyeron. Según Wad, las víctimas estaban esqueléticas, demacradas, tenían los rasgos envejecidos, pese a que parecían jóvenes. Junto al cuerpo de una mujer había un bebé malherido. También estaba delgado, pero menos que los demás. Los hombres rabiaban de hambre. Buscando un lugar a resguardo donde encender sin riesgo una hoguera encontraron la cueva en la que Wad seccionó la yugular del bebé, despiezó su cuerpo y asaron las partes.

—Podía haber aplastado a Osman —dijo al final—. Pero no quiero volver a matar. Volverán a llamarme cobarde. Bueno. Todos me llaman cobarde. Si no matas, te llaman cobarde. Su jefe busca al picozapato, ¿no?

—Sí.

—Al picozapato lo llaman cobarde. Pero él lo es de verdad. Si le asustas se va del nido y deja a las crías solas. Eso es ser cobarde. El picozapato es cobarde. Yo sólo quiero no volver a matar —dijo el negro. Como durante todo su relato, continuaba ensimismado en la ciénaga—. ¿Cree que lo conseguiré?

Como él, continué mirando adelante, pese a no distinguir gran cosa.

Poco después me despedí preguntándome si la adicción a matar sería tan difícil de abandonar como cualquier otra. Entré en los lavabos del Nivel Inferior dándole vueltas al tema de la muerte, que aquella noche se repetía. En la pared del urinario, tachonada por un grumo de moscas de la humedad y mosquitos bien nutridos, leí esta inscripción a lápiz:

«TUUMI ES UN BUEN JEFE.»

Ahí vislumbré la oportunidad definitiva.

Osman dormía cuando llamé a su camarote pero en cuanto supo el motivo agradeció que le despertara.

—En realidad no quiere decir nada —comenté ante el graffiti—. Es una afirmación sin más. Pero he creído que valía la pena avisarle.

—Es importante —respondió un Osman solemne—. Podría incitar a un motín.

Pensé que «motín» era una palabra demodé, de auténtica película, por más señas de piratas.

—Señor Osman —dije mientras salivaba en las mangas de mi camisa para borrar el graffiti—, es útil detectar que hay elementos hostiles —intentaba ponerme a la altura del diálogo— aunque no sabemos con qué intención se ha hecho la pintada —técnicamente, «pintada» era un vocablo incorrecto pero la palabra me pareció lo bastante espectacular—. Si reclama responsabilidades, provocará reacciones. No sé ni si deberíamos borrarlo.

Osman me miró como si yo estuviera tarado.

—Bórrelo ahora mismo.

Froté la manga contra la pared hasta diluir el eslogan.

—Estoy de acuerdo en no dar publicidad a este atentado —dijo Osman mientras salíamos de los lavabos—. Pero mantenga la vigilancia. Le agradezco mucho que me haya avisado enseguida. Es usted muy valioso.

Regresamos juntos al Nivel Superior. Osman, escrutando las paredes. Yo, pensando que era la noche de las repeticiones. Al pasar frente a un hombre que introducía una navaja en su propio muslo, Osman me recordó el ofrecimiento de su mujer:

—Dele a mi esposa su ropa para planchar.

—Gracias, pero en estas circunstancias me dan igual las arrugas.

—¿Las arrugas? —Osman me miró—. La plancha destruye los huevos que las moscas dejan en la ropa. ¿Qué cree que se está sacando ese hombre de la pierna? ¿Por qué cree que hay tantas mujeres planchando con este calor?

A la mañana siguiente aparecieron dos graffitis más. Uno, de nuevo en el urinario del Nivel Inferior. El otro, al principio de las escaleras que unían los dos niveles. Los dos habían sido escritos con lápiz y repetían mensaje:

«TUUMI ES UN BUEN JEFE.»

Los dos los había escrito yo.

—¡Alá bendito! —exclamó Osman al descubrir la pintada de las escaleras.

—Deberíamos saber cuántos lápices hay en *La Nave* —dije.

—Sí. Averígüelo —Osman temblaba. Qué sencillo es infundir terror cuando conoces las debilidades del otro—. Vamos, vamos. Muévase.

Durante la jornada, paseé por *La Nave* consultando las existencias de bolígrafos, lápices, rotuladores y ceras que todavía servían. Encontré hasta dos estilográficas, una de ellas monopolizada por tres indígenas analfabetos que se limitaban a entintarse las yemas de un dedo para untar, uno tras otro y con regularidad cotidiana, las páginas de una libretita de apuntes.

En total registré cincuenta y dos objetos susceptibles de ser usados para la escritura, anotando el número de propietarios que compartía cada uno de ellos y su localización en el barco. La mayoría continuaba respetando la norma de asociación triple, aunque había grupos de hasta cinco personas. Varios pasajeros me enseñaron sus diarios, que comentamos. Algunos tenían frases bastante bonitas. En un par leí ideas originales y hermosas. Vi garabatos indescifrables, huellas digitales, rayas continuas y discontinuas, caracteres árabes y dialectales. Algunos me preguntaron por palabras españolas, para escribirlas. Les dije «barco», «luna», «nieve», «toro», «pan con tomate» o «paella». Fue un día entretenido. A todos les pregunté si se habían

enterado de lo de las frases en las escaleras y el urinario, y si las habían leído antes de ser borradas. A los que dijeron que no, les expliqué lo ocurrido.

—Así que a Osman no le gusta que se escriba en las paredes y cuando vea una pintada la mandará quitar de inmediato —subrayé al final de cada charla—. ¿De acuerdo?

Antes del crepúsculo, contabilicé otras nueve pintadas minúsculas en distintos puntos de *La Nave*. La más llamativa había sido escrita con rotulador fluorescente amarillo, si bien la diferencia respecto a las otras radicaba en el grueso mucho mayor de las letras en comparación con los trazos esmirriados de los lápices y los bolígrafos sobre las paredes de chapa. No obstante, los mensajes se entendían perfectamente.

Tres graffitis solicitaban ayuda a Dios o Alá para sacarnos del atolladero. Uno decía: «HAY UNA SERPIENTE QUE VUELA HACIA EL SOL». El del rotulador fluorescente: «PAZ Y AMOR PARA LAS FAMILIAS DEL NORTE Y EL SUR». Dos eran declaraciones de amor que me hicieron pensar en las intensas historias que se desarrollaban en paralelo al drama, además de en Aschuak. Uno era exclamativo: «¡QUIERO COMER POLLO!». Y la novena pintada volvía a decir exactamente: «TUUMI ES UN BUEN JEFE». Pero esta vez no la había escrito yo.

El rotulador fluorescente amarillo lo administraban el hombre que hacía pulsos y dos jugadores habituales de omueso. El trío debía ser muy consciente de que sería fácilmente identificado —sólo había un rotulador fluorescente amarillo—, supongo que confiaron en que la concordia que promulgaba su mensaje les iba a eximir de represalias.

Los demás habían sido escritos con cera (uno), lápiz (dos) y bolígrafo (los cinco restantes, entre ellos el de «TUUMI ES UN BUEN JEFE»). Sólo había cuatro ceras en el barco y la pintada atribuible a ese subgrupo era un ruego religioso, de modo que no inquietaba. Los bolígrafos sumaban veinticinco e implicaban a ochenta y una personas, claro que siempre cabía la posibilidad de que alguien externo al núcleo de uso común hubiese pedido prestado el boli o lo hubiera utilizado a hurtadillas.

Osman repasó en su camarote una y otra vez las estadísticas, agrupando en tres niveles de peligrosidad a los sospechosos principales de haber escrito «TUUMI ES UN BUEN JEFE». Rasha planchaba una de mis camisas tendida sobre su cama.

—No se agobie, señor Osman —dije—. Mucha gente no sabe leer.

—Pedirán que se los lean.

—De todas formas, nadie ha escrito nada malo.

—¿Ah, no? ¿Y el que pide comer pollo? Si dejamos que todo el mundo empiece a pedir cosas vamos a tener problemas. Si han pedido pollo, pronto pedirán agua.

Como «QUIERO COMER POLLO» estaba escrito con bolígrafo resultaba muy difícil determinar un grupo de sospechosos principales.

Llamaron a la puerta. Dos centinelas informaron de que los graffitis ya habían sido borrados. Osman volvió a repasar las estadísticas. Dijo:

—Podría confiscar todos los bolis, los lápices...

—No es una buena idea —respondió Rasha mientras daba otra planchada—. Escribir les da esperanza. No puedes quitarles eso. Además, a mí tampoco me parece tan mal. Creo que exageras un poco, cariño.

Eran casi las tres de la tarde y grandes lamparones de sudor manchaban la *galabiya* de Osman. *La Nave* se mecía en calma. Los hombres trabajaban en las islas. Algunas mujeres aún recogían basura en la charca. De tanto en tanto se me cerraban los ojos. La noche anterior había pasado demasiadas horas en vela imaginando lo que más o menos estaba ocurriendo.

—Pondré vigilancia en el interior de *La Nave* —decidió Osman—. Un par de hombres, que vayan echando vistazos a los lavabos, por los pasillos.

—¿Y cuando descubran a alguien? —pregunté.

Osman se encogió de hombros.

—Ya lo pensaré.

Las reuniones vespertinas entre Norton y Chang comenzaban a ser una costumbre. Camille realizaba la última cura del muslo de Norton hacia las siete y media y Chang llegaba poco después o incluso antes de que la francesa terminara.

La visita de Chang era el gran momento del día para Norton. Ambos podían sostener su comunicación rudimentaria durante horas. Escuchaban música, reían bastante, se destaparon maestros en mímica... y como también les agradaba conversar de manera fluida, Norton solicitaba a menudo mi presencia.

—A ver si justificas lo que te pago —me había dicho el inglés, cada vez más recluido en el camarote. Empezó por disminuir las salidas a cubierta y ya le costaba hasta acudir al restaurante—. Vaya vacaciones te estás pegando.

A Norton le había crecido una media barba que Camille recortaba a veces. Chang tenía una perilla rala y unos cuantos pelos desperdigados, algunos muy largos, por el resto de su cutis de efebo. Aquella noche, Norton había insistido en compartir la cocaína entre los tres. Chang y yo estábamos en mi cama retrepados contra la pared de cara a Norton, que seguía estirado con su pierna momificada y tiesa y su gorra del Newcastle. Chang se había puesto unas gafas de Norton, las ahumadas de lente superamplia, que impedían calibrar en sus pupilas la magnitud del colocón.

—Así que eres el campeón del mundo submarino, ¿eh, Chang? —

dijo Norton. Traduje perfectamente su frase. Llevaba casi una hora mediando entre ambos y me sentía pletórico, en un estado de gracia interpretativo, era uno de esos días en los que en cada frase daba con el tono preciso y las palabras exactas para transmitir el significado pleno.

—Te digo los peces que quieras —respondió Chang—. Las costas de China tienen unas almejas buenísimas. Y langostas, y tortuga. ¿Has comido tortuga? Está riquísima.

—Éstos —dijo Norton señalándome, supongo que se refería a los españoles— también comen caracoles, así que la tortuga les debe volver locos. Viene a ser como un caracol gigante, ¿no?

Chang empezó a reír repitiendo «caracol gigante, caracol gigante», traspasándome su hilaridad. Enseguida se nos unió Norton. Nos desternillamos un tiempo indeterminado, con ganas, intercalando gritos que decían, «¡Tortuga!, ¡Caracoles!», cada uno en su idioma, *«Turtle!, Guoniu!»,* y yo en varios. No sé, me hacía aún más gracia ser políglota en la idiotez, saborear el sonido exótico de aquellos sustantivos sugerentes de por sí. Al final me dolía el abdomen. Las risas se fueron sofocando hasta llegar a un silencio violento, quizá por inesperado.

—Cántanos algo, doctor Mark —dijo entonces Norton—. Alguna de esas que cantabas con tus colegas en el karaoke.

—¿Cantabas mucho en karaokes? —pregunté.

—Cada semana. Pasábamos la tarde cantando y bailando como posesos. Los karaokes son muy buenos. Las salas están insonorizadas y puedes hacer lo que quieras.

—¿Y qué hacías?

—Venga, cortad el rollo y canta de una vez —dijo Norton, que no se estaba enterando de nada.

—Voy a cantaros un tema compuesto por un amigo. Él es un cantante famoso. Me lo regaló pocos días antes de venir aquí pero aún no se ha difundido en China. Estoy seguro de que va a ser un gran éxito. Se titula *Dos maravillas*.

Cuando terminé la traducción, Chang irguió mínimamente la espalda, tosió histriónico. Varias personas cruzaban el pasillo charlando. Alguien golpeó una estructura metálica con un instrumento quizá de hierro y la onda sonora quedó gravitando en el aire, como un gong.

Una murmuración dulce emergida de Chang se extendió por el camarote. Sonaba melosa y lenta igual que un arrullo materno. El preludio se prolongó con su ritmo pegadizo y fácilmente memorable. La melodía principal se repitió varias veces, suave, creando la atmósfera idónea para que, cuando Chang articuló la primera frase con voz muy bien afinada, me sacudiera un espasmo de melancólico

placer.

Norton tenía la sonrisa boba de un hombre doblemente drogado.

La canción hablaba de amor.

Cuando Chang terminó, Norton aplaudió sosteniendo en la punta de los labios el cigarro de bango que acababa de encender.

—¿Tienes novia? —le pregunté a un Chang súbitamente alicaído. Dijo que conocía a bastantes chicas pero ninguna alcanzaba el estatus de novia.

—¿No echáis de menos un buen polvo? —intervino Norton, ajeno a nuestra conversación—. ¿Cuánto hace que no la metéis en caliente? Joder, yo creo que esto es lo peor de todo lo que nos está pasando.

No traduje sus palabras.

—Las mujeres son muy fáciles —dijo Chang, abstraído en la reflexión anterior—. Hacen lo que yo quiero. Quizá por eso no me gusta ninguna.

—Pero alguna vez te habrás enamorado —insistí, recordando el relato de Han Tsu, que habló de una adolescente «especial».

—Al principio todo el mundo se enamora —dijo Chang.

—*In the beginning all the people fall in love* —le dije a Norton.

—Oh, sí —respondió él—. Pero luego lo que quieres es un buen coñito, y te olvidas bastante de lo demás.

Norton hablaba deprisa gangoseando algunas sílabas al estilo de los beodos. Desde mi cama no lo distinguía pero debía tener los ojos sanguinolentos. Chang rememoró a Cherry, su primer amor. Habló de carrerilla, obviando las pausas habituales, e interpreté que se dirigía sólo a mí. Daba igual, Norton estaba tan pasado que no iba a discernir lo que allí se trataba.

Chang detalló el romance con Lin, confirmó que le hacía llamarla Cherry y que a él le colgó el sobrenombre de Mark. Cuando el padre de Lin concluyó la misión que le había llevado a Xiamen, toda la familia regresó a Hong Kong. Nunca más se volvieron a ver (si exceptuamos el corto período que aún se comunicaron por webcams).

Chang era muy joven y no sólo debía mucho a su familia sino que era consciente de ello, de modo que ni siquiera se planteó ir en busca de la chica. Aunque la ruptura le afectó. Padeció un tipo de angustia nueva, un vacío sin precedentes.

—Mi manera de afrontarlo fue bucear aún más —dijo Chang. Ambas manos reposaban encima de sus genitales. Tenía las piernas estiradas y los pies colgaban fuera de la cama—. Las inmersiones me sentaban bien. En el agua me cargo de energía.

—Cuando yo estaba casado, pensaba todo el tiempo en lo que estaría haciendo la puta de mi mujer —decía ahora Norton, inmerso en un monólogo paralelo del que yo iba capturando frases sueltas.

—Cada día buscaba un par de horas para sumergirme a por corales

o sólo por sentir la compañía de los peces —continuó el chino—. Me gusta verlos ahí abajo... El señor Bo me enseñó mucho.

Algunas inmersiones le reportaron hallazgos reseñables: el timón de un legendario barco pirata de los Mares de China, varias porcelanas, relojes de bolsillo, botellas de champán y la hélice de un submarino de la Segunda Guerra Mundial. Poco después de licenciarse, un compañero de universidad le propuso trabajar con él para una petrolera en Shanghai, su padre les recomendaba.

Chang se detuvo un instante mirando a Norton, que seguía con su rollo a media voz, fumando la marihuana.

—... y os juro que me habría gustado volver de repente a casa y encontrarla dale que te pego con el ejecutivo de cuentas de su maldita empresa —decía Norton—. Yo matándome por montar una casa de puta madre y ella no puede ni respetar que pase unos cuantos días fuera. Los ejecutivos de cuentas son su perfil. A las mujeres maduras les van esos tíos. Lo que yo os diga. Al principio los artistas y los aventureros arrasan pero en cuanto pasan unos cuantos años te piden que te conviertas en un ejecutivo de cuentas y si no lo haces, te cambian por uno. Las muy zorras. Oh, sí. Los ejecutivos de cuentas son los que se acaban llevando el gato al agua.

A Chang le costó despedirse de lo que su padre definía como el paraíso pero el nombre y los neones de Shanghai, las promesas del Gran Mundo, le imantaron. El padre le dio dinero para un par de meses y le dijo que no dudara en pedir más si lo necesitaba.

—Nunca le pedí nada. Nunca le he pedido nada a nadie —dijo Chang. Cabeceó afirmativo y lento hasta dar un brusco giro de cuello en dirección a Norton—. ¿Qué diablos murmura?

—... y como nos tengamos que fiar de los negros vamos apañados —decía el inglés, a saber qué asociaciones le habían arrastrado hasta ahí. Nos miró, supongo que al advertir nuestro silencio—. Fijaos en lo que han convertido a este país. No parece que sepan muy bien cómo arreglar un problema. Los chinos sois otra historia. Tampoco es que seáis de fiar pero al menos si queréis hacer algo lo hacéis, y eso es importante.

En la traducción sólo omití el fragmento «tampoco es que seáis de fiar».

—Los negros son claramente inferiores —dijo Chang—. La historia lo muestra muy claro. Las estadísticas.

—Me gusta que hables de ese modo, joder. ¡Alguien sincero! Me alegra de verdad. Menos andarse por las ramas y llamemos a las cosas por su nombre. Son inferiores, claro que sí.

—Les gusta obedecer.

Me pasmó que el chino se expresara así.

—Por ejemplo, a ti te gusta bucear —continuó Norton. Se notaba

que sus ideas se interconectaban hiperveloces, y así las expresaba, ya sin gangosear—. ¿Cuántos putos negros nadadores hay en el mundo, eh? Hablo de nadadores de verdad, tíos de primer nivel. ¿Cuántos? Sólo se les da bien correr y saltar, en eso hay que reconocer que son buenos, los jodidos macacos. Correr y saltar. Pero no les saques de su medio, que entonces, cuidado. Ah, perdona: algunos también quieren ser ejecutivos de cuentas y hasta pueden conseguir su puñetero objetivo porque esa profesión de mierda está hasta al alcance de un negro.

Y siendo ejecutivos de cuentas pueden aspirar a trajinarse a alguna blanquita liberal madura y a llevársela al huerto para montar una maravillosa familia mulata. Pero si seguimos por ahí, nos vamos todos al carajo. Mira dónde estamos. No se puede confiar en estos cabrones.

—No es que tengan mala intención, es que no saben más. Necesitan ayuda externa —dijo Chang, e iba a seguir razonando cuando llamaron a la puerta, así que di unos manotazos en mi camisa para aplanarla, tiré el pelo hacia delante por ver si lo alisaba y abrí.

En el corredor estaba uno de los hombres heridos el día del ataque. Había logrado recuperarse lo bastante para dejar la enfermería pero resultaba obvio que no pasaba por su mejor momento. Tenía la mirada pesarosa de un condenado inocente, ojeras bien oscuras y una *galabiya* con sólo dos manchas, pero muy contrastadas con el resto del tejido, haciendo su suciedad más notoria.

Le acompañaba una chica tan negra como él a la que me resultaba difícil mirar a la cara, ninguneada por los pechos bien prominentes bajo la *chamira* de lentejuelas. Parecía un vestido de fiesta, acorde con las pestañas, tan repintadas como las uñas de las manos y los pies.

El hombre se retiró tres pasos de la puerta trastabillando y pidió que me acercara. La chica se retrasó junto a él y amagó con ir a sostener al hombre, desconfiada de su estabilidad. Miré a los dos lados del pasillo, entorné la puerta y caminé hasta ellos.

—Me he enterado de que usted tiene muy buena relación con los embalsamadores —dijo el negro. Y, en el mismo tono de urgencia clandestina, añadió—: Verá, yo me siento muy débil. Comprendo que se racione la comida pero me siento muy débil y estoy a punto de caer enfermo. No sé si me entiende.

—Hay mucha gente en su estado —respondí—. No se pueden hacer excepciones. Supongo que usted también puede entender eso. Además, quienes administran la comida son los embalsamadores, ¿por qué viene a verme a mí?

—Bueno... Los embalsamadores son gente muy... muy... Son gente inflexible. A los blancos les dan un poco más lo mismo algunas cosas.

—¿Ah, sí?

El negro enfermo miró sus grandes pies cuarteados sobre sandalias.

—Le ofrezco un negocio —murmuró alzando los ojos, ahora chispeantes, mientras agarraba a la chica por el brazo. Tenía a la pareja casi encima. Podía verme en sus pupilas. ¿Cuánto hacía que no me acostaba con una mujer? La cara de ella tendía a la dureza geométrica con unos pómulos en exceso salientes pero bajo el vestido se adivinaban formas exuberantes y duras, quizá ni tan sólo fuera mayor de edad. Le miré los pechos sin rubor. Tuve una erección instantánea.

Estaba caliente.

Estaba drogado.

Quería follar.

—¿Y tú qué dices? —le pregunté.

La chica apretó los labios gordezuelos sin apartar la mirada. ¿Me desafiaba?

—Esto para mí también es extraño —susurré inclinándome un poco adelante. Ella sonrió, o eso deseé ver.

—¿Qué alimentos necesita? —pregunté al enfermo.

Después de follar con Muunia, volví al camarote y dormí diez horas consecutivas por primera vez en años aprovechando que Osman me había exonerado de cualquier servicio en *La Nave*. Luego, como Norton aún roncaba, me vestí con cuidado. Al final del pasillo, una nueva pintada a lápiz rezaba:

«BIENVENIDOS AL SUDD.»

En el comedor, algunos bebían té conversando en actitud intrigante. Los graffitis del Nivel Inferior se habían multiplicado. Abundaban en las superficies de madera pero las paredes más deslizantes o ferruginosas también acumulaban eslóganes escritos sobre todo a lápiz. Los mensajes no eran sólo caligráficos. En el lavabo habían dibujado una réplica elemental de *La Nave* por cuya borda asomaban cabecitas con dos pelos o turbantes.

Para entrar al salón donde se amontonaba el pasaje debía atravesarse un gran marco de madera y ahí, en el ancho del marco, encontré más de cincuenta sentencias, varias escritas sin duda por la misma mano, una encima de otra, todas en caracteres muy pequeños, en ocasiones diminutos, pero tan pegados que procuraban la impresión de una textura abigarradamente atractiva equiparable a los muros palaciegos de ancestrales dinastías edificados con millares de ladrillos.

Osman acostumbraba a levantarse tarde, quizás aún no supiera nada. Un centinela frotaba un trapo con fruición sobre el escay de un diván. Ya había borrado otros muchos mensajes pero estaba claro que no iba a poder eliminarlos todos antes de que el jefe asomara.

—¿Habéis pillado a algún artista? —le pregunté.

Estaba empapado, pese a que aún no hacía demasiado calor.

—¿Artista? —dijo mientras frotaba—. No hemos cogido a nadie. Es muy difícil. Es letra muy pequeña, se escribe rápido. Quitas una pintada y aparecen cuatro.

Continué recorriendo el vapor, embriagado por la luz espléndida de la mañana que desvelaba tantas opiniones hasta ese día no expresadas en *La Nave*. Los graffitis eran gritos nuevos que surgían en cualquier rincón, llamamientos del Nivel Inferior. A veces, alarmantes: leí dos amenazas contra enemigos indefinidos. A veces muy simpáticos o que invitaban, por ejemplo, a la paciencia. Ese clamor mudo poseía algo enigmático, como el pálpito de una fuerza soterrada que avisa sobre su próxima y destructora aparición.

Entre seres cubiertos por túnicas que una vez fueron blancas, con el rostro encurtido a base de barro y sol, el polvo lapado a las cutículas, al cabello, y costras de roña y sangre a causa de las heridas recibidas en la poda de las islas; atrapado en medio del pantano en un barco que se expresaba —¡se expresaba!— por sí solo empleando paredes, planchas y maderas, me sentí omnipotente señor del caos. Gobernador del Sudd.

¿Cómo se llega a gobernador? ¿Alguna vez antes había pensado en gobernar? ¿Quién no lo soñó, aunque fuera un día en la infancia? ¡Gobernar! Poseer imperio propio. Predecir qué ocurrirá. Conducir a otras personas. Gobernar más allá de los jerarcas oficiales, apostado en un rincón anónimo simulando obedecer.

Hasta entonces yo había traducido centenares de conversaciones burdas con exacta fidelidad, porque no era mi deber cuestionarlas. Asistía desde fuera al espectáculo tan cercano de las pugnas de poder. Disfrutaba de una aleccionadora panorámica que permitía vislumbrar cómo millones de súbditos se enrocaban en torno a hombres que ellos mismos habían nombrado líderes, dispuestos a acatar iniciativas ajenas, de las que iba a depender su vida.

Y me asombró cómo esos líderes ejercían el control. Los admiré.

Siempre había cuestionado mi capacidad para llevar a cabo pensamientos, mi habilidad como hombre de acción, y por eso cuando Camille me reprochaba el vasallaje no podía indignarme con ella porque compartía su veredicto.

En la huida a África había tenido mucho que ver el descontrol, la impotencia para ordenar y reconducir los acontecimientos, y el dolor de saber demasiado. Desde entonces, asistía con interés a las tácticas diseñadas por dirigentes y, pese a la crítica de tantos, apreciaba lo que eso más tenía de admirable.

Gobernar.

Cuántos esfuerzos requiere.

Qué atención tan extrema.

Nunca fue ésa una ambición explícita en mí pero cuando hallé una

vía para probar mi condición elevándome a las cumbres directoras no la desperdicié. A fin de cuentas, en aquella nave nos jugábamos la vida y yo, por primera vez, tenía posibilidades reales de influir en una multitud a la deriva. La certidumbre de ese poder ha sido una de las impresiones más extremas de mi vida. Por decirlo de algún modo: me supe capaz. Todo aquello de lo que tan a menudo me había intentado convencer —eres tan válido como cualquiera; no tienes nada que envidiar a nadie; ¿quién sabe más idiomas que tú?— venía a certificarse en una coyuntura ejemplar.

En *La Nave,* nadie estaba de mi parte. Pero todos dependían de mí. Tenía deudas, obligaciones, quién puede desmarcarse de ellas. Pero mi dominio de la situación era el más absoluto posible. Como una vez anhelé, se había presentado la oportunidad de perderme realmente, sí. Y ahí estaba. Cumpliendo mi perversa utopía, extraviado en la ciénaga entre chantajes y mentiras y dinero y droga y sexo y extranjeros. No era el modo exacto a como lo había soñado pero tampoco me podía quejar.

Gobernador del Sudd.

Extendía mi imperio.

En la nada. Eso es lo más curioso. Fui soberano en mitad de la más estremecedora nada conocida, donde ni siquiera la tierra es firme. De acuerdo. Pero tenía una nave, que en aquellas circunstancias equivalía a decir una ciudad, a mi servicio. Reinaba rodeado de náufragos sin mi inmensa capacidad de palabra. ¿Un monstruo? Quizá lo fuera, en esa época. Otra posibilidad es que yo mejor que nadie sabía sobrevivir.

El problema era que al fin y al cabo tenía idéntico plan que los demás: llegar a la Ciudad. Y, tal y como estaban las cosas, la única preocupación razonable de un gobernador consecuente era conseguir que no nos matáramos unos a otros.

—Qué cargado vienes —dijo Aschuak sentada frente al caballete, tenía el pincel en la mano. Cerré la puerta con el pie y deposité en el suelo dos jarras de agua, tres saquitas llenas de frutos secos y conservas de piña en almíbar y sardinas escabechadas—. Supongo que es tu forma de disculparte por haberme descuidado —añadió retomando la pintura. El tiovivo daba una impresión de movimiento ausente en el cuadro hasta entonces, creo que la degradación de los colores tenía algo que ver.

—Hay mucho trabajo ahí fuera —dije—. Es duro permanecer amarrados, parece que las tareas se multipliquen. Todo se ensucia más.

Aschuak tosió ominosamente, ladeándose para no salpicar al tiovivo. El acceso duró casi medio minuto.

—¿Cómo estás? —pregunté observando que no lograba mantener la

espalda enhiesta. En el lagrimal tenía una raya de kohl corrida, pensé que había llorado.

—Muy bien. Aunque me aburro. Wad pasa mucho tiempo fuera. Le veo... ¿sabes si le preocupa algo?

—Puedo preguntarle.

—No, déjalo. Tampoco te respondería. Es muy particular.

La megafonía expelió un largo silbido que introdujo la voz del ministro Osman: «Por favor, pasajeros. Os rogamos que dejéis de pintar las paredes del barco. Muchas gracias».

Osman habló como habíamos convenido: una recomendación escueta y desapasionada que no indujera a adivinar cuánto le disgustaba lo que estaba ocurriendo.

Aschuak suspendió el pincel ante la cola del cocodrilo.

—¿Ha dicho que están pintando las paredes del barco?

—A unos cuantos les ha dado por hacer graffitis. La verdad es que hay frases graciosas pero a Osman no le gusta, dice que lo van a dejar todo hecho una porquería.

Aschuak volvió sobre el cuadro.

—En cuanto recuerden que estoy aquí, vienen a buscarme —dijo divertida—. Van a pensar que les he animado yo.

—¿Eso es una moto?

Aschuak repasaba los contornos de una nube con forma de Bultaco, su depósito abombado como el tórax de una hormiga.

—Sí —alguien discutía lejos, era imposible discernir qué gritaban—. Sólo he ido una vez en moto pero me encanta. Fue el día antes de embarcar. Quise hacer algo distinto como despedida. Me planté en la Isla y alquilé la moto a uno de esos chicos que hacen de taxistas. ¿Has estado en la Isla?

Después de cinco años en la Capital era difícil no haber visitado la isla en mitad del río. La veía desde Palacio. Era un campo bajo habitado por agricultores que cultivaban sus fértiles tierras. Un lugar tranquilo. Una auténtica isla en la Ciudad.

—Es curioso pero nunca he estado allí —mentí, porque deseaba escucharla. Aschuak contó su viaje en moto por los caminos desastrosos, botando entre enjambres de moscas, el río y la Ciudad emergiendo de repente al final de algún pasaje para al doblar una esquina de nuevo desaparecer.

—El viento te da en la cara. Sientes la velocidad —dijo Aschuak pintando más deprisa, el relato la aceleraba. Había untado el pincel con otro color y ahora soltaba golpes rápidos sobre el fondo, dando cuerda al tiovivo, que rodaba, ella lo hacía rodar—. Me gusta despedirme con un buen recuerdo —dijo—. Por eso lo hice. El último día es importante. Si eres consciente de que ése será el último día, lo recuerdas todo de una manera distinta.

Dejó de pintar reclinándose hacia atrás en la silla.

—El deseo fuerte de ir en moto lo tuve después de ver una película en la que el protagonista atraviesa Europa pilotando una Ducati para llegar hasta su amada.

—Qué detallista: una Ducati.

—¿A ti te espera alguien, Miguel?

Lo preguntó en tono idéntico al resto de su comentario. Pronunció mi nombre. Por primera vez en el viaje, mi nombre. ¿Cómo lo supo? Qué más da. Ella fue quien lo encontró. La discusión proseguía lejana afuera. Le ofrecí uno de los dos vasos de agua que había llenado mientras hablaba. Dio un trago corto y dejó el vaso en el suelo.

—No —respondí—. Ya no tengo quien me espere.

—Por eso estás aquí.

—Vine porque perdí la confianza en demasiadas cosas.

—Sufriste un desencanto.

—Algo así. Un desencanto.

Aschuak mojó el pincel en la paleta y se dedicó a oscurecer un fragmento de cielo.

—La gente hace cosas sin prever las consecuencias —dije, y, al comprender la frase, que quizá solté de memoria, en un solo fogonazo retrospectivo visualicé un fajo de billetes, a Muunia abierta de piernas, a mí mismo pintando un graffiti. Con el vaso entre las manos, sentado en el suelo, veía a Aschuak de perfil muy escorado, su nuca desnuda asilvestrada por unos cuantos cabellos sueltos que le caían del moño.

—¿Por qué perdiste la confianza? —preguntó.

—Descubrí cosas desagradables. Quizá me lo busqué, no sé. La cuestión es que me empeñé en saber y, cuando supe, no lo pude soportar.

Durante un rato no hablamos. Afuera la discusión se había apaciguado. Hubo instantes de silencio tan absoluto que escuché el pincel sobre el lienzo.

—Si alguna vez crees que se acabó la esperanza —dijo Aschuak volviendo a dejar de pintar para mirarme—, ¿te matarías?

Yo tenía el mentón apoyado en las rodillas, y así seguí. Ahí fuera había gente que se suicidaba.

—Creo que es más fácil ahorcarse que perder la esperanza —respondí, supongo que sugestionado por el cuerpo colgado del hotentote que había visto no mucho antes—. Además, para matarse hace falta tomar decisiones y yo estoy aquí por lo contrario.

—Venir a África es una gran decisión.

—No estoy de acuerdo. Vivir aquí es una forma de aplazarlo todo. Las decisiones también.

—Y en la espera te vas consumiendo.

Aschuak había ralentizado el ritmo de las pinceladas, como si en

realidad ya no atendiera a lo que hacía.

—Quizá te extrañe que te hable así... pero muchas mujeres de mi religión también se suicidan.

—Siempre queda algo donde agarrarse. Se trata de saberlo encontrar —dije, por decir algo.

—Eso se dice muy fácil —Aschuak levantó ostensiblemente la voz.

—Todo es tiempo.

—Hay que vivir la desesperación para saber que el tiempo no siempre es suficiente. Dicen que las heridas cicatrizan pero eso no es un consuelo. La mayoría de antiguas heridas duelen cuando cambia el tiempo. Y el tiempo nunca deja de cambiar.

Pestañeó deprisa varias veces y llevó la mano libre a la cara, que se restregó con fuerza.

—Vaya, me he vuelto a manchar —la pintora acarició el borrón de óleo fresco en la *chamira*—. Siempre me mancho —frotó la yema de los dedos contra una pata del caballete—. Perdona si hablo tanto de la muerte pero es que el tema me interesa. Sobre todo desde que una amiga se suicidó.

Habló del suicidio que la enfrentó a la muerte «de verdad». Hasta entonces había tratado de relativizar las catástrofes y tragedias que iban explotando alrededor. La música, la pintura, los libros, el arte en fin, le habían permitido levantar un muro de contención que al parecer funcionaba. Nadie a quien quisiera «de verdad» había muerto todavía. Hasta que Asha se ahorcó.

Después, *pese a su precaria salud, y contra los consejos de su por entonces institutriz, Aschuak se alistó en un equipo de emergencias médicas y comenzó a trabajar sin horarios con abnegación ejemplar*.

—Aprendí a manejar un bisturí y a matar moribundos de manera delicada —dijo—. Es un tema que domino.

—Supongo que en este país eso debe ser natural.

Aschuak ignoró mi dañino inciso y agregó que a menudo leía novelas que abordaban la muerte de manera novedosa. Señaló uno de los pilotes de libros en el suelo.

—El primer libro de ese montón es de un japonés por lo visto muy famoso. No me extraña. Sabe hablar muy bien de muchas cosas, entre ellas, del deseo de morir. Es un autor estupendo. Me emociona.

Envidié al japonés visceralmente.

—Pero, si soy sincera, todavía me gusta más cómo habla sobre el amor. Supongo que muchos dolores serían más llevaderos si contáramos con gente que nos amara en serio... y nos lo demostrara, ¿no crees?

Aschuak tosió con rasposa sequedad. Me incorporé y, situándome a su espalda, le presioné suave los hombros. Siguió pintando mientras narraba la que podía haber sido su gran historia de amor. En el

hospital donde trabajaba, un médico sirio, Omar, le planteó marchar con él a Damasco. Aschuak pensó que Omar le gustaba. También pensó en decenas de novelas, en los argumentos de las historias de amor que más le habían fascinado. Pensó en partituras conmovedoras, en cuadros que nunca olvidaría. Recordó a su gente, sus amigas, incluso a su familia residente en las profundidades del sur, y con Omar bromeó oscuramente sobre los suyos porque la chica delicada había depurado la burla negra.

—Omar vino a casa para darme este collar —dijo Aschuak tocando las perlas de fayenza con la mano que sostenía el pincel—. Después de entregarlo recibió mi negativa y se fue.

Desde niña, Aschuak enfermaba de manera rutinaria, podría decirse que controlaba la enfermedad y la entendía de tal modo que moderando la entrega a sus tareas podía continuar con su vida normal. Pero después de la marcha de Omar la fiebre subió por encima de lo lógico.

—Las fuerzas, puf, volaron. Incluso renuncié a ayudar en el hospital.

La nana la cuidó devotamente pero el estado de la chica era desolador.

—A veces, me la encontraba llorando sola.

Aschuak remontó hasta estabilizarse en una debilidad perenne que no le permitía excesos, trabajar en el hospital quedó descartado. Se vio reducida a una existencia de balneario, igualada a la de los parásitos —ésa era su autodefinición elegida—, mientras el país se devastaba. Su encanto y su ingenio como mínimo sirvieron para que hombres y mujeres acudieran en busca de conversación.

—Supongo que la impotencia añadió encanto a mis ironías —dijo Aschuak, que en una esquina inferior del lienzo esbozaba la forma de un árbol flaco combado por el vendaval—. Bromear mitiga la rabia, ¿no crees?

No tuvo más remedio que confinarse en su infalible islote —dijo *gezira, islote, xiao dao, îlot, island*— de ilustración: leía, pintaba, escuchaba música, amarrándose a cualquier forma de belleza porque ahí encontraba consuelo. Las ideas sobre la soledad que tanto le habían impresionado en los libros emergían ahora en sí misma. La tristeza. La desolación. Decidió abordar los sentimientos como temas, indagar en el dolor con un distanciamiento científico que servía para mantenerlo lejos, más o menos. Estudió las muchas formas de muerte posibles y, asombrada una vez más por la fragilidad humana, supo agradecer, pese a todo, estar viva, disfrutar de esas novelas, los colores de sus cuadros, los rumores del *haboob*. En la paz de su quieto observatorio, rodeada de hermosura y creadores inmortales, «hallé un sentido a la existencia: el arte de sobrevivir».

—Qué claro hablas —dije acariciando su cuello.

—Me estoy muriendo —respondió.

Desde que huí de Europa, el amor se había convertido en objeto de análisis más que en algo de mi incumbencia. Encontrar a Aschuak fue una turbia fortuna. La charla con ella me hacía ser mejor. Es difícil explicar los porqués de un sentimiento, pero así fue. Su presencia actuaba como reactivo contra la disipación a la que me entregaba sin complejos ni rubores, más bien admirado por mi propia facilidad para no juzgar ninguno de mis actos si éstos al fin y al cabo me reportaban comodidad. Es importante la comodidad.

Con distancia, algunos dirán que estaba entregado a una espiral atroz, cometiendo abusos penables, yo mismo intuía que así era, pero me tranquilizaba observar que la seguridad y el relativo bienestar de los hombres y *La Nave* se sostenían gracias en gran parte a mis atípicas intervenciones. ¿Que uno puede justificar cualquier cosa? Quizá. Pero ni siquiera buscaba justificación. Yo era un hombre social después de todo. Los desengaños y el desgaste de la soledad africana habían modelado una moral diferente, muy recortada de escrúpulos y esperanzas. Y, sin embargo, me enamoré.

El camarote de Aschuak me mantenía al margen de un exterior que se emponzoñaba vertiginoso. Se erigió como una isla en medio de un pantano rodeado de islas que a su vez formaba parte de ese fantástico islote que es el país más descomunal del continente más aislado. Vaya trabalenguas para decir que allí me sentía a resguardo y bien, olvidado de las amenazas que afuera se cernían pese a la insoslayable presencia, en las charlas con Aschuak, en su rostro, en su voz tan fatigada, de la muerte.

¿Por qué ella? Siempre son las circunstancias. Nunca hay otra opción. Era encantadora. Hablaba de sueños y viajes que no realizaría, de otros hombres, además de Omar, a los que amó, si bien siempre de forma incompleta, condicionada por su religión y sus aspiraciones y la enfermedad. «Hay tantos obstáculos para amar con una entrega absoluta», decía Aschuak, capaz de ilusionarse con futuros que no viviría.

Aun así, busqué regenerarme en la enferma sabiendo que debería contentarme con el tiempo que durara el viaje, y que ahí terminaría todo, o quizás antes. Me alegré de estar atrapado con ella. No es fácil asumir la idea de perder lo más hermoso cuando empezabas a tenerlo, pero así es muy a menudo. Señales externas de nuestra impotencia.

Volví al pasillo excitado por la negativa de Aschuak a hacer el amor.

—Podría entrar Wad —dijo—. Y además... no quiero... contagiarte.

—¿Contagiarme? Pero ¿qué es lo que tienes? He venido muchos días sin que me pase nada. Y mira a Wad. Vamos —dije metiendo la mano bajo las faldas de la *chamira* con Aschuak aún sentada en la silla —. Yo diría que ni siquiera estás enferma —rezongué levantándole la

ropa hasta los muslos mientras le lamía el cuello. Sentí su aliento acelerado en la sien. Jadeó.

—Hace años que no estoy con un hombre —susurró apretando sus manos en mi espalda. Afuera alguien derribó algo. Ella se incorporó—. Ahora no.

Salí poco después del camarote aturdido de deseo, peinándome hacia delante y sorprendido por la persistente dureza del mismo miembro que pocas horas antes había resurgido con potencia en las entrañas de Muunia. A la entrada del restaurante, topé de bruces con Osman.

—¿Dónde se había metido? ¿Ha visto en qué zafarrancho están convirtiendo el barco?

—Oí el comunicado por los altavoces. Ha hablado muy bien, señor Osman. La gente se calmará.

—¿Que se calmará? —Osman me agarró del antebrazo y empezó a caminar—. Dos hombres del Nivel Inferior han peleado por una pintada. Esto se está descontrolando. Se lo dije. Le dije que no podíamos hacer concesiones. Han aparecido mensajes en los que unos critican a otros, se insultan.

Bajamos las escaleras, Osman por delante y en postura casi acrobática con tal de no soltar mi brazo. Rebasamos pintadas donde horas antes no había nada. Entre otras leyendas, leí:

«YO HE ESTADO AQUÍ.»

«A CHANG LE GUSTAN LAS PUTAS.»

«G AMA A F.»

«ALÁ NOS LIBRE DE LOS AHLAN.»

«ABRAMOS LOS CAJONES», en alusión a los baúles que contenían las cartas y regalos enviados por los pobladores de las aldeas donde habíamos hecho escala a su gente en la Ciudad. El reservista sin brazos y su séquito insistían en que podíamos encontrar cosas útiles aunque la mayor parte del pasaje todavía no toleraba la intromisión.

—Pero lo más escandaloso es esto —gruñó el ministro.

En la plataforma de popa del Nivel Inferior, muy cerca del mástil donde yacía lánguida la bandera nacional, Osman puso el dedo sobre un graffiti.

—¡Hasta los chinos nos faltan al respeto! ¿Qué dice? ¡Dígame qué dice!

—Tuumi es un buen hombre —interpreté.

Osman se puso lívido. Resopló cuatro veces de forma consecutiva y ruidosa con una cadencia anormal.

—Quiero ver a Gao Jin —dijo encaminándose de nuevo a las escaleras—. He buscado a Han Tsu para que me tradujera la frase pero ese desgraciado debe estar con su amo y no voy a plantarme ante los dos para que me cuenten lo que les dé la gana.

Osman disertaba por su cuenta un paso por delante. Era su modo de infundirse coraje.

—Y los centinelas no han visto a nadie. ¡A nadie! ¡Esto está lleno de pintadas y no han visto a nadie! ¡De qué clase de inútiles me he rodeado! ¡Alá!

El señor Gao acababa de llegar a su habitual diván del restaurante y ablandaba un cojín a manotazos. Han Tsu manipulaba el radiocassette. Osman se detuvo ante el empresario con los carrillos escarlatas de furia. Norton fumaba solo en una de las mesas disfrutando de su primera excursión en tres días. No recordaba en nada al ejecutivo que embarcó semanas antes. Su barba era compacta, tenía la camisa muy arrugada por fuera del pantalón, iba despeinado, algo cabizbajo y del pecho no le colgaban los prismáticos, porque los tenía yo. Me saludó. De algún lugar bajo la silla levantó un tronco tallado con forma de muleta y se aproximó renqueando hasta el diván.

Mientras el jefe chino se tumbaba, Osman formuló una queja mesurada discordante con su cara al borde de la congestión. Yo fui traduciendo al milímetro. Han Tsu había curvado el cuerpo para orientar óptimamente la oreja buena de manera que casi enseñaba la nuca al señor Gao, y éste, desatendiendo a Osman, dijo:

—Han Tsu, ¿quieres ponerte bien?

Aparte de recibir la sugerencia por la oreja deficiente, Han Tsu estaba tan absorto en Osman y en mí que no reaccionó.

—¡Han Tsu!

El traductor se giró de golpe.

—Perdone, señor Gao —dijo agachando la cabeza.

El señor Gao chasqueó la lengua entornando los ojos.

—¿Es correcta la traducción del español? —preguntó.

—Exacta —respondió Han Tsu.

—Bien. Ahora dile al señor Osman que entiendo sus temores, incluso a mí me molesta ver las paredes tan sucias. Pero no sé qué responsabilidades nos pide. No hemos sido nosotros quienes hemos empezado esto. No se equivoque al señalar a un culpable, señor Osman.

Han Tsu interpretó muy bien las palabras del señor Gao.

—Es verdad lo que dice —respondió Osman—, pero comprenda que les conviene colaborar. Nadie sabe lo que dicen las pintadas en su idioma y eso podría causarles problemas. Cualquiera podría tergiversar un significado. Las pintadas en chino les ponen en manos de otras personas.

Osman me echó un vistazo de soslayo.

—¿De qué hablan? —me preguntó Norton al oído.

—Osman ha visto una pintada en chino y se ha enfadado.

—¿No creerán que has sido tú?

—¿Yo?

—No sé, te han mirado de esa forma.

Han Tsu oscilaba la cabeza con disimulo procurando el mejor ángulo de audición. El señor Gao le observaba a intermitencias achicando los ojos, extrañado.

—Bueno, ¿quién ha sido el autor de esa pintada? —preguntó Osman —. Si no lo sabe, le agradecería que lo averiguara lo antes posible y que me informe cuando lo encuentre.

—Estos hombres están a mis órdenes y nadie me ha desobedecido hasta ahora. No veo por qué debería informarle de una conducta no reprochable. Además, la frase que tanto le irrita habla bien del señor Tuumi. ¿Qué hay de malo en expresar sentimientos cordiales hacia alguien? —el señor Gao se rascó el mentón. Hizo un paréntesis, se notaba que aún tenía algo que decir. Se dirigió violentamente a Han Tsu—: ¡Y tú deja de mover de esa forma la cabeza! ¡Me estás poniendo nervioso!

Han Tsu, que aún no había terminado de traducir las anteriores palabras, inclinó la oreja buena hacia el señor Gao cuando escuchó que éste gritaba... y entonces tradujo:

—¿Qué hay de malo en expresar sentimientos cordiales hacia alguien?

Osman respondió con un movimiento negativo de cabeza que se prolongó el segundo que Han Tsu tardó en gritarle:

—¡Y tú deja de mover de esa forma la cabeza! ¡Me estás poniendo nervioso!

El trabajo de traductor tiene estas cosas. La saturación informativa puede impeler a reproducir mecánicamente frases, ajeno a lo que tu propia lengua articula.

Osman ladeó el cuello de golpe, como si recibiera un puñetazo. Han Tsu quedó inexpresivo de cara a Osman, quizá rebobinando su última intervención, en la que había detectado algo erróneo. El señor Gao miraba a su traductor, anclado en una expresión de pez.

—¿He oído bien? —me preguntó Osman—. ¿El señor Gao ha dicho eso?

—Exacto —respondí.

Osman recuperó la coloración escarlata y en voz muy alta pero sin llegar al grito dijo:

—Cómo se atreve.

Lo dijo enfocando al señor Gao, quien seguía atento a Han Tsu, quien a su vez había ido abriendo progresivamente los ojos y curvando el cuello en mi busca, en pos de auxilio, de modo que arqueé las cejas y basculé varias veces los globos oculares de Han Tsu al señor Gao para que mi colega captara que su jefe le reclamaba.

—Cómo se atreve —repitió el ministro Osman apretando los dientes.

—¿Qué te pasa? —dijo el señor Gao a su intérprete—. ¿Se puede saber por qué no te comportas como una persona normal? ¿Acaso prefieres que me traduzca el español?

—Señor Gao... —dije.

El chino siguió regañando a Han Tsu ante un Osman que apretaba los puños hasta empalidecer los nudillos.

—Disculpen la interrupción —nos dijo Han Tsu en árabe al final de la bronca—. El señor Gao dice que lamenta haber detenido la charla pero necesitaba advertirme por mi mal comportamiento. Les pido perdón por mis actos extraños y espero ser digno de continuar trabajando con ustedes.

—Repítame lo que ha dicho —me ordenó el señor Gao, humillando a Han Tsu.

Noté cómo Norton se alejaba de mi lado y corría una silla a mis espaldas. Traduje al chino las palabras del traductor.

—Usted cree que todo el mundo debe hacer lo que a usted le dé la gana —dijo Osman al señor Gao—. Pero tener dinero no es suficiente para...

—Me parece increíble que siga aquí perdiendo el tiempo hablando de estupideces en lugar de sacarnos de este lodazal apestoso —le cortó el señor Gao. La mención de la palabra invocó el olor, del que durante la charla yo no había sido consciente. «Apestoso.» Y millones de fétidas moléculas reaparecieron en tromba envenenando aún más la atmósfera—. Mire, si tiene problemas con Tuumi, no es asunto mío. En cuanto a las pintadas, fíjese bien dónde estamos. La gente necesita entretenerse. No exagere los miedos o convertirá esto en un infierno aún peor.

—A-a-acabarán escribiendo con-contra usted —tartamudeó Osman. Era la primera vez desde que lo conocía—. Sus propios hombres lo harán y... y... y entonces me vendrá a buscar.

—¿Ellos contra mí? —dijo el señor Gao combando el pulgar hacia Han Tsu—. Creo que no tiene una idea muy clara del carácter chino. Como los occidentales suelen decir, los chinos somos un tema aparte, créame. Usted ocúpese de vigilar a los suyos. Buenos días.

Osman titubeó ante el diván. Se quedó quieto unos segundos antes de pasar al lado de Norton que, aferrado con ambas manos a los cantos de la mesa, pugnaba por no derrumbarse. El inglés tenía el rostro ceniciento, la mirada catatónica y, cuando me ofrecí para acompañarle al camarote, su respuesta fue una inspiración profunda, concentrado en no desmayarse, en sentirse respirar.

El señor Gao dijo algo a Han Tsu y el traductor me ayudó a levantar a Norton. Colgué su brazo derecho sobre mi espalda, Han Tsu el izquierdo sobre la suya y lo trasladamos arrastrando los zapatos.

—Parece que aún me falta un poco para estar bien —musitó el

inglés mientras atravesábamos el pasillo.

—Debo encontrar un remedio para la sordera —jadeó el chino—. Creo que ha habido una confusión grande.

Cuando acostamos a Norton, pedí a Han Tsu que avisara a Camille. Llevaba días comportándose como una perturbada aunque sin dar problemas, más bien al contrario. Colaboraba en lo que podía y había supervisado la recuperación del muslo de Norton, pero igual se enfrascaba en una monserga sobre la alcalinidad media del río aportando infinidad de datos de una insoportable exactitud que, de pronto, se enredaba en una alambicada diatriba manicomial. Fuera como fuera, la necesitaba.

La bióloga le tomó la temperatura y después de una revisión breve dijo que había sido una simple bajada de tensión.

—Llevabas demasiado tiempo estirado —desde la convalecencia, ambos se tuteaban en inglés—. Te irá bien dormir. Mañana, sales y te das un paseo.

Deposité los prismáticos en la cabecera de su cama.

—Gracias, yo ya los he usado bastante.

Norton murmuró algo inaudible, quizá ya estuviera dormido cuando le hablé.

Camille cambió el vendaje del muslo y le curó la herida con las manos temblorosas, en un estado de nervios exasperante. Su habitual mal humor se mezclaba con algo más pavoroso. Dudaba sobre si preguntarle cómo estaba, la francesa no quería intromisiones en su intimidad, pero fue ella quien empezó a hablar. Sentados de nuevo en mi cama, viendo a Norton dormir, Camille susurró que los pasajeros conspiraban contra ella.

—Cuando paso se hace el vacío, ¡se apartan de mí! ¡Mujer maldita! ¡Mujer maldita! —dijo enrollando un cigarro de bango con la mano buena. Los bolsones de sus ojeras se habían acentuado en los últimos días—. Hoy he visto a unos hombres que pintaban graffitis y al ir a ver qué escribían, se han puesto a gritarme. Estaban asustados, no querían que tocara sus bolígrafos. ¡Me gritaban!

Rió como si tosiera, muy flojo. Al llevar el cigarro a la boca, se golpeó tres veces en los labios antes de apresarlo. La primera chupada sonó esponjosa.

—No es nuevo para mí ser rechazada, ¿sabes? Pero... ¿Qué te parece? Quién me lo iba a decir... Una lesbiana sesentona cuidando de una cría y de un hombre que encima es inglés. Me paso la vida buscando la independencia y acabo cuidando de una cría y un inglés.

Camille me contó una historia que yo más o menos conocía. Habló de la señora Simone y su dálmata a la puerta de la iglesia; de su familia, los Bonnemaison; de su atracción por Amande; y describió la época en la que se autoinfligió el celibato dispuesta a «ser normal».

—Duró siete meses. Y entonces llegaron los hippies —dijo rascándose la pierna—. El sexo libre, la música, las flores y el color, todo de golpe... Yo no me había enterado de nada, enfrascada en mis probetas. Tuvo que reventarme en la cara. Bueno. El 68 me ayudó a asumirme como normal.

Vinieron los años dulces.

—Y luego, el accidente.

Camille levantó el brazo amputado. Cambió de prótesis cuatro veces en dos años. Su carácter se endureció aún más. Empleaba el sarcasmo por reflejo. Atacaba por defensa. Perdió varios amigos y a su última amante.

—Normal. Yo era un pozo de rencor y desprecio. ¡Joder! —fumaba apretando cada vez más los labios. Chisté señalando a Norton—. Perdona, amigo —se rascó el hombro—. Me pica todo. Me siento sucia. Sucia... Parece increíble cómo una simple mutilación puede llegar a deformarte tanto. Los animales asimilan mejor las desgracias. Yo antes era de las que decían no pasa nada, las cosas son como son, no hay que ser apocalípticos. En los días buenos aún me sale aquel optimismo, pero joder... joder... Y ahora esos cabrones... Cuchichean delante de mí. Me han llegado a separar con un palo para que no me acercara a ellos. *Mon Dieu*.

—¿No es usted atea? —susurré.

—*Mon Dieu, mon Dieu, mon Dieu, mon Dieu* —repitió Camille mientras mordía la colilla que se acababa de extinguir en sus labios.

Una vez alguien del barco dijo que las amenazas menos reales provienen del exterior: el verdadero peligro habita puertas adentro. Es una frase sugerente, pero se dicen muchas cosas y, aunque es cierto que el clima se enrarecía en *La Nave* a causa de los incautos y los indeseables de turno, y aunque también lo es que a lo largo del encierro todos sin excepción nos debimos ver amedrentados por especulaciones demoledoras o pesadillas de madrugada, no lo es menos que todo aquello, todo, era consecuencia de una coyuntura estrictamente exterior: *La Nave* estaba acorralada en mitad de un pantano hediondo.

Otra inmaculada evidencia era que el tiempo se agotaba. Y cuando ambas realidades adquirieron un volumen lo bastante impertinente como para ser imposible ignorarlas, los líderes aparcaron rencillas para decidir en cónclave que, ahora sí, había que actuar de una manera drástica.

La opción de bombardear la selva continuaba siendo demasiado arriesgada, según hacia dónde se propagara el incendio podríamos morir abrasados, de modo que se rescató la solución de desgajar grandes pedazos de isla utilizando a *La Nave* como tracción motora. La maniobra, empleada antiguamente, consistía en clavar estacas en los

terrones de una isla y atarlas con sogas anudadas a su vez al vapor, que debía empujar en dirección opuesta al bloque hasta seccionar un pedazo. Para su correcta ejecución, varios hombres deberían ubicarse a ras de isla y dirigir las sogas, lo que convertía a la operación en tan comprometida que, de acuerdo a los consejos de los navegantes y de más de un explorador, no valía la pena llevarla a cabo si el follaje de la isla resultaba abundante —como era el caso— o el pantano muy hondo —condición que también se daba— o la corriente demasiado débil —ni siquiera existía esa corriente—. Así que, en cualquier momento, los operarios podían asistir a cómo se desmenuzaba el firme bajo sus pies y sucumbir enterrados. Otros quizá tuvieran más suerte, aguantarían el equilibrio y la retama les soportaría tras el primer temblor, pero incluso éstos, sin duda, en algún instante iban a necesitar un fondo donde hacer pie, un fondo que no encontrarían, debiendo agarrarse a tallos y ramas más o menos sólidos para resistir las violentas acometidas de las porciones de jungla flotante.

Por todo eso, la maniobra había sido al principio desestimada por los expertos. Pero como ahora la urgencia se imponía y faltaban alternativas, Osman describió la misión disimulando riesgos y reclamó voluntarios, obteniendo un buen número.

La actividad daría inicio en minutos. Ni Wad ni Norton —que obedeciendo a Camille pululaba por cubierta pese a su preocupante aspecto— ni los chinos ni Osman iban a formar parte de los equipos. Por supuesto, tampoco yo.

Cuando los hombres fueron a por los azadones y los cuchillos, encontré a Camille en el puente de mando hablando sola. Se había alisado el pelo a conciencia si bien se le notaba apelmazado por la grasa y el polvo acumulados, un polvo aquella mañana muy perceptible porque el viento empezaba a soplar con una fuerza aún insuficiente para ilusionarse con nada pero mucho más apreciable que en jornadas anteriores.

La bióloga mascullaba algo sobre el rinoceronte blanco, intercalando juicios técnicos con menciones al agua y la suciedad. Decía que se sentía asquerosa, hecha una puñetera cerda, eso dijo, repitió la palabra, «cerda, cerda, cerda», mientras agitaba la prótesis junto al perfil de cara que yo no podía ver.

—¿Se encuentra bien?

Camille tiró el cuerpo atrás asustada y le vi el corte del rostro, poco profundo pero de longitud considerable, desde la mitad de la oreja hasta casi la comisura de los labios. Tenía el filo de la prótesis manchado de sangre, que parecía otra cosa, porque el rojo en el metal brilla como un zafiro. Camille no gritó, no respondió, no se movió. Detrás, las brigadas trasladaban los esquifes para arriarlos.

Una hora después, los hombres de dos botes ya habían incrustado

varias estacas en las islas y la tercera barca acababa de amarrar cuando en *La Nave* dieron voz de hombre al agua y, al asomarnos, vimos que en la laguna donde aquella mañana aún nadie había bajado a limpiar chapoteaba Camille. Era obvio que no sabía nadar. Ordené que alguien se lanzara a por ella y corrí a los altavoces para mandar al bote recién amarrado que regresara enseguida. Wad saltó por la popa. Dos hombres desanudaron el cabo y bogaron con fuerza hasta donde Camille y el negro se debatían en una especie de lucha mientras ella gritaba en francés:

—¡Deja que me lave, puto animal! ¡Sólo estoy tomando un baño! ¡Ah! ¡Cómo necesitaba un buen baño!

Reía con risa fresca.

—Está loca —opinaron algunos.

—La bruja.

—El traidor tenía que ser.

—Es un peligro en el barco.

—Son un peligro los dos. Dejad que se ahoguen.

En cuanto el bote los rescató, lanzamos los cabos para halarlos. Uno de los remeros empezó a afirmarlos en los enganches.

—¡Señor! ¡Señor! —gritó Leila mientras reculaba por cubierta con el brazo apuntando al cielo surcado por un pájaro solitario. Leila alternaba las miradas al cielo y los vistazos a Norton, que no estaba muy lejos de mí—. ¡Señor!

Atraídos por los aspavientos de la niña, olvidamos a Wad y Camille. Por algún interiorizado automatismo, Norton lanzó las manos al pecho.

—¿Dónde están? —gritó con las manos vacías, alternando las miradas al cielo, a cubierta, a mí—. ¿Dónde están los putos prismáticos?

Dio grandes zancadas apoyado en la muleta haciéndose visera con la mano para distinguir lo mejor posible la silueta del picozapato.

—Los dejé en tu cama —contesté.

—¡Abou Markub! —exclamaron varios hombres a la vez.

El ave con el pico en forma de gran babucha, la cigüeña cabeza ballena, aleteó dos veces y se dejó llevar por un viento cada vez más sensible. Su majestuosa y peregrina figura planeaba en armonía con el gigantesco pantano.

—Es difícil encontrar uno.

—Yo jamás lo había visto.

—Dicen que es capaz de matar a un cocodrilo.

Volaba en perpendicular al barco, a veinte metros de proa. Era una bestia fornida, como corresponde al depredador. Norton corrió hasta el mascarón comprendiendo que era demasiado tarde para los prismáticos, y mientras corría y el picozapato emprendía un ligero

descenso quizás en pos de un nido de serpientes o lagartos, por encima del gañido de la polea que izaba a Wad y Camille y del bisbiseo del viento que ya agitaba sutilmente las cabelleras y las túnicas, se elevó el fragor de los centenares, miles de aves que emergían de las minijunglas selváticas que nos anillaban, todo confluyendo en segundos, porque hay momentos en los que ocurren cosas, la nada se transforma en algo, digamos que debe ser así.

Transcurrieron instantes de asombro.

Los animales nublaron el sol.

Se oyó una especie de gran chasquido fangoso, no sé cómo explicarlo, un crujido de ultratumba sin parangón en el mundo conocido, una estridencia hueca procedente de a saber qué sima ignota, ese tipo de estremecimiento más propio de los malos sueños, de lo irreal. Y la isla donde las brigadas aún afirmaban estacas se resquebrajó.

—¡Al barco! ¡Al barco! ¡Vamos, deprisa! ¡Subid al barco! —gritábamos desde cubierta mientras un Norton desconcertado asistía a la disolución del picozapato, cada vez más distante e ilocalizable entre las nubes de pájaros.

—David —dijo—. David —besando posesamente el polícromo cordel de su muñeca.

Desde la borda se divisaba el avance de la grieta originada al nordeste de la isla, así que ni tan sólo habíamos sido nosotros la causa. La brecha zigzagueaba en diagonal engullendo enormes terrones de breña. De proseguir a ese ritmo, antes de minuto y medio habría partido el islote en dos.

Los hombres que permanecían en la isla corrieron a los botes sin saber muy bien qué pasaba y, afortunadamente, sin tiempo para aterrarse contemplando el vacío negro que se creaba por donde la jungla se abría, con las corrientes subterráneas provocando espirales que succionaban el material descolgado.

Si en su serpenteo la grieta venía a morir en el triángulo diseñado por nuestras excavaciones, lo cual no sería extraño porque los canales se habían fabricado con la intención de facilitar un paso, para entonces los hombres deberían estar remando a varios metros de allí a fin de evitar el efecto sumidero que sin duda les ahogaría.

Sin embargo, a falta de unos sesenta metros, la grieta disminuyó radicalmente la velocidad.

Pocos metros después, se detuvo.

Los pájaros continuaban su desbandada ennegreciendo el mediodía.

Durante el tiempo que presenciamos la carrera simultánea entre la brecha zigzagueante y los hombres al escape se habían mezclado la ilusión por la posibilidad de huida con la angustia de testimoniar cómo una docena de colegas, amigos, familiares, perecían ante

nuestros ojos. Recuerdo a una mujer cuyo marido integraba una de las brigadas. Cuando se desencadenó la acción, no dejó de pedirle que corriera, por favor, que abandonara la isla, lo suplicaba, a punto de las lágrimas. Sí, es cierto. Pero esa misma mujer, cuando vio que la grieta se estancaba, enmudeció. Había dejado de mirar hacia los hombres que huían ensimismada ante la nueva quietud de la isla. Y entonces volvió a gritar:

—¡No!

Como muchos de nosotros, con mayor o menor discreción.

—¡No!

Y la mujer añadió casi en un susurro:

—¡Vamos!

Y no le hablaba a su marido.

—¡Vamos! —dijo entonces más fuerte.

Y su grito era uno más en el clamor expelido por los náufragos.

—¡Sigue! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —que rogábamos, algunos a Alá o a Dios, otros sin saber a quién, pero todos pedíamos que la grieta continuara avanzando.

—¡Alá todopoderoso!

—¡Ábrete, perra de mierda!

—Padre nuestro que estás en los cielos...

—¡Va, va, va!

—*Alá yahrebetak!*

—Por favor, oh, por favor...

Y desconozco lo que pensarían los demás pero entendí que si la brecha debía tragarse a los miembros de las brigadas no me importaría. Tan sólo deseaba que la maldita raja continuara ampliándose.

Y lo hizo.

En realidad, la pausa había sido muy breve. Suficiente para iluminar decenas de interiores. Supuso un viaje a las entrañas del instinto, a lo más auténtico de cada cual. Un viaje durante el que muchos hombres y mujeres de *La Nave* vislumbraron quizá por primera vez con claridad a qué eran capaces de renunciar con tal de seguir vivos.

La interrupción resultó providencial. Los brigadistas ganaron unos segundos preciosos para poner agua de por medio entre ellos y la hecatombe que sobrevino a su popa escasos instantes después, cuando la división final del islote se consumó en los canales del triángulo.

La ciénaga se removió compulsivamente, como si un cetáceo descomunal soltara coletazos defensivos. Como si un volcán submarino erupcionara. Se formó una breve marejada que pronto disminuyó hasta casi estancarse y, enseguida, las corrientes filtradas desde el pantano alteraron la hasta entonces inalterable calma.

El viento soplaba con una fuerza nada espectacular pero inédita

para lo acostumbrado en las últimas jornadas. Quién sabe cómo influyó en la liberación. Entre las bandadas despavoridas de pájaros ya se distinguían grandes porciones de cielo, de modo que la luz volvía. En la cabina, un Wad goteante mascaba esnaf a la izquierda de Leila, que, con los pies colgando en la antigua trona de su padre, agarraba el timón con ambas manos. A su derecha, de pie, miraba al frente Camille.

A menos de veinte metros, la nueva lengua de agua se introducía en la maraña vegetal. En *La Nave,* un grupo de hombres izaba los botes mientras varios de sus compañeros y numerosas mujeres limpiaban la cubierta de utensilios y materiales en esa hora superfluos, la mayoría los arrojaron al agua. Las turbinas bramaban en la sala de máquinas imprimiendo al vapor la vibración familiar tan anhelada.

Durante la velocísima recogida de *La Mínima* hubo una descompensación en el juego de poleas del pescante y uno de los embalsamadores perdió tres dientes al impactar de boca contra la carena. Unos se animaban a otros. Todos estaban pendientes de Leila.

—*Allons!* —dijo la pequeña fija en la brecha. Camille, empapada, sonrió toscamente. *La Nave* dio una especie de brinco y empezó a virar buscando con la proa el punto exacto de la abertura por donde encajar el armazón. Leila no tardó en enfilar el microdelta. Sin recibir órdenes ni sugerencias, la niña aumentó la potencia en varios nudos y el vapor ensartó su casco en la falla. La maleza de los flancos cedió al ímpetu de la proa. Las ramas se quebraban, saltaban en pedazos, algunas adoptando trayectorias ovoidales que las proyectaban en cualquier dirección con una estética de lanza. Una vez perforada, la malla se reveló mucho más frágil de lo previsto. El canal se ensanchaba con facilidad mientras *La Nave* rasgaba el obstáculo emulando a los rompehielos antárticos.

La gente se asomaba por la borda en tensión, echando vistazos adelante, calculando cuánto faltaba. Las otras islas debían estar presionando para restaurar el orden tectónico así que cabía la posibilidad de quedar emparedados en medio de la jungla flotante. En ocasiones, una misma voz emitía órdenes o avisos, no sé, gritos por mí ininteligibles, porque sólo atendía al apisonador avance del barco, como si con mi fe pudiera despejar el recorrido de escollos.

Desde cubierta, a no ser que te ubicaras en algún extremo de *La Nave,* la escena se antojaba irreal: no se veía agua por ningún sitio. Ni tierra. El avance tenía algo de onírico, como si un descomunal artefacto sin ruedas levitara sobre aquella alfombra extraña a toda máquina. A vista de picozapato, podíamos parecer un juguete.

Desembocar en el pantano fue como volver al mar.

¿De qué sirven las bengalas?

A los vítores se superponía el ulular de las mujeres. Pasajeros, centinelas y tripulantes se abrazaban entre ellos, yo mismo lo hice con la gente más cercana, inspirando sus potentes olores, que incrementaron aún más la excitación hasta sentir no sé muy bien qué, pero algo vinculado a la felicidad.

Los militares intentaban distribuir a la gente, asignar misiones. Actuaban serios, gritaban meneando los índices taxativamente tiesos. Sonó la bocina del barco. Creíamos en la salvación. El viento cobró un ímpetu casi intempestivo transportando materias del desierto que irrumpían en *La Nave* en forma de pavesas o moléculas voladoras y nos golpeaban los rostros duros, que arrugábamos hasta sentir cada surco de la cara. Pensé que debíamos parecer mucho más viejos que tres semanas antes.

Todo envejece más deprisa sometido al desgaste de ese hábitat extremo al que el hombre se enfrenta poco menos que desnudo.

El Sudd.

Me dolía la garganta al tragar.

Ni mucho menos podría hablar de calvario.

Norton soltó una retahíla de exabruptos llevándose una mano a la nariz.

—¡Sangra! —dijo casi riendo—. ¡Sangra otra vez!

Habíamos vuelto al meollo de la ciénaga y eso fue motivo de euforia durante un rato, ajenos al tráfico del nuevo emplazamiento donde acabábamos de desembocar. Por los alrededores, islotes de pequeño diámetro circulaban a velocidad extraordinaria. El viento animaba sus trayectorias y la mayoría flotaba en la misma dirección, contraria a la nuestra.

Una formidable isla donde había crecido un bosque pasó veloz a cuarenta metros de *La Nave*. No mucho después, la misma isla boscosa arrolló a una formación pequeña integrándola a su estructura. Volvía el espectáculo de galaxia, con sus planetas y meteoros cruzándose de manera perenne, hasta estrellarse. Casi idéntico al de los polos helados, donde témpanos colosales yerran por los mares arrasando lo que encuentran hasta integrarse en una meseta glacial o terminar derretidos. Un espectáculo fascinante y peligroso marcado por el viento abrasador.

Leila pilotaba atentísima amarrando con ambas manos el timón, que movía con bastante asiduidad. Cada momento exige unos protagonistas tan distintos como, con frecuencia, inesperados.

—Dios bendiga al videojuego —dijo Norton.

Navegábamos contracorriente remontando la ventisca, que obligaba a consumir demasiado combustible, y recordé que algunas tribus lo fabrican a partir de sus propios excrementos. Cuando lamenté no haber procesado los desechos que a diario se recogían en la laguna me

di cuenta del extremo al que habíamos llegado.

Leila continuó sorteando obstáculos inmersa en una tensión sólo amortiguada cuando accedimos a una zona de tráfico escaso donde además el viento amainó. Numerosos pasajeros alzaban el cuello cerrando los ojos para recibir el aire caliente. Abrían las manos para que les golpeara las palmas. La visión de aquellos desharrapados sonriendo al sol tenía algo hermoso y estremecedor.

Navegamos a buen ritmo por la tarde, disfrutando en la borda de la sensación de movimiento mientras se buscaban indicios de costa. La posición del sol confirmaba el rumbo sur. Al atardecer, el viento se limitó a soplos tenues y muy intercalados, aviso de su extinción. Leila estaba agotada y Osman aceptó que descansara. Sin mediar palabra, habían decidido colaborar aparcando diferencias.

Cuando echamos el ancla, docenas de pasajeros y tripulantes arriaron las barcas y, al botarlas por la borda más protegida de la corriente, al menos setenta personas se lanzaron al agua por turnos, algunas desde la misma borda, jaleando el placer de un buen chapuzón. La gente gritaba, jugaba salpicándose a la cara, unos hundían a otros. A metros de los bañistas cruzó un terrón infestado de escorpiones amarillos.

La luz se fue amoratando.

Por la noche nos dispusimos a aguardar el alba rogando por que el pantano no nos reservara una nueva emboscada. Se reforzaron las guardias habituales, de modo que volvimos al diseño vigilante de después del ataque, sólo que ahora los centinelas no creíamos que debiéramos realmente prevenirnos contra la inquina de comandos exteriores e incluso las amenazas que bullían en *La Nave* resultaban de repente casi burdas ante la inaprensible envergadura de nuestro ya bien definido rival.

Amanecía cuando Leila volvió al puente y ordenó la ignición de los motores. Camille, que había despertado en calma, le entregó una madalena y un té caliente. Luego, encendió un cigarrillo y lo puso en los labios de la pequeña. En el dorso de la mano de Camille había brotado un sarpullido de pintitas bermellonas muy distintas a las picaduras, una especie de bulbos blandengues que le medraban por el brazo hasta donde permitía atisbar la manga. También se le había granulado una porción de cuello, que rascaba a intermitencias. Empezaba a pagar su baño en la charca infecta.

Las dos mujeres —así debíamos considerar ya a Leila, ¿no?— escudriñaban el agua hablándose a intervalos. Tres horas después, el selvático territorio de estribor perdió su rectitud trazando una agudísima curva que se alargaba durante kilómetros hacia el oeste. Varias voces alertaron sobre la novedad que nos ponía en la ruta adecuada.

—¡Más deprisa, niña, más deprisa! —roncó Osman al entrar en la cabina.

Al avanzar, la orilla se desecaba. En el interior de aquel terreno se podían vislumbrar calveros y montículos de altitud inusual donde sólo resistían puñados de matojos chamuscados. El paisaje adquiría el aspecto del desierto, una buena razón para la esperanza. Quizás eso ya fuera tierra continental, al menos aparentaba la suficiente consistencia. En la orilla, un grupo de aves asistió inmóvil al paso de *La Nave*. En cualquier otra tesitura, la abisal desolación del Sudd hubiera invitado a los presagios oscuros y al pesimismo. Pero avistamos hipopótamos.

—¡Allí! ¡Mirad!

Tres bestias asomaban los ojos y una pequeña parte del cráneo sobre el agua a escasos metros de la orilla. Nuestra proximidad no alteró su actitud.

—El continente no puede estar lejos —dijo Osman. Lo traduje al francés—. Bastaría con acertar el camino.

—Esos hipos se han perdido —respondió Camille—. Están tan despistados como nosotros.

—No, los animales tienen instinto —dijo Osman—. Ellos saben huir a tiempo.

—*Ne dites pas de bêtises*.

—No esté tan seguro —fue mi traducción.

Al cabo de poco, la orilla empezó a recobrar su antigua espesura. Un nuevo requiebro nos obligó a abandonar la trayectoria diagonal para retomar la navegación en paralelo a lo que presumíamos tierra firme. Continuamos así el resto de la jornada, sin más novedad que el cadáver semidescompuesto de otro hipopótamo atrapado entre las ramas de una isla.

Wad cumplía su guardia nocturna, para la que no se le habían asignado armas. En vez de vigilar el pantano, pescaba. En el agua negra se balanceaba el final de un hilo que enrollaba a la muñeca. Permanecimos juntos casi una hora, hablando poco. El generador no funcionaba, se había decidido destinar su combustible al motor principal, y afrontábamos la noche a la luz del queroseno. Los teléfonos continuaban sin cobertura aunque la mayor parte habían agotado las baterías mientras esperaban una señal.

—No quiero volver a matar —dijo después de unos diez minutos callados.

Transcurrieron quizá diez minutos más.

—Usted sabe hablar —añadió—. Sabe escuchar. Eso está bien. Me gustaría estudiar palabras cuando vuelva a la Ciudad.

Pescó dos percas. Al menos otros tres hombres tiraron esa noche sus anzuelos en la cubierta de babor. Le deseé suerte. Segundos después

golpeaba con los nudillos la puerta de Aschuak, flojo, por si dormía.

—Adelante.

No sé muy bien qué estaba haciendo, la encontré tendida de costado en la cama al amparo de la mosquitera y aureolada por la mortecina llama del candil. Tenía un libro abierto a la altura de las rodillas, demasiado lejos de las manos. A poco más de un metro, en un ángulo apropiado para contemplarlo desde su posición, el caballete sostenía el lienzo aún sin terminar. Parecía muy cansada. Con los ojos me señaló el taburete.

—Volvemos a movernos —dijo con cierto esfuerzo. A esa hora el barco estaba quieto.

—Sí. Ahí vamos.

No sabía qué decir, ni ella aparentaba aguardar palabras. Disfrutábamos de la compañía.

—¿Es bonito el paisaje? —preguntó, y entonces vi que tenía los ojos cerrados. Arrimé el taburete a la cama, retiré la mosquitera y, muy cerquita del oído, en voz queda pero firmemente apasionada, le hablé de halcones y águilas que describían llamativas figuras geométricas sobre palmeras y tupidos cañaverales. De pequeños buitres alimoches que batían las alas fascinando a los niños que los contemplaban en la borda. Le dije que en un tramo habíamos saludado a decenas de lavanderas arrodilladas en lechos pedregosos no lejos de rebaños de cebúes que pastaban con una garza en la joroba dedicada a picotear su cogote. Y aseguré que las palmeras habían sustituido a los alminares, y que algunas emergían como colosos, en brotes indiscriminados que daban origen a increíbles monstruosidades, incluido un ejemplar de cinco copas arraigadas al mismo tronco.

—Monstruosidades muy bellas, de cualquier modo —concluí mientras la observaba, quieta, algo encogida. Esbozaba la sonrisa de la ensoñación placentera. De tanto en tanto, *La Nave* cabeceaba sutilmente y el viento, pese a no ser impetuoso, se oía.

—¿No duermes? —preguntó.

—Es complicado dormir cuando se sabe este mundo ahí afuera —respondí creyendo de veras lo que decía. Caí en la cuenta de mi error.

—Sí. Es un mundo bonito —dijo ella—. Háblame más de él.

Le hablé de coladas ondeantes en casuchas de ladrillo y caña. De bandadas de pájaros que escoltaban al barco. De aves zancudas. Del bramido del hipopótamo. Eché de menos un libro sobre aves que guardaba en las estanterías de mi casa europea, y rememoré la obra de Isidore, el hijo del naturalista que acompañó a Napoleón en su expedición a Egipto. Y hablé de más palmeras. De palmeras de penacho en abanico. De palmeras enanas de grosor descomunal. De palmeras de tronco tan fino, elástico y esbeltamente delgado que hacían pensar en látigos. De palmeras que remedaban paraguas con la

copa puntiaguda, tensa y firme. Y de las de lazo o bicéfalas, las siamesas, las vulgares, cualquiera de ellas con opciones a barbuda, cuyas hojas excedentes pendían rancias y parduscas a la espera de un desprendimiento o una poda. Cuando terminé de enumerar palmeras, Aschuak se había dormido y me pregunté si me estaba volviendo loco.

Abandoné con sigilo el camarote. Al cruzar frente a la estancia de Leila y Camille, escuché murmullos. Hice un ademán de saludo a los centinelas que custodiaban el depósito de agua y me senté en mitad del pasillo, junto a la puerta. Camille hablaba en francés y de vez en cuando Leila pedía que le tradujera algo al inglés. Camille estaba describiendo Francia como un paraíso donde las cosas más maravillosas aún resultaban posibles. Perfiló un Edén poblado por gente delicada y hedonista, sibaritas del placer superevolucionados tecnológicamente hasta el punto de haber encontrado allí, y no en Inglaterra ni en Estados Unidos ni en Japón, la prótesis que debía rehacerle la vida.

—Conectada por sensores al sistema nervioso central, responde de inmediato a los estímulos cerebrales actuando casi como una mano natural. Es todavía mejor que ésta —dijo Camille, que empleaba a menudo terminología técnica cuando charlaba con Leila. Solía afirmar que a las nuevas generaciones se les debía hablar en su «lengua»—. Sería maravilloso que por un fenómeno génico aditivo de pronto se me reprodujera el brazo que no tengo... pero tampoco voy a ir lloriqueando por ahí con el nuevo implante. Después de todo, voy a ser una auténtica hija del nuevo milenio. Una tía moderna.

Su voz poseía un deje desviado, quizá fuera la velocidad de su discurso, el caso es que continuó explicando cómo se sometió a varias pruebas médicas en Francia: le tomaron medidas globales, ritmo cardiovascular, flujo adrenalínico, y superó numerosos tests psicológicos hasta ser considerada una portadora apta. Le advirtieron que para hacer el injerto resultaba fundamental mantener la zona implicada sin gérmenes.

—Cuando regrese, la nueva prótesis estará esperando. Tan sólo debo volver.

Camille dijo sentirse orgullosa, pese a todo, de aquella civilización. Su civilización. Aseguró que una chica lista como Leila sabría cómo aprovechar las oportunidades que le pudiera ofrecer Europa, y, cuando continuó con su letanía de lugares soberbios y paseos memorables y comidas sofisticadas y escuelas ejemplares, me incorporé sintiendo un sincero desprecio por la francesa, pese a comprender que quizá mintiera para mantener los ánimos altos, igual que yo.

Salí a la cubierta de estribor. Pescaban una mujer y un hombre. Los centinelas me identificaron y siguieron atentos a las tinieblas. La luna

rielaba sobre las aguas mínimamente vibrátiles a causa de un viento laxo.

—¿Cree que veremos pronto la Ciudad? —murmuró un centinela. Había hablado mientras sondeaba la penumbra. Sus negrísimos pómulos reverberaban desprendiendo fulgores que casi alumbraban una anormal protuberancia ocular, debía ser un orzuelo o el resultado de una picadura venenosa. Permanecí a pocos pasos de él varios minutos sin contestar.

Durante la mañana del día después localizamos una pequeña incisión que se adentraba en el macizo selvático. Pocos kilómetros adelante encontramos otra brecha similar. A lo largo de la jornada superamos cinco canales de igual tipo y, de hecho, al atardecer anclamos frente a uno de los pasadizos. Como los demás, era demasiado estrecho para *La Nave*. Aventurarse implicaba un elevado riesgo de atrancar el timón con las raíces flotantes, además de que obligaría al vapor a un esfuerzo suplementario diezmando el combustible.

—Si supiéramos que eso nos lleva a algún lado valdría la pena jugársela —dijo Norton absorto en la entrada del canal.

Un conglomerado de hierbas y ramas se desbordaba a ambos lados del viaducto, de unos cuatro metros de amplitud y una fronda tan espesa alrededor que creaba un puente vegetal. Desde el Nivel Superior se divisaba el sinuoso zigzagueo del canal a lo largo de kilómetros hasta perderse de vista, imposibilitando determinar su fin.

En aquella angostura latía la amenaza siniestra de las trampas naturales. Al mismo tiempo, los canales oscuros eran una de nuestras últimas posibilidades.

Los morados del crepúsculo aumentaban la lividez en rostros como el de Norton, cada vez más demacrado. Los huesos de la clavícula se le marcaban debajo de la camisa, algo insólito en una musculatura como la suya. La herida del muslo se le había infectado y segregaba una viscosa sustancia nácar más líquida que el pus.

Pensé que Norton iba a morir y eché un vistazo a la borda, abarrotada de gente que escrutaba el canal negro. Un árabe rapado al cero repetía que debíamos entrar, desgarrar la isla con el casco. El anciano de barba venerable respondió que no dijera tonterías, dando lugar a una discusión a la que se fueron sumando muchos y se prolongó con distinta intensidad hasta la hora de dormir, dejando a *La Nave* dividida esta vez entre los partidarios de continuar rumbo al sur hasta hallar una oportunidad fiable de traspasar la isla —«el pantano debe terminar en algún momento», decían— y los favorables a aprovechar cualquier fisura. Este segundo grupo era más reducido pero defendía su apuesta con un fervor incomparable. Gritaban señalando a la brecha y hacían aspavientos o soltaban manotazos

contra la borda o las paredes del barco, animándose entre ellos, de manera que en varios instantes su demanda llegó a convertirse en clamor.

La mayoría, no obstante, no se había pronunciado. Escuchaban las razones de las partes mirando de reojo al corredor tenebroso mientras sopesaban las informaciones que vaticinaban que en dos días terminaríamos las reservas de agua a la vez que alertaban sobre el agotamiento del combustible.

Osman convocó una nueva cumbre de líderes donde se optó por una solución intermedia: al día siguiente, una barca con tres hombres se internaría por el pasadizo en busca de ayuda. Mientras, *La Nave* continuaría navegando en dirección sur.

Se trataba de una misión suicida a la que se presentaron tantos voluntarios que no hubo problema para que el trío de escogidos lo integraran exploradores veteranos. Se les asignó *La Mínima,* sin duda el bote en mejores condiciones.

De madrugada, cuando el islote por fin los engulló, especulé con la idea de que fueran ellos los únicos que se salvaran. El divino premio a su osadía. Poco después, Leila encendió los motores. Me pregunté qué sentirían los intrépidos —eso pensé, «los intrépidos», *«les intrépides», «the intrepids», «al battalun», «yonggang»*—, los intrépidos que remaban jungla adentro al escuchar el estruendo.

Leila hizo sonar las bocinas.

La partida de *La Mínima* introdujo a *La Nave* en la esquizofrenia. Se debatía la conveniencia de haber enviado en la expedición a tres de los mejores hombres, de manera que las mismas personas que tan pronto fantaseaban con la euforia del momento en el que los exploradores avistaran las estribaciones continentales, al poco caían en una depresión que les callaba o les obligaba a insistir en lo desguarecidos que ahora se encontraban sin los tres aventureros. Hubo discusiones provocadas por una pareja a la que abrumaba el arrepentimiento y exigía volver al delta adonde habíamos despedido a *La Mínima,* observando que «la moral de las personas decentes» ordenaba aguardar allí al menos un par de días, por si los expedicionarios encontraban el canal bloqueado y debían recular.

El remordimiento, los titubeos y el desánimo se esparcieron más aprisa que una plaga, y *La Nave* pasó a compensar los ratos de actividad frenética con apoltronamientos generales de una descorazonadora desidia. Se comenzó a funcionar al unísono, en sincronía, respondiendo a algún insondable pálpito.

En *La Nave* continuaron las pintadas. Había poéticas, interrogativas, desagradables y otras susceptibles de polémica. Leí una que decía: «EL ESPAÑOL ES HOMOSEXUAL». Y otra: «WAD ES UN TRAIDOR. NO QUIERE A SU PATRIA. NO QUIERE A NADIE». De todas formas, desde la liberación, la influencia

de los graffitis había mermado. Por eso le dije a Osman que, ahora que navegábamos, eso no eran sino pasatiempos de niños tontos.

—Y además —añadí—, los bolígrafos pronto empezarán a agotarse.

Éste fue el argumento que le atemperó.

Unos por mal funcionamiento, otros debido al uso excesivo de quienes hallaron en la escritura el ansiolítico ideal, el caso es que varios bolígrafos y rotuladores se inutilizaron mientras las minas de los lápices menguaban hasta hacerse impracticables.

Se produjo algún altercado entre hombres que querían apoderarse de bolígrafos ajenos pero esas disputas duraron menos de un día, lo que tardó en aparecer el primer mensaje grabado a cuchillo sobre un travesaño del salón inferior. En paredes hasta entonces intactas del barco, como la mayoría del Nivel Superior, aparecieron inscripciones a menudo reducidas a una sola palabra, que solía ser un insulto o una exclamación monosilábica sin un destinatario concreto. Eran como alaridos en la playa. Como lamentos desgarrados ante la tumba de alguien a quien se amó. Invectivas contra fuerzas superiores. Y esas expresiones radicales resultaron ser avanzadilla de una auténtica novedad, porque la gente comenzó a lanzar, ahora ya a discreción, juramentos y maldiciones en sus charlas cotidianas, supongo que era un desahogo. No de una forma ostentosa ni especialmente llamativa, pero de repente se insertaban imprecaciones en frases poco dadas a lo zafio, y los reniegos se empleaban como puntos, como comas, se insultaba con naturalidad.

—No sé qué mierda podemos hacer hasta la cena.

—Con este asco de sol quién puede respirar.

—Deja de joder y duerme un poco, capullo.

La gente a menudo dice cosas que no piensa, tan sólo busca afirmarse en las palabras para combatir sus temores, el caso es que se estableció un nuevo código comunicativo, entre los musulmanes también, sí, también entre ellos, reciclando palabras por la mayoría consideradas hasta hacía poco tabú, palabras ponzoñosas que pasaron a suponer auténticos espacios de distensión. De libertad.

Todo se reformulaba en *La Nave*.

Los graffiteros arañaban chapas de hierro y acero de forma indiscriminada, si bien acumulaban la mayor parte de sus mensajes en las inmediaciones de la sala de máquinas, donde los motores amortiguaban el chirriar de los raspados.

La exigüidad del vapor acotaba por momentos las áreas de escritura. Las paredes comenzaban a saturarse. Algunos amortizaban las letras de otros mensajes para escribir el suyo en diagonal o vertical, como si fueran crucigramas, y en ocasiones se producían convergencias probablemente casuales que daban lugar a construcciones enigmáticas tras las que, con la disposición necesaria, podían descifrarse

significados ocultos, invocaciones mágicas, solapadas amenazas.

Algunos habían empezado a competir, tanto en ingenio como en belleza, y de tanto en tanto aparecía un graffiti que alegraba de algún modo el espíritu. De todos modos, la proliferación neutralizaba el impacto de los avisos y supongo que muchos quedaban sin leer, emboscados en un estuco de tintes cada vez más barrocos que aportaba una nueva densidad y opresión al viaje.

Pese al mínimo uso que ya se hacía de la tinta, Camille continuaba siendo rechazada por los graffiteros que la veían acercarse.

—Qué absurdo —le dijo a Norton—. Ahora todos quieren ser escritores. Esto parece Francia.

Y empezó a carcajearse sola, mientras se rascaba.

El colapso de graffitis tranquilizó significativamente a Osman, convencido de que en aquel maremagno los mensajes se desvirtuaban. Así fue. El pasaje halló otros entretenimientos prácticos. Algunos cedieron sus ropas más ajadas a varias hilanderas y entre todas tejieron una suerte de carpa que, tendida a lo largo de las cubiertas del Nivel Superior, facilitó la estadía a la intemperie en las horas diurnas. A los más pequeños se les enseñó a moler sorgo y, mientras ellos creían jugar, sus mayores descansaban.

Lo demás era meditación.

Animales en tránsito.

Ráfagas de un aire a intermitencias, siempre caliente.

Un buen número de pasajeros padecía diarrea. El albino tenía los cercos oculares hundidos, se intuía su calavera. El tajo de Norton empeoraba acercándose a la gangrena y se había terminado la morfina. Me cautivaba la depauperación de la vida alrededor mientras aún me sentía sano. *La Nave* olía a carne amasada y sudorosa, aunque bastantes pasajeros habían conseguido no sé cómo rescatar la blancura de sus *galabiyas* propiciando una chirriante distorsión entre la atmósfera viciada —las paredes emborronadas, el aire enrarecido por el calor y las tensiones— y el aspecto de tantos hombres y mujeres. Pero ahí estaban, todavía inmaculados en un ejercicio de camuflaje sublimado por el incansable lector del Corán, que, al final de su convalecencia, recordó la fiesta suspendida y propuso retomarla.

La situación objetiva de los habitantes de *La Nave* había variado poco respecto a los días de parálisis, si bien el retorno a la corriente pareció cambiarlo todo. Incluso la sobrecargada atmósfera se hacía respirable al saber que nos movíamos.

E la nave va.

Sí.

La importancia de moverse.

Desde la perspectiva de los años, contemplo los días del Sudd en una secuencia fulgurantemente explicativa. Todo ocurre sobre el mapa

tan amarillo. Veo el pantano en el medio. Esperándonos. Veo un navío proyectado rumbo al sur con el ímpetu de los que llegan del norte, impelido a toda prisa, y así es como entra en la ciénaga. Los recuerdos hasta entonces tienen trazo impresionista. Son colores más bien vivos, estelas espumosas, cardúmenes de peces, el aire, una multitud impersonal que deja fútiles marcas en mí, sólo atento a imágenes del pasado.

Así es hasta el tiempo del carrusel, cuando la ciénaga absorbe a la máquina y allí, por la inercia de nuestra velocidad, empezamos a rodar. La gente acerca su rostro. Les veo los ojos, cada arruga, los reconozco. Las palabras y los nombres se suceden y confunden a merced de algo similar a un tornado, Osman, Gao, Camille, Wad, quizá se adecúe el símil de coctelera, el albino, todo gira, se sacude, el reservista sin brazos, miedo, dudas, hasta que las islas se abren, Aschuak, nos sueltan, y salimos disparados con fuerza pero aún sin control, directos a un paradero ignorado aunque inmersos en la certidumbre de cambios esenciales que nos llevarán a un destino diferente. Vuelve el trazo impresionista.

Después de abandonar la charca, las alianzas se redistribuyeron una vez más en *La Nave,* todos vigilándose de cerca pero pendientes antes que nada de Leila. Los embalsamadores habían aceptado su papel secundario, sobre todo desde que el retorno a la ciénaga permitía pescar. Se pescaba de noche y, aunque las capturas eran escasas, ofrecían una alternativa a los víveres de la bodega. Los embalsamadores se limitaban a alimentarse algo mejor que los demás y a mimar con obsequios —una bolsa de garbanzos secos, latas de atún, leche en polvo— a la capitana, a quien por lo común escoltaba Camille.

El protagonismo de la niña ofuscó lo demás. Se convirtió en una heroína visible, al fin y al cabo llevaba el timón del barco, y los tripulantes recuperaron su biografía distorsionándola para bien o para mal pero siempre para agrandar su figura, aunque las historias no trascendieron a un pasaje que continuaba ignorando la muerte del capitán. Nunca nadie mostró verdadero interés por conocer a la persona que al fin y al cabo llevaba el timón, conformándose con las explicaciones de sus líderes.

Por lo demás, *La Nave* pretendió retomar las dinámicas previas al bloqueo. Los grupos se entretenían con los juegos de costumbre, los centinelas cumplían puntuales las guardias, los técnicos controlaban los motores, Osman supervisaba cualquier cosa impartiendo órdenes y propagando que pronto se montaría una fiesta.

Al principio, las nuevas expectativas actuaron de bálsamo. Se asumían las misiones asignadas, cada uno volvía a convencerse más o menos de cuál era su papel sin necesidad de acudir a terceros, y la

normalidad, ese presunto orden en el caos, me asustaba y entristecía por la resignación que implicaba y porque me relegaba de vuelta al incógnito donde hacía cinco años, dos semanas, yo había pensado que estaba sin duda mi lugar. ¿Era así? ¿Era uno más? Me lo preguntaba asistiendo al auge de Leila, la niña piloto. Y fue en ese período cuando busqué una pared al abrigo de mirones para escribir con un boli que no había incluido en el inventario de Osman:

«EN EL SUDD HE DEJADO DE SOÑAR.»

Lo escribí en español, con letra diminuta, quizá por sacarme la frase de encima. Sin objetivo. De vuelta a mi clásico rol de subalterno sentía el lastre de unos hechos que, sin pesarme en exceso, dificultaban un poco más las jornadas: encajaba las miradas indeseablemente cómplices del señor Gao; Osman había descartado a Han Tsu como traductor y me requería sin cesar; los embalsamadores me saludaban sin complejos donde fuera; el hombre que me entregó a Muunia bajaba la mirada al cruzarnos, al contrario que la chica, retadora. Wad mascaba esnaf y al anochecer pescaba anclado en su rincón de popa con constancia monacal sumido en un embelesamiento zen.

—Mira a la bestia —dijo Chang. Era mediodía. Habíamos sacado dos sillitas plegables y, a la sombra de cubierta, fumábamos con las piernas escoradas para no entorpecer el paso. Estábamos casi en línea, Chang por delante, le veía de perfil. Wad se había inclinado sobre la borda a unos quince metros—. Así que está preocupado por haberse cargado a aquel loco... Parece increíble, ¿no?

—Hacía años que no mataba a nadie. Debe ser como alguien que lleva mucho sin fumar y un día de pronto se enciende un pitillo. Luego cuesta parar.

Los dos chupamos nuestros cigarros al unísono. Pensé que el símil le gustaría, era un fumador enconado.

—¿Qué tiene eso de malo? Te lo fumas y ya está. Así es como descubres que ya no eres un adicto.

—Pues ya lo ves. Wad está preocupado.

Chang se giró hacia mí contrayendo la parte derecha de la cara en un gesto esperpéntico y gracioso a tenor de su habitual compostura. Volvió a mirar a Wad llevándose el cigarro a la boca. El humo se elevó por encima de su cogote chato arrastrado por el aire de la navegación.

—¿Has deseado alguna vez matar a alguien? —me preguntó el chino de cara al negro—. Te hablo de irte a la cama y no poder dormir porque buscas la manera de matarlo. Matar en serio. Matar.

La línea del horizonte se desdibujaba vidriosa. Una gota de sudor me resbalaba axila abajo produciendo un molesto cosquilleo. Hombres conversaban en árabe varios pasos por detrás.

—No. La verdad es que no —respondí.

—Te voy a contar algo —Chang continuaba mirando a popa.

Explicó episodios de su vida que yo sabía a través de su ficha o de Norton. Habló de cómo añoraba Xiamen al llegar a Shanghai. Habló del señor Bai, el magnate del petróleo fanático del buceo que le contrató, y del piso con vistas al Bund que alquiló—. Mandé instalar jacuzzi y cocina microtérmica para hervir langosta, cangrejo... No sé si sabrás que soy un estupendo cocinero.

Empezó a vestir traje y corbata, a engominarse, a acostarse con decenas de mujeres:

—Muchas extranjeras. Y, de todos modos, cada día debía repetirme: «No vivo mal, ¿no?», para intentar creerlo. Quiero decir que estaba amargado —Chang disparó la colilla por la borda. Sacó otro cigarro y lo encendió.

En su departamento, coordinaba junto con dos colegas el proyecto que la compañía desarrollaba en el centro de África. La sonoridad de aquel nombre, las dimensiones del país, le entusiasmaban. Sabía que lo atravesaba el gran río, y si bien el buceo no es óptimo en agua dulce, el impacto de una extensión semidespoblada de aquella envergadura superaba incluso su ansia de inmersión conectándole con la idea de una naturaleza majestuosa. En las antípodas de la vida que llevaba.

—Este país ofrece un tipo de paisaje que siempre había deseado contemplar. Una vastedad avasalladora. Algo semejante al mar. Yo vengo del mar.

Los tres responsables del Proyecto África controlaban al dedillo sus contratos respectivos, pero cuando el señor Bai comunicó: «Uno de ustedes deberá acompañarme a África», Chang sintió una rabia profunda. Estaba claro que no enviarían a Su, «una mujer en territorio islámico no parecía la mejor opción». Pero Feng sabía idiomas —Chang aún cursaba el primer nivel de inglés—, llevaba en la empresa ocho años más que él y le gustaba viajar, algo no tan usual en China.

Como era de prever, el señor Bai designó al veterano. Los siguientes días, Chang abominó de Shanghai, se le antojó excesiva y asfixiante pero no pensó en cambiar de trabajo o ciudad sino que su objetivo pasó a ser en exclusiva, como una obsesión, Feng.

—Tenía veinticuatro días para encontrar una alternativa. Durante los dos primeros evité como pude el pensamiento, busqué trampas burocráticas, perderle el pasaporte... bobadas que no hacían más que devolverme a él. Veía su cara en todas partes. Veía la cara de Feng —Chang afirmó con la cabeza muy lento. Wad continuaba en la borda mascando esnaf, quieto como un muñeco—. Feng, Feng, Feng. Repasé su miserable vida y me dio más asco que lástima: era una de esas sabandijas que no merecen vivir. ¿Por qué estaba en el despacho? ¿Cuál era su misión en la Tierra? Estaba allí para joderme a mí. Tipos como él hacían que todo fuera peor, un lacayo del antiguo régimen sin

aspiraciones. Un chino soltero que empezaba a ser viejo, ni siquiera tenía familia cerca y nadie conocía a un solo amigo suyo. Todo el día trabajando, servil...

Chang empezó a pensar en algo físico, en accidentes, perdió cabello, «la impotencia me consumía», «estaba desesperado».

—El sexto día pensé en matarlo.

Las noches siguientes fue elucubrando métodos de asesinato.

—Claro que me planteé qué tipo de hombre era yo y la respuesta fue: un hombre que para continuar necesita eliminar a otro.

La novena noche fue infernal, encerrado en casa pensando en distintas formas de matar mientras un tifón barría Shanghai.

—Vaya tifón el de esta noche, ¿eh? Casi no he podido dormir —dijo Su al día siguiente en el despacho—. Aunque veo que tú tampoco. Ha causado muchos destrozos. El viento desprendió el cartel publicitario del restaurante de sushi que hay a dos calles... ¿y a que no sabes quién pasaba por debajo?

Feng tenía la espalda fracturada. La recuperación iba a ser larga.

Los dos habíamos terminado los cigarros. Wad seguía inerte en la borda.

—Cuando lo pienso ahora, me parece increíble, casi una broma —dijo Chang—. Me parezco increíble. Pero así es. Hice planes para matar a Feng. Quizás aquella casualidad le salvó. Me salvó.

—Vaya —dije. ¿Qué respondes ante una confesión así?—. He oído que al señor Gao le gustan los tifones.

—No le caigo bien al señor Gao. Es muy amigo de mi jefe pero yo no le caigo bien. Cree que soy un niño mimado. Prefiere a Han Tsu porque es hijo de campesinos y habla pestes de Hong Kong. Por lo visto, el señor Gao no lo pasó muy bien allí. Es ese sentimiento irracional de clase, ¿sabes? Creen que porque mi padre tiene dinero las cosas han sido fáciles para mí.

—Ya.

En el Nivel Inferior berreaba un bebé. Wad escupió una bola de esnaf a la ciénaga.

—¿Por qué no ha venido tu jefe al viaje? —pregunté.

—Debió marcharse por un problema de la compañía en un yacimiento boliviano. Yo soy su representante. Por eso el señor Gao tampoco se comporta muy mal conmigo.

Wad levantó los brazos desperezándose.

—¿Crees que vamos a morir? —preguntó Chang.

—Desde luego que sí —exclamé tan burlón que el chino se giró para mirarme después de bastantes minutos sin hacerlo—. Pero no pienso demasiado en ello.

—¿Sigues sin soñar? —preguntó Norton poco antes de mi turno de guardia.

—¡No me digas que esto no es un sueño!

Hablábamos desde las camas protegidos por mosquiteras.

—Si es así, por una vez me voy a alegrar de que sueñes conmigo —dijo Norton.

Reímos sin muchas ganas.

—Quizá todo esto no sea real —dije—. Hay algunos sueños largos. ¿Por qué se sueña?

—¿Por qué no?

Tras la guardia de madrugada permanecí en cubierta aún cegado por las brumas matinales que tapiaban el pantano. Al poco, Leila surgió de la niebla abrazada a ella misma. Sujetaba un cacillo de té. La niña se levantó la cabellera antes de dejarla caer sobre la capucha de la *chamira,* se acomodó en la trona y, dando sorbos al té, asistió a cómo el vaho comenzaba a disiparse descubriendo la pequeña isla varada justo enfrente de *La Nave*. Jugó dos partidas en la consola —debía tener un buen almacén de pilas— y, ya con suficiente visibilidad, puso en funcionamiento las máquinas del vapor.

Disfruté del trayecto sin reparar en él, recordando a Aschuak. Sentía en el rostro las últimas humedades antes del sol. El agua se ondulaba diferente, con un sesgo diagonal que parecía arrastrar a *La Nave*... no... no lo parecía... *La Nave* derivaba hacia un área de corrientes encontradas que suavemente atraía hacia un enorme vórtice a todo lo que transitara por su ámbito sin la bastante energía como para sustraerse a aquel imán.

Se trataba de un espacio descomunal, veinte campos de fútbol, en cuyas lindes orbitaban montañitas de helechos, islas pequeñas y, lo que me despertó del ensueño, varias decenas de barcos. Los había de muchas clases, unos adheridos a otros, al estilo de esas orillas asiáticas que apelotonan gabarras para usarlas como vivienda, de manera que podía llegarse muy lejos saltando de una borda a otra. Semejante cercanía, más que en un puerto, hacía pensar en una ciudad.

Enfoqué allí los prismáticos de Norton que, desde su recaída, y como siempre que estaba de guardia, incluso en el turno de noche, volvía a llevar en bandolera. A tenor de las oxidadísimas carcasas de las naves, habíamos dado con un cementerio de barcos. Decenas de navíos menores acordonaban a los *dhows,* los transbordadores, las chalanas y al par de vetustos vapores que desde mi posición distinguía cada vez mejor, porque *La Nave* se aproximaba.

Había un orden en el cementerio.

Y eso implicaba gente.

La deducción desbocó asociaciones en cadena que, además de disparar la adrenalina, hicieron fulgurar leyendas habituales que yo había considerado patrañas con las que adornaba su vida aquella gente esclava de supersticiones capaz de creer en la existencia de un

elefante pigmeo; en la civilización subterránea de los Tecton; o en la comunidad acuática ante la que ahora... ahora...

—¡Joder! —grité al localizar a dos personas en la proa de una barca.

... ante la que ahora me encontraba.

—Ahlan —dijo Leila en el puente de mando. Los identificó a simple vista.

—Avisa a Osman —ordené al centinela a quien yo mismo había relevado.

Leila ralentizó los motores. Antes de un minuto, Osman y al menos diez personas más se habían plantado en cubierta. Escuchaba el rumor de otras muchas subiendo escaleras, distribuyéndose por la borda de babor. La mayoría salía con los ojos todavía abotargados anudándose turbantes o alisando *galabiyas,* mientras repetían:

—... Ahlan...

—... Ahlan...

—... Ahlan...

Circulan distintas versiones sobre el origen de aquellos nómadas del extrarradio fluvial, individuos que vivían al margen del margen, en una periferia difícil incluso de suponer. Entre todas las historias, la más sorprendente pero a mi juicio verosímil, es la que los señala como un pueblo descendiente de la primera incursión europea de la que se tiene constancia en el Sudd: la expedición romana financiada por el emperador Nerón.

Según cuentan, cuando los expedicionarios enfrentaron las ignotas extensiones del pantano, fijaron un campamento en sus orillas del norte enviando dos barcazas con dos zapadores y diez soldados cada una. El grueso del ejército les aguardó en vano durante meses. Al fin, tras sopesar sus artefactos de navegación a las puertas de la ciénaga, los romanos prefirieron las represalias de Nerón a aquella anomalía insondable.

Para los anales de la historia occidental, las barcazas de zapadores se esfumaron, nunca nadie volvió a saber de ellas. Nadie ha podido certificar que uno solo de los romanos sobreviviera. Aunque tampoco lo contrario. Sea como sea, para Occidente la aventura termina aquí.

Los nativos afirman que en efecto esas barcazas se extraviaron pero, tras errar doce días —a saber de dónde sale la cifra—, alcanzaron tierra firme hallando un poblado primitivo de aquel tiempo ya de por sí arcaico. Los viajeros aprovecharon el impacto de su pseudodivina aparición entre los indígenas para acopiar víveres y embarcar a un puñado de mujeres, previendo que el vagabundeo iba a ser largo y teniendo en cuenta que llevaban quizá meses privados de sexo, al menos con hembras.

Después, las barcazas desaparecieron de nuevo y, en esta ocasión, tampoco los nativos volvieron a ver a ninguno de sus tripulantes

jamás. En lugar de achacar su volatilización a la muerte, los aborígenes la atribuyeron a una nueva vida en el páramo. Desde entonces, cuando otras naves indígenas fueron tragadas por el Sudd, hubo quien culpó a los espectrales inquilinos del pantano. Y la fantasía caló.

Se consolidó la idea de que los soldados habían preferido la vida en aquel exilio, acompañados por negras preciosas. Algunos navegantes que se internaron y lograron abandonar el Sudd aseguraron haber avistado naves lejanas y humanos trabajando en islotes, si bien ninguno osó nunca aproximarse.

Según las narraciones, los Ahlan se habrían reproducido en un número discreto pero suficiente. Además, de vez en cuando, alguno de los miembros de los barcos errantes que apresaban se unía a la tribu. Los que no aceptaban socializarse eran asesinados o empleados como esclavos. Después de todo, los Ahlan mantenían la implacabilidad de sus ancestros militares y una inteligencia arquitectónica que les permitió, con los restos de las naves acopiadas, diseñar una ciudad flotante.

Esa ciudad.

Leila detuvo el vapor a unos trescientos metros del poblado, si cabe llamarlo así. Desde cubierta se divisaban los puentes y dispositivos levadizos que conectaban unos barcos con otros formando una barrera homogénea que, probablemente fijada al fondo del pantano con cientos de anclas, debía encajar sin problema las acometidas de las islas más portentosas.

De hecho, por un lateral del cinturón de barquichuelas se desplazaba, muy lenta, una gran isla. Los Ahlan habían diseñado un sistema de correas transversales que permitía deslizar las formaciones enmarañadas a lo largo de su perímetro hasta despejarlas a pantano abierto. Vista la mecánica del ingenio, sacudirse un gran islote de encima podía tardar días pero, también por lo visto, resultaba efectivo.

Dicen que cuando las rutas africanas fueron ya transitadas por todo tipo de viajeros, a los Ahlan se unieron contrabandistas y fugitivos, además de no tantos temerarios que creyeron en el paraíso de aquel lugar literalmente extraterrestre habitado por gente hermosa —eso decía la leyenda— mezcla de blancos y negras y de furtivos de colores mixtos. Los Ahlan habían forjado sobre el agua un país donde ser felices. Y, desde luego, iban a protegerlo.

Si los relatos eran ciertos, y a tenor del espectáculo ya no tenían por qué no serlo, a lo largo de los siglos la comunidad había aprendido a retener islotes de paso integrando algunos al interior de su estructura, diseñando un panel de jardines interiores flotantes donde crecían los tomates, las lechugas, el arroz y casi todo tipo de alimento gracias a

las semillas y a los comestibles que rapiñaban a los barcos extraviados. En las bodegas se cultivaban setas que a veces comían junto a espléndidos peces capturados por maestros de la inmersión tan hábiles como para pescar percas al estilo de los osos: de un zarpazo.

El vapor se deslizaba muy despacio ante la ciudad, arrastrado por la inercia de la corriente. Las bordas de las naves se habían empezado a llenar de Ahlans que asistían mudos a nuestro paso. Adherido a los prismáticos me detuve en varios cuerpos. Qué esbeltos. Algunos estaban armados. La natación, una consecuencia de su hábitat, les había hiperdesarrollado tórax y espaldas, forjando complexiones atléticas también útiles para lanzar armas a gran distancia y, por ejemplo, ensartar aves que volaban alto, porque para la caza aún empleaban lanzas y espadas.

De todas formas, no debía ser un pueblo agresivo. Al menos cuesta creer que buscaran la confrontación dado que, desde sus inicios, los Ahlan habían permanecido ocultos, preservando su misterio. Las exhibiciones belicosas podían comportar represalias, atraer a las fuerzas de tierra adentro que, en el caso de superar el laberinto, siempre serían más numerosas y letales. Más bien, su labor habría consistido en el pillaje, apropiándose de varios de esos buques a la deriva que para el resto de la humanidad habían sido simplemente devorados por el Sudd.

—Los carroñeros del pantano —dijo Camille.

—Pues tienen un aspecto saludable —respondí.

Las bordas de los barcos Ahlan formaban una amplísima balaustrada repleta de gente. Estaban quietos. Como los antiguos sioux en las colinas asistiendo al paso de un convoy. En *La Nave* vi a hombres que empuñaban con fuerza bolígrafos y rotuladores. Otros se los habían sujetado en el envés de las orejas al estilo carpintero y una mujer había reciclado una estilográfica en rulo. Probablemente, en ninguno quedaba tinta.

—Espero que no se les ocurra acercarse —dijo Osman blandiendo un fusil. El cañón apuntaba al cielo. Dirigiéndose a Leila sin mirarla, gritó—: ¡Niña, da potencia a los motores! ¡Suave!

El vapor tembló al reactivarse. Un ligerísimo impulso lo proyectó adelante, enseguida se estabilizó y continuó flotando al mismo ritmo anterior a la ignición.

¿Cuánto haría que los Ahlan no encontraban gente nueva? La guerra en el país se prolongaba desde hacía casi veinte años. ¿Cuántas naves se aventuraron durante aquel período en el Sudd? ¿Podía hacer tanto tiempo que no se cruzaban con extraños?

—Tú sabes idiomas, diles algo —dijo Chang.

Las leyendas suelen ser muy completas, dejan poco al azar, de modo que la de los Ahlan también contemplaba su lengua.

—Hablan una mezcla de latín y swahili. No podríamos entendernos.

Localicé a un Ahlan que nos enfocaba con prismáticos. Pronto distinguí a un par más. Y a otro con catalejo. *La Nave* continuaba hacia el sur, muy despacio, a menos de cien metros del anillo que escudaba al poblado. Leila había tenido que maniobrar para evitar una rápida isla descendente, aproximándonos a ellos.

Los rostros de la gente Ahlan transmitían un pasmo similar al nuestro. Quizá nunca hasta entonces habían recibido la visita de un barco tan repleto de personas vivas. Quizá pensaran que podíamos atacarles. Quizá sintieron amenazado el futuro: los extraños habían descubierto su enclave y, de ahí en adelante, quizá, nada sería igual.

—Si yo fuera uno de ellos, estaría pensando seriamente en atacar —dijo Osman, que se había acodado junto a mí en la borda—. Si volvemos para contarlo su paraíso se puede dar por terminado.

—Son un peligro —dije—. Y una oportunidad.

Habíamos alcanzado un lugar lo bastante remoto para romper en serio con nuestra vieja historia. Un lugar virgen, sin estremecedoras cifras de cadáveres. Un lugar donde, si la leyenda era cierta, habitaban seres dispuestos a acoger para siempre a quien quisiera formar parte de los suyos.

—¡Tranquilos! ¡Quietos! —gritó Osman a los dos centinelas que habían decidido apuntar a la ciudad—. ¡Bajad las armas!

El ministro agarró con ambas manos el pretil y, mirando a los cientos de Ahlan estáticos, dijo:

—¿Insinúa que quiere quedarse?

¿Qué tenía? ¿Qué deseaba? Haber detentado poder no había satisfecho nada básico en mí. Ahí fuera, en la tierra firme, decían que la guerra había concluido. ¿Y qué? La guerra siempre les sucedió a otros. Por delante me quedaba asistir a la agonía de Aschuak, rebañar los últimos meses de su amor para luego sumirme en una tristeza profunda, a saber si ilimitada.

—No diga tonterías —respondí.

La Nave, tan lenta, comenzó a virar hacia el oeste por donde el pantano se abría de nuevo franco. La urbe Ahlan se expandía aún hacia el este pero desde nuestra perspectiva resultaba imposible evaluar sus límites. Podía tenderse durante kilómetros en horizontal o reducirse a otro puñado de barcos. El agua era azul como lo es en el océano, al sol de la mañana aún endeble y manchado por esporádicas bandadas de aves nadadoras.

Cerca de la popa de babor se formó un tumulto repentino y silencioso cuando Leila aumentó la velocidad de *La Nave*. Algunos pasajeros observaban el agua con el rostro desencajado, se asomaban por la borda y miraban a los Ahlan, cada vez más diminutos, en sus barcos. Un centinela gritó y, al identificar a Osman, se abrió paso

entre la muchedumbre corriendo hacia él.

Supongo que esperaron al último momento para demorar nuestra reacción. Además, cuando el Ahlan disparó la cerbatana y Wad cayó al pantano, la noticia aún tardó en llegar al puente de mando. Para entonces, *La Nave* se había alejado un buen tramo y pese a que Leila ralentizó de nuevo la marcha, el cuerpo del negro ya estaba rígido y lejos, atrapado por las espirales de corriente. La isla que flotaba hacia él lo engulliría pronto.

Insistí en que Aschuak debía recibir una comunicación oficial y como nadie deseaba ir al camarote me nombraron fácilmente delegado. El bramido de los motores en aquel rincón de *La Nave* abrumaba cuando llamé a la puerta. Entré con una jarra llena de agua. Aschuak tenía manchas de pintura por toda la *chamira* y sujetaba el pincel a centímetros del lienzo. Había eliminado la base del tiovivo, que ahora parecía suspendido en el éter. Deposité la jarra a los pies de la cama, contra la que me apoyé, sentado en el suelo. Aschuak sonrió y siguió pintando.

—Me he levantado temprano para ver si terminaba el cuadro antes de volver a navegar pero... con este vaivén no hay manera —una mano sujetaba el caballete mientras con la otra pintaba—. Dos pinceladas más y lo dejo hasta la noche.

Las cuentas del collar de fayenza contrastaban sensualmente sobre la porción de pecho desnudo.

—Wad ha muerto —dije.

Aschuak repasaba las escamas acorazadas del cocodrilo en el tiovivo. Cuando terminó, metió el pincel en un cubilete, frotó las manos en la *chamira,* se giró hacia mí.

—Era previsible, ¿no? —dijo manteniendo la sonrisa pese a los ojos mustios. Se incorporó y, de debajo de la almohada, sacó un frasco de pastillas. Ingirió una dando un trago de agua, derramó gotas sobre su túnica. Aschuak sudaba. Se sentó en la cama, a mi lado. Con la cabeza podía tocar una de sus rodillas—. No sé muy bien qué está pasando ahí fuera —dijo—. Pero tampoco quiero saberlo. ¿Para qué?

Creo que apoyó ambas manos en los muslos. Los motores bombeaban con tanta fuerza que parecían una presencia tangible.

—¿No habrás creído en serio que no me estaba enterando de nada? —preguntó.

—Pensé que eras de verdad sofisticada y conseguías abstraerte —respondí con la engolada voz de un actor bufo.

Aschuak rió con ganas. La interrumpió un acceso de tos.

—¡Sofisticada! —repitió riendo.

Debía estar erguida, brillante de sudor, quizá con la barbilla alta. Hablábamos sin mirarnos, la cabeza al frente, al menos así la tenía yo. Alternaba vistazos a la puerta, al cuadro, a la brújula de Gerrard,

escuchando su voz por encima de mí. La sala de máquinas bramaba. Veía sus débiles piernas afirmadas contra el suelo.

—Descubrir que alguien es fácil de manipular siempre resulta deprimente —dije. Era una frase que había leído en algún lugar, quizá fuera un graffiti—. Me alegra que me engañaras.

—Defiendo cualquier cosa que me ayude a vivir mejor. Pero en el fondo, todos, en todo momento, sabemos más o menos lo que pasa.

—¿Y qué está pasando ahora? —pregunté.

Noté su mano en la cabeza, cómo me revolvía el pelo.

Hicimos el amor.

La sentí tan frágil en mis brazos, tan al borde del final, que me excité demencialmente. Empapados, resbalábamos lamiéndonos mientras de fondo oraba el muecín, alguien discutía en el pasillo, y el fragor de los motores apagaba los jadeos. La luz se fue amortiguando hasta alcanzar la oscuridad. Aún lo hicimos otra vez.

Aschuak tragó dos pastillas más con el último resto de agua. Respiraba a bocanadas y sonreía. Pensé que iba a morir.

—No he sabido amar de una forma sostenida —dije encendiendo un cigarro. Estaba en el lado exterior de la cama, dando la espalda a Aschuak para expulsar el humo adelante—. Al menos no como otros esperan que ames. Nada me dura... no sé.

Proyecté un caño de humo que pude seguir a través de la penumbra matizada por el resplandor nocturno.

—Siempre he necesitado la intensidad, situarme en un extremo —dije—. Eso lo destruye todo. Nada aguanta mi ambición. Sin embargo... —la ceniza quemaba deprisa el papel del cigarro. El tabaco ponía un contrapunto delicioso al olor a fruta de los cuerpos. Iba a decir algo que nunca más repetiría—, sin embargo... sé que puedo quererte hasta el fin. Mi amor no llegará a agotarse. Pronto morirás.

Escuché los pasos de un centinela nocturno. El cigarro se extinguía entre mis dedos. Empecé a gimotear. De espaldas a ella. Tenía miedo a volverme. Lloré regodeándome en la intuición de que vivía un instante único, tan excepcional que nunca nada ya lo igualaría. Había llegado al momento culmen de una vida. La belleza y el dolor acumulados no tendrían parangón en adelante. Aschuak me acarició.

En *La Nave* se fantaseó sobre el encuentro con los Ahlan, algunos reformularon su leyenda, bromearon diciendo que en la Ciudad ofrecerían entrevistas exclusivas por las que se harían ricos.

—Yo contaré nuestra historia —afirmó un joven con gafas redondas —. Un barco que se pierde en el pantano. No digáis que no es buen argumento.

—Parece falso. Nadie se pierde en un pantano.

—Estás muy seguro de llegar a la Ciudad —añadió un hombre de aspecto desaseado, porque si bien todos lo estábamos, él además lo

parecía.

Las greñas de muchos se fundían con las barbas espesas. Un viejo dormitaba boquiabierto en un diván de la cafetería, la cabeza contra la pared tapizada de manchas y graffitis. «AYUDA», rezaba una pintada. Moscas solitarias sobrevolaban las mesas donde la gente iba dejando de hablar. La resignación asentaba el letargo. En el restaurante del Nivel Superior, el señor Gao había logrado resucitar un par de pilas y escuchaba música cerrando los ojos mientras acariciaba la gola de seda. Han Tsu cantaba sin ruido a su lado, sólo moviendo los labios. El familiar balanceo de *La Nave* acunaba una vigilia de conversaciones dispersas en voz baja. Los jugadores ya no tiraban las fichas ni las cartas con fuerza. El rumor del sempiterno orador ponía un zumbido de fondo a la debacle. Me apoyé en la barra del restaurante donde no servían nada.

—Ya ve cómo acaban los traidores —Osman me abordó por la espalda, no le había visto llegar—. Les salen enemigos donde menos piensan. Quién iba a decir que Wad tenía deudas con Ahlans.

—Eso es una especulación.

—Vamos... ¿Cómo le cuesta tanto entender tantas cosas? —chasqueó la lengua—. ¡Y eso que es traductor! Supongo que es una forma de vivir más tranquilo. A veces me gustaría acercarme aunque fuera sólo un poco a su desprendimiento.

En el Nivel Inferior sonó una campanilla que me hizo pensar en budistas.

—Osman, ¿por qué miente de ese modo?

Eso fue lo que deseé decirle.

—Sí, la verdad es que no me puedo quejar —esto fue lo que le dije —. Vivo más o menos tranquilo. Pero admiro a la gente como usted, capaz de tomar decisiones rápidas, con firmeza. El mundo se mueve así. De todas formas, cuando vas más lento te enteras de más cosas. Por algún motivo, las personas se entregan más en serio a los que prefieren ir despacio.

—No se crea. Le voy a decir algo que en el barco es bastante público. Espero que no se enfade, pero aquí nadie se fía de usted. No habla bien nuestra lengua, se equivoca en palabras, tiene un acento raro y, en fin, ya se sabe que la gente desconfía de los que no hablan como ellos.

—A las personas se las mide por algo más que sus palabras.

—De acuerdo, pero usted no sabe relacionarse de muchas otras maneras.

—¿Y usted? ¿Desconfía usted de mí?

Osman abrió aparatosamente los brazos:

—¡Traductor! Si hasta he cambiado al chino —echó un vistazo a Han Tsu— por usted.

Osman era mi apoyo más influyente en *La Nave* y no debía malgastarlo. Eso recomendaba la estrategia. Pero a fin de cuentas qué más daba, en aquella ratonera.

—Sé por qué no le gusta Han Tsu —dije.

Osman congeló el ademán.

—No cuesta tanto acertarlo —dijo—, ese chico es un fanático retrasado.

—Quizá recuerde que yo estaba presente el día que Han Tsu le dijo que en China sobraban niños —Osman se irguió meneando el cuello como si la *galabiya* le apretara—. Ese día, Han Tsu también contó que él era hijo único pero que entendía tan bien los problemas de China que si sus padres hubieran decidido no tenerlo, tampoco le habría parecido mal.

—Eso sólo lo puede decir un imbécil, ¿no le parece? —replicó Osman—. ¿Puede entender el razonamiento del chino? Es ilógico.

—Ilógico —repetí.

—Sí, ilógico. Ilógico.

—Sobre todo cuando uno piensa en todos esos niños preciosos que nunca podrá ver nacer.

Osman inspiró profundamente.

—Veo que hay cosas que entiende a la primera —dijo.

Dio media vuelta, se desequilibró un poco.

—Tenga cuidado —dije—. Hay caníbales.

Osman se paró. Irguió la espalda. Y abandonó el restaurante.

Un par de minutos después, salí a la cubierta cocida por el sol. Las islas y el agua se definían sin ambigüedades. Las espumas levantadas por el casco borboteaban con una nitidez más propia de la media tarde. No había pájaros en el cielo ni más ruido que el sordo fragor de nuestro paso.

Los promotores de la fiesta ataban lazos de colores a lo largo de las cubiertas. Después de ayudar en popa al montaje de una suerte de escenario, varios hombres me llamaron desde un rincón del salón inferior. Era el grupo de fieles en torno al viejo que hacía pulsos. Manoteaban pidiendo que me acercara. Sorteé varios cuerpos y maletas desperdigados por el suelo hasta el grupo de ocho o nueve negros de distinta pigmentación. Uno de ellos estaba tatuado. El viejo me desafió a un pulso afirmando que yo era el único hombre con quien aún no se había batido, al parecer incluso Norton se las había tenido con él y a los chinos no los contaba.

—Está bien, carcamal —dije en español sonriendo, y me senté.

Los espectadores murmuraron de un modo que no me gustó. Pasajeros de los alrededores se aproximaron en número lo bastante grande como para cerrar el círculo en torno nuestro de forma que yo no veía más allá de sus cuerpos.

Los altavoces llamaron a la oración pero en el grupo nadie parecía dispuesto a rezar. El viejo, en el diván acolchado, apoyó el codo sobre el gran baúl de madera abriendo la palma grande y mucho más encarnada que el resto de su piel, recorrida por surcos que parecían roña. A mí me cedieron una silla plegable. Agarré su mano húmeda y enseguida atenazó la mía como un mecanismo acostumbrado a semejante operación. Otro hombre apretó las de ambos con las suyas. Varias mujeres comenzaron a ulular. Muchas mujeres. La carlinga resonaba como una bóveda catedralicia.

—¿Por qué cantan? —pregunté.

El árbitro soltó los puños y el viejo lanzó un golpe brutal que logré contener con el brazo a unos ciento treinta grados.

—Puto viejo —mascullé en español.

La tapa del baúl estaba llena de muescas y pintadas, una de ellas representaba un calendario. Los espectadores gritaban, sentía su presencia cerca, demasiado encima, ahogando cualquier pensamiento al margen del duelo. Los altavoces superponían la oración a cualquier ruido mientras las mujeres ululaban y la saliva saltaba de las bocas de los negros, que bramaban. Pero yo era joven y los embalsamadores me habían alimentado bien y Osman me dio agua y no era una rata de biblioteca sin músculo que oponer, así que devolví los brazos a la posición de partida y no los mantuve mucho tiempo ahí, porque fui acortando mi ángulo de curvatura. El brazo remontó hasta colocarse en ochenta grados. Pronto cruzaba los sesenta.

Miré el rostro achacoso del anciano, ¿tendría cincuenta o setenta años? Luego volví a reparar en el bául, en el calendario, donde vi un día señalado. El diez. Tenía el codo a cuarenta grados. Hoy es diez, pensé. Treinta grados. Y cuando miré la cara del público para verles encajar la derrota topé de frente, serio e inmutable, fijo en mí, con el hombre que me había ofrecido a Muunia. Ya casi había vencido cuando comprendí que el resto de hombres lo observaban a él, más que a mí, con idéntica seriedad mientras gritaban.

Estampé la mano del viejo contra el bául, que se desequilibró, no mucho porque alguien le enderezó la espalda al tiempo que dos grandes manos apresaban mi cabeza y la tumbaban de costado sobre la madera. Los dedos del viejo culebreaban para desentumecerse a centímetros de mis ojos pero me desentendí deprisa de ellos, intentaba mirar arriba, buscar rostros por encima del palio de chilabas que flotaban alrededor.

Entonces sentí el pinchazo.

También lo vi.

Como si explotara el sol, un rabioso fogonazo blanco: en un golpe seco, el punzón me empaló la boca contra el baúl. Fue un golpe limpio transversal, no partió dientes. Los negros me soltaron y, todavía

estupefacto de horror, al intentar por reflejo incorporarme me sacudió un alfilerazo eléctrico que no provenía de los carrillos agujereados. No. Me habían ensartado la lengua. Y la violencia del movimiento con el que pretendía liberarme produjo un desgarro que, comprendí, iba a ser irreparable.

La mínima fracción de cara que había levantado en el esfuerzo se desplomó a peso sobre el baúl, en cuyo interior bombeaba algo, no sé, quizá fuera mi corazón espantado, o la reverberación de las voces de los negros, de sus patadas contra la caja, contra mí, que al borde del desmayo sentía la tibieza de la sangre y la veía chorreando en la madera.

Noté otro dolor intenso, aunque amortiguado por el aturdimiento. Me habían desempalado. Vi nieblas similares a las de las mañanas en la ciénaga, ¿la antesala de la muerte? Vi oscuridad. Vi chilabas salpicadas por una sangre que era mía. Y, al ralentí, el rebote de un objeto ante mi cara. Un objeto estrecho y no muy largo. Que golpeó contra el baúl, salió despedido un poquito hacia delante, rebotó de nuevo y, tras un raudo bamboleo, quedó quieto a ese lado de la niebla. Vislumbré que estaba manchado de sangre. Era fácil deducir que se trataba del arma con la que me habían ensartado.

Mi lengua yacía contra el perfil en el que apoyaba la cara, todavía incapaz de separar la mejilla del baúl. La lengua reposaba como la de un saurio derribado. La sentía inmóvil.

Incluso en esa situación, intuyendo que mi vida como intérprete había llegado a su final, desconociendo cómo a partir de aquel momento iba a reconstruirme, cuáles eran mis nuevas posibilidades en África, a quién podría engañar en ese estado y de qué forma, si debía regresar a Europa o seguir viviendo lejos, incluso en esa situación me hizo gracia observar que el objeto ensangrentado que tenía a centímetros de mí era un bolígrafo.

—Lo recuerdo todo —le dije a Chang—. Parece que al menos sí puedo soñar.

—Vaya sueñecito.

Los promotores de la fiesta ataban lazos de colores a lo largo de cubierta. Después de ayudar en popa al montaje del escenario, varios hombres me llamaron desde un rincón del salón inferior. Era el grupo de fieles en torno al viejo que hacía pulsos. Manoteaban pidiendo que me acercara. Sorteé varios cuerpos y maletas desperdigados por el suelo hasta el grupo de ocho o nueve negros de distintas pigmentaciones. Uno de ellos estaba tatuado. El viejo me desafió a un pulso afirmando que yo era el único hombre con quien aún no se había batido, al parecer incluso Norton se las había tenido con él y a los chinos no los contaba.

—Está bien —dije en español, y me senté.

Los espectadores murmuraron de un modo que no me gustó. Pasajeros de los alrededores se aproximaron en número lo bastante grande como para cerrar el círculo en torno nuestro de forma que yo no veía más allá de los cuerpos. Los altavoces llamaron a la oración pero en el grupo nadie parecía dispuesto a rezar. El viejo apoyó el codo sobre el baúl de madera abriendo la palma grande y blancuzca recorrida por surcos de roña. A mí me cedieron una silla plegable. Agarré su mano húmeda y enseguida atenazó la mía como un mecanismo acostumbrado a semejante operación. Otro hombre apretó las de ambos con las suyas. Varias mujeres comenzaron a ulular.

—¿Por qué cantan? —pregunté.

El árbitro soltó los puños y el viejo lanzó un golpe brutal que logré contener con el dorso de mi mano a dos dedos del baúl.

—Puto viejo —mascullé en español.

La tapa del baúl estaba llena de muescas y pintadas. Una de ellas representaba algo así como un calendario. Los espectadores gritaban, sentía su presencia cerca, demasiado encima, ahogaban cualquier pensamiento al margen del duelo. El albino chillaba con rabia, nos sometían a una opresión claustrofóbica que no pude soportar. Cuando mi mano tocó la tapa, el público bramó. El albino jaleaba al anciano con júbilo desproporcionado. Por un prejuicio idiota siempre había asociado a los albinos con las buenas intenciones pero aquél no tenía que ver con eso. Menudo cabrón, pensé.

Aunque pocos secundaron la idea de hacer una fiesta, como la mayoría ni siquiera se pronunció, los preparativos siguieron. Fue una buena excusa para ocuparnos de nosotros mismos. Algunos hombres nos afeitamos las barbas mutuamente, y nos cortamos el pelo. Varios se adornaron con tirantes y quincalla, y se esforzaron al peinarse, consiguiendo madejas chatas que ceñían las cabezas al estilo de peinetas, crespones de largo y tupido pelo que emergían en cráneos por lo demás rasurados. Las mujeres se alisaron los cabellos o se los cardaron en laboriosos moños, liberando olores frescos de potingues olvidados largo tiempo. Reciclamos cuerdas, sacas, trapos e incluso ropa para enguirnaldar los techos y conseguir un aire de verbena de modo que la noche siguiente, cuando al final del crepúsculo Leila detuvo las máquinas en el pantano tranquilo, todo estaba listo para el festejo, menos las almas.

Rompiendo la austeridad, conectamos el generador para iluminar cubierta. El albino resurgió asumiendo el papel de showman desde un miniescenario que se levantó con seis de los recios baúles que nos confiaron aldeanos del norte.

—¡Y esta noche tendremos sorpresas! —dijo—. Gracias al señor Osman, va a haber regalos para todos. Ya era hora de renovarse, ¿no? Y es que... ¡el señor ministro ha dado permiso para disfrutar de los

baúles!

El albino saltó abriendo un poco más las piernas y señaló a sus pies. La mayoría del público murmuró, algunos aplaudieron, «¡ya era hora!».

—Pero eso será después. De momento, ¡que empiece la música!

Un puñado de zombis maqueados se esforzó por divertirse en una fiesta donde no había qué beber. El radiocassette de los chinos se adaptó al megáfono del puente de manera que al menos la música sí sonaba, aunque no cambió el ambiente, quizá porque era inoportuna, sonaba inapropiada, y cuando después me he preguntado por qué la rechazamos, concluyo que habíamos accedido a un estadio de auténtico desapego dando un paso real hacia el vacío, un estadio tan al margen del ruido que incluso despreciaba la música. No hay tantos momentos sin música a lo largo de una vida, no tantos, aunque a veces creamos que sí. Cuando nos vemos en perspectiva, podemos recordarnos en diversas situaciones y a prácticamente todas podríamos asociar canciones o melodías, pianos, violines, un solo de batería, trompetas o saxos, no sé. Pero el recuerdo de los días de *La Nave,* para mí jamás ha admitido otro fondo que el de la luz y los olores. Olores. Su adherencia me acompaña. No hay música ni la habrá en el drama del Sudd. Si hoy alguno de los náufragos puede vincular aquel período a cualquier nota, quizás ésos sean los chinos que sobrevivieron. Puede que ellos jamás logren olvidar el *erhu,* la cítara o las cuerdas místicas de las cintas que escuchaban día tras día, sin parar. Pero aquella noche las notas se dispersaban a merced de un ventarrón repentino que de vez en cuando solapaba su aullido a la melodía que sólo eran capaces de bailar un grupo de niños, dos mujeres, el viejo que hacía pulsos, el albino y Chang.

—Menudo desastre —dijo un embalsamador observando cómo el albino aplaudía balanceando el cuerpo.

En la borda de popa, detrás del escenario iluminado, Camille gesticulaba señalando con la prótesis a la oscuridad mientras gritaba algo inaudible desde mi posición. Alguna gente rodeó los baúles, se acercó a la bióloga y escrutó las tinieblas inclinándose hacia delante. El grupo aumentaba y, con él, el rumor.

—¡Un barco! ¡Un barco! —oí que gritaba Camille—. ¡Viene hacia aquí! ¡Han visto la luz de la fiesta!

Hubo aplausos, sonrisas radiantes, muchos recitaron fórmulas para agradecer a sus dioses la deferencia. Osman y un centinela corrieron hasta la borda con el cohete lanzabengalas y los tres proyectiles restantes. El centinela encajó una bengala en el mortero, Osman aplicó una cerilla para prender la mecha y, retrocediendo un par de pasos, gritó:

—¡Agarra fuerte! ¡Fuerte!

El centinela miraba el artefacto con el cuello girado y los brazos bien tendidos. La bengala no salía.

—¡Espera! ¡Aguanta! Cuando están húmedas tardan en dispararse.

La mecha se consumió sin novedad.

—Está demasiado húmeda —dijo un embalsamador—. ¿Por qué no las guardasteis en un lugar seco?

También podía deberse al cartucho caducado.

—¡Eeehhh! ¡Eeehhh! —gritaba Camille a la ciénaga.

Osman extrajo la bengala, la tiró al pantano, colocó otra y, mientras el centinela continuaba agarrando el mortero con ambas manos a distancia de la cara, prendió la nueva mecha. La bengala atravesó la oscuridad. Subió algo más de trescientos metros dejando una estela de humo casi invisible hasta explotar en un silencioso chisporroteo carmesí.

Osman cargó el mortero con la última bengala, la que debía revelar nuestra posición a quien ya estuviera buscando el origen del fuego que descendía lento. Esperó unos segundos. Prendió la mecha. La bengala no salió.

—¡Aguanta! ¡Fuerte!

—Estará húmeda —dijo un embalsamador—. Estará húmeda.

—¡Aguanta!

La bengala se disparó. Realizó un par de extraños en su trayectoria pero continuó subiendo hasta explotar a menos altura que la primera. De todos modos, esa luz debía ser suficiente para alertar a los vigías del barco que yo aún no había visto. Un joven centinela con el rostro desencajado gritaba entre la multitud el nombre de Leila, a quien buscaba mirando todas las caras. Cuando me localizó, tuvo el atrevimiento de agarrarme un brazo.

—¡Una isla, señor! ¡Una isla gigante! ¡Va a destrozarnos!

—¡Eeeeehh! ¡Eeeeehhh! —oía exclamar a Camille, aún en la punta de popa.

Hendí la multitud hasta asomarme a aquella porción de pantano. En un lugar impreciso de la oscuridad se percibían los resplandores discontinuos de algo en movimiento pero los indicios de que se tratara de un barco eran nulos. Un barco habría lanzado más destellos. Aquel único resplandor debía pertenecer a una barca de pequeño calado o a cualquier objeto metálico varado en la broza de una isla. Además, el centinela de esa área tenía la vista educada para sondear grandes distancias tenebrosas y, como había advertido, lo que se precipitaba hacia nosotros era un aparatoso conglomerado.

—¡Vamos, vamos! ¡Hay que marcharse! —grité en árabe. La turba alrededor comenzó a callar—. ¡Cada uno a sus puestos!

Camille continuaba saludando a popa. Antes de que yo alcanzara el puente, Leila había conectado los motores y *La Nave* comenzaba a

navegar. Huimos durante media hora con el viento favorable surcando el pantano en zigzag, obligados por nuevos engendros flotantes que Leila se concentró en sortear con la gracilidad de una videojugadora experta. Hacia las diez y cuarto, la capitana había ralentizado la marcha, el viento había amainado y Osman y el albino decidieron, para mi sorpresa, retomar la fiesta.

—Eso sí que habría sido un buen colofón, ¿eh? —dijo Osman subido al escenario—. Esta francesa es una actriz genial.

Hubo algunas risas y también, ¡aún!, aplausos. Pese al nuevo desencanto, o quizá debido a él, la gente respondió a la llamada e incluso los que se habían metido en el interior del barco regresaron a cubierta. Norton se hurgaba la nariz con un pañuelo sentado en el suelo junto a Chang, que se levantó y empezó a bailar. Desde el escenario, Osman inmortalizó a la multitud con la cámara de Gerrard.

Estaban todos. Intentaban sonreír. Cada uno empezaba a afrontar la desesperación buscando asideros en aquel pequeño mundo, concienciándose en descartar cualquier ayuda exterior. Cuando alguien se extravía en un páramo remoto y solitario, ¿de qué sirven las bengalas? Sólo cabe confiar en la deriva y en la luz que uno mismo dé.

El ministro bajó de los baúles y abrazó a Rasha, vestida con una *chamira* esplendorosa. La pareja llamó la atención del señor Gao, que se fumaba un puro apoltronado en un butacón mientras con la otra mano meneaba su bastón al ritmo de la música. Le flanqueaban tres chinos, uno de ellos Han Tsu. Se notaba que el traductor no sabía qué hacer porque en cuestión de segundos se repeinó varias veces y tecleó su teléfono inútil. Se acercó al verme.

—Qué fiesta tan bonita.

—Sí, muy bonita.

La gorda sin cuello miraba a los rostros de todo el mundo, parecía desasosegada. Dos chicas salieron a bailar y de inmediato las siguió un grupo de hombres.

—Podrías intentar ligar con alguna guapa —dije.

—¿Qué? —dijo orientando su oído hábil hacia mí.

—Que podrías intentar ligar con alguna guapa.

Sonrió descolocado.

—¿Y qué le digo?

—Pregúntale si sabe cuánto falta para llegar a la Ciudad, seguro que le hace gracia. Pero se lo tienes que decir en inglés.

—*Do you want to sing with me?*

—Eso es. Y si no, puedes ponerte a bailar delante de la que te guste. Mira a Mark, qué bien se lo monta.

El chino coqueteaba con Muunia.

—¿Qué? —dijo acercándome la oreja.

—Que Mark se lo monta muy bien.

—Se llama Chang.

—Mírale cómo mueve el culo —dije, a la vez que yo mismo remedaba un baile cruzando dos dedos ante los ojos aspirando a emular a superestrellas en películas memorables—. ¿Seguro que no te animas?

—¡Ha confesado que escribió frases en las paredes!

—Vaya... —dije—, creo que el señor Gao tiene problemas.

Al empresario se le acababa de apagar el puro y, al parecer, ninguno de sus escoltas tenía fuego. Con un golpe brusco tiró el cigarro sobre cubierta. Han Tsu caminó aprisa hacia él. Se detuvo. Miró a una chica. Miró al señor Gao.

Osman dio la orden de abrir los baúles. Además de juguetes y recuerdos familiares, aparecieron cabezas de león, alfombras de piel de cebra, cuernos de búfalo... un aturdidor desfile de piezas muertas. Me escurrí al camarote de Aschuak. En una pared, el ex cartero de Dongola había grabado a cuchillo «GALAL AMA A FARIDA» y, cuando le vi, perfilaba el dibujo del corazón que envolvía la sentencia. Entré en el camarote sin llamar. La encontré adormecida aunque despierta, aureolada por el brillo marchito de la llama que ardía en el candil a los pies de su cama. Sonrió con languidez. Me acurruqué en el suelo.

A las dos, cumplía mi guardia en la proa de estribor. Navegábamos despacio. Leila había querido seguir pilotando para amortizar la luz del generador. El alboroto la mantenía lúcida, y es que la fiesta continuaba, no sé muy bien por qué, con quién, pero continuaba en la otra punta del barco proyectando algo más de luz a la oscuridad habitual.

—¿Qué tal el viaje? —le había preguntado aquella noche a Aschuak.

—No me ha dado prácticamente nada de lo que esperaba... y, sin embargo, no puedo decir que me haya ido mal.

—¿Repetirías?

—Puede que sí.

Eso había dicho Aschuak, antes de irme.

—Puede que sí —dije en voz alta conmemorando su recuerdo en la proa, enfrentado al nimbo fosforescente que emergía a kilómetros en las tinieblas. Quizá fuera la radiación de las luces de la fiesta reflejadas en algún lugar de la noche.

Pestañeé un par de veces. Miré a Leila en el puente, que a su vez me miraba a mí, buscando ambos confirmar que aquel horizonte era real. Una sonrisa de alegría impura la iluminó. La niña que empezaba a ser mujer podría convertirse en una espléndida anciana. En el futuro.

Suspiré.

—Ahí está —dije, no recuerdo ya en qué idioma—. La Ciudad.

Al menos hay un lugar donde el bosque forma parte del agua. Y se mueve. Y se cierra a tus espaldas.

Fin The End Le fin Niháiya Wan

> Hay un toque de muerte, un sabor a mortalidad en las mentiras.
>
> JOSEPH CONRAD
>
> *El corazón de las tinieblas*

Todo depende de la calidad de la luz y de los vientos.

ALEX S. MACLEAN

La fotografía del territorio

Compañía en el laberinto

Esta novela debe aliento, cariño y precisiones a Sandra Bruna, Pilar Caballero, Amaya Elezcano, Wahid Elhag, Jordi Esteva, Juantxu Herguera y todo su equipo, Gerardo Marín, mi hermana Cristina, John Mackay, Yolanda Menjíbar, Manel Ollé, Ella Sher, Fernando Trías de Bes, Alicia Tuxé, Clara Usón y Agustí Villaronga.

A mis amigos.

A mi familia.

Y a Elsa, siempre en el barco.

Notas

[1] Esta primera parte de la ficha biográfica se basa en las propias declaraciones de Wad Alor y en sus borrosos recuerdos de infancia.

Sobre el autor

Gabi Martínez (Barcelona, 1971) es escritor. Su novela *Sudd* fue elegida entre las diez mejores del año 2007. *Ático* ha sido seleccionada en un estudio para Palgrave/McMillan entre las cinco novelas más representativas de la vanguardia española de los últimos veinte años. *Los mares de Wang*, un viaje por la costa China, fue elegido entre los diez mejores libros de no ficción de 2008.

Como autor de libros de viajes, se le señala entre los más destacados impulsores del género. Con *Diablo de Timanfaya* levantó una gran polémica cultural y política. *Una España inesperada* le convirtió en referente del nuevo periodismo literario en español. También es co-guionista de *Ordinary boys*, una docuficción sobre el barrio de Tetuán, del que salieron cinco terroristas del 11-M.

Para ver un video con la retrospectiva de los viajes y libros del autor, entra en: http://www.youtube.com/watch?v=47bxlYQEihY.

© 2007,Gabi Martínez
© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-1050-0
Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: David Rico Pascual

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial